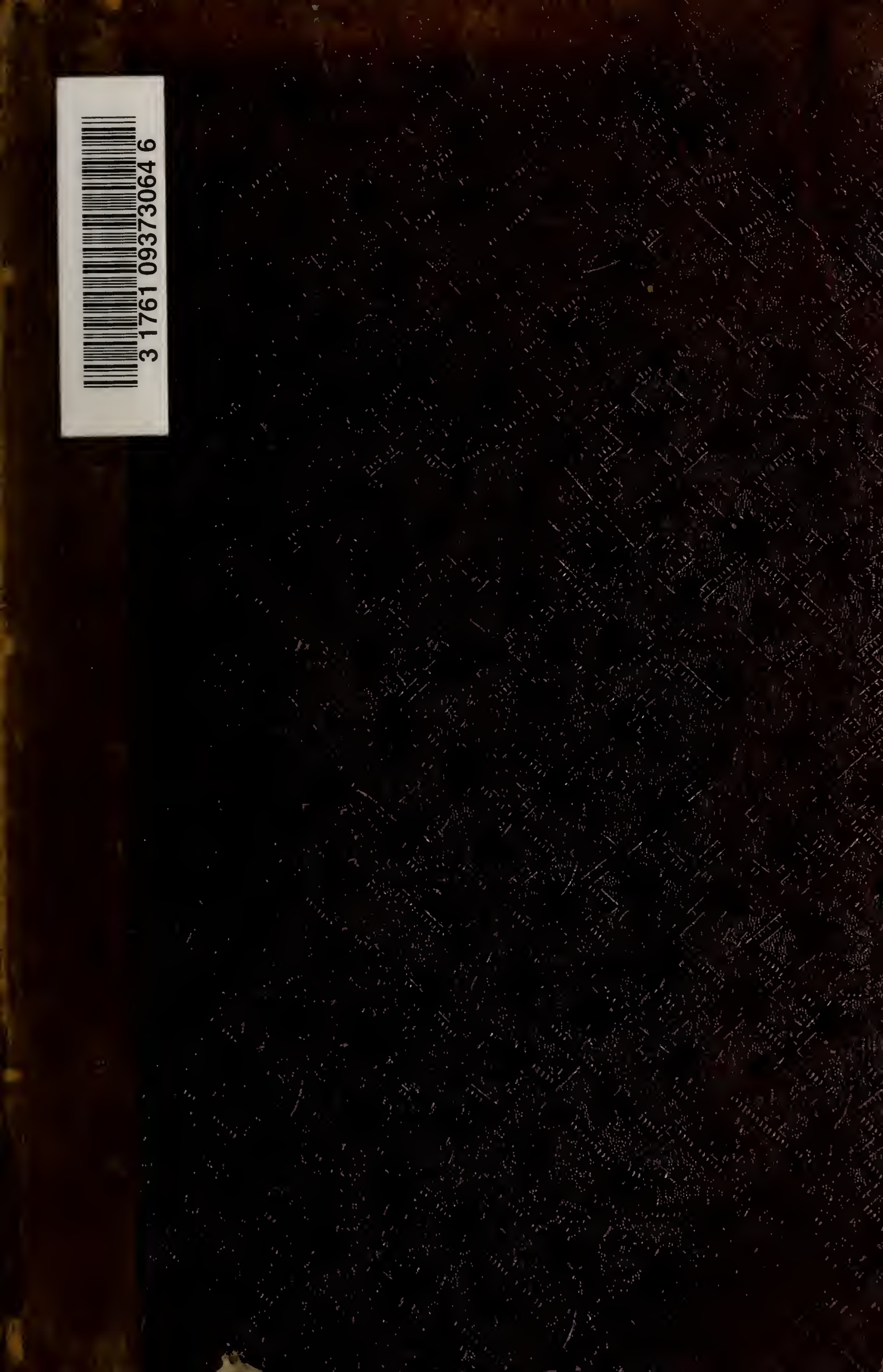
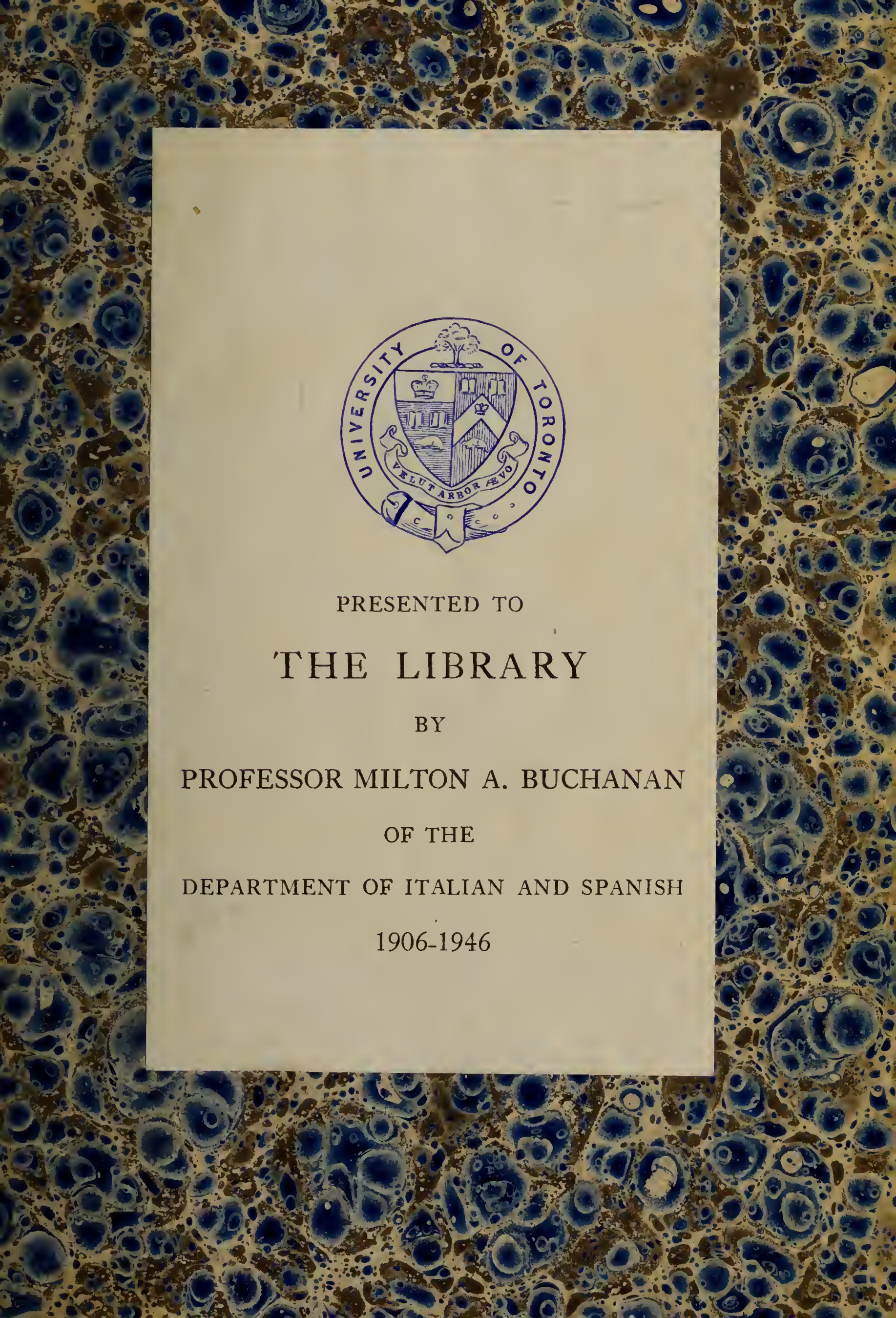

3 1761 09373064 6


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

OBRAS DE SILVELA.

OBRAS POSTUMAS

DE

D. MANUEL SILVELA.

LAS PUBLICA, CON LA VIDA DEL AUTOR,

SU HIJO

D. FRANCISCO AGUSTIN SILVELA.

TOMO II.

MADRID: 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO,
CALLE DEL SORDO NÚMERO 11.

VIDA

DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Este brevísimo resúmen de la vida de mi amigo, ni satisface la deuda de la amistad, ni corresponde al tamaño de su objeto. Entre los escritores, la vida de aquellos que tal vez honraron su siglo con producciones estimables, pero que no saliendo de los caminos trillados no adelantaron la ciencia, ni ejercieron sobre ella otra influencia que la de aumentar el número de los buenos ejemplos, puede sin grave pérdida reducirse á la mas ó menos sencilla ó exornada narracion de los sucesos principales del hombre, que ó en el retiro de su gabinete, en la familiaridad del trato con sus amigos, ó al frente de los destinos que desempeñó, llenan el período de su duracion, siempre interesante y digno de la memoria grata de la posteridad, sobre todo cuando la virtud realzó las dotes del talento. Mas las vidas de aquellos escritores, que por la superioridad de su ingenio, por la fuerza de sus doctrinas y de sus ejemplos, ejercieron sobre sus contemporáneos una especie de magisterio, estendieron los dominios de la ciencia, ó la restablecieron á sus verdaderos lí-

mites de que la despojáran injustas usurpaciones, confundiéndose con la historia de la ciencia misma, deben considerarse como una parte integrante de ella; y los que las escriben no llenan su objeto, cuando contentándose con referir los hechos del hombre, olvidan, por decirlo así, la influencia del escritor. Continuadores de aquella historia mas bien que biógrafos, otras son sus obligaciones; otra la estension del plano que deben trazar; otra la importancia, el interés, la viveza y el colorido del cuadro que deben pintar. Poco le importa á la posteridad por perfecto que sea el retrato del individuo: lo que le interesa, lo que reclama es la fisonomía del escritor. Estos ingenios superiores son, por decirlo así, el último producto de su siglo; ellos los que le representan; elloslos que en el juicio de residencia de las generaciones venideras, comparecen en nombre de todas aquellas que los precedieron; ellos los que transmiten á las inmediatas la herencia santa de nuestros mayores, y los que conservan títulos justos á la memoria, y al reconocimiento de una posteridad sin fin. Los trofeos que gana cada siglo, combatiendo errores funestos, y estendiendo y consolidando el imperio de la razon, adornan esclusivamente el carro de su triunfo. Del incontable número de generaciones que precedieron á Homero, él solo existe: del millar de millones que hoy oprimimos la tierra con nuestro inutil peso, una fraccion casi imperceptible de hombres eminentes, transmitirá su nombre y su saber á las futuras edades: ellos solos viven: los demas vegetamos: su historia es la de la especie entera. ¿Por qué las leyes de la modestia, compañera inseparable del mérito distinguido, se oponen á que ellos mismos sean sus propios historiadores? Asi la historia se elevaria á la altura de su objeto, y satisfaría completamente á las condiciones de tanto empeño. «Facta dictis exequarentur, et par gloria scriptorem et auctores sequeretur.» (1).

(1) Salustio: de bello Catilinario.

Si la idolatría dela amistad no me ciega, mi amigo pertenece á este reducido número de hombres privilegiados. La celebridad europea de que gozan sus obras, y la primacía que en su línea, y dentro de su nacion al menos, ninguno le disputa, parecen estarle ya designando como uno de aquellos pocos á quienes la generacion actual se propone legar la honrosa mision de representarla en los futuros siglos. Su vida es para mí como un reinado poético, que abraza casi media centuria, que pide un exámen detenido dela otra mitad que la precedió, y debe contener lo mas importante de la historia de la literatura durante este periodo: de propósito y con toda amplitud en el ramo en que sobresalió; por incidencia y afinidad en todos aquellos á donde alcanzó su influjo. Tal es el plan que yo me he formado y bajo el cual me propongo escribirla; mas su ejecucion pide mucho tiempo, reunion copiosa de materiales, exámen crítico de todos ellos, meditacion detenida y constante laboriosidad y ¡pluguiese al cielo que no pidiera ademas órganos privilegiados para sentir y comparar, aquella sensibilidad esquisita que cuando refluye sobre el juicio, toma el nombre de perspicacia, aquel ingenio superior que se necesita para elevarse á las bellezas de los grandes modelos, y que la naturaleza espléndida en todo lo demas, reparte con mano avara entre sus favoritos! No me se oculta, pues, que la obra igual solo á mis deseos, es muy superior á la posibilidad de mis medios. Tal vez hubiera debido confiarla á quien con otra riqueza de erudicion, con otros talentos, hubiese sabido desempeñarla asi concebida; mas en esta lucha entre el sentimiento justo de mi debilidad y mi amistad y mi gratitud, la primera no ha podido oponer ni aun una resistencia sensible á la accion enérgica y combinada de las segundas. Sin ser, por desgracia mia, discípulo de Moratin; sin adoptar en todo, el rigor de sus doctrinas, fuí tan amigo suyo, lo soy y lo seré tanto hasta el último suspiro de mi vida, que, si semejante al héroe de Cervantes por la presuncion, acometo

tamaña aventura, igual á él en mi delirio, ni me curo de los molinos de viento, ni de los palos delos yangueses, ni de los muchos ejemplos que nos dejó su castigada temeridad. Estoy pues resignado á todas las consecuencias de mi atrevimiento. Que la posteridad diga de mi enhorabuena: *si no hizo todo lo que quiso, quiso todo lo que debia querer*; pero que nunca pueda decir «*el nombre de Moratin te salvó del olvido, mas no vivirás en mi memoria sino con la sospecha de ingrato.*»

No pudiendo pues realizar, por ahora, mi proyecto tal cual le he concebido; deseoso de contentar un tanto, y de la manera que por de pronto me es posible, la curiosidad, la justa impaciencia de los admiradores de mi amigo, no solo en la Península, y en el dilatado emisferio de Colon, donde se habla la hermosa lengua que con tal maestria manejó, sino en todos los vastos dominos de la Europa culta; y no queriendo ni debiendo, en fin, retardar por mas tiempo la publicacion de las obras que componen esta coleccion (1) de no menos instruccion que recreo, me he decidido á componer, como por via de *interim*, un breve resúmen de los principales acontecimientos de su vida, ó mas bien una noticia biográfica, que los indulgentes leerán acaso con benignidad, con severidad harto escusable los que no lo son; pero que á ninguno dejará mas que desear que á su propio autor.

Como aun no soy el historiador de Moratin, mi estilo se desvia de lo que en tal caso pediría la magestad de la historia. Dejo correr la pluma al grado de los afectos que me guian; y sin cuidarme de elegir un modelo, no será necesario que diga á los lectores de alguna instruccion que no imito ni á César ni á Salustio, á Livio ni á Tácito. Escribo la vida de mi amigo, lo repito, y lo que yo amé fué el hombre, no inferior al escritor con ser el escritor tan grande. En cuanto á este, me contento, por ahora,

(1) Dice *de esta coleccion*, porque escribió esta vida de Moratin para ponerla al frente de sus obras póstumas, que iba á publicar.

con pagarle el tributo comun de admiracion y aprecio con que lo honraron sus contemporáneos. Si un dia llego á escribir, no su vida, sino su historia, mi situacion será muy diferente, y en todo lo que va del hombre que siente mucho, al que no sufre las influencias de ninguna pasion, ó debe hacer esfuerzos para someterlas todas. Dicho se está que en este caso diverso ha de ser el tono y el colorido de la composicion.

Don Leandro Fernandez de Moratin, descendiente de una familia noble de Asturias, nació en Madrid el 10 de marzo de 1760. El mismo en un fragmento de su vida, que habia comenzado y va por documento al fin de este resúmen, (1) dá razon de todas las personas de su familia que conoció: dice que sus abuelos paternos fueron don Diego Fernandez de Moratin, natural de Madrid, y doña Inés Gonzalez Cordon, natural de Pastrana, de honrada familia de labradores, propietarios en la misma villa. Tuvieron estos por hijos á don Nicolás, don Miguel, don Manuel, y doña Ana, de los cuales el segundo se dedicó al comercio; el tercero, por su achacosa salud, vivió á espensas de su familia, y la cuarta casó con don Victor Galeoti. El primero, que era don Nicolás, sobresalió entre sus hermanos por el ingenio; y fué destinado á la carrera literaria por el padre, que era gefe de guarda joyas de la reina doña Isabel de Farnesio. Con aquel objeto pasó á Valladolid, donde cursó jurisprudencia; y concluida esta, regresó á San Ildefonso, donde casó con doña Isidora Cabo Conde, natural de Aldea Seca, cerca de Arévalo; habiendo sido nombrado inmediatamente ayuda de guarda joyas. Cuando, por muerte de don Fernando VI vino aquella señora á Madrid, en calidad de gobernadora hasta que llegase su hijo Cárlos III, del real sitio de San Ildefonso, donde habia habitado desde la muerte de Felipe V, se trasladaron á la córte con las

(1) Se omite, dejándolo para cuando se publiquen las obras póstumas de don Leandro Fernandez de Moratin.

demas personas de la real servidumbre los padres de don Leandro; llevando ya la madre en su seno este hijo, que fué bautizado en la parroquia de San Sebastian el 12 de marzo de 1760, con los nombres de Leandro Antonio Eulogio Meliton, habiendo sido su madrina doña Ana Fernandez, su tia, que no tenia entonces sino solos doce años. Fueron fruto de este matrimonio otros tres hijos, Miguel, María, y Facunda; mas todos ellos murieron en tan temprana edad, que apenas don Leandro se acordaba de haberlos conocido. Por la muerte de estos vino á concentrarse en él el cariño de toda su familia, cariño que sostenian y avivaban sus gracias infantiles, el talento que anunciaba ya, y hasta la hermosura de sus facciones, segun él dice. A los cuatro años de su edad, le dieron unas viruelas de tal malignidad, que estuvo á la muerte. Las pasó en casa de sus abuelos donde casi habitualmente vivia. «A los cuidados de mi santa abuela, dice él mismo hablando de este suceso, debe nuestro teatro la *Comedia nueva*, *La Mogigata*, y el *Sí de las Niñas*». El estrago que este azote de la infancia hizo en su fisonomía, no fué menor que el que causó en su índole. Alteróse notablemente su condicion; y siendo antes amable, dulce, festivo con todos, suelto de lengua, vivo, é impetuoso, se volvió lloron, impaciente, disputador, tímido, y reservado. Afortunadamente las viruelas respetaron el talento; y la energía de su razon corrigió con el tiempo estos defectos, ya que no pudo dar á su rostro las antiguas gracias. Sin embargo, le quedó desde entonces un rasgo caracterísco, que él refiere á esta enfermedad, y que le acompañó hasta el sepulcro. «Desapareció, dice, desde entonces la seguridad de mis opiniones, y sucedió á ella un temor de errar en lo que discurria, que me hizo silencioso, y taciturno»; y si bien en su casa, y entre los suyos volvió á ser alegre, y sencillo «al presentarse, continúa él mismo, persona poco íntima, hallaba en mí un muchacho reservado, y poco social». Tal fué con efecto durante el resto de su vida. Chorro inagotable de gracias

cuando, rodeado de un pequeño número de amigos, se abandonaba sin reserva á cuanto le sugeria la riqueza cómica de su imaginacion, ó como yo le decia, cuando se soltaba la vena de los delirios, la presencia de una persona, no nueva y estraña, sino de aquellas con quienes no tenia esta ilimitada familiaridad, bastaba á reducirle á un silencio tan absoluto que hasta parecia un estúpido. Asi esque solo pueden decir que han conocido á Moratin, los que vivieron en su intimidad. Sus obras mismas, con ser lo que son, están muy distantes de ofrecer la medida de su talento cómico.

Restablecido de las viruelas, aprendió á leer, por la cuenta en tan temprana edad, que no se acordaba como, ni con quien; y en seguida su padre, que creyó que la escesiva ternura de su madre y abuelos era un obstáculo á sus progresos, le puso en la escuela de un tal don Santiago Lopez, que debia vivir en la calle de santa Isabel, á donde sus padres se habian mudado desde la de San Juan, en que antes moraban.

«Salí de la escuela, dice él mismo, sin haber adquirido vicio, ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos: ni supe jugar al trompo, ni á la rayuela, ni á las aleluyas. Acabadas las horas de estudio, recogia mi cartera, y desde la escuela, de cuya puerta se veia mi casa, me ponia en ella de un salto »

«Allí veia los amigos de mi padre; oia sus conversaciones literarias, y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leia á Don Quijote, el Lazarillo, las guerras de Granada, libro deliciosísimo para mí, la historia de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales habia en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupacion, y la de irá ver á mi pobre abuelo, á quien ya reducian los achaques y los largos años á salir muy poco de su casa, me entretenian el tiempo: y asi pasé los nueve primeros años de mi vida sin acordarme de que era un muchacho».

Por este tiempo empezaron á anunciarse en él el talento

poético y las aficiones tiernas. A mí me recitó algunas veces una composicioncilla en versos cortos, que si bien tenian el sello de la infancia, indicaban ya desde lejos el ingenio del poeta, que mas adelante debia ilustrar el Parnaso español.

Mudarónse sus padres á la calle de la Puebla número 30, junto á doña María de Aragon, á la misma casa en donde vivia don Ignacio Bernascone, íntimo amigo de su padre. Una hija de este, fueron á la edad de 10 años sus primeros é inocentes amores; y á ella se dirigieron sus primeros ensayos en el género erótico, y las primicias de su culto á Cupido y las musas.

Ni él me dijo nunca, ni yo he podido descubrir, donde y con que maestro estudió la lengua latina. Solo sé, por habérmelo repetido muchas veces, que admirando varios amigos de su padre sus felices disposiciones, le instaban á que le enviase á seguir estudios mayores en la universidad de Alcalá; y que aquel, que conocia los viciosos métodos de enseñanza que en todas estas se seguian, y por desgracia en parte se conservan aun, les respondia «yo estoy contento con el muchacho: no quiero enviarle á ninguna parte á que me lo echen á perder.» Dominado por esta idea, temiendo que adulterasen su gusto la bárbara latinidad, y pedantería de la escuela; su índole, el horrísono ergotéo que en ellas retumbaba; y su razon las estravagantes arguencias del escolasticismo, no quiso que siguiese ninguna de las carreras literarias que exigian de necesidad aquel sacrificio. Huyendo de todas se propuso, á lo que parece, dedicarle á las bellas artes. Para esto le hizo aprender el dibujo, en que anunció sobresalir; y mas adelante tuvo el proyecto de enviarle á Roma al lado de Mengs, plan que sin la oposicion de su madre que no pudo resolverse á desprenderse de este hijo, única delicia de toda su familia, se habria realizado probablemente, con no menos provecho del arte de la pintura, á que tuvo singular aficion, que el que de su talento poético han recibido las musas castellanas; y sin dejar de ser poeta, habria sido ciertamente

digno discípulo de aquel gran maestro, y tal vez el primer pintor de su siglo. Ya que aquello no le fué posible á su padre; antes que consentir en que perdiese su tiempo en el *Bárbara Celarent*, y que adquiriese necedad y vicios, arrastrando la fúnebre sotana, se resolvió á ponerle á trabajar en la joyería, procurándole asi, sino una situacion proporcionada á la esfera de su capacidad é ingenio, un oficio independiente, que por desgracia, y por la temprana muerte de su padre, vino á ser poco tiempo despues la tabla de salvacion en tan lamentable naufragio. Murió don Nicolás en 11 de mayo de 780 á los cuarenta y dos años de edad; y su hijo disfrutó del indecible placer de sostener á su afligida madre con diez y ocho reales que ganaba en la joyería, en la cual se distinguió particularmente por la felicidad de la invencion, perfeccion y delicadeza de los dibujos que hacia para las joyas, y que codiciaban don Victor Galeoti, joyero, casado con su tia Anita, y Mr. Supin, diamantista de la reina María Luisa, entonces princesa de Asturias.

No murió su padre sin llevar al sepulcro testimonio ya harto satisfactorio del ingenio, del talento superior de su hijo, sin embargo de haber este llorado su muerte apenas cumplido el cuarto lustro. Mas ya para este tiempo, sin contar otras varias composiciones de menor monta, pero cuya perfeccion le habia hecho decir muchas veces, aludiendo á su tragedia de Guzman el Bueno,

Es Guzman, y es hijo mio,

tuvo el placer de verle aun menos coronado de lo que debiera, pero coronado al fin, por mano de la Academia que le adjudicó el segundo premio ó *Accesit* de poesia en el año de 79, por su canto épico de la Toma de Granada: triunfo para este amante padre, tanto mas glorioso cuanto la sorpresa le hizo mas grato. Muchas veces me contó don Leandro este suceso; y siempre con tal emocion, que no me queda duda de que este era el recuerdo mas plácido de la juventud, como habia sido el mas

delicioso momento de su vida. No teniendo aun sino diez y ocho años, arrastrado por su pasion á la poesia, ansioso entonces de celebridad y de gloria, pero combatido al mismo tiempo por aquella timidez y modestia compañera inseparable del verdadero talento, concibió el proyecto de concurrir al premio; pero sin atreverse á confiárselo ni aun á su padre, receloso del éxito y decidido á devorar en secreto el desaire con que contaba. A hurtadillas, y con mil sustos de verse sorprendido, concluyó su trabajo; le puso en limpio, y le dirigió al secretario de la Academia, bajo el nombre supuesto de don *Efren de Lardnaz y Morante.*

Llegó en fin el dia en que la Academia pronunció su juicio A su vuelta de paseo, estando en conversacion con su padre, á quien puede perdonarse que mirára con cierto desden y desconfianza los dictámenes de aquel cuerpo, se entabló entre los dos el siguiente diálogo.

El Padre. Ya parece que la Academia ha adjudicado el premio.

El Hijo. (*Muy sobresaltado.*) ¿A quién padre? ¿lo sabe vmd?

El Padre. El primero á su poeta favorito, don José María Vaca de Guzman; y el *Accesit* á un poeta cordovés de un nombre en verdad harto estrambótico y raro; hombre hasta aquí desconocido, y tanto que en la vida he oido hablar de él. No será la primera vez que la Academia comete una injusticia. Se llama, si mal no me acuerdo, Lardnaz y Morante.

El Hijo (*Lleno de agitacion y rebosando en júbilo con mal formadas palabras, y como temiendo todavía revelar su secreto*). Pues ese poeta no le és á vmd. tan desconocido como vmd. dice, padre.

El Padre. ¿Pues acaso le conoces tú?

El Hijo. (*Temblando aun*). Si señor: bastante.

El Padre. ¿Pues quién es?

El Hijo. Padre, yo.....

El Padre. ¿ Tú.....? Pues muchacho ¿cómo?.... ¿cuán-

do....? vete por el manuscrito..... tráemele. Quien no sea padre, que renuncie á sentirlas delicias de una sorpresa semejante.

Salió en efecto don Leandro á buscar el original de la cópia remitida á la Academia; se le entregó á su padre todavia trémulo por la alegria, pero ansiosode juzgar por sí mismo. Tomó en sus manos el manuscrito: le leía devorándole, seguíale su hijo en todos sus movimientos aun mas dudoso de obtener la aprobacion de su padre, que confiado en el juicio de la Academia; mas el gozo de este, que hallaba dentro de él capacidad muy reducida, filtraba por todos sus poros, y la espresion del contento se pintaba en susemblante de tal modo, que desvanecido al fin todo recelo, no le quedó duda ni de la aprobacion, ni del indecible placer que le causaba la lectura del poema. Durante muchos dias, ni pensaba, ni hablaba con sus amigos de otra cosa y «comparados los dos poemas premiados, preferia, como era natural, el de su hijo» añadia este, concluyendo su relacion, y mostrando en sus ojos la tierna conmocion que escitaba en su alma este recuerdo.

Muerto su padre, continuó Moratin trabajando en la joyeria, y alternando las ocupaciones mecánicas del obrador con los trabajos literarios, y con las entretenidas é instructivas conversaciones de varios amigos. Fué entre estos el mas antiguo como el mas íntimo, el honrado y respetable don Juan Antonio Melon, cuyo conocimiento empezó en el Prado un dia que este se paseaba con el poeta don Leon de Arroyal, y en que se les incorporaron dos jóvenes escolapios, el P. Estala y el P. Navarrete, en cuya compañia venia Moratin. La conveniencia de inclinaciones y de edades hizo que los paseos se repitiesen; y lo que habia empezado por un encuenrro casual, acabó por una relacion estrecha, y en cuanto á Melon y Moratin, por una tierna amistad y de toda la vida. Reuníanse pues, en la celda del P. Estala, todos los dias Moratin, Melon y el P. Navarrete;

y allí pasaban agradablemente su tiempo hasta la hora en que cerraban el convento. Largo sería referir la gratas conversaciones, los proyectos literarios que alli se concibieron, y no se realizaron; pero que no por eso carecieron de utilidad por las conversaciones y discusiones instructivas á que daban motivo. En esta reunion, aumentada despues por la concurrencia de don Pablo Forner, cada uno de estos amigos adelantaba sus conocimientos por la comunicacion recíproca, y hasta sus diversiones servian para ejercitar su ingenio. Cuando, se proponian improvisar una tragedia en que Estala se encargaba del segundo acto y asesinaba á todos los actores, dejándo á Moratin la dificultad de continuar el tercero: cuando, un sainete con el título de la Batalla de Lepanto; y cuando una Egloga con el de la Bucólica del Abroñigal, en que todos los pastores se conjuraban contra Mirtilo, que era el nombre de Moratin, para ponerle en situaciones apuradas que no servian sino para que luciese la fecundidad de sus recursos, y para obligarle á soltar el torrente de sus gracias y felices ocurrencias.

Interrumpiéronse estos gratos pasatiempos por la muerte de la madre de Moratin, á quien amaba tiernamente; y en esta ocasion, como en todas las demas desgracias de su vida, contribuyeron á tranquilizar su espíritu y enjugar sus lágrimas, la amistad fina, la continua compañía y los discretos consejos de su amigo Melon. Habiéndose quedado solo, pasó á vivir con su tio don Miguel, que tambien trabajaba en la joyería del rey, calle de las Veneras. Durante la vida de su madre no podia hacérsele ni insoportable ni ingrata una ocupacion que proporcionaba á este escelente hijo el dulce placer de mantenerla, de vivir en su compañía, y de consolarla en su viudez. Mas muerta aquella señora, su situacion que solo el amor filial habia hecho hasta entónces llevadera, empezó á parecerle lo que no podia menos. Cuando nadie se lo hubiera dicho; cuando la Academia, coronando por segunda vez en el año de 82 al autor de la Lec-

cion Poética, no le hubiese dado á entender lo que efectivamente valia, él mismo, al entrar en la fuerza de su juventud, no podia menos de sentir su propia superioridad. En los hombres grandes aquellas determinaciones instintivas que llamamos vocacion, producto de su organizacion privilegiada, y que el poeta del Ponto describe con tan hermosa imágen diciendo *est Deus in nobis*, son con efecto una fuerza, un impulso irresistible y sobrenatural que les atormenta, si su posicion les obliga á contenerle. Un obrador no era ciertamente el teatro de Moratin. No habia venido al mundo para servir de instrumento á los caprichos de la vanidad, para consumir su ingenio en idear los modos de contentar á un estúpido opulento, haciendo brillar sus suaves, sus almidonadas manos con sortijas y cintillos, ni para ornar la frente altiva de una petimetra con piochas ó diademas. Talía le habia cedido su máscara, y Momo su cascabel; no para que sirviese, sino para que corrigiese los defectos y vicios de su edad, para egercer un magisterio harto mas noble y útil. Ardiendo en su pecho el fuego de la divina poesia, lleno de sus sublimes inspiraciones, pero rico solo en esto y pobre en todo lo demas, no podia menos de aspirar á una situacion que conciliase sus necesidades físicas con el ócio dulce que pide el comercio de los musas; y como los empleos en España, al menos por entonces, no eran una ocupacion, aspiró á obtener uno, que le pusiese en estado, no de pasear su inutilidad por tiendas y plazas, sino de abandonarse con gloria de su nacion á los trabajos útiles á que le llamaba su ingenio. Inútiles fueron sus esfuerzos durante algun tiempo; mas como sus composiciones le habian dado ya celebridad, entre los que en aquella época brillaban, uno de los primeros, el ilustre Jovellanos, sino consiguió, se propuso proporcionarle una salida que á no haberse cambiado el viento de la fortuna, próspero entonces á sus protectores, habria venido á tener el resultado que Moratin deseaba. El conde de Cabarrús, encargado de una mision importante en París, pidió á

Jovellanos que le indicase un jóven de talento que en calidad de secretario quisiese acompañarle, y este designó á Moratin.

Aceptó la proposicion, aunque un tanto á disgusto de su tio don Miguel, sin cuyo consentimiento nada quiso hacer; pero vencida esta resistencia por Melon, partió para Paris en compañia de Cabarrús, como á fines de 86 y principios de 87. Era este ministro demasiado ilustrado para que tardase en conocer el tesoro que poseia, y sobradamente bueno para que las pretensiones pueriles del amor propio triunfasen de los sentimientos del hombre honrado y de luces. Asi es que, á muy poco el secretario dejó de ser su dependiente, y empezó á ser uno de sus íntimos amigos. Este viage, ya que no produjo el resultado que se habia propuesto, fué sin embargo para Moratin de muchísimo provecho, como aparece de un borrador de su correspondencia, que obra en mi poder, con los señores Cean y Bermudez, Forner, Jovellanos, don Eugenio Llaguno, Signorelli, Conti y otros. No correspondió por este tiempo con el primero de sus amigos, porque por la misma época, Melon vino tambien á Paris donde vivieron juntos en la calle de Viviene, hôtel de la cour de France, hoy *des Etrangers*; y de aquí se separaron, continuando este ultimo sus viages por Inglaterra y Holanda. De la coleccion de aquellas cartas resulta; que en enero de 87, y con un tiempo malísimo, atravesaron el Aragon; que desde allí pasaron á Barcelona, donde por primera vez vió Moratin el mar «espectáculo, segun el dice, interesante y maravilloso.» Alli permaneció ocho dias; y por el Rosellon entró en Francia, hallándose en Montpellier el 20 de marzo. Dicho se está que su viage fué un estudio constante, que estendió y engrandeció la esfera de sus ideas. Asi es que en sus cartas describia á Cean los monumentos de los artes, á Forner le daba consejos no inútiles para reprimir su fogosidad, y dirigir su ingenio, á Jovellanos, Llaguno, Signorelli y Contí les hablaba de literatura. Segun el itinerario que ofrece esta corespondencia, de Montpellier pasó á Marsella en-

tre el 23 y 30 de marzo: de aquí á Avignon, donde se hallaba el 13 de abril, y de aquí á París, desde donde escribe ya el 29. En esta capital permaneció como hasta mediados de julio. En ella conoció y trató al célebre Goldoni. De su correspondencia resulta cómo, y de su relacion el placer que tuvo en conocerle. «Hallé á Iberti en casa del conde de Aranda, dice en carta á don Eugenio Llaguno: nos abrazamos, nos dimos cuenta recíprocamente del estado de nuestra salud, y lo primero que le pregunté fué si vivia Goldoni.—Vive y está bueno.—¿Y donde está?—En París—¿En que calle?—¿En que casa?—Cuando vmd. quiera verle, iremos juntos.—¿Cuándo puede vmd. llevarme?—Mañana.—¿A que hora?—A las once.—¿Y en donde nos veremos? En el Boulevard, junto á la calle de Richelieu—Pues allí estaré. Pues no haré falta.—Llegó el dia y la hora señalada: fuimos allí, y ví á mi buen Goldoni, viejo, amable, respetable, alegre, gracioso, cortés... No me hartaba de mirarle..... ¡Cuánto me agradeció la visita.....! Hablamos largamente de teatro; y se complació infinito, cuando le dije que en los de Madrid se representaban con frecuencia y aplauso la Esposa Persiana: la Muger prudente: El enemigo de las Mugeres: la Enferma fingida: el Criado de dos amos: Mal genio y buen corazon: el Hablador: la Suegra y la Nuera y otras producciones estimables de su *demasiado* abundante vena. Me habló de la ingrata patria, que le obligaba á vivir ausente de ella, atenido á una pension que le daba esta córte, con el título de lector de la Reina, y al recordarlo se le bañaban los ojos en lágrimas. *Yo le acompañé tambien, por que en efecto es cosa cruel que el mérito de hombres tan estraordinarios, honor de su nacion y de su siglo, se desconozca y se desprecie con tal estremo que la soberbia república de Venecia permita que Goldoni viva á merced de un gobierno estrangero, y que otra nacion haya de dar sepulcro á un hijo suyo, que tanto ha contribuido á su ilustracion, á sus placeres y á su gloria.*»

Cabarrus, concluidos los asuntos de su viage, ó mas bien con-

vencido de la inutilidad de este y de su residencia en aquella córte, dispuso verificar su regreso á Madrid por Barcelona; mas en Tolosa le alcanzó un pliego del gobierno francés que le obligó á volver á París. Quédose Moratin en Tolosa, de donde escribia á Cean el 24 de julio. Allí volvió á reunirse con él Cabarrús; y por lo que aparece, entráron en España: estuvieron en Bilbao y Vitoria, llegáron hasta Pancorvo, y desde allí, deshaciendo el camino, volvieron á entrar en Francia, recorrieron á Pau, Montauban, Auch y regresaron por segunda vez á Tolosa, desde donde con fecha de 7 de diciembre escribe á Forner. El 8 de enero de 788 ya estaban de vuelta en Madrid, desde donde con esta fecha escribe Moratin á Conti. Continuó en compañia de Cabarrús, y este en favor por algun tiempo; mas á poco se levantó contra él aquella tempestad que suscitó la envidia de los necios á quienes ofendia su mérito, y de los ambiciosos que segun su inveterada costumbre, no valiendo nada por sí mismos, ni saben fundar su fortuna, ni pueden estender su influencia sino sobre la ruina de los hombres de provecho. Vióse Cabarrús aprisionado: ocupáronse sus papeles: tuvo por sus acusadores y por jueces á sus mayores enemigos, y esta horrible borrasca alcanzó á cuantos habian merecido su estimacion. Lerena no pudo perdonarle la grave injuria de haber hecho el elogio de su predecesor; y aun mucho menos el crímen irremisible de haberse mostrado por sus talentos dignos de sucederle. Moratin padeció con este motivo las mayores amarguras, no menos por la persecucion injusta de su favorecedor que por las consecuencias que eran de esperar contra su secretario y amigo. Envuelto en su desgracia, temió verse aprisionado como él; y por decontado vió desvanecerse las esperanzas que fundaba en su influencia, en una situacion que su pobreza hacia desesperada. Afortunadamente halló, en esta ocasion como en todas, en su honrado tio don Miguel afectos de padre. Desde el gabinete de un estadista, volvió á la pacifica morada de las artes, y tal vez le pesó

entonces haber abandonado su antigua ocupacion. Sin embargo, no por eso volvió á ella. El que sin haber salido de los áridos contornos de Madrid no pudo resistir la vehemencia de su inspiracion, ¿como podria ni sujetarla, ni estinguirla, ni reducirse á la sequedad de un arte mecánica, al manejo de una lima, el taladro ó el martillo, despues de haber visto dilatados mares, fértiles rios, campiñas pobladas y amenas; despues de haber recorrido de Oriente á Occidente los floridos valles, los encumbrados riscos del Piréne; y despues de haber admirado en naciones estrañas los monumentos grandiosos de las artes, la riqueza de su literatura, los frutos en fin de su cultura y civilizacion; despues de haber cargado, por decirlo así, y tan abundantemente su imaginacion de electricidad poética? dado pues al estudio, y ocupado de su arte, pasó en el modesto albergue que su tio le procuraba, el tiempo que fué necesario para que calmásen un tanto las pasiones, que excitadas contra Cabarrús, alejaban de toda pretension á cuantos habian merecido su confianza y amistad. Por esta época volvió á examinar y corregir el *Viejo y la Niña*, ya concluida desde el año de 86; y que en 88 volvió á dar, y por segunda vez tuvo que retirar, de las manos de los cómicos, gracias al vicario eclesiástico de Madrid, que rehusó conceder la licencia para que se representase. Por este mismo tiempo compuso, y en el año de 89 se publicó en la imprenta de Benito Cano, *la Derrota de los Pedantes,* sátira llena de gracia y verdades. Mas como su situacion era tan incierta y su delicadeza no le permitia vivir á espensas de nadie, deseaba con ansia fijarla y mejorarla. Instaba á su amigo Melon, el único acaso con quien se atrevia á tener esta confianza, á que usando de sus mayores relaciones le proporcionase un empleillo cualquiera. Hacíalo este con la mayor eficacia; pero con ningun fruto, y entretanto el tiempo pasaba y su inquietud crecia. El autor de la *Toma de Granada,* de la *Leccion Poética*, y *del Viejo y la Niña*, aunque nunca representada ni impresa, ya de muchos conoci-

da, un jóven que por sus talentos habia fijado la atencion y merecido el aprecio y la amistad de los primeros literatos, no solo no halló una plaza en la Biblioteca, sino que ni aun se le creyó digno de un empleo de copista en Rentas, Propios y Arbitrios, las Bulas, ó el Papel sellado; porque, como su objeto era el de proporcionarse, en pocas horas de trabajo, lo estrictamente necesario para mantener la vida y poder dedicar el resto segun sus inclinaciones, su vocacion en materia de empleos era universal, ó mas bien, considerados todos ellos como medios de satisfacer la única que tenia, cualquiera era bueno. Mas despues de haber llamado en vano á todas las puertas, á la vuelta de algun tiempo se le ocurrió una idea que produjo algun resultado; si bien fué tan mezquino, que mas es para referido como escarmiento de pretendientes, que para gloria de protectores. Llegó á saber Moratin que un músico de la capilla real, llamado Marcoliní (si la memoria del señor Melon no le es infiel) componía versos ridículos y bufonescos, que agradaban mucho al conde de Florida Blanca, por otra parte tan digno y respetable; y discurrió que pues los malos de este poeta espurio y maldecido de Apolo, entretenian los ócios del ministro, otros que no lo fuesen tanto, pero que siendo del mismo género se acomodasen al paladar de S. E., cuyo gusto no le era dado formar de nuevo, deberian complacerle mas. Compuso pues un romanzon de aquellos que no le costaban sino el precio del papel, y por decirlo así, el trabajo material de escribirlos, y se le remitió. ¡Cuál fué su sorpresa cuando supo que el ministro habia juzgado sus versos harto mas benignamente que su autor; que los habia hecho leer á la mesa; y lo que es mas, que se los habia dado al oficial mayor de la secretaría don Sebastian Piñuela, con órden que se le premiase con un beneficio simple! Llamóle Piñuela; dióle tan grata noticia; lo alabó sus versos; en secreto le dijo que él tambien los hacía, y le despidió muy contento creyendo que al fin habia arribado á puerto de salvacion. Se equivocó en verdad,

porque la generosidad del señor Piñuela, que hacia versos secretos y dignos sin duda de un siglo de confesion, ó la del señor conde que estimaba y celebraba los de Marcolini, ó la de entrambos como es de suponer, no pasó de conferirle un préstamo en el arzobispado de Burgos de trescientos ducados, con los cuales quedaba, poco mas ó menos, tan en *potentia propinqua* de morirse de hambre como antes de este rasgo de la liberalidad de sus Mecenas. Se vé que, ó eran de aquellos que adoptando un error tan general hasta aqui entre cortesanos y palaciegos, como funesto á los buenos ingenios, creian que el método dietético era muy á proposito para formar escelentes escritores; ó no quisieron esponer á su protegido á que en un éxtasis de gratitud dijese una blasfemia como Virgilio.

Deus nobis hæc otia fecit.

No obstante, este beneficio le sirvió como de título para ordenarse de prima tonsura, el 9 de octubre de 789 por mano del obispo de Tagaste; preparándose así á mayores ascensos en su nueva carrera, pues que al fin la provision de otro beneficio ofrecia ya por resulta una prestamera.

Ya por este tiempo empezaba á obtener favor don Manuel Godoy, guardia de corps, compañero de cuartel y amigo de otro llamado don Francisco Bernabeu, sugeto honradísimo y muy aficionado á los literatos. Conocíanse casualmente este último, Moratin, Forner y Melon. Bernabeu que con frecuencia tenia ocasion de admirar el talento de aquellos, y que vió que sobrándoles mérito les faltaba proteccion, los presentó á don Luis Godoy, guardia tambien; y este, prendado de ellos, los recomendó á su hermano, que ya en el año de 90 gozaba de la mas alta influencia. Fueron Moratin y Forner presentados por Bernabeu á don Manuel Godoy, á quien no pudieron menos de parecer entrambos lo que efectivamente eran, y desde este momento se declaró su protector. Forner fué nombrado Fiscal de la Audiencia de Sevilla, y á Moratin se le confirió, el tres de

octubre del mismo año, un beneficio en la iglesia parroquial de la villa de Montoro, que le ofrecia una subsistencia desahogada unido á una pension de 600 ducados sobre la mitra de Oviedo, que cobró religiosamente hasta que obtuvo este obispado el R. obispo actual, (1) quien, dando á sus ovejas este ejemplo de escandalosa insubordinacion á la suprema autoridad del estado, de ingratitud á quien debe su nombramiento con los gravámenes que pudo y tuvo á bien imponerle, y de irritante infraccion á los preceptos de la moral de todo hombre honrado, y á los del evangelio que no escusa á los obispos de pagar á sus acreedores, sin haber querido satisfacer mas pensiones que las de los años de 1815 y 16, debe á Moratin, que murió sin perdonárselos, setenta y nueve mil y tantos reales.

Cuando obtuvo esta gracia se habia en fin representado ya el 22 de mayode aquel año (merced á la influencia del mismo protector) el *Viejo y la Niña*. Fué Moratin entre los de su tiempo el poeta predilecto de don Manuel Godoy; y en verdad que si el acierto que tuvo en esta eleccion le hubiese tenido en todo, la posteridad en lugar de murmuraciones no tendria que tributarle sino elogios. Rígidos censores han acusado á Moratin de que se mostró agradecido; mas los que en aquella época le estudiaron con imparcialidad, no encontraron sino motivos de admirar sus estimables prendas, y mas que todo una solidez de juicio dado á pocos á la edad de treinta años. Otro que no hubiera sido él, se habria dejado llevar del viento de la fortuna; y por poco en verdad que hubiese querido renunciar á la inflexibilidad de sus principios, el distinguido aprecio con que le trató el duque de la Alcudia, el príncipe de la Paz, que mas de una vez para buscar á Moratin que se escondia entre los últimos, rompia la fila de los grandes personages que asistian á su córte, autoriza sobradamente la presuncion de que habria sido admitido á su inti-

(1) Se refiere el autor al año de 1828.

midad, y con ella á la influencia, al mando y á las adoraciones de cuantos están dispuestos á inclinar su rodilla ante el ídolo del poder. Si todos los que rodearon á este privado hubiesen mostrado la misma circunspeccion en no aprobar lo que no merecia aprobacion, la misma sobriedad en los elogios, tal vez este jóven cuya razon contribuyó no poco á trastornar el incienso de viles aduladores, tendria hoy en su retiro menos debilidades que llorar. Moratin ni aduló á sus concubinas, ni á los ministros de sus placeres, ni á sus cocineros, sus pinches, sus caballos y sus perros, como hicieron tantos que, el dia de su desgracia, de repente, recobraron toda la austeridad de sus virtudes; y sin cuidarse de lo violento de la transicion, se pasaron de la escuela de Epícuro á la de los Catones y los Brutos. Ni le corrompió en la prosperidad, ni le insultó en la desgracia. Creyó que habiendo recibido sus favores, y debiéndole cuanto fué, habia perdido el derecho de decir mal de su bienhechor. Tales son los principios, los sentimientos de pechos nobles. Como no todo lo que hizo su protector fué malo, alabó en él lo que sin rubor podia ser alabado, ó le dirigió composiciones festivas que no contenian ni aplauso ni vituperio. Mas no pudiendo menos de juzgarle interiormente, luchando entre la evidencia de su razon y la gratitud, adoptó el único partido que podia conciliar su honor y su virtud con la prenda de agradecido. Ni trató bajamente de adivinarle todos sus pensamientos, ni suscribió á todos los deseos que le adivinó; y si recibió sus beneficios, se alejó cuanto pudo de su intimidad. Falta saber si los censores rígidos podrán acusarle ó de las necesidades que le obligaron á buscar proteccion y de no haberla hallado sino en Godoy, ó del poder y la autoridad que este ejerció.

Consiguiente á aquella idea de alejarse de su protector cuanto pudiese sin parecer ni ser ingrato; de no ponerse en el peligro de adquirir una influencia que no codiciaba, ya que no podia serle dado lisonjearse con la esperanza de dirigir, segun su

corazon y sus luces, la que su Mecenas ejercia; lejos de fatigarle con su presencia y sus visitas, frecuentaba su córte lo menos que podia, y estudiaba mil pretestos para alejarse. A poco de haber obtenido el beneficio de Montoro, se retiró á la Alcarria; y segun resulta de una carta de Signorelli de 26 de marzo de 92, respondiendo á otra de Moratin, este destierro voluntario valió la *Comedia nueva*, que fué representada en el mismo año. Fiel á sus designios su inimitable autor, sustrayéndose á los aplausos de la escena que tanto le agradaban por alejarse de los peligros de una córte cuyo poeta Cesáreo no queria ser, inventó nuevo pretesto, no ya para retirarse por poco tiempo á una provincia, sino para salir de España por algunos años; y mientras que tantos de cerca y de lejos apuraban todos los medios de la intriga, y fatigaban su ingenio para introducirse en las antecámaras de los criados de los criados del dispensador de las gracias, atormentaba Moratin el suyo para no verse á su pesar introducido en su gabinete. Espuso á su protector la necesidad que tenia de viajar para instruirse; y bien que así lo creyese sin llevar mas adelante sus sospechas, bien que vislumbrando otra cosa, respetase sus verdaderas intenciones, no solo le concedió el permiso que deseaba, sino que le auxilió con treinta mil reales para sus viages.

Salió de Madrid, vino á Francia. El aspecto de su revolucion en todos sus horrores le estremeció. Pertenecia á su siglo por sus luces: deseaba las reformas útiles y posibles; pero como no habia recibido de la naturaleza las inclinaciones de los tigres y de los leones, no estuvo sujetc á aquella fiebre patriótica, á aquellos éxtasis heróicos de amor á la humanidad de los que, para anticipar la felicidad de las razas futuras que no conocen, empiezan por esterminar la generacion que con ellos vive. Asi fué que los deliquios amorosos á que se abandonaba el pueblo soberano con la cabeza, el corazon, y los pechos de la hermosa, dulce, y benéfica princesa de Lambálle, fueron para él espectáculos de horror que

le hicieron dejar con espanto y aversion un pais donde el crímen parecia haber erigido su trono; y donde con la máscara de libertad, invocando sacrílegamente la razon y la filosofía que no fuéron nunca sus auxiliares ni sus cómplices, obtenia un culto tan anti-filosófico y cruento. Moratin vivió y murió perteneciendo á aquel pequeño número de hombres ilustrados y de corazon sano y justo, que asi desechan los errores envejecidos como las novedades desastrosas.

Salió de Francia aterrorizado y pasó á Inglaterra. Allí estudió las costumbres, la legislacion, la administracion de esta nacion célebre; pero mas que todo, los monumentos de las artes y la literatura, y con esta y la lengua adquirió los conocimientos que necesitaba para traducir, y los que mostró comentando, admirando, censurando y traduciendo el Hamlet de Shakespeare, que se imprimió en Madrid en 798, y que tanto irritó la bílis del bueno de don C. C. (1). De todo juzgó con aquella severa imparcialidad de su recta razon dirigida por buenos estudios, segun resulta de las apuntaciones de su viage. Como no habia salido de España para admirar ó deprimir por pasion cuanto fuese estrangero, ni le agradó la intemperancia ni el orgullo de los ingleses, ni sus combates á puñadas, ni el olor del carbon de piedra; ni dejó de alabar la actividad de este pueblo laborioso, la limpieza de sus casas, la hermosura de sus caminos, la facilidad de sus comunicaciones, la perfeccion de sus máquinas, sus adelantos en la agricultura, las artes y el comercio; ni de suspirar cuantas veces el término de comparacion le escitaba la memoria de su patria, donde echaba de menos lo que allí veia, y en donde la naturaleza quiso que hubiese de sobra, no solo esto, sino lo que allí no podia haber. Tampoco se enamoró de la iglesia de Enrique VIII, ni de los presbiterianos, anabaptistas, metodistas, socinianos, y cuácaros.

(1) Tal vez alude á don Cristóbal Cladera.

Aplaudia que no se persiguiesen; que vivieran juntos; que se tratasen como hermanos: y aun habria deseado que la toleran- cia inglesa semejante á la suya, no hubiera tenido límites ni esclusiones. En cuanto á su organizacion social, amigo de la libertad moderada y urbana, ni aprobaba las discusiones furibundas de taberna, las opiniones anárquicas de sus Lewallers, ni le parecia mal que sus leyes garantizasen la seguridad pública contra las invasiones del poder Ultimamente con respecto á sus teatros, el que habia recibido de Talia la mision de combatir los mónstruos que produjo la imaginacion alegre de Lope de Vega, no podia enamorarse de los espéctros hórridos de Shakespeare, ni aprobar en los estrangeros las estravagancias que condenaba entre los suyos. Fiel á sus principios, tributando á los poetas célebres de nuestro Parnaso, y sobre todo á Lope de Vega, una especie de culto en su corazon, ni con su doctrina, ni con su ejemplo quiso consagrar sus errores; y restaurador entre nosotros de la escuela clásica, de la escuela de la razon, víctima por decirlo asi de su propia severidad, ¿cómo podria aplaudir en la fábula las inverosimilitudes, los delirios, y en el estilo la mezcla ridícula de hinchazon y trivialidad, del poeta inglés, cuyo desarreglo sostiene y quiere restablecer una nueva secta? Con nadie podia dejar de ser aústero y justo, el que á su padre (cuya memoria idolatraba y de quien repetidas veces decia «mi padre fué poeta: yo no lo soy») juzga de esta manera hablando de la Petimetra «esta obra impresa en el año de 762 carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion de estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla.» ¿Mas con quién en este punto podia ser indulgente el que consigo mismo fué tan severo? Doscientas piezas de teatro, diez ó doce volúmenes de versos, habrian bastado apenas á desahogar

la copiosa vena de Moratin, si la austeridad de sus principios no hubiese reprimido y hasta casi estinguido la fecundidad de su imaginacion Si se hubiera dejado llevar de su inagotable facilidad; si no hubiese querido someterlo todo á la pesada lima, á que se debe que la mayor parte de sus composiciones en todos géneros sean otros tantos modelos del arte, habria dejado á la posteridad tantos versos, cuantos hubiese podido escribir un amanuense de rápida mano. Apelo al testimonio de sus íntimos amigos. ¿Cuántas veces en aquellos momentos de dulce y grata amistad cuya privacion ha dejado en mi alma un vacío eterno, y cuyo recuerdo en este momento humedece mis párpados, se ponia á imitar tal ó cual poeta, ó trazando el plan de una comedia, empezaba á poner en accion sus personages, les hacia hablar sin que le faltasen, ni las ideas, ni los versos, ni sobre todo las sales cómicas, hasta que apuradas las fuerzas con la violencia de la risa era menester pedirle un descanso como por capitulacion?

Permaneció en Inglaterra como cosa de un año, al cabo de cuyo tiempo, y como por el mes de agosto de 93, emprendió su viage á Italia, embarcándose en Dower, desembarcando en Ostende, y despues de haber pasado por Bruxelas, Colonia, Franc-fort, Fribour, Schaffausen, Zurich y Lucerna, entró en Italia por el monte San Gothardo. Inútil seria referir aqui las particularidades de su viage, habiéndole creido digno de insertarse en la coleccion de sus obras, por el interés que inspiran las descripciones que hace de todas las ciudades que recorrió, de los monumentos de las artes que fué encontrando, las observaciones que iba haciendo; y mas de una vez por las ocurrencias felices con que, de cuando en cuando, alegra y ameniza este género de narracion, de suyo seco y duro. Por ahora habrá de contentarse el lector con saber que estuvo en Milan, Parma, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles, Ferrara, Verona, Vicenza, Padua y Venecia; que Bolonia fué como su cuartel general de

donde partia, adonde regresaba de sus espediciones, y en donde residió mas largo tiempo. Permaneció en la hermosa Italia, objeto de su preferencia por la bondad de su clima, como país clásico de recuerdos históricos, por la dulzura de su lengua, la riqueza de su literatura, y por su profusion en los modelos de las artes, hasta el setiembre de 96. El 11 de este mes, salió de Bolonia para Génova: llegó á Niza el 23, y en el pequeño puerto de Villafranca inmediato á esta ciudad, se embarcó el 18 de octubre, á bordo de la fragata española la Venganza. Su navegacion fué tan aciaga, que decia que cuantas veces se acordaba de la situacion en que se vió, no podia menos de estremecerse: estuvo para arrojarse al agua, prefiriendo acortar los momentos de una vida que todos contaban por perdida, á prolongarla en medio de tantos lamentos, horror y espanto. «Salimos, dice, en la relacion de su viage, el 18 de octubre. Vientos furiosos, corrientes encontradas, balances, golpes, confusion, terror. El corazon se me oprime al recordar aquellos infaustos dias. Rompióse la caña del timon: se quebrantó el baurés: corrimos de una parte á otra adonde los aires y la mar quisieron llevarnos. Avistamos por dos veces una escuadra que creimos inglesa, y entre el temor de perder la vida ó la libertad, vacilamos inciertos, hasta que logramos fondear en la isla de San Pedro, situada en la punta meridional de Cerdeña...... Salí de esta isla el 16 de noviembre; y á pocas horas arreció el viento, se alteró el mar, y entre borrascas, lluvias y huracanes, llegamos á Mahon.... Salimos de Mahon el dia 7 de diciembre para Cartagena. Calmas en los dos primeros dias: apenas haciamos dos millas por hora. El dia 9 se levantó un viento fresco que despues arreció con lluvias y nieblas: por no estrellarnos en las costas que la obscuridad no nos dejó descubrir, fué necesario apartarse de ellas: avistamos el cabo de Gata, pero la violencia de los vientos que nos habian estorbado la entrada en Cartagena, nos impidió tambien que tomásemos el

puerto de Málaga. Seguimos, pues, la noche del dia 10 caminando nueve millas por hora á palo seco, y entramos en la bahía de Algeciras al dia siguiente, arrastrados de las ondas y de los vientos y á medio tiro de la escuadra inglesa fondeada en Gibraltar. Los conflictos de este viage, los peligros de este arrivo, los horrores de que me ví cercado, esceden á toda ponderacion.»

Durante este viage murió en Madrid Samaniego, secretario de la interpretacion de lenguas. Melon que sabia la estimacion particular que de Moratin hacia el príncipe de la Paz, entonces duque de la Alcudia, y pensando que nada podia convenir mejor á Moratin que este destino, aunque no conocia al duque, como apoderado de su amigo, le dirigió un memorial pidiéndosele para él. No se necesitó mas para que se le diese; y el agraciado, sin tener ningun antecedente, cuando desembarcó, se halló con la agradable nueva de haber sido nombrado secretario de la interpretacion de lenguas, con honores de secretario de S. M. el 4 de octubre de 796.

Empleó el mes de enero de 97 en ver á Cadiz, Córdoba, Sevilla etc., etc. Llegó á principios de febrero al sitio de Aranjuez, donde su protector le recibió con singular agrado, y distinciones que le dieron de repente muchos amigos, que perdió á pocos dias porque se le supuso en desgracia, no sin alguna sombra de motivo. Como que nadie le escedia en reconocimiento, á ninguno le habria sido mas grato el poder complacer en todo á aquel á quien todo lo debia; mas la lira es delicada, pulsada sobre todo por la mano de un hombre que no quiere serlo menos que la lira. El arte ha fijado á cada género sus asuntos propios; y como ni la poesía ni la prosa pueden hacer otra cosa que adornar el trono de la razon, no deben ser sino el eco de la moral. Cuanto esta aprueba y ensalza, puede servir de asunto á la oda, ó al panegírico; mas lo que esta resiste, aun cuando no salga de la esfera de las debilidades humanas, no puede prestarse si-

no á la sátira ó al silencio, y no es posible faltar á estos principios sin que queden deshonrados el poeta y el arte. Si el protector de Moratin tuvo un momento de mal humor, menos injusto de lo que le suponian sus aduladores, no dió realizados sus pronósticos, y sin que pasase de aqui la desgracia, pasó Moratin á Madrid; se ocupó de arreglar su secretaría y despachar los negocios de ella, alternando las traducciones del tudesco y del árabe, del latin y el holandes con las del Hamlet, con algunas otras composiciones originales que corren en sus poesías sueltas y pertenecen á esta época, con otras muchas que desechó la severidad de su crítica, y que rasgó, inexorable solo en esto al ruego de sus amigos, y con un pequeño número de otras, que parecen haberse salvado, como á su pesar, de su furia estermi-nadora; y que se han hallado entre sus borradores, unas en papeles volantes y al respaldo de un sobre ó de una receta, otras en dos libretas de pergamino como de cuentas y de correa larga, de que apenas han quedado sino los forros, muy pocas hojas, y los vestigios de haber arrancado todas las demas. Sin embargo, aunque en este estado, no anunciaban desease su autor que viesen la luz pública, se insertarán en la coleccion de sus obras; sin que me atormente escrúpulo alguno de conciencia por no haber en ello consultado acaso el rigor de su voluntad, decidido á multiplicar en este punto las infracciones, estendiéndolas á cuanto en prosa poseo, y á cuanto en verso y prosa pueda adquirir, y se halle en manos de alguno de sus amigos. Autorizado con un ejemplo grande de la antigüedad, me proponia como Augusto la cuestion *¿Solvetur littera dives?* y aunque como á él me asaltaba el *sed legum servanda fides* etc. etc. he venido á resolverla de la misma manera.

Frangatur potius legum veneranda potestas
Quam tot congestos noctesque diesque labores
Hauserit una dies...........

Aunque el número de estas composiciones no es grande por desgracia, son todas ellas muy dignas de su autor. Algunos sonetos, tal cual epígrama, la sombra de Nelson, ya conocida, y sobre todo tres composiciones en aquel género festivo en que Moratin es inimitable. *El Aguinaldo Poético;* con el título de *Epístola á un Ministro*; una sátira contra un importuno que tenia ciertos ribetes de malignidad, y cuyo asunto tiene mas de pasage histórico que de fabuloso; y otra con el título de *Epístola á una Dama,* que le pedia algunos versos, con cuya ocasion habla y satiriza á muchos de los malos poetas de aquel tiempo, citándoles por sus mismos nombres, motivo por el cual esta composicion no fué nunca conocida sino de un cortísimo número de amigos (tal vez no llegaron á cuatro) á quienes nos la recitaba de memoria. Yo le pedí mil veces que me dejase copiarla: sin duda para librarse de mis importunidades, me hizo creer que no la tenia escrita: ni sabía de ella sino fragmentos, como de tantas otras que igualmente recitaba, y con efecto destruyó desgraciadamente. Sin embargo, fué tanto lo que yo le rogué la conservacion de esta, por ser una especie de documento histórico de aquellos tiempos, que no estrañaría que á mi intercesion, y al mucho cariño que me profesaba, se deba el haberla salvado, contra su voluntad, del fuego en que tantas otras perecieron. Apreciaba á Ovidio, pero no aspiraba sino á la gloria de Cátulo: poco y bueno.

Habiéndose tratado de reforma del teatro, fué Moratin por este tiempo nombrado por S. M. individuo de una junta que se formó, y cuya presidencia fué cometida al gobernador del consejo, personage que hace largo tiempo está en posesion de entender de todo, y á quien, como por juro de heredad, pertenecen en la córte todas las presidencias. Eralo entonces el general Cuesta, hombre estimable, escelente militar, mas su carácter se resentia un tanto de la dureza de su profesion: muy capaz de trazar un plan de campaña, pero hijo tan favorecido de Mar-

te como ignorado de Apolo y de las musas. Asi es que en las juntas no era posible que estuviesen de acuerdo el general y el poeta. Viendo, pues, el segundo este estado de oposicion contínua; y habiéndole sobre todo el señor gobernador mostrado, en cierta ocasion, cuan dispuesto estaba á confundir una junta deliberativa con un campo de batalla, una discusion literaria con el fuego de una batería enemiga, y cuan propenso á rechazar los ataques de la primera, por medios análogos á los que exije la segunda, tanto que segun se puso de irritado y fuera de sí, decia Moratin, temió que le tirase el tintero; para evitar este conflicto de opiniones en que no era posible que el que sabia mas sacrificase las suyas al que juzgaba de lo que no entendia, y que por consecuencia no se prestaba á ningun género de transacion, tomó el partido de renunciar y de retirarse de tal encargo; viniendo asi á faltar en la junta, tal vez el único individuo capaz de ilustrar sus discusiones, y de indicar los males de que el teatro adolecia, y los remedios que pedia su reforma. Fué por aquellos tiempos muy frecuente entre nosotros, por la influencia de las rutinas, que los mejores proyectos se perdiesen en la impericia de los hombres á quienes se confiaba su ejecucion. ¿Los abusos de la autoridad judicial piden una reforma? No hay sino dar á los cuerpos togados un general por presidente ¿Se siente la necesidad de organizar cuerpos literarios? Pues no hay sino apresurarse á llenar su lista con muchas escelencias y señorías, y tal cual literato como por via de muestra. ¿Se desea una reforma en los teatros? Pues vengan togados y capitanes generales, y vaya Moratin á ver si puede empezar su educacion, ó trasmitirlos como por gracia infusa, la ciencia que le dieron muchas vigilias y larga constancia de observaciones contínuas. No podia menos de desgraciarse todo en la incoherencia de tales medios con el fin.

No será necesario que digamos al lector que la tal junta nada hizo; y que despues de la salida de Moratin nada podia hacer.

La superioridad lo notó; el rey, animado de las mejores intenciones, creyó haber hallado el remedio, nombrando á Moratin director de los teatros, por una real órden comunicada por el ministro Caballero. Mas si Moratin creia que una reunion de hombres compuesta de elementos hetereogéneos y aun discordantes, era poco á proposito para acertar con los medios de la reforma; tambien pensaba, y con harta razon, que un hombre solo, investido de una autoridad nueva, desconocida, mal definida, no podia bastar para luchar con todos los obstáculos que opondrian necesariamente la tenacidad de los antiguos hábitos, envejecidos errores de todas clases, religiosos, políticos, administrativos, el orgullo de protectores, y la intriga de los protegidos. Para todo esto se necesitaba las fuerzas de un Hércules, y él tenia demasiada modestia para esperar tanto de las suyas. Renunció, pues, á esta nueva distincion; agradeciéndola, y aun preguntado á quien podria conferirse este encargo, respondió, que en la reducida esfera de sus relaciones, no debia estrañarse que no conociese persona á quien designar.

Entretanto y alternando las ocupaciones de su secretaría con la sociedad de sus amigos, particularmente la que tenian en casa del honrado y erudíto don Juan Tinéo, reunion á que Moratin dió el nombre de sociedad de los Acalófilos; y con algunos otros viages á Pastrana donde habia comprado una casa, é iba á pasar algunas temporadas de recreo, en refundir el *Baron*, convirtiéndole de zarzuela en comedia, y en corregir la *Mogigata*, corrieron los años de 97 á 803.

En uno de estos viages á Pastrana compuso un poema con el nombre de la Huerteida. Era Huerta, á lo que parece, hombre de un carácter fogoso, que por adolecer un tanto de achaque de amor propio, no estaba muy dispuesto á apreciar debidamente el mérito ageno. Sin violencia se concibe que él que como poeta trágico miró á Voltaire con desprecio, despreciase tambien á Jovellanos, Moratin, Iriarte, Forner, y otros ingenios de su tiem-

po. Forner tambien de sangre viva y ardiente, sostuvo con él batallas campales: mas Moratin que con el arma de la ironía hubiera reducido al silencio á todos sus enemigos, miró siempre como un pecado poético toda personalidad, y se contentó con reirse de los desprecios de Huerta. Sin embargo, en Pastrana compuso este poema burlesco para espantar el tédio de la soledad, y á lo sumo para escitar la risa de tres ó cuatro amigos; pero decidido á no permitir cópia alguna, ni aun dejó subsistir el original. Aprendió de memoria su composicion, la rasgó; y nunca pasó de recitarla á Melon, á Tinéo y Forner, é instigado por el primero, vencida su resistencia con mucha dificultad, se la recitó una vez á don Eugenio Llaguno. No obstante tantos y tan estudiados medios para que de la Huerteida no sobreviviese ni un solo verso, Melon á fuerza de hacérsela repetir, y de oirle con sumo cuidado para retener algunos, ha podido conservar en su memoria buena parte de ellos.

En solo esta ocasion, y en la composicion que arriba indicamos, fué personal la sátira de Moratin; mas en entrambos casos fué su intencion y aun su resolucion bien pronunciada, que estos dos juguetes de su festiva pluma no viesen jamás la luz pública. Hoy que no existen ni el crítico ni las personas sobre quienes recae la censura, esta si se publicase, como su defensa, si alguno la intentára, pertenecen á la historia y deben conservarse. En las demas composiciones de este género, bien criticase las costumbres, bien el mal gusto que le precedió, ó los delirios y estravagancias de su siglo, no se propuso sino los progresos, la perfeccion del arte. Como que no inventó, ni era conveniente que inventase, tomó de la naturaleza los modelos: cuantos crean reconocerlos no hacen sino confesar el mérito de la cópia, mas se equivocan si piensan que Moratin se propuso murmurar ó desacreditar individuos determinados, ni por interés, ni por ambicion, ni por envidia. Cuantos han tratado á Moratin, han tenido frecuentes ocasiones de observar que era harto mas candoroso,

que maligno, harto mas indulgente que mordaz. Por serlo en demasia, jamás pudo amar de corazon á un hombre á quien trató por muchos años. Su crítica no solo no subia, como por desgracia es tan frecuente, del corazon á la cabeza, sino que ni aun bajaba de la cabeza al corazon. Severo en su gusto en materias literarias, con nadie lo era mas que con sus amigos.

Llegó en fin el año de 803 en que se representó la comedia del *Baron*, que en forma de zarzuela habia compuesto Moratin doce años antes. Hacia largo tiempo que la ponzoñosa envidia acechaba una ocasion de vengarse de un hombre de quien no podia triunfar de otra manera. Los que adolecian de aquella grave enfermedad buscaron su remedio en la cooperacion de gentes poderosas é influyentes, protectores decididos de la compañia de los caños del Peral; y especulando sobre todo género de debilidades, les presentaron como un desaire el que hubiese cedido Moratin su nueva composicion á la compañia de la Cruz. Como se sabia que la comedia del *Baron* era, en el fondo de la fábula, la antigua zarzuela tan conocida, creyeron que impedirian la representacion de aquella si hallaban un poeta que sobre el mismo asunto hilbanase de pronto una comedia, antes que pudiese representarse la de Moratin; y cuando esto no se lograse, siempre convenia tener una pieza que palmear para justificar, con alguna sombra de motivo, los silbidos y chilladiza con que se proponian desterrar del teatro la de aquel; y en todo caso, se daba á la faccion una insignia para su bandera, y asi adornada se podia despues tremolar esta especie de lábaro ú oriflama. En grande y en pequeño el espíritu de faccion ha empleado siempre los mismos medios. El toque estaba en encontrar un rival que oponer á Moratin sobre la escena; y esto ni era fácil entonces, ni por desgracia del teatro español, lo será acaso en largo tiempo. Como la necedad empieza por no conocer el peligro, es de suyo poco aprensiva, es harto confia-

da y á todo se atreve: ya que no era posible hallar un rival al autor del *Viejo y la Niña* y de la *Comedia Nueva*, no habia cosa mas fácil que encontrar un coplero que se creyese superior á él, y que en cuatro dias zurciese un embrollo sobre poco mas ó menos. Prestóse á ello un tal don Andrés de Mendoza, hombre que podia tener mas de santo varon que de poeta cómico, y que no conoció que le habria sido mas fácil (y harto mas interesante) subir á los altares que á la cumbre del Parnaso. Puso manos á la obra; y en pocos dias presentó á los amigos, y ofreció al teatro, la *Lugareña orgullosa*, pobre niña, que como no era de tiempo, nació ya condenada á morir pronto sin que alcanzasen á prolongar su vida cuantos celebraron tan fausto alumbramiento, como ni bastaron á acortar la del bien constituido y robusto *Baron*, aquella especie de arañoncillo que consiguieron darle los conspiradores á su primera representacion. Uno de ellos, amigo despues de Moratin y de sus amigos, y que aun vive, (1) jóven entonces y dispuesto por el aturdimiento de la edad á juzgar con menos madurez que despues de la importancia de una intriga de esta especie, que aburriendo á un autor hubiera podido privar al teatro de la *Mogigata*, de *El Sí de las Niñas*, de la *Escuela de los Maridos* y del *Médico á palos*, ha espiado sobradamente su ligereza, confesando á Moratin la parte que tuvo en la intriga y descubriéndola; y aun esta revelacion, repetida por él mismo en nuestras conversaciones, ha servido de distraccion á los que la hemos escuchado. Lo inconcebible en esta ocurrencia es que el tal don Andrés de Mendoza fuese hombre tan sándio y de poca memoria, que habiendo tomado de la zarzuela de Moratin no menos que la fábula, los caractéres, las situaciones, los pensamientos, muchos versos, los nombres de los personages, y hasta el lugar de la escena, llegase á creer de buena fé, á lo que parece, que su comedia era *original*, y que

(1) No vive ya. Fué el apreciable don Dámaso de la Torre.

nada tenia que ver con la composicion de Moratin. Existen en mi poder dos cartas suyas á este, de las cuales en la una de ellas dice: «mañana lunes 27 á las 10 de ella, leeré mi comedia á los actores en la contaduría del coliseo de los Caños, lo que notició á vmd. por si gusta oirla; si se toma vmd. la molestia de concurrir, *ebidenciará por si mismo* que nuestras comedias *solo tienen de comun* el fondo del argumento, y que ni un verso ni una idea e tomado de la de vmd. (Es copia fiel hasta en la ortografía.) Cierto es que la lectura no se verificó ni el 27 ni en los dias sucesivos; porque en otra del 2 de enero de 803 le dice, que ha sucedido lo que él recelaba; que no podia leérsela porque al dia siguiente tenia que ir con precision á casa de S. E., y que no le suplicaba que le señalase otro dia y hora porque la comedia iba á darse muy pronto. Mas ¿cómo decia este hombre que nada, nada habia tomado de Moratin, y que su comedia era original? Ello es verdad que añadió muchas cosas, y ¡ojala que hubiesen sido buenas! Por decontado la mudó el nombre, el sexo, y aun el linage, pues á un baron de ilustre prosápia, descendiente de Pero Nuñez de Vargas, le convirtió en una aldeana pechera y del estado llano, y tan llano que la puso al nivel del inmenso vulgo de comedias, y producciones insípidas en que abundó aquella época fecundísima en refundiciones que estropeaban los originales, en dramas histórico-sentimentales, traducciones del francés en que tan bien conservado estaba el genio de la lengua original, que parecian hechas á propósito y como para el uso de las dos naciones, en melodramas, *dramas-melos*, y en una multitud en fin de fábulas disparatadas é insulsas que ni aun podian llamarse como las de nuestros antiguos cómicos, *nugæ canoræ*.

Al año siguiente ofreció Moratin á sus émulos nueva ocasion de que se luciesen los ingenios que entonces atormentaban las prensas. En el mes de mayo se representó en la Cruz, *La Mogigata*; mas en esta ocasion, perdida la esperanza de hacerla

silbar en el teatro, todo se redujo á críticas, unas bien intencionadas y urbanas, otras en las que se echaba de menos ó entrambas, ó alguna de estas calidades. Despues que Moratin vió, con ocasion del *Viejo y la Niña*, el efecto que venian á producir las defensas, formó el proyecto de no volver á tomar la pluma para responder á sus censores; y aun le pesó no poco de haberla tomado una vez, y asi fué que de los principios que adoptó en este punto, hizo su profesion de fé en una carta que dirigió á los editores de las Variedades, (1) y en que despues de agradecer los buenos deseos de un autor anónimo que habia tomado sobre sí el empeño de defender la *Mogigata* contra la crítica que de ella se habia hecho en el mismo periódico, no queriendo que de él se sospechase que era de aquellos que apelan á la supercheria, tan comun y poco feliz, como él la llama, de responder á los críticos suponiendo la existencia de una persona caritativa que favorece y defiende al autor, continua del modo siguiente: «Yo no respondo nunca á las censuras que se hacen de mis obras. Siempre las agradezco; porque si están bien escritas, me enseñan, me aprovecho de sus advertencias y callo: si son absurdas contribuyen indirectamente á mi celebridad, me rio de ellas y de sus autores, y del espíritu que las dicta, y callo tambien.» En prueba de cuan religiosamente se conformaba con sus principios, y de cuan antiguos eran en él, existe en mi poder un borrador de una carta dirigida al impresor del Diario, don Juan Fernandez de Rojas, rogándole encarecidamente no imprima ninguna defensa suya contra las críticas de Cladera y otros, sobre su traduccion de Hamlet, encargándole la reserva de su súplica, y la respuesta original de este, prometiéndolo asi con fecha del 10 de abril de 1800. Una y otra se insertarán en la coleccion en su correspondencia.

No obstante, apesar de su propósito de reirse de las censuras

(1) Núm. XVII pag. 306.

que contra su obra dictaba la necedad, no le fué posible hacerlo con las que sugirió á algunos malvados el deseo de la venganza, ó su intolerante fanatismo, cuando en 1806 se representó el *Sí de las Niñas*. Las intrigas contra Moratin siguieron una progresion que podria escitar la sospecha de si fueron conducidas con tenacidad poco plausible por una misma mano. Se oyó el *Viejo y la Niña* con quietud é imparcialidad, como obra de autor novel que la envidia no habia creido todavia objeto digno de sus tiros. Mostróse el autor gran maestro al primer paso, y empezaron las críticas. Se trató de silbarle ya en la segunda; pero los conjurados no habian concertado bien su plan, y el público hizo justicia. Silbaron al fin la tercera, y el público se obstinó en no ser de su parecer: tiraron á aburrirle abrumándole en la cuarta con una lluvia de críticas; y viendo por la quinta que no lo habian conseguido, le delataron á la Inquisicion. Por este medio consiguieron al fin su objeto; porque Moratin desde entonces verdaderamente se despidió del teatro. La tempestad, como él mismo dice, «se desvaneció con la presencia del Príncipe de la Paz,» mas juró aquel en su corazon no esponerse á que se escitase la segunda. Admiraba el heroismo de Sócrates; pero no tenia vocacion de mártir, y decia como Aristóteles «evitemos que se cometa un crímen mas contra la Filosofia» ni por comedia mas ó menos era cosa de verse encerrado y ensambenitado. Dió pues de mano toda composicion original, y abandonó varios planes que tenia pendientes; y la escena española, escasa de modelos, quedó privada de cinco ó seis comedias mas, que lo habrian sido como todas las suyas. Asi me lo dijo él mismo en una de nuestras conversaciones amistosas. Solia yo con frecuencia chancearme llamándole perezoso, echándole en cara el corto número de sus composiciones de teatro; y diciéndole que se engañaba si creia que cinco miserables comedias y dos malas traducciones bastaban ni aun para obtener el grado de bachiller en la carrera cómica;

que esto era poco mas ó menos no haber pasado de las sumulas; que para merecer este título era preciso presentar un surtido regular y variado de comedias, tragedias, óperas y tonadillas; que Moncin y Zabala no habian pasado de licenciados por no haber compuesto sino treinta el primero, y cuarenta y cinco el segundo; y que solo Comella y Valladares, que habian compuesto el uno ochenta, y el otro ciento y trece, habian obtenido la borla de Doctor. Respondía, segun su costumbre, con mil chanzonetas graciosas, mas en una de estas ocasiones lleno de enfado me contestó «el teatro español tendria por lo menos cinco ó seis comedias mas sino me hubiesen ostigado tanto» y entonces me refirió que para cuando se representó el *Sí de las Niñas*, tenia ya en el telar la trama de cuatro ó cinco composiciones que se proponia ir arreglando, y publicando sucesivamente; y que, para no caer en semejante tentacion, rasgó los apuntes. Moratin, hombre del carácter mas dulce y pacífico, no habia venido al mundo para reñir pendencias de ninguna especie ¿qué tiene de particular que se aburriese, y renunciase á todo quien se veia por el *Sí de las Niñas* acusado ante el tribunal de la fé, amenazado por un ministro necio, y malo; y por añadidura requebrado con cartitas semejantes á la que conservo entre sus papeles y copio á continuacion? «Muy señor mio: ayer ví representar su comedia titulada el *Sí de las Niñas*. Amigo, se puede poner como el verbigracia de la pesadez, como el ejemplo de la insustancialidad, y como un prototipo de ineptitud. Es hija legítima, y de legítimo matrimonio, del autor de la *Sombra endiablada* del hombre mas digno que ha poseido Albion; hánme dicho que pagó vmd. mucha turba garrula para que la palmoteasen, que es cuanta debilidad puede cometer el tonto mas tonto. Al cabo de dos ó tres años ha salido vmd. con buena sandez! vaya, amigo, que es vmd. muy majadero. Es mi estilo. No ser necio, no rebuznar, y abur—Antonio Nicolás de Solavide. Palacio del Buen Retiro, 25 de enero de 1806.—Señor don Lean-

dro Moratin»—Si el que escribió esta carta hubiese sabido que las desverguenzas prueban que su autor es un desvergonzado y no mas, tal vez habria abandonado el que llama *su estilo* y que ¡ojalá hubiese sido tan suyo que con él hubiese desaparecido para siempre de entre los hombres! Habrian ganado en ello no poco la moral pública, las ciencias y la sociedad entera, á quien hace flaquísimo servicio el que la ofrece estos modelos de elocuencia popular, si ya no es para inspirar el desprecio y la aversion que merecen.

Corrieron los años de 806 y 807 en aquella dulce paz, término de los deseos de un hombre como Moratin, frugal en su mesa, sóbrio en los placeres, no atormentado de la codicia, ni de la ambicion, y que cansado, mas bien que ansioso de celebridad, habia decidido no ofrecer á la envidia nuevo alimento ni pretestos. Su casita de la calle de Fuencarral número 6, entre la del Desengaño y la de San Onofre: su jardin de la calle de San Juan, en donde cultivaba sus flores por su mano; pocos, pero buenos amigos; su secretaría y sus libros; sus investigaciones literarias acerca de los obscuros y primeros tiempos de nuestro teatro, con que iba recogiendo los materiales de la obra de los *Orígenes del Teatro Español*, hé aqui las ocupaciones útiles é inocentes en que pasaba su tiempo este insigne literato.

Llegó el belicoso y turbulento año de 808, si fecundo en virtudes de noble patriotismo, tal vez manchado á la par con crímenes horrendos. Tal es el cuadro que constantemente presentan en la historia las convulsiones políticas. En la disolucion de los elementos del órden público, la desconfianza se apodera de todos los corazones; la calumnia, especulando vilmente sobre esta disposicion de los ánimos, derrama su ponzoña, hace todas las reputaciones dudosas, y la venganza tomando la máscara de la virtud, aguza sus puñales, segura de que la justicia, ahuyentada por el grito horrísono de las pasiones, no halla lugar

donde erigir su trono y pronunciar con imparcialidad sus decisiones. En esta situacion, en que triunfan generalmente los mas audaces, y en que se salvan aquellos á quienes hizo inviolables su propia nulidad, corren mucho riesgo los que han tenido la desgracia ó de ocupar puestos que otros codiciaron, ó de adquirir por sus talentos una celebridad funesta. Moratin ni amaba ni conocia á los Bonapartes: amaba sí á los Borbones, á cuya servidumbre habian pertenecido sus padres, sus abuelos: él mismo debia á Cárlos IV aquella dorada mediania en que vivia contento y feliz. Mas Moratin era el primer poéta cómico de su época, el restaurador de la escena, el literato que por sus doctrinas, como por sus ejemplos, habia contribuido mas á la resurreccion del buen gusto en todos los géneros; para esto habia sido necesario dar lecciones magistrales, combatir no menos los mónstruos que produjo entre los antiguos el desarreglo de la imaginacion que los errores de su tiempo; y nada de esto se consigue, por desgracia, sin irritar la delicada fibra de los hijos espurios de Apolo. Era Moratin sobre todo hechura de Godoy; y el ódio público, preparado sin discernimiento á envolver en su ruina á todos los que de cualquier modo habian merecido su aprecio, estaba convidando con anchos desahogos á cuantos enemigos debia tener Moratin; y claro está que no desaprovecharon tan buena ocasion los que en mejores tiempos habian apelado ya para perseguirle á los medios mas viles.

Por otra parte, el espectáculo de la revolucion sangrienta de Francia, donde fué testigo de escenas espantosas en el año de 92, le habia dejado impresiones terribles sobre el modo con que el populacho ejerce la soberanía cuando de ella se apodera, cualquiera que sea el motivo ó el pretesto con que viene á sacudir el yugo de las leyes; y el mas prevenido, el menos imparcial habrá de confesar hoy que en aquellas primeras asonadas ó tumultos empezó entre nosotros á *soberanizar* de una manera horrible en las personas del capitan general Borja, el mar-

qués del Socorro, el conde de Torrefresno, don Santiago Guzman y Villoria, el general Filangieri, los mariscales de campo Ceballos, Truxillo, el conde del Aguila, y el baron de Albalá. En la turbulenta noche del dia de San José, cerrado en su casa, oyó repetidas veces el grito de algunos amotinados, que escitados por una furia de su vecindad, le hicieron temer verse acometido y arrastrado.

Bastaban estos motivos á justificar cualquiera resolucion. Sabida la victoria de Bailen, el ejército francés evacuó á Madrid; y Moratin se retiró á Vitoria acompañado de su amigo Conde, no á buscar honores ni ascensos que á menos costa habia tenido en su mano y no habia querido; sino á buscar *seguridad*. Todo lo demas fué ya consecuencia necesaria de este primer paso. Volvió á Madrid cuando el ejército francés le ocupó de nuevo, y siguió desempeñando su secretaría. Lloraba como todos los hombres honrados las desgracias de su patria, la devastacion de sus campiñas, la ruina de sus ciudades, la sangre de sus hijos derramada: respetaba los nobles sentimientos que animaron la resistencia, pero la creyó inútil; y si esta opinion fué equivocada, como el éxito ha probado, jámas en política se ha presentado, ni se presentará otra mas autorizada por ilustres testimonios.

En estas aciagas circunstancias empezaron nuestras relaciones que la familiaridad y la convivencia elevaron al fin á un cariño verdaderamente fraternal, á toda la idolatría de la amistad, si bien por mi parte con aquella mezcla de veneracion y de respeto que se debia á sus años, y á la superioridad de sus talentos. El vínculo que nos unió fué la simpatía de sentimientos, y la ocasion que empezó á darnos intimidad, tan noble que no puedo resistir al deseo de publicarla. Nos habíamos conocido por casualidad en el Prado; y aunque Moratin era hombre tardo en conceder su estimacion, bastaron para que me honrase con la ysua pocas conversaciones, reunidas como me rifirió despues,

á la opinion de humano, con que en la efervescencia de las pasiones me distinguió el vecindario de Madrid.

Ejercia yo las funciones de alcalde de córte y de individuo de la junta criminal, tribunal monstruoso á juzgar por la bárbara ley de su organizacion; pero que sin embargo en aquellos tiempos de calamidad fué una transaccion necesaria y utilísima que sustrajo al furor militar un sin número de víctimas, viniéndose á perder la ferocidad de la ley, (á excepcion de una que otra aciaga combinacion) en la suavidad de las manos que la aplicaron. Moratin, que no fué nunca á casa de un ministro á pedirle nada, vino á la mia diferentes veces para interesarse por los desgraciados, que sus opiniones habian comprometido. Con este motivo yo leí en su corazon, él leyó en el mio y fuimos amigos. ¡Cuántas veces, en nuestras conversaciones, discurriendo sobre el estado de los negocios públicos, deplorando juntos la suerte de los pueblos, los desórdenes y males de la rapacidad militar, las funestas consecuencias de la ambicion, ví sus ojos arrasados de lágrimas! los que me conocen creerán sin violencia que no lloraba solo, y que esta conformidad de sentimientos y de principios fué el orígen plausible de una amistad que es para mí un título de gloria, á que yo vinculo la esperanza de salvar mi nombre de la injuria del tiempo....... No tan gratuitamente que no me cueste muchas lágrimas...... Moratin, como todos los escritores célebres, deja en sus obras su retrato.... Tal vez un dia la posteridad dirá. «El primer amigo de Moratin no pudo ser sino un hombre de bien.»

En 1811, sin que lo solicitase, fué nombrado bibliotecario mayor de la Biblioteca real. Admitió este destino, el único que le confirio el gobierno de José Bonaparte, y el único que no hubiese resistido porque por la naturaleza del cargo tan conforme á sus gustos é inclinaciones, aun le alejaba mas de toda intervencion en los negocios públicos. Secretario de la interpretacion de lenguas, no podia romper sus relaciones con los ministerios

y los tribunales: bibliotecario mayor, podia entregarse esclusivamente á las investigaciones literarias, que eran ya las delicias de su vida; al mismo tiempo que se proponia desenterrar, organizar y utilizar para sí, y para todos, las preciosidades inmensas, y tal vez algunas desconocidas, que contiene este rico almacen de los conocimientos humanos, y que debian aumentarse por las agregaciones que se le habian hecho y aun se pensaban hacer.

Llegó el año de 812, y Moratin que mucho tiempo antes tenia resuelto despedirse de la escena, ofreciendo, como él decia, al gran maestro del arte, al inimitable Molière, un tributo de su admiracion y respeto, á instancias de todos sus amigos á quienes nos la habia leido, consintió en dar al teatro la *Escuela de los Maridos*, ya preparada desde el año de 808. El éxito fué el que se esperaba y debia esperarse del mérito de la obra, y de la celebridad del traductor. Si este solo nombre es el que puede convenir al que *desnacionalizó* y mejoró el original que tradujo.

A poco de este nuevo triunfo, empezó para Moratin la série de desgracias que le afligió hasta que el rey don Fernando VII mandó alzar el secuestro de sus bienes, poniéndole en posesion de estos y de sus rentas.

Cuando el 10 de agosto de 1812, la derrota de los Arapiles obligó al ejército francés á evacuar la capital y retirarse sobre Valencia, se hallaba Moratin enfermo, precisado á su pesar, como todos, á buscar en las bayonetas que aborrecia, la seguridad que no podia esperar de las leyes que amaba; y sin ningun recurso para anticipar los preparativos que el viage pedia, ni para subsistir despues. Ausiliado sin embargo por sus amigos, le hizo al cabo aunque con mil penalidades. Vivió en Valencia en estrecheces y angustias, hasta que llegado el caso de evacuarla, salió en un mal calesin acompañado de doña Teresa Iraburu. Volcó el calesin en el camino, y la señora se rompió una clavícula: fué necesario encerrarse en Peñíscola donde per-

maneció durante su sitio por espacio de once meses. Uno de los artículos de su capitulacion autorizaba á los españoles refugiados en la plaza, á salir en un carro cubierto incorporados con las tropas francesas. Moratin que con Séneca en la mano, rodando por las costas del Mediterráneo, habia visto repetidas veces cerca de sí la muerte, aterrorizado por los horrores de un sitio, no quiso continuar por mas tiempo entre bayonetas y cañones, y siempre en situaciones tan contrarias al temple de su alma; y resuelto á arrostrar las prisiones, la muerte y la ignominia, (pero seguro de no merecerlas) salió de la plaza solo y á pié, y se dirigió á la trinchera. Alborotóse el centinela con quien tropezó; este llamó al cabo, y el cabo al sargento: afortunadamente el oficial que mandaba el puesto y alguno de sus gefes, no eran de aquellos en quienes la saña de los combates parece estinguir los sentimientos de humanidad; y respetando en él al poeta que honraba su siglo, hicieron la vista larga y le dejaron pasar. Volvióse á Valencia á buscar un asilo entre sus amigos; creyeron estos indispensable que se presentase al general Elío: lo hizo en efecto, y este.... (Conciliemos el respeto que se debe á los muertos con lo que estrictamente puede exigir la severidad de la historia) le recibió como no creyeron los engañados amigos de Moratin, y como podia esperarse de la violencia de su carácter. En un arrebato de cólera echó mano al puño de su espada; y si bien mostró en esto su irascibilidad, absteniéndose de consumar su amenaza, él mismo reconoció su demasía, y se vé que en el esceso de su furor, la voz secreta del honor le hizo entender que un general no era un asesino, ni un magistrado un verdugo; y que solo al mas bajo de los mortales podia serle dado manchar sus manos con la sangre de un hombre indefenso, ¿y qué hombre? un Moratin, honor de su nacion, si acreedor á la estimacion pública como escritor por la hermosura de su prosa y de sus versos, aun mas digno del respeto de todos por la hermosura de su alma, dulce,

candorosa, y donde nunca se abrigó pensamiento que no fuese honrado y noble.

A poco mas que no matarle por su mano se estendió la generosidad del fogoso Elío; despues de haberle insultado en su desgracia y medio muerto con sus amenazas, le hizo conducir preso á la ciudadela; y pasados algunos dias, sin cargos, sin audiencia, por un rasgo de su soberana voluntad, le impuso la pena de estrañamiento: le embarcó en un falucho endeble que por su mal estado hubo de arribar á Barcelona, donde encontró ya Moratin, por fortuna suya, hombres y jueces. Allí la Providencia parecia haberle deparado al noble baron de Eroles y marqués de Casacagigal, á los justos y humanos capitanes generales Castaños y Campo Sagrado. Desde allí reclamó la justicia del soberano y la encontró. Se le abrió un juicio de purificacion: veinte testigos, diez en la córte y diez en Valencia, depusieron de lo que era público y notorio, y S. M. por lo resultante de esta justificacion, resolvió, por real órden de 13 de octubre de 814, que Moratin no estaba comprendido en el artículo primero del decreto de 30 de mayo; y al año siguiente en fin, con fecha del 12 de este mismo mes, que se le alzase el secuestro de sus bienes, y se le entregasen cuantos, como tales, administraba la junta del crédito público: en los cuales se declaró mas adelante, en 16 de noviembre de 816, hallarse comprendidos su casa y huerta de Pastrana, sobre lo cual ignoro por que razon se hubo de formar una especie de artículo á parte.

Restablecido Moratin en el goce de sus bienes, su suerte empezó á ser menos ingrata. Mas durante todo este intérvalo se vió en las situaciones mas horribles. Con ser sus necesidades tan pocas, tanta su resignacion, y casi inagotable su paciencia, una providencia especial puso en salvo sus dias del funesto proyecto que habia concebido, contrario á sus principios de moralidad, y arrancado solo por el despecho de su si-

tuacion, por la exaltacion de su pundonor: en moral como en poesía *decipimur especie recti.* No le quedaban sino tres ó cuatro duros, y no podia pedir prestado porque nada tenia sobre qué poder fundar la probabilidad del pago; su delicadeza no le permitia continuar siendo gravoso á los que hasta entonces le habian favorecido: se sentía con mas fuerza para sufrir la muerte que para presentar la mano en una esquina á la conmiseracion de los transeuntes, y resolvió dejarse morir de hambre: muerte, que en aquellos momentos de la debilidad de su razon, no la consideraba como un suicidio, sino como una resignacion con los decretos de la suerte que le negaba los medios de prolongar su existencia. Para ejecutar su proyecto buscó un cuarto fuera de la ciudad, y en casa de unos pobres á quienes pensaba dejar con una carta el premio del arriendo ya convenido. Felizmente el dia que precedió á la ejecucion de tan funesta idea, que sin hacer honor á su memoria, habria cubierto de oprobio á su patria, llegaron á sus manos las cartas que le anunciaban la justicia del soberano, que no participando ni del furor de los autores del secuestro, ni de las pasiones bajas que fermentaban en el corazon de los que de lejos profanaban su nombre para ser injustos y crueles, ó de cerca le escitaban á serlo, le restituyó sus bienes y con ellos los medios de una existencia cual bastaba á contentar sus reducidos deseos.

No faltará quien estrañe que Moratin, tan repetidas veces presentado como modelo de sobriedad, habiendo disfrutado por tantos años de su beneficio de Montoro, de su pension sobre la mitra de Oviedo, y de la renta y productos eventuales de la secretaría de la interpretacion, se hallase en 1812, como de repente, en la escasez de medios en que se le supone. ¿En qué vicios se malgastaron las rentas pingües de que disfrutó? preguntará la maligna envidia. Si el historiador no satisface á esta objecion, cantará aquella un triunfo insolente, creyendo haber manchado con una sola pincelada la vida de Moratin;

mientras que seria hasta una crueldad dejar á los hombres buenos atormentados por la duda, y mucha torpeza perder tan buena ocasion de realzar con algunos rasgos el cuadro de sus virtudes.

Con el producto de sus economías aumentó Moratin, con abundante coleccion de preciosos libros, la biblioteca de su padre, y entrambas corrieron la suerte que él ha indicado en sus obras. De sus economías salieron los fondos con que se fueron imprimiendo sueltas sus comedias que nada le valieron, enriqueciéndose impresores y empresarios, verdaderos señores del dominio útil de sus producciones de que su autor no tuvo nunca sino la nuda propiedad. ¡Cuándo cesará en España esta injusticia! ¡Cuándo se reconocerá que las obras del ingenio son una propiedad tanto mas digna de la proteccion de las leyes, cuanto mayor es la influencia que egercen sobre la prosperidad pública! Con el producto de sus economías compró la casa y huerta de Pastrana que le costaron diez y siete mil rs., en donde gastó mas de cien mil, y que por escritura de 11 de enero de 1826 cedió al real establecimiento de Niños espósitos de la córte. Con ellas hizo frente y pudo generosamente perdonar á un dependiente de su secretaría, ciento diez y seis mil cuatrocientos catorce reales que le defraudó, cuyo alcance reconoció él mismo en 4 de marzo de 1804 y le fué remitido el 6, segun consta del documento original que obra en mi poder. Con sus economías anticipó á varios de sus parientes, ciento diez y ocho mil novecientos y sesenta rs., que les perdonó en 31 de marzo de 809, segun resulta de liquidacion asi mismo original que se conserva entre sus papeles. Fruto eran de sus economías cincuenta y ocho mil y tantos reales de que hace mencion en su testamento, que en calidad de préstamo fueron entregados por su apoderado en Córdoba á la junta suprema gubernativa, con fecha de 17 de julio y 5 de diciembre de 1809, cuyo reintegro no se ha podido conseguir hasta ahora, y no en verdad por falta de

voluntad de parte del acreedor, sino porque, por la cuenta, el préstamo, contra las reglas comunes del derecho, era voluntario á voluntad del deudor; idea ingeniosa y descubrimiento importantísimo en la moral, como que podria hacer inviolable y hasta inútil el séptimo mandamiento, pues es claro que ninguno pensaría en robar teniendo en su mano el pedir con la escopeta á la cara un préstamo pagadero á su voluntad. Con el resto de estas mismas economías, suplió al atraso en las pagas durante los años de la ocupacion francesa, y antes habia comprado la casa de la calle de Fuencarral y el jardin de la de San Juan, en los cuales gastó cantidades considerables: únicas existencias, que con el producto de algunos cuadros, y los destrozados restos de su librería, produjeron, vendidos, el capitalito á que ha debido su subsistencia en el último tercio de la vida. Empleó en los fondos de Francia el importe de estos bienes, rebajados unos setenta y ocho mil y tantos reales, porque le comprendió en su quiebra la casa de Grassot de Barcelona, en cuyo poder, sin embargo, no fué su intencion poner su dinero, sino para que le pasase á sus manos; y que tuvo el arte de retenerle contra su voluntad, hasta que quebró, segun resulta de carta que dirigió al gefe de dicha casa con fecha 17 de diciembre de 1819. Adquirió primero una inscripcion de dos mil ochocientos francos, cuya propiedad cedió al señor don Julian Aquilino Perez por un vitalicio de mil y cien francos que constituyó éste en su favor. Consultóme por los años 22 ó 23, qué deberia hacer con el último dinero que habia reunido de la enagenacion de sus bienes, y despues de haberme asegurado que no tenia sobre la tierra obligaciones que cumplir, y sí la voluntad decidida de no agraciar con sus bienes á sus parientes, le aconsejé en esta hipótesis, y como mejor medio de utilizar aquel dinero en provecho suyo, que lo pusiese á fondo perdido en la compañía general de seguros: imposicion ó mas bien cesion, que realizada le producia dos mil

y tantos francos, con que venia á reunir cerca de seis mil francos de renta; y como que no gastaba por año sino la mitad de esta suma, del producto de estas nuevas economías, en los pocos que han mediado, habia reunido lo necesario para comprar una inscripcion de cuatrocientos francos, que es en lo que consiste la herencia de mi nietecita, á quien ha dejado por heredera, título cuyo precio no hubiera aumentado para mí la fortuna mas cuantiosa.

Este estado cuyo cargo, calculadas sus partidas por aproximacion, ofrece desde 96 á 808, único tiempo en que pudo ahorrar, unas economías proporcionadas á sus rentas y al trato decoroso que debía darse un hombre que ocupaba su posicion, no deja duda de que fué sóbrio en su modo de vivir. Varias de las partidas que componen su descargo prueban sus virtudes; y como, en 1813, podia ser y fué con efecto, que no tuviese mas fortuna que la que representaban sus libros, sus cuadros, y sus bienes inmuebles, es decir, lo que consigo no podia llevar y le fué secuestrado. Si su haber en 815, en que S. M. se lo mandó restituir por entero, se vió reducido á mucho menos de la mitad esto se esplica facilmente por las averías consiguientes á los secuestros y embargos judiciales; por las doctrinas y epiqueyas del R. obispo de Oviedo; por la conciencia meticulosa del crédito público, que, receloso sin duda de pagar mas de lo que debe, para evitar arriesgadas probabilidades, elige por mas seguro, ó no liquidar nunca, ó no pagar jamás lo liquidado; y por las malogradas combinaciones y malos temporales conque las casas de comercio envuelven en su ruina á aquellos á quienes se obstinan en asociar á sus ganancias contra su voluntad, y que les dejan sus fondos cuando una vez se apoderaron de ellos, por no podérselos arrancar.

Contento con su nueva suerte, aunque muy distante de la anterior, habria Moratin continuado viviendo en Barcelona, cuyo clima le era gratísimo; donde habia encontrado genero-

sa proteccion; donde habia dos teatros, elemento de vida necesario para él; donde se representaban con aplauso todas sus comedias; donde por primera vez se representó el Médico á palos en 1814, el dia del beneficio de Felipe Blanco, á quien debió mil atenciones en su desgracia; y donde se esmeraban con él, como para consolarle de la injusticia del hado, todos los actores que hicieron lo que hasta entonces á inguno de ellos se le habia ocurrido: le concedieron la entrada gratuita, favor para Moratin inapreciable en aquellas circunstancias, favor que en otros paises, al menos en cuanto á las comedias propias, se considera como un derecho de sus autores.

Sospechas harto fundadas vinieron á alterar, como á mediados de 817, el sosiego de que disfrutaba. No faltó quien le inspirase á tiempo terrores saludables. Pidió y obtuvo su pasaporte para Francia para curarse no de males que tuviera, sino de los que le amenazaban; y fué en verdad curarse en sana salud y de enfermedad tan grave que si no la hubiese cortado por un febrífugo tan poderoso, tal vez habria perecido de ella en las deliciosas mansiones en que alojaba la Santa Inquisicion á aquellos de cuya conversion se encargaba. Vínose á Montpellier y allí pasó la primavera de 1818; en que se trasladó á Paris, y se reunió y vivió con su amigo Melon, hasta que, disponiéndose este en 819 para volver á Madrid, Moratin subsistiendo para volver á España la misma causa que le habia hecho salir, resolvió ir á establecerse en Bolonia en compañía de su antiguo amigo el señor don José de Robles Moñino. No fué larga su permanencia en Bolonia; porque, estinguido en 820 el tribunal de la Inquisicion, desapareció la causa, que contra su voluntad le retenia fuera de su patria. Volvió pues á Barcelona, y alli vivió en compañia de su amigo el señor don Manuel Garcia de la Parada, hasta que los anuncios de la peste, que ya empezaba á cundir, les obligaron á salir precipitadamente por donde mejor pudieron. Vinieron á parar á Bayona, desde donde me escribió Moratin á

Burdeos, consultándome lo que haria; manifestándose decidido á no ir á Madrid, centro entonces de discusiones políticas á que nunca tuvo aficion, y que en sus últimos años apenas podia sufrir; y mostrándose dudoso entre Bilbao y Burdeos, ciudad que le agradaba mucho, y que reunia la ventaja de ser la de mi residencia. Yo le contesté lo que era de esperar de mi amistad, y lo que, por otra parte, me pareció debia convenirle mejor «Le dije: que pues que no necesitaba sino de un amigo y de sosiego, Burdeos satisfaria completamente á estas dos condiciones, mientras que Bilbao no le convidaba con ninguna de ellas; pues ni allí tenia el amigo, ni podia esperar que en las ciudades de provincia dejasen de refluir las agitaciones de la capital.» En vista de mi contestacion se vino inmediatamente á Burdeos. Vivió los primeros meses en un cuarto de la calle que llaman *Fossés de l' Intendance*; mas á poco, posponiendo las ventajas de vivir en una situacion central y á corta distancia del teatro, al gusto de vivir conmigo, se trasladó á mi casa en *Les Allées de noyers, Hotêl Baradá* donde tenia yo el establecimiento ó casa de educacion para españoles, tabla de mi naufragio. Allí vivimos hasta que en 823, me mudé á la calle de Porte Dijaux, *hôtel du Gouvernement*, calle situada en el centro de la ciudad, y á corta distancia del teatro que era, por decirlo así, su única necesidad. Su modo de vivir, uniforme é inalterable, era el siguiente. Se levantaba á las ocho, ú ocho y media: tomaba dos onzas de chocolate y un par de vasos de agua; leía un periódico á que siempre estuvimos suscritos, y continuaba en su cuarto leyendo ó escribiendo hasta las doce, si el tiempo estaba bueno y convidaba á dar un paseo, en cuyo caso duraba este hasta la una y media. Si el tiempo era malo, continuaba en su cuarto hasta la una, y salia á la salita donde estaban las señoras y alli pasaba en grata conversacion, hasta las dos, hora en que comíamos, Despues de la comida no tomaba un papel, no leía una carta. Se echaba su siesta, y volvia de nuevo á la sala de reunion has-

ta la hora de irse al teatro donde, constantemente juntos, en dos lunetas de números seguidos, veíamos la representacion. Yo me retiraba á las nueve por exigirlo así mi género de vida, y él se quedaba hasta el fin. Allí, en los entreactos, nos reíamos de las composiciones disparatadas, como habíamos hecho en Madrid en el teatro de la Cruz en 811 y 12; y allí continuaba nuestra eterna y amistosa discusion sobre los principios y reglas del arte dramática, como que la amistad entre nosotros no era un obstáculo á la libertad de las opiniones. Argüíale yo de lo que llamaba y llamo todavia *concinismo dramatúrgico*; porque en mi opinion, en esta materia como en muchas, se han exagerado los principios; y la nimia austeridad de las reglas ha esclavizado el ingenio, reduciendo á estrechísimos límites sus desahogos. Decíale yo que él mismo era la mayor prueba de esta verdad, pues siendo el suyo tan fecundo que si se hubiese abandonado á la licencia de los antiguos, habria sido un Lope, el número de sus producciones originales no pasaba de cinco: que, en literatura como en moral, debia evitarse el pecado sin incidir en escrúpulos de monja; con la sola diferencia que si en aquella era mejor ser nimiamente devoto y tímido que impio é inmoral, en las artes de imitacion era al revés; porque los pecados verdaderamente irremisibles en ellas eran la frialdad, la insipidez, la falta de accion y de interés á que conducia una escesiva regularidad: que los rígidos críticos habian tirado á dar á la máscara risueña de Talia una seriedad diplomática; á una comedia la importancia de un congreso; á los actores la tediosa gravedad y mesura de un encargado de negocios, y al estilo la sequedad y precision de un tratado; y que era necesario conceder una regular ampliacion á la tácita convencion que no podia menos de existir entre el poéta y los espectadores. Respondíame él unas veces con un torrente de chanzonetas y gracias, que no es dado transcribir á mi desmayada pluma; y otras con el lleno de doctrina que poseia en su arte, y que

en parte contiene el hermosísimo prólogo de sus obras poéticas publicadas en París y escrito, decia él, con tono festivo, para oponer un dique á las opiniones laxas y casi de herética pravedad que contenia mi discurso preliminar de la Biblioteca selecta; añadiendo que yo era un Escobar, que á fuerza de epíqueyas, tiraba á viciar, con máximas corruptoras, la moral dramática. Era esto acaso la única cosa en que disentiamos; y es cierto que en particular el párrafo «*Creyó en efecto Moratin*, página XXVI de su Prólogo, está escrito para servir como de impugnacion á mis opiniones indicadas en el párrafo «*En cuanto al desarreglo*, página XCII de mi discurso (1). A medida que iba componiendo dicho Prólogo me lo iba leyendo. ¡Con cuánto placer no me leyó el indicado párrafo de la página 26 el dia que le acabó! ¡con cuanto gusto no le oí yo! Renovóse nuestra discusion, y yo me salí de su cuarto diciéndole «no te faltará respuesta pícaro viejo» y él se quedó riyendo. *Mi viejecito* era la espresion cariñosa de que yo usaba para hablarle á él, y aun ahora necesito hacer un esfuerzo para designarle por su nombre. ¡Ojalá hubiera vivido bastante para que hubiese yo podido consultar con él su propia impugnacion en mi poética, donde me propongo examinar detenidamente esta cuestion, y de que no pudo leer sino los dos primeros capítulos en que estaba trazado el plan de la obra!

En este género de vida retirado y pacífico vivia tan contento, que con una especie de fruicion que aparecia en su semblante, repetia muchas veces «he llegado á la vejez sin sentir todavia ninguno de sus achaques; y no cambiaria mi feliz independencia, mi plácida soledad, ni por la mas opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono.» Por desgracia esta felicidad no fué de tan larga duracion como parecia prometer su robusta salud. A fines del año 25, la naturaleza anunció sus funestos

(1) Cita la edicion de Burdeos de la Biblioteca selecta. Véase la página 189 del tomo 1.° de esta coleccion.

designios. Un dia del mes de diciembre, de sobre mesa, donde yo le dejaba con el resto de mi familia, le asaltó un amago de apoplegía. Estando yo en mi estudio, vino uno de mis hijos á avisarme de la novedad que en él se observaba. Salí sobresaltado, me dirigí á la sala donde le hallé de pié á la chimenea, haciendo esfuerzos para ocultarse á sí mismo y ocultarnos á todos su mal. Mas cuàl fué mi dolor al verle con la boca torcida, la lengua travada y balbuciente, y lo que era peor, con cierto desórden en sus ideas. La sangre se me cuajó en las venas; mas como conocia su carácter, disimulé cuanto me fué dable mi sobresalto; salí, dí órden á uno de mis hijos que fuese inmediatamente á llamar al médico previniéndole viniese como por visita de amistad, cosa que no podia estrañar Moratin, pues que sin otra causa nos las hacia con mucha frecuencia. Aun llegó el médico á tiempo de verle con los síntomas del accidente; mas sin darse por entendido con arreglo á mis órdenes, tomó parte en la conversacion general esperando que él dijese algo que le autorizase á pulsarle, entrar en materia y disponerle remedios. Hora y media se estuvo sin que se quejase, ni le diese la mas pequeña ocasion para verificarlo. Moratin, semejante á Molière su modelo, pecaba de incrédulo en medicina, y confiaba mas de la naturaleza que de los facultativos. Afortunadamente en este tiempo cesó la perturbacion en sus juicios; recobró el uso libre y espedito de la palabra, quedándole solo la boca un tanto ladeada. Y viendo yo, que se obstinaba en no decir nada, manifesté al médico, que mi viejecito se habia sentido algo desazonado despues de comer. Con esta indicacion se apoderó de su pulso en el que no halló novedad particular, dispuso lo que le pareció, y lo que el paciente no quiso hacer. Con todo el ascendiente que yo tenia sobre él, todo mi triunfo se redujo á que consintiese en tomar un baño de pies, y en que uno de mis hijos se quedáse á dormir en su cuarto. Pasó la noche muy sosegado, y todo nuestro cuidado se desvaneció por entonces; mas

quince ó veinte dias despues, ya en enero de 826, se le declaró una irritacion hemorroidal violentísima que le duró mes y medio, siendo necesario curarle todos los dias dos veces. Arrojó lo que parecia increible; y no quedó duda de que esta habia sido la crísis de aquel amago, y el medio con que su naturaleza próvida indicaba el desahogo que deseaba. El médico prudente queria seguir su indicacion; mas ni sus discursos, ni mis riñas, ni mis ruegos, nada bastó para vencer su obstinacion. Se empeñó en combatir las hemorroides hasta esterminar esta evacuacion saludable que, á espensas de alguna incomodidad, podia acaso ser la única que prolongase sus dias. Toda mi familia y yo quedamos por largo tiempo con gran sobresalto, temiendo nuevo ataque á periodo determinado, como suele suceder en este género de accidentes; tanto mas cuanto que observamos notable novedad, no diré en su carácter, pero si en la disposicion habitual de su ánimo. Perdió mucho de la antigua alegría, sin que por eso se hiciese ni raro ni melancólico; mas como pasó todo el año de 26 y el de 27 sin ninguna novedad, llegaron á disiparse nuestros temores, no quedándonos otro recelo, que el que nos escitaba aquel escesivo apoltronamiento, aquel estado de inmovilidad casi absoluta, en que vivió desde esta época en adelante. Apesar de todos mis esfuerzos no me era posible hacerle salir de casa. Dió en levantarse mas tarde, en acostarse mas temprano; el resto del dia le pasaba sentado: hasta perceeaba el ir al teatro, sobre todo si el termómetro no pasaba de ocho ó diez grados, y nada se diga de visitas y reuniones. A medida que por la convivencia se fué encariñando con todos nosotros, sus afectos se concentraban mas; llegó á mirar mi familia como la suya; y nosotros todos le amábamos y le venerábamos cual si la naturaleza nos le hubiese dado por padre. Lisongeaba mi corazon esta preferencia, lo confieso; mas por el interés de su salud, habria deseado que esta concentracion no hubiera sido tan esclusiva, que aparte un pequeñísimo

número de amigos antiguos que tenia en España, el resto del universo le era indiferente, de la manera que puede serlo á un hombre sensible y bondadoso. No odiaba á los hombres, pero le estorbaban.

Llegó al fin el momento de que apareciese todo el amor que nos tenia. Diferentes personas me propusieron la traslacion de mi establecimiento á París. Miré al principio esta propuesta como un sueño: insistieron y yo continué rehusando largo tiempo hasta acabar por negarme enteramente. A los tres ó cuatro meses volvieron á insistir mis amigos y favorecedores, atacándome por cuantos puntos débiles ofrecen fácil entrada en mi mal defendido corazon. Una fortuna para mis hijos; el interés de las luces en paises cuya primera y mas imperiosa necesidad es la educacion; la noble empresa de fundar bajo de un plan grandioso un establecimiento en que la enseñanza fuese adaptada á cuantos hablan la lengua hermosa de Alonso el Sábio y de Cervantes, y respetan aun las leyes de aquel célebre legislador, y que fuese al mismo tiempo como un centro de fraternidad y de concordia, un contrapeso á la indiferencia ó el ódio que produce una educacion que empieza por la apostasía de la lengua de nuestros padres, de la de nuestras leyes, y por solo esto trastorna de un solo golpe todas nuestras simpatías; la idea lisongera de trasmitir á mis hijos un nombre honrado por útiles trabajos, y si se quiere por una cierta celebridad virtuosa á que no es indiferente ningun padre; la certidumbre no solo de no ofender, sino de conciliar los intereses de los que con menos fortuna me habian precedido en esta misma empresa; he aquí los medios que empleó para arrastrarme la lógica seductora de mis amigos, y á que no supe resistir. Respondí, pues, que por mi parte estaba resuelto; pero que el proyecto podria aun tropezar con un obstáculo que fuese insuperable; que era mas que probable que mi viejecito no quisiera salir de Burdeos, y que la primera de todas mis resoluciones era la de no sepa-

rarme de él; que sobre amarle cual á un padre, como hombre amante de las luces, le miraba como un depósito santo, como una reliquia que una casualidad feliz habia puesto en mis manos; que iba á proponérselo, y que su determinacion produciria, ó mi viage para tratar de cerca el negocio, ó mi decision de permanecer en Burdeos. Lo hice asi con efecto, y jamás saldrá de mi memoria, como tantas otras, esta escena interesante y tierna. Con la timidez de un hijo que propone, pero que no exige un sacrificio violento, y con la generosidad de un padre que renuncia á los hábitos mas caros de su vida, á todos los placeres de su futura existencia por contribuir ó no desconcertar sus esperanzas, asi empezó y terminó entre nosotros esta conversacion, en que los ojos hablaron mas que la lengua. Para preparar nuestra traslacion vinimos primero mi muger y yo á París. Salimos de Burdeos á las siete de la mañana el dia 12 de agosto de 827, dejándole aun en la cama y sin despedirnos de él. Con esta fecha, y á luego de nuestra partida, está escrita su última voluntad. A todas las demas pruebas de su cariño quiso añadir esta circunstancia mas que demuestra hasta donde llegaban sus previsiones y su delicadeza para conmigo. No se contentó con nombrar á mi nieta por su heredera, con legarme sus libros y sus manuscritos: quiso legarme defensas contra la malignidad que nada respeta. ¡Cómo podrá el tiempo ni borrar ni atenuar el sentimiento de pérdida tan dolorosa!

Llegó en fin el año de 828 para mí tan funesto, y en que parece que la Providencia quiso probar mi resignacion. En enero me acometió una pulmonía que puso mi vida en riesgo, y á mi familia en la mayor consternacion. En febrero recaí: en abril, apenas convalecido, dos veces lloré por muerto á mi hijo Francisco, recien casado, en la flor de su juventud, mi brazo derecho en las penosas fatigas de la enseñanza, depositario de todas mis ilusiones. Mi amigo aterrorizado con tanto cúmulo de males, despedazado por el espectáculo de una familia desolada

y que amaba tan tiernamente, me ofrecia sus lágrimas por consuelo. ¡Ah! quien sabe si tan repetidas pesadumbres abreviaron el curso de sus cansados años! La inexorable muerte exijia de mi casa una víctima, y la providencia un sacrificio de mi corazon: conservó mis dias á mi familia, perdonó á la juventud de mi hijo; mas apenas enjugadas mis lágrimas, desapareció del cuadro de mi felicidad el amigo, dejando en mi alma un vacío, que solo sabrán apreciar aquellos que hayan disfrutado y perdido un tesoro semejante..... un amigo, y un amigo como Moratin. En la atareada vida á que mi situacion me reduce tantos años ha, ni necesitaba, ni codiciaba otro desahogo que el de su grata conversacion. Los cortos intérvalos de mi descanso empleados en este dulce comercio del corazon, entre sus chanzas y sus lecciones, eran como una especie de bálsamo que parecia reparar mis fuerzas, despejar mi cabeza, y comunicar una nueva energía á mis facultades intelectuales. Cuantas veces al salir de su cuarto para volver á mis trabajos, recordaba aquel dicho célebre de un árabe que la sequedad filosófica de ciertos espirítus fuertes calificará de abultada hipérbole del oriente. «La vista de un amigo, semejante al rocío de la mañana, refresca y vivifica.»

El 22 ó 21 de mayo sintió la primera invasion de su última enfermedad. Se levantó por la mañana: nos dijo que durante la noche habia provocado la comida, pero que ya no sentia novedad particular. A la mas pequeña indisposicion era su costumbre reducirse á una dieta moderada. Hízolo asi durante tres ó cuatro dias. Estos primeros vómitos, como los últimos, se hacian sin desazon ni esfuerzo; y eran mas bien que un vómito, una especie de regurgitacion. Yo le tomaba el pulso con frecuencia, y no apareciendo en él ni sombra de la mas ligera altecracion, no manifestando él ni la mas pequeña inquietud, aunque repetidas veces le propuse que se dejáse ver del médico, no me esforcé á vencer su acostumbrada repugnancia. Por desgracia

los primeros vómitos le acometieron estando él solo, y uno que otro que le asaltó estando en compañía de mi familia le sintió anticipadamente, y se retiró á depositarle como lo habia hecho siempre en el vaso, sin duda para que mezclándose con otras aguas no se pudiese distinguir lo que arrojaba. Mas el dia 25 le sorprendió uno que no le dió tiempo para su estudiada fuga: mi hija que notó la novedad, le siguió y vió que lo que echaba era una materia negra que no pudo menos de asustarla, igual segun él mismo confesó despues, á la que desde el principio habia arrojado constantemente. Con esta noticia, que me inquietó sobremanera, traté de vencer su resistencia, y consintió en que viniese el médico como se verificó el 26. Previno este el régimen que tuvo por conveniente con éxito feliz, y tanto que, por espacio de tres dias, se suspendieron los vómitos: digeria sus caldos, y todos empezamos á creér que la irritacion gástrica iba á desvanecerse, con tanta mas razon cuanto que ni habia fiebre, ni calor estraño, ni dolor, ni aun desazon. Mas ¡ay! la causa del mal tenia raices profundas, incurables, y la mejoria no fué sino una tregua pérfida del mal para asaltar de nuevo con mayor violencia. Creía el paciente sentir cierta debilidad que se esplicaba de suyo por los dias de dieta, muchos de ellos completa y rigurosa, que llevaba: insistió en que se le diese cosa de mas nutricion que los caldos; y como el chocolate era para él un alimento tan grato y habitual, consintió el médico en que tomase una pequeña porcion, pero muy claro. A poco de haberle tomado le lanzó; y desde entonces, sin ninguna intermision, empezó á arrojar cuanto tomaba. Apuró el facultativo cuantos medios conoce el arte para calmar este género de males cuando son procedentes de una irritacion que se hace crónica, partiendo del principio de que en caso de proceder de lesion órganica, la ciencia no conoce medios de detener sus progreros, ni de evitar sus funestas consecuencias. Vista la rebeldía del mal, se tuvieron diferentes consultas entre el médico de cabecera y varios

de los mas célebres de esta capital; y probando la inutilidad de los remedios la superioridad del mal, los facultativos sospecharon la existencia de aquel á que en esta víscera no alcanzan los remedios, es decir el de una lesion orgánica. El estado del enfermo fué empeorando; el hipo acompañó á los vómitos; estos se hicieron mas frecuentes; el pulso, regular hasta entonces, empezó á alterarse; suprimiéronse las secreciones de la orina, y con este nuevo síntoma de desorganizacion, quedó ya poca duda de la desgracia que amenazaba, y que se consumó entre una y dos de la mañana del 21 de julio. Conservó el uso de sus facultades intelectuales hasta el fin. Cinco horas antes de morir dejó de sentir. Ni su enfermedad ni su muerte fueron acompañadas de agitaciones, de una agonia dolorosa. Su vida habia sido pura como su alma; vió acercarse el término de sus dias con aquella dulce resignacion que caracteriza los últimos momentos del justo: su muerte fué un sueño pacífico, y al cerrar sus parpados pareció decir como Teofrasto: «La puerta del sepulcro está abierta: entremos á descansar.»

Las bondades de la Providencia me permiten aun disfrutar y saborear los afectos mas dulces del corazon. Tengo aun la dicha de poseer á mi anciana madre, una esposa que á penas el mejor alcanzaria á merecerla, hijos que jamás han acibarado con pesadumbres, ni aun el mas leve disgusto, los dias de mi existencia afortunada, nietos cuyas inocentes gracias son hoy las delicias de mi vida, y que me lisonjean con una posteridad venturosa, puesque será honrada...., Soy como pocos feliz sobre la tierra..... Sin embargo, por mucho que se prolongue el curso de mis años, raro será el dia en que mis ojos dejen de pagar á la imágen de mi amigo, viva en mi alma, y tal cual le dejó en el lecho de la muerte, tal cual le ví cuando por la última vez empleó en estrechar mi mano su último esfuerzo, el tributo de algunas lágrimas.... El que en este momento le pago, es aun mas copioso...... escribo sobre ellas.

EL RECONCILIADOR.

PERSONAS.

DON JACINTO, tio del
CONDE DE VILLAOSCURA, *partidario del gobierno absoluto.*
DON FERMIN su hermano, *coronel, liberal.*
DON PRUDENCIO hermano de los dos, *antiguo togado, afrancesado.*
LA CONDESA.
VICTORINA su hija.
DON POLICARPO, padre de
DON TEÓFILO, amante de Victorina.
DON JUDAS.
ANDRES, criado de don Jacinto.
TERREMOTO, criado del coronel.
TARAVILLA, lacayo del conde.
LUCÍA, doncella de la condesa.
Otro lacayo de servicio.

El teatro representa una plazuela de Madrid en que desembocan varias calles: se vé en ella un edificio grande y antiguo.

EL RECONCILIADOR.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON JACINTO. ANDRÉS.

ANDRÉS.

¿Pero á dónde vamos, señor? ¿qué hacemos corriendo por estas calles? El coche, con todo el equipage, ha quedado á las puertas; y aunque Perico no es lerdo, Madrid estará como siempre infestado de rateros, y pudiera á un volver de cabeza....

DON JACINTO.

¡Ah, mi pobre Andrés! ¡Es posible que las calles que hemos atravesado, y el sitio en que estamos, nada te recuerden...... Repara en la fachada de esa casa grande, que tenemos al frente; y si aun dudas, lee lo demas en la viva conmocion de mi alma.

ANDRÉS.

¡Ah, señor! es verdad. (*Tendiendo las manos á su amo que se las toma con enternecimiento.*)

DON JACINTO.

Los suntuosos edificios de Roma, los palacios magníficos de

París y Lóndres, han escitado nuestra admiracion..... A solo ese caseron gótico y deforme estaba reservado el privilegio de arrancarnos lágrimas....... Andrés: hé aquí nuestra cuna, hé aquí el teatro de nuestra adolescencia. Aquí meprodigó sus caricias una madre tierna; aquí recibí un tiempo de un padre moribundo aquella bendicion que ha traido sobre mí todas las del cielo. Aquí, en fin, veinteydos años hace, dí el último abrazo á mi querido hermano, al mejor de mis amigos..... Pero..... (*Enjugándose las lágrimas.*) no nos vean, y........

ANDRÉS.

¿Y bien, señor, no entramos?

DON JACINTO.

No. Ya es tiempo de instruirte de mis proyectos. Sabes que á nuestra salida para desempeñar la honrosa comision que me contió el gobierno en nuestras posesiones de Asia, dejamos á mi hermano viudo ya desde el año de noventa, con tres hijos: el actual conde, Fermin, y Prudencio; que el primero, á luego de la muerte de su madre, fué reclamado con tales instancias por la vieja baronesa su abuela, que mi hermano no pudo resistir á los deseos de esta señora, respetable en verdad y virtuosa, pero llena de preocupaciones y sandeces; que Fermin y Prudencio estaban educándose en diferentes colegios, aquel para seguir la carrera de las armas, y este la de la magistratura. Pues bien: estos señoritos, que eran entonces poco mas que unos niños, mientras tú y yo nos envejecíamos rodando por las costas de Malabar y de Coromandel, buscando en el comercio una reparacion al agravio con que me despojaron de mi cargo injustos cortesanos cuya rapacidad no quise contentar, ellos se hacian hombres, y aun hombres que han hecho su papel en las diferentes reacciones que han agitado nuestra patria en estos últimos tiempos. Mas es el caso que, víctimas, como casi todo el género humano, de la tiranía de las prime-

ras impresiones, hijas de la educacion y de las circunstancias, cada uno de ellos, en estas crisis diversas, ha profesado una opinion diferente y análoga al temple, índole ó direccion que han venido á darle aquellos grandes móviles del corazon humano. El Conde, dirigido por su abuela, no ha podido menos de reunir á todas las prevenciones del nacimiento, una gran parte de aquellas supersticiones ridículas, estudiadas como para hacer dudosa la pureza y santidad de la religion; y en todas las épocas ha sido uno de los acérrimos defensores del poder arbitrario, y del intolerante fanatismo. Fermin, intrépido por naturaleza, independiente por carácter, preparado por la educacion á arrostrar los peligros mas bien que á calcularlos ni temerlos, á abandonarse á un sentimiento generoso mas que á pesar sus obstáculos, hallándose con su regimiento en Andalucía, y habiendo recogido en Bailen los primeros laureles, no podia menos de ser un defensor de la Constitucion, ni de declararse por la resistencia contra la invasion estrangera; mientras que Prudencio, al frente de una magistratura en el norte de España, formado por los hábitos de su profesion, acostumbrado á someter sus sentimientos al imperio lógico de la razon, testigo de los primeros desórdenes, calculando la insuficiencia de nuestros medios, mirando la anarquía y la guerra como los dos azotes mas terribles de la especie humana, considerando como un deber sagrado arrostrar los peligros de su situacion, é identificarse con los habitantes del pueblo que gobernaba, esperó inmóbil al enemigo; y cuando las probabilidades de su triunfo rayaban ya en los términos de la certidumbre, no tuvo inconveniente en aspirar á los ascensos de su carrera, y á estender los límites de su influencia. El resultado de esta diversidad de opiniones ha sido que esa casa, templo un dia de la dulce paz y del amor fraternal, es hoy el asilo de la discordia y la imágen del infierno. Fermin, que es coronel, vino de la Isla; Prudencio acaba de llegar de vuelta de su emigracion; los tres me es-

peran reunidos con arreglo á mis órdenes; y siendo hermanos, viviendo juntos, teniendo intereses comunes, se miran y se evitan cual si fuesen mortales enemigos.

ANDRÉS.

¿Es posible, señor, que los señoritos, que tanto se amaban en sus primeros años; en quienes parecia anunciarse una índole feliz......

DON JACINTO.

Si, amigo Andrés. Este es el efecto mas funesto de las convulsiones políticas. Si todos sus desastres se redujesen á la devastacion de algunas campiñas, al incendio de algunos edificios, el mal seria pronto y facilmente reparable; mas ¡cómo reparar el estrago que producen sobre la moral pública!...... A escepcion de un pequeño número de almas privilegiadas y verdaderamente virtuosas, el patriotismo sirve de disfraz á todas las pasiones. El mejor natural cede al torrente de la corrupcion; los modales mas groseros suceden á la urbanidad y delicado trato; los vicios mas horrendos se apoderan del corazon; y la calumnia, el rencor, el parricidio, ocupan el ara de la verdad, la fraternidad y la concordia.

ANDRÉS.

¡Y bien! ¿qué hacemos, señor?

DON JACINTO.

Por ahora no pienso descubrirme; me propongo pasar por un amigo antiguo de su padre y de su tio: eran tan niños la última vez que los vimos, que no es posible que nos reconozcan. Busca en estas inmediaciones una habitacion decente; y despues llevarás y acomodarás en ella el equipage. Entretanto aquí te espero..... Tal vez la suerte me depare algun criado habla-

dor que me dé noticias recientes del estado interior de la familia.

ANDRÉS.

(*Mirando á la puerta de la casa, y viendo salir á Taravilla*). Cabalmente allí viene uno que, segun nos mira, debe de ser curioso; y tiene traza de contentar sin violencia los deseos de vd. (*Vase.*)

ESCENA II.

TARAVILLA. DON JACINTO.

TARAVILLA.

Sin duda son forasteros; y visto el mal estado en que se halla el tesoro del señor conde, no perderé nada por descubrir terreno. (*Acercándose y haciendo reverencias.*) Con permiso de vd., caballero, me parece que busca vd. alguna cosa.

DON JACINTO.

Con efecto.... Este barrio parece retirado y tranquilo; y desearia hallar en él una habitacion cómoda..... ¿Podría vd. indicarme alguna?

TARAVILLA.

Con mucho gusto, señor. Apuradamente yo soy nacido en el barrio, hijo de persona limpia y conocida ... y nadie como yo puede dirigir á vd. ¡Ah! si: ahora me acuerdo. (*Acercándosele, y bajando la voz.*) Aqui cerca, casi en frente, hay una habitacion hermosa, que ocupaba un maldito diputado de las malditas córtes.

DON JACINTO.

(*Aparte.* Este es sin duda criado del Conde)...... No parece vd. muy devoto ni de las córtes, ni de sus diputados.

TARAVILLA.

Chi! chi! (*Poniendo el dedo en la boca y mirando á todas partes con sobresalto.*) Hable vd. bajo, señor.

DON JACINTO.

Pues ¿por qué?

TARAVILLA.

Pobre de mí, si el maldito criado del coronel..... uno de los rebelados de la Isla, hermano del señor Conde, y.... ¡cáspita! en esto de Constitucion ninguno de los dos aguanta pulgas; y son tales, que si me oyesen, no tardarian en santiguarme con la tizona, ó en aplicarme á la rabadilla la punta del zapato ¡Ay! (*Dando un brinco, como si efectivamente hubiese recibido un puntapié.*) ¡Jesus mil veces, sino creí que era dicho y hecho! No lo estrañe vd. señor: el diablo del asistente, que es un perdona vidas, me trae en un sobresalto contínuo. El dia pasado, solo porque dije que los liberales eran unos traidores, y unos hereges, que no querian ni religion ni rey, se abalanzó á mí como una furia; y sino hubiera llegado el señor Conde, no hay recurso, me ahoga. Ahora, dígame vd., señor, sino es verdad, y si la cosa puede ser mas clara.... Lo que dice mi amo.... dentro de poco ni tendremos quien nos diga una misa, ni se podrá obtener una moratoria del Consejo, cosa que incomoda mucho á su señoria; porque desde que han empezado estas novedades, sus acreedores le persiguen sin piedad: ni podremos, decia tambien, obtener una mala plaza de guarda de puertas para premiar los servicios de un criado antiguo. Pues, en verdad, que esto es lo que yo mas siento. Vea vd. yo ¡pobre de mí! que desde chiquito entré en la carrera; y ni aprendí á leer ni á escribir, contando con que, en hallando un buen acomodo, con un poco de habilidad y maña, (*Haciendo ademan de batir un ri-*

zo) dejaria la librea, ascenderia á ayuda de cámara, y al fin no me faltaria, como á tantos, un empleillo decente.

DON JACINTO.

Por tu modo de esplicarte veo que el Conde, y el coronel no están muy de acuerdo en sus opiniones.

TARAVILLA.

¿De acuerdo?..... No señor: ni por pienso....... Cuando se reunen los tres hermanos, porque hay ademas el golilla, que es afrancesado; y en verdad, que segun dicen poco mas ó menos, tan bueno es este como el coronel...... pues, como digo, cuando los tres hermanos se reunen, es un infierno.

DON JACINTO.

(*Aparte.* ¡Imprudentes! ¡y su indiscrecion llega hasta el punto de revelar á los estraños el secreto de sus desavenencias!)

TARAVILLA.

Antes de ayer, nada menos, han tenido una riña de la que se han separado jurando el coronel que delataria al señor conde por enemigo de la Constitucion, protestando el grave don Prudencio (asi se llama el golilla) que va á poner pleito á los dos para que le restituyan su honor y sus bienes, y amenazándoles mi amo con el congreso de agua-va, en que la Rusia y la Prusia.............

DON JACINTO.

El congreso de Laybac, querrás decir.......

TARAVILLA.

Si señor: eso es, agua-va, ó allá-vá.

DON JACINTO.

¿Y viven juntos los tres hermanos?

TARAVILLA.

¿Pues no han de vivir?.... como que están esperando á un tio que los tres quieren mucho; y que su padre, en sus últimos momentos, les recomendó para que le respetasen como á él mismo. Ya se vé, como que el tal tio es el que ha levantado la casa, casi arruinada á la muerte del difunto conde; y él es quien ha dado carrera al coronel y al togado. ¡Qué!...... si les ha enviado mas talegas....... Asi es que, en cuanto á eso, sí: en hablándose del padre ó del tio, no hay entre los tres mas que una opinion. Al coronel, que parece que se traga á los hombres, le sorprendí yo, no ha muchos dias, mirando en la sala el retrato de su padre, y derramando el lagrimon como el puño......

DON JACINTO.

(*Aparte y con mucha espresion.* Pues que su sensibilidad es tan viva, el corazon está sano y el mal no pasa de la cabeza...)

TARAVILLA.

(*Como continuando.*) Y por mas señas, que cuando vió que yo le habia sorprendido, se volvió á mí con enfado, y me dijo: ¿qué traes tú aqui? y ya se vé, como es tan grandazo; y luego con aquellos bigotes que harian temblar al mismo don Juan Tenorio..... yo cogí y me largué, por buena providencia.

DON JACINTO.

¿Y no está casado ninguno de los hermanos?

TARAVILLA.

Si señor: el señor Conde con mi señora la Condesa.

DON JACINTO.

Calle..... con la señora condesa..... si, así debe de ser sin duda.

TARAVILLA.

¡Oh! Esta si que es señora de toda forma. Ella sola se las tiene tiesas al coronel; y lo que es mas, á don Prudencio, que como es de la pluma, tiene una charla, que en dejándole hablar, es menester darle gracias por haber servido á los franceses. Pero con mi señora no le vale.... los pone á los dos como un trapo. Y ya se vé, como ella manda en casa.....

DON JACINTO.

¡Hola! ¿con que domina al señor Conde?

TARAVILLA.

Le maneja como quiere..... Mire vd.: ella ha descompuesto la boda de la señorita, que es un ángel, con don Teófilo, jóven de mucho talento, á lo que dicen, hijo único de don Policarpo, mayorazgo rico de Andalucia y amigo antiguo de la casa, y á quien últimamente han nombrado Consejero de Estado.

DON JACINTO.

Pues, segun te esplicas, ese enlace era ventajoso.... y con efecto, me parece que conozco esa familia, y.....

TARAVILLA.

Si señor que lo era.... y todos ganábamos; porque, para entre nosotros, la casa está muy atrasada y se habla de reformas; y por otra parte, los señoritos se quieren tanto..... pero en cuanto á don Policarpo le hicieron Consejero de Estado, mi señora ha salido con que no puede consentir en enlazarse con una familia apóstata é incidente.....

DON JACINTO.

¿Incidente? (*Como dudando de lo que quiere decir.*) Infidente, dirás.

TARAVILLA.

Pues bien: lo mismo es..... y jura y protesta que jamás la condesita de Villaoscura, la línea primogénita de los Bobadillas y Pimenteles.....

DON JACINTO.

¿Con que de ese modo tu amo es el conde de Villaoscura.... No le conozco personalmente; pero fuí grande amigo de su padre; no lo soy menos de su tio, y aun vengo encargado de darles noticias de su salud y situacion....... ¿Qué hora será á propósito para ver al conde, y á toda la familia?

TARAVILLA.

Paran tan poco en casa..... Si desde que andan estas cosas, todo está revuelto..... El coronel sale muy temprano, y no vuelve muchas veces hasta las cuatro de la tarde, sin haber hecho otra cosa que leer el Universal. El señor conde vá á casa de un amigo, donde segun he entreoido, leen los papeles estrangeros; y saben por ellos cuando llegan los rusos, los prusianos, los alemanes y los ingleses, cuantos son, y por donde vienen: vuelve á las doce, acompaña á la señora á misa, y al instante se larga.

DON JACINTO.

(*Aparte.* Me aprovecharé de esta oportunidad para familiarizarme con el terreno, y ver antes á mi Victorina.)

TARAVILLA.

(*Continuando.*) Solo don Prudencio se está metido en su

cuarto, escribiendo su defensa con una porcion de libros abiertos sobre la mesa, y habla solo, y manotea.

ESCENA III.

LOS DICHOS Y ANDRÉS.

ANDRÉS.

Señor...... Ya tenemos casa.

TARAVILLA.

(*Aparte, enfadado consigo mismo*) Pues! y yo me he perdido esta propina por.... pero ya se vé, cuando á uno le preguntan, es menester responder; y las palabras son como las cerezas, en tirando de una..... ¿Y dónde es? (*A Andrés.*)

ANDRÉS.

En esta calle inmediata: al número 3.

TARAVILLA.

¡Precisamente ! la que yo habia dicho..... (*Aparte, pero dejando ver su mal humor.* ¡El diablo del hombre ha ido á tropezar con)......

DON JACINTO.

(*Aparte.* A este le pesa que Andrés haya hecho tan buena diligencia... Habia consentido ya en una propina: me ha dado noticias importantes, y tal vez podré necesitarle.) ¿Cómo te llamas?

TARAVILLLA.

Señor: yo me llamo Juan; pero desde chiquito han dado en llamarme Taravilla, y me he quedado con este mote.

DON JACINTO.

Andrés: dále un duro. Dentro de poco pasaré á hacer á tus amos mi primera visita; pero no quiero que nadie me anuncie anticipadamente..... ¿lo entiendes? Tal vez en lo sucesivo me podrás ser útil. (*Don Jacinto y Andrés se van.*)

ESCENA IV.

TARAVILLA.

Bien puede vd. contar conmigo para cuanto guste mandarme. A duro el secreto seria yo el hombre mas callado de la tierra! ¡Qué generoso es este señor! Un duro por nada.... ¿si será falso?..... (*Tírale al suelo para ver si suena bien, á tiempo que Terremoto asoma á la puerta de la casa.*)

ESCENA V.

TARAVILLA. TERREMOTO.

TERREMOTO.

(*Con aire de maton.*) Dígame vd., mocito ¿Es de vd. todo ese dinero?

TARAVILLA.

Si señor: mio es ¿y porque es la pregunta?

TERREMOTO.

Por saberlo naa mas..... Como anoche perdió vd. en la caballeriza hasta el último chavo, me estraña verlo tan de mañana arrojando la plata por el suelo.... vengan los cigarrillos que le encargué á vd...

TARAVILLA.

Aun no he ido por ellos....

TERREMOTO.

¿Cómo no, despues de una hora?... Ya me lo daba á mí el corazon. Quiere decir que con mi dinero se ha ido vd. al garito y ha salido carne muchas veces. (*Haciendo ademan como de tirar la taba*) Pues hágame vd. la merced de endosarme ese durito que andaba roando... Hágase vd. cargo que no es regular que vd. gane, cuando yo solo podia perder......

TARAVILLA.

Se equivoca vd., señor Terremoto, que aquí tengo los seis cuartos que vd. me ha dado, y en las mismas monedas (*Sacándolos del bolsillo, y enseñándolos.*) y yo no he estado en garito ni en calabaza; y este dinero le he ganado yo muy honradamente.

TERREMOTO.

Yo no entiendo de palabras blandas...... ó venga el duro, ó te crucifico á cintarazos, ¡Taravilla!..... Ademas que, siendo todos iguales por la Constitucion, no es justo que unos tengan un duro y otros ni una blanca.

TARAVILLA.

Pero al menos observe vd., señor Terremoto, que si se lo lleva vd. todo, la desigualdad quedará la misma......

TERREMOTO.

Habláste como un libro..... Partiremos..... Mira, Taravilla, tú eres un pobre demonio; y cierto me causa compasion ver que, por tener esa cabeza atiborrada de majaderias, no conoces

tus verdaderos intereses...... ¡Ay! si como yo hubieras andado algun tiempo al remo..... Si hubieras hecho algunos viagecitos por la costa de Africa.... pero ya se vé..... si eso no ha salido nunca de entre las faldas de la madre........ será necesario que yo te tome bajo mi proteccion, y te dé algunas lecciones.

TARAVILLA.

Como no me cuesten nada........ con mucho gusto, señor Terremoto, pues yo á qué estoy.... apuradamente mi carrera, si las cosas no cambian, es carrera perdida; y segun dicen, en lo sucesivo para ganar algo se necesitará saber mucho, y en todo caso el saber no ocupa lugar, y ya que me ha tocado venir al mundo en tiempos tan perdidos.

TERREMOTO.

¡Calla! majaero.... los tiempos no pueden ser mejores para los hombres de algun talento y manejo.

TARAVILLA.

En cuanto al manejo pase, que aun no me pesan los años, y tan bien me manejo yo como otro cualquiera; pero el talento... pues ahí está la dificultad...... talento, mire vd........ para mí que soy un pobre porro......

TERREMOTO.

No tengas cuidao, que lo que yo te enseñe no te romperá la caéza.

TARAVILLA.

¿Y diga vd., es sobre estas cosas?

TERREMOTO.

¿Pues sobre qué ha de ser?......

TARAVILLA.

¿Y es lo mismo que le oye vd. al señor coronel?

TERREMOTO.

Yo no recibo liciones de naide. Mi amo la lleva por otro estilo: y si yo le hubiera de creer, jamás saldríamos de sudar para comer; pero á mi no me convienen sus caballerias. Por ahora le sigo su aquel, pero en cuanto vea enredao el fandango, empezaré á trabajar por mi cuenta.

TARAVILLA.

Pues diga vd., señor Terremoto ¿no es vd. liberal?

TERREMOTO.

No tengo naa mio: (*Mirándose de alto á bajo*) cada uno es liberal á su modo.

TARAVILLA.

¿Y si yo?......

TERREMOTO.

Taravilla, eres un poco largo de preguntas; y no todo se puede decir á puerta de calle. Entra, partamos ese peso gordo, y continuare mis instrucciones.

TARAVILLA.

Por de pronto me cuesta medio duro.... pero ¿quién sabe?.. es menester arriesgar algo....... ello, la verdad, yo no he entrado muy derecho en estas cosas; pero, por poco que pegue la igualdad de Terremoto, me declaro por la igualdad; y si puedo ser conde ¿por que he de ser lacayo?

ACTO SEGUNDO.

Salon adornado á la antigua, pero con cierta riqueza. En él está colocado un retrato: en el fondo hay una puerta que dá á la de la calle; y á derecha ó izquierda, varias otras para las habitaciones interiores.

ESCENA I.

EL CONDE.

(*Saliendo por una de las puertas interiores.*)

Los sucesos de estos dias empiezan á inquietarme..... el estado de fermentacion se hace casi habitual..... ¡Frutos amargos de la irreligion y de la filosofía! Jamás pude figurarme que las doctrinas perniciosas tuviesen tantos prosélitos..... (*Toca una campanilla, y sale un criado.*) dí á la Condesa que estoy de vuelta, y dispuesto á acompañarla. Todos los proyectos avortan..... la vigilancia de los enemigos redobla, y el peligro crece..... Afortunadamente las noticias estrangeras no dejan ya duda sobre el resultado de las conferencias de Laybac; y bien pronto.....

ESCENA II.

LA CONDESA. EL CONDE.

CONDESA.

¿Y bien, Conde, (*Con mucha curiosidad, y andando hácia él*

apresuradamente.) que nuevas tenemos? ¿Avanzan ya los austriacos sobre Nápoles?.....

CONDE.

No hay cosa mas cierta, querida mia. (*Tomándola de la mano, y con aire de satisfaccion.*)

CONDESA.

¿Y cuántos son?

CONDE.

Doscientos y cincuenta mil hombres de las mejores tropas.....

CONDESA.

¡Qué dicha!..... ¡Ay! cuando será el dia que tengamos nosotros la misma fortuna.....

CONDE.

No obstante: Condesa, si fuese posible evitarlo, y pudiésemos restablecer el gobierno sin el ausilio de los estrangeros.....

CONDESA.

No, no: en todo caso bueno sería poder contar con unos 400,000 hombres.... Ya ves que los revoltosos son muchos mas de los que creíamos; y ademas, hay mucho terreno que ocupar, muchas prisiones, muchas deportaciones, muchos castigos que hacer, y todo esto pide gente. Ahora no debe ser como en el año trece, en que, á escepcion de unos pocos que se pudo aprender, de los demas, los unos se quedaron divirtiéndose en París, y otras ciudades de Francia, y á los otros se les dejó escapar á Lóndres. ¡Míre vd. que castigo! Allí han vivido todos ellos como unos príncipes; se han empapado mas y mas en las doctrinas heréticas y suversivas, y desde allí han dirigido la conspiracion que

nos tiene con el dogal al cuello..... Bien aconsejaba en su tiempo el P. Fr. Mario de Santa Bárbara. Si, como él propuso, se les hubiera atraído á todos por engaños, y despues de tenerlos dentro, se les hubiese puesto á buen recaudo, no nos veríamos ahora en estos apuros..... Mas de todos modos ¿Sabes lo que digo, Conde? Que los aliados no entienden de la misa la media: no conocen sus intereses, ni los nuestros. ¿Porque no han de haber empezado por la España, que es la que ha dado el primer ejemplo del escándalo?

CONDE.

Mira, Condesa..... No dejan de tener para ello razones poderosas. La situacion particular de Nápoles, el estado del espíritu público en la Italia, el peligro de que el contagio se estendiese por toda la Alemania; y nada te digo de lo que estos sucesos hubieran podido influir sobre los franceses, amigos de novedades..... ¿Y en Berlin?

CONDESA.

Conque quiere decir que el mundo está infestado por todas partes de esta secta endiablada de libertinos y filósofos: pues entonces, larga la llevamos; y entretanto estamos aquí con el credo en la boca, y nadie se acuerda de nosotros.......

ESCENA III.

LOS DICHOS Y TARAVILLA.

(*Quedándose á la puerta, escuchando.*)

CONDE.

Te equivocas, Condesa: todo marcha con la mayor rapidez. (*Con cierta reserva, y mucha alegria.*) El grueso de las tropas

está pasando el Pó y el Adige. El general Frimon se adelanta sobre Ravena, y dentro de poco pasará el fatal Rubicon.

CONDESA.

(*Como enagenada de contento*). Despues el Guadarrama, y al dia siguiente á Madrid..........

CONDE.

No: si esto es en Italia....... despues rompen por las Marcas de Ancona, se echan sobre los Abruzos,... y á Nápoles.... Estas son las noticias, que como oficiales, nos acaba de comunicar aquel estrangero, que es el alma de nuestra reunion; y sin el cual tal vez nos habríamos echado ya con la carga......

CONDESA.

¡Bendito él sea! vea vd. y sin ser español el interes que toma por nosotros...... ¿Y qué dice? ¿vendrán pronto los aliados á socorrernos?

CONDE.

Dice que todo está preparado; pero que, en todo caso, es necesario que nosotros empeñemos el lance, y asi nuestras discordias servirian de pretesto á las hostilidades, y de ocasion para gritar contra este espíritu novador á que deben su orígen semejantes trastornos.

CONDESA.

Dice bien..... Mira si son finos..... ¡El diantre son los estrangeros! (*Reparando en Taravilla.*) Pero ¿qué haces tú aquí, bruto?

TARAVILLA.

Venia á decir á V. SS. que el coche está dispuesto, y esperaba, por no interrumpir......

CONDE.

(*Mirando el reloj*) Con efecto, ya es hora......

CONDESA.

Vamos Conde; y tú avisa á Lucia para que todo esté arreglado. (*Al Conde.*) Con tan faustas nuevas no dejaremos de recibir hoy algunas visítas.

ESCENA IV.

TARAVILLA. LUCIA.

TARAVILLA.

(*A la Condesa.*) Bien está señora. La del humo.... ¡Lucia!... ¡Luciguela!....... (*Llamándola á una de las puertas interiores.*) Grandes novedades. (*Cogiéndola por la mano y tirándola como con reserva hácia un lado.*)

LUCIA.

¿Y qué cosa?..... (*Mirando como con recelo á todas partes.*)

TARAVILLA.

Yo creo que los tendremos aquí antes de quince dias.

LUCIA.

¿A quienes?

TARAVILLA.

A los aliados. (*Con mucho misterio.*) Los soldados mas gruesos del ejército están pasando el Pues, ya lo dige. El general Faraon adelanta sobre Rábanos, y bien pronto atravesará el fatal Borricon...... .. en seguida, rompen las arcas de Antonia, se echan de bruces, y á Nápoles........

LUCIA.

¿Que ensarte de desatinos es ese? Tu has perdido la cabeza, Taravilla. El que, sino me engaño, pudiera y aun debiera echarse de bruces, y andar en cuatro patas, eres tú, y cuantos como tú se meten á hablar de lo que no entienden, y de lo que no se hizo para cabezas redondas.

TARAVILLA.

Yo no hago mas de repetir, con corta diferencia, lo mismo que acabo de oir al señor Conde..... y te equivocas en eso de que no lo entiendo. No: pues eso no pide estudios; y nadie sabe mejor que yo lo que me conviene...... Cáspita! si lo entiendo......... pues á fé que lo que me ha dicho Terremoto no deja de darme en que pensar; y que, si la cosa se enreda......

LUCIA.

¿Y que te ha dicho Terremoto?

TARAVILLA.

Terremoto dice que todos somos iguales, y que ninguno es mas que otro, y que nadie debe tener mas que otro; y en verdad, que no le faltaba razon; por que, al fin, todos somos hijos de Adan y Eva, y del vientre de la madre todos salimos en cueros, y entonces tan conde era yo como mi amo......

LUCIA.

Poco á poco, amigo Taravilla. Aunque á mi no se me alcanza mucho de estas cosas, me parece que ha de ser muy dificil igualar al mándria con el valiente, al holgazan con el hombre laborioso, y al ignorante con el sabio; y en cuanto á lo del condado, yo no sé si el amo nació para Conde, mas lo que me atrevo á segurar es que, para hacer de tí un hombre de provecho,

se necesitaria volverte al molde; pero hablemos de otra cosa, ¿has visto á don Teófilo?

TARAVILLA.

¡Ah! si: ya se me olvidaba, y me ha dado esta carta para la señorita.

LUCIA.

¿Y te estás con esa cacha, menguado.....? Dámela, y vete á la antesala, por si viene alguien.

ESCENA V.

LUCIA. VICTORINA.

VICTORINA.

Lucia, Lucia. (*Muy contenta.*) Acabo de ver á Teófilo; y parecia que estaba tan alegre ¿por qué seria? y me hacia señas así, (*Figura como que escribe sobre la mano.*) como de que le escribiese.......

LUCIA.

Por qué pueda estar tan alegre lo ignoro; pero sus señas las entiendo perfectamente: quiere decir que la ha escrito á vd. y hé aquí su carta.

VICTORINA.

¿Qué dirá?... (*Abriendo la carta*) tiemblo como una azogada. (*Lee*) «Dueño mio. A pesar de los desaires que mi padre ha recibido de los tuyos, convencido de que yo no puedo ser feliz sino contigo, cediendo al cariño que te profesa, y deseoso de libertarte, y librarme de un rival no menos odioso que despreciable, ha consentido en volver á insistir con el Conde y la Condesa sobre nuestro tratado enlace. A este efecto piensa pasar

á esperarles á su vuelta de misa, ocasion que le he indicado como la mas á propósito para hallarles juntos. Yo iré en su compañia. Rogaremos, suplicaremos; y cualquiera que sea la injusta obstinacion de la Condesa, no lo dudes, cederá sin remedio á la elocuencia de la pasion, á la ternura del amor maternal. En todo caso, nunca será tu esposo el hombre indigno á que te destinan; aunque hubiese de costar no una, sino mil vidas á tu amante Teófilo.» (*Guardando la carta*). Ves cual me ama, Lucia...... y mi madre se obstina en que yo le aborrezca, como si estuviese en mi mano; y como si fuese fácil aborrecer hoy lo que una ha estado amando toda la vida. Ya lo sabes, Lucia: nos hemos criado juntos, y nuestro amor ha empezado en los inocentes juegos de la infancia, á la vista de nuestros padres y con su aprobacion. ..... y ahora, porque los unos quieren Córtes, y los otros no, es necesario que yo aborrezca al que amo, y que ame al que aborrezco........ Mire vd. que tendrán que ver las Córtes con nuestros amores... ¡Maldita política!..... Lo que dice mi Teófilo..... Los hombres no pueden ser todos de la misma opinion; y sin dejar de ser muy honrados, cada uno puede tener la suya; pero por eso no debemos dejar de querernos como hermanos....... ¡Si viniese el tio don Jacinto, que estamos esperando!.... dicen que es tan bueno... y es tan amigo de don Policarpo...... pero verás como, por mi desgracia, sucede alguna cosa que descomponga el viage, y yo ¡pobrecita de mi, sin amparo de nadie! No: pues.....

LUCIA.

No se aflija vd., señorita. ¿Quién sabe? tal vez el tio llegará cuando menos se piense; y en todo caso, tiempo nos queda para afligirnos.

ESCENA VI.

TARAVILLA. DON JACINTO Y LAS MISMAS.

TARAVILLA.

(*Introduciendo á don Jacinto.*) Acaban de salir á misa, como dije á vd.; pero allí está la señorita. (*Váse.*)

DON JACINTO.

(*Como reconociendo con ternura la habitacion.*) Apenas puedo echar el paso..... cada objeto escita en mi alma un recuerdo, y reclama de justicia una lágrima...... ¡Dios mio! ¡Si, él es! No puedo mas.

VICTORINA.

(*Corriendo precipitadamente hácia él.*) ¿Qué teneis, señor? ¿qué sentís? ¡Lucia!... ¡Lucia! trae aquel frasquito del éter....

DON JACINTO.

(*Enjugándose las lágrimas.*) No, no: ya no es necesario. Perdonad, señorita, y no estrañeis mi profunda emocion. Fuí el amigo mas íntimo de vuestro digno abuelo: hacia muchos años que no frecuentaba estos lugares, y la vista de ellos..... ese retrato..... (*Enterneciéndose de nuevo.*) en él he creido ver la imágen de un hermano. (*Enjugándose de nuevo.*)

VICTORINA.

Tranquilizáos, señor.... tranquilizáos.... Lucia ¡qué bueno es, y que sensible! apostaré á que este ni aborrece ni persigue á los que no son de su opinion. (*A don Jacinto.*) Siento infinito que papá y mamá no estén en casa: acaban de salir á misa; pero mientras vienen, yo tendré la satisfaccion de acompañar á vd., si vd. gusta de esperar.

DON JACINTO.

Señorita: á mis años vale mas esperar largo tiempo que repetir el mismo paseo: ademas que ¿quién no aceptaria la amable oferta de vd? (*Aparte.* ¡Qué fisonomía tan espresiva é interesante!)

LUCIA.

Señorita, si vd. no me necesita, me retiro. Ya sabe vd. que mamá á su vuelta.....(*Vase*).

ESCENA VII.

DON JACINTO. VICTORINA.

VICTORINA.

Si: anda, vete. (*A don Jacinto.*) Solo siento, señor, que mi conversacion os será poco agradable; porque como yo no entiendo de estas novedades, y ahora nadie habla de otra cosa....

DON JACINTO.

(*Aparte.* ¡Qué candor!) ¿Y para qué necesitamos esa detestada política, de que por desgracia y en lo general, no hablan los hombres para instruirse, sino para irritar sus pasiones? ¿No tenemos nosotros un largo asunto de conversacion en recordar la tierna memoria de vuestro respetable abuelo, de mi querido amigo?

VICTORINA..

¡Ah! si. (*Enterneciéndose.*) Aunque yo no le he conocido....

DON JACINTO.

Y del tio don Jacinto.

VICTORINA.

¿Conoce vd. al tio don Jacinto?

DON JACINTO.

Mucho, señorita: es mi mejor amigo; y por él he sabido, con harto sentimiento, las desavenencias entre el Conde y sus hermanos.....

VICTORINA.

Nosotros le estamos esperando con impaciencia; pero yo no sé en qué consiste que no viene ni escribe.

DON JACINTO.

¿Tiene vd. mucho deseo de verle?

VICTORINA.

¿De verle solamente?.... Y de abrazarle.... y de cuidarle... ¡Dicen que es tan bueno.... y tan sábio!....

DON JACINTO.

(*Aparte.* Si continúa no seré dueño de mí mismo.)

VICTORINA.

Dicen que el abuelo y él eran citados en su tiempo por un modelo de amor fraternal.... ¡Ay! Tambien hasta que empezaron estas cosas se amaban con la mayor ternura papá y los tios don Fermin y don Prudencio..... y aun se aman todavia, si no hubiese quien atizára el fuego....

ESCENA VIII.

LOS DICHOS Y TEÓFILO.

TEÓFILO.

(*Entrando precipitadamente.*) ¡Victorina! ¡Victorina! (*Repa-*

rando en don Jacinto, y como avergonzado de su aturdimiento.) Perdonad, señor, si...

DON JACINTO.

(*Aparte.* Él es sin duda.) ¿Y cuál es vuestro crímen, caballerito? el de tener pocos años, mejores piernas que yo, mucha viveza y mucho amor á esta señorita, tan digna de inspirarle. Hace poco mas de un cuarto de hora que yo he tenido el gusto de verla, y la amo ya con una ternura paternal.

TEÓFILO.

¡Qué bondad! ¡Qué dulzura!

VICTORINA.

No lo estrañes: fué un amigo íntimo del abuelo, y lo es del tio don Jacinto.

TEÓFILO.

¿Si?....Pues entonces no podrá menos de conocer á papá.... ahí viene; pero como yo he subido saltando los escalones de cuatro en cuatro....

DON JACINTO.

(*Aparte.* Sin duda han salido antes de recibir el aviso. Descubrióse mi secreto.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y DON POLICARPO.

(*Victorina y Teófilo se adelantan á recibir á don Policarpo.*)

DON POLICARPO.

Buenos dias, hija mia.....

TEÓFILO.

Papá.... aquel señor es un amigo de.....

DON POLICARPO.

(*Habiéndole reconocido y arrojándose á sus brazos.*) ¡Don Jacinto!.... ¿Vd. aqui?....

VICTORINA.

(*Corriendo tambien á abrazarle.*) ¡Cómo! el tio.... (*ya en sus brazos, y mirándole con ternura.*) ¡Ah! sí: yo he debido conocerle en la ternura de sus sentimientos, en la dulzura de sus palabras.

DON JACINTO.

¡Hija mia!.... Si, yo soy...... Yo soy ese tio, cuya llegada deseabas tanto, y que nada omitirá por asegurar tu felicidad.... amigo don Policarpo: ¿no ha recibido vd. esta mañana una esquela mia?

DON POLICARPO.

No.

DON JACINTO.

Con las noticias que me comunicó vd. de las discordias de la familia, he apresurado mi viage; y á mi llegada he sabido lo que la delicadeza de vd. me habia ocultado: lo sé todo. Sé que Teófilo ama á mi Victorina; y que el conde, cediendo á la influencia de su fátua muger, se niega á verificar una union formada por el amor, aprobada por todas las razones de conveniencia recíproca, estipulada por un convenio, y elevada así á la clase de una obligacion de honor.

DON POLICARPO.

Veo, amigo don Jacinto, que está vd. con efecto instruido

de todo; y el objeto de esta visita no era otro que el de hacer el último esfuerzo para vencer su resistencia, empleando para ello cuantos medios, cuantos sacrificios se exijan de mí.... les abandono toda mi fortuna.... me sacrificaré á sus injustas preocupaciones.... pondré en manos de S. M. la renuncia de mi destino..... Tal vez es una debilidad en mi carrera de hombre público.... pero ¿qué quiere vd.? es mi hijo único, es sensible y bueno, y no puedo soportar la idea de verle infeliz.

DON JACINTO.

(*Con espresion.*) ¡Y qué! ¿cree vd. que sufriria yo que mi pobre Victorina lo fuese? ¿olvida vd. que soy su padrino? ¿No fué vd. mismo quien en mi nombre la tuvo en la pila? No, hijos mios, (*Abrazándolos con emocion.*) Habeis nacido el uno para el otro; y la razon y la naturaleza triunfarán de la injusticia y de la estravagancia. Y vd., señor don Policarpo, no tendrá necesidad de renunciar el puesto eminente que ocupa. La patria reclama hoy como nunca, los talentos, la esperiencia, la acreditada providad de vd.

TEÓFILO.

(*Con fuego.*) Sobre todo, señor, no consintais que la entreguen al hombre á quien la destinan..... Es indigno de ella.... y si soy tan desgraciado que no pueda ser suyo, que sea un hombre virtuoso quien posea el tesoro que yo pierdo.

DON JACINTO.

¿Y quién es ese sugeto?

ESCENA X.

DICHOS Y LUCÍA.

(*Entrando apresuradamente.*) Don Judas ha venido; yo por

alejarle y ganar tiempo, le he dicho que la señora se estaba paseando en el jardin: antes que lo recorra todo tiene para un rato.

DON JACINTO.

¿Y quién es este don Judas?

LUCIA.

Es el novio que se trata de dar á la señorita.

VICTORINA.

(*Con afliccion.*) Y á quien no podria querer nunca, aunque mi corazon fuese libre.

LUCIA.

Es un caballerito á quien su nombre le viene de perlas, y que deshonra á la familia á que pertenece: intrigante, adulador, zizañero, amigo falso, que vende la confianza de cuantos tienen la debilidad de admitirle á la suya: miente, y trampéa á mas y mejor; y para mantener sus vicios y hacer fortuna adula las pasiones de todos: presentes, los alaba con descaro, y ausentes los desuella sin piedad: en suma, es un pícaro redomado, capaz de hacer toda especie de papeles.

DON JACINTO.

Si el retrato es parecido, el original es una alhaja sin precio. Déjenme vds. solo con él....... Don Policarpo, por ahora, suspenda vd. su visita, y retírese. Yo espero que no será necesario llegar al estremo que os proponiais; pero prevengo á todos, que no quiero descubrirme todavia, y que entretanto no soy mas que un amigo del tio.

DON POLICARPO.

Me someto enteramente á su direccion.

TEÓFILO.

Y yo pongo en manos de vd. toda mi felicidad.

VICTORINA.

Y ya habrá vd. leido en mis ojos, que la mia no puede separarse de la suya.

LUCIA.

¿Pero quien es este señor?

VICTORINA.

Ven Lucia: todo lo sabrás.

ESCENA XI.

DON JACINTO, *solo.*

¡Será posible que el alucinado Conde no solo quiera deshonrarse faltando á una promesa de honor, sino que esté decidido á dar su hija única, por la cuenta, á uno de estos hombres malvados, que de tarde en tarde aborta el infierno para oprovio de la humanidad!..... mas oigo ruido..... sin duda es él.

ESCENA XII.

DON JACINTO. DON JUDAS.

DON JUDAS.

(*Aparte.* Lucia, ó se equivocó, ó me ha engañado... pero ¿á quien pertenecerán aquellos restos venerandos de los tiempos de Fernando VI?..... Las caras nuevas me asustan......) Beso á vd. su mano, caballero.

DON JACINTO.

Servidor de vd.

DON JUDAS.

¿Espera vd., sin duda, á los señores Condes?

DON JACINTO.

Si señor.

DON JUDAS.

(*Aparte.* El hombre parece corto de razones).... Yo les debo mil finezas: vivo en su casa mas que en la mia, y no recuerdo haber visto á vd. hasta ahora.

DON JACINTO.

No era fácil: acabo de llegar.

DON JUDAS.

¿Seria vd. por fortuna el tio don Jacinto á quien esperamos con ánsia?......

DON JACINTO.

No soy don Jacinto; pero soy el mejor de sus amigos, y vengo en su nombre.

DON JUDAS.

(*Aparte.* El mejor de sus amigos nada menos. ¡Cáscaras!.. este hombre me es muy necesario.... *mirándole*, chupa larga, ala de pichon, sombrero á la antigua y de sesenta y cinco á setenta navidades, no hay que dudar de sus opiniones......Sin embargo, vamos con tiento......) ¿Y qué dice vd. de estas novedades?

DON JACINTO.

Yo........ nada.

DON JUDAS.

(*Aparte.* Me tiene por liberal, y desconfia)..... No: pues las noticias de hoy son de la mayor importancia. Los austriacos, segun parece, están muy cerca de ocupar á Nápoles. Esto se acaba dentro de pocos dias, y las cosas se restablecen sobre el pié antiguo..... 250,000 hombres se acercan ya al Pirinéo....?

DON JACINTO.

(*Con viveza.*) ¡El cielo nos preserve de semejante calamidad! y bien ciego necesita estar, ó bien perverso debe de ser, el español que lo desée. La antigua arbitrariedad es el mayor de los males, y las bayonetas estrangeras el peor de los remedios.

DON JUDAS.

(*Aparte* ¡Hola! ¡hola!... Pues el abuelito es liberal. Cuarto de conversion)..... Con efecto, teneis razon; pero estas son las noticias que esparcen los mal intencionados. Ya se vé...... no se castiga..... la impunidad les hace osados: y no hay género de patrañas que no empleen para alucinar á la multitud.... Se necesita levantar en cada esquina un cadalso, decia esta mañana un liberal, amigo mio......

DON JACINTO (*con fuego.*)

¡Y qué se propone ese amigo de vd., tan liberal, en repartir dogales! ¿hacer de la España un cementerio?.....

DON JUDAS.

Eso fué cabalmente lo que yo le contesté..... (*Aparte.* Este hombre me vuelve loco... ¿Si será afrancesado?... Probemos...) De todo esto nos veríamos libres, en opinion de otro amigo mio,

sin la obstinada y temeraria resistencia de 808...... pero ya se vé, un pequeño número de hombres, conducidos por sus ideas ambiciosas, arrastraron á la nacion......

DON JACINTO.

¿Y quién le ha dado á ese amigo de vd. el derecho de calumniar á los que á todo riesgo se propusieron defender la independencia y el honor nacional? su resolucion pudo ser tanto mas laudable y generosa, cuanto mas cierto se quiera suponer su peligro..,.. Permítame vd. que le diga que no me parece muy feliz en la eleccion de sus amigos.

DON JUDAS.

(*Aparte*. ¿Qué demonio de hombre es este?..... ¿Si será de los mios?).... ¿Qué quiere vd.? es menester vivir con todos....

DON JACINTO.

Sin adular á ninguno. El que para hacerse amigos, ó para conservarlos, no conoce otro medio que el de aplaudir sus errores, es el mas bajo de todos los mortales.

DON JUDAS.

(*Aparte.* La lengua de este hombre es un hacha, y cada palabra una sentencia. No creo que haré mal en escurrir el bulto, para evitar un conflicto de principios. Este es uno de aquellos que se pican de probidad; y que van, por ese mundo de Dios, prodigando verdades á quien no quiere oirlas..... Uno en fin de los aspirantes á la corona del martirio...... El cielo bendiga sus piadosas intenciones; que yo, que no tengo vocacion de mártir, me reservo para mejor ocasion.)—Los Condes tardan, y tengo á esta hora un asuntillo que evacuar. Con permiso de vd., caballero.

(*Don Jacinto contesta con una ligera inclinacion de cabeza. Al salir don Judas, entran los Condes.*)

ESCENA XIII.

DON JACINTO. EL CONDE. LA CONDESA. DON JUDAS.

CONDESA.

¿Pues donde bueno, y tan de priesa, señor don Judas?

DON JUDAS.

Señora, me es imposible detenerme..... Este caballero hace largo tiempo que espera á vds. Vuelvo luego. (*Con misterio.*) Leed con toda reserva esa papeleta. ¡Buenas nuevas.!

ESCENA XIV.

DON JACINTO. EL CONDE. LA CONDESA.

CONDESA.

¿Que nos querrá este importuno?

DON JACINTO

(*Despues de haberse saludado recíprocamente por algunas reverencias.*) Señor Conde. Su tio de vd. me entregó esta carta que se dirige á los tres hermanos: en su contenido verá vd. cuanto yo pudiera decirle.

EL CONDE.

(*Abriendo la carta.*) Condesa, escucha.

CONDESA.

(*Aparte.* Pues: y mientras dura su pesada lectura, no podré yo saber lo que contiene la papeleta de Don Judas. Si al menos pudiera yo así, al soslayo..... *Leyendo como de través.* ¡Qué! Si es tan mala letra.... no es posible)

CONDE.

(*Lee.*) El dador de esta será don Patricio de Velisla, amigo antiguo de vuestro padre, y tan íntimo mio que nada hareis en tratarle y respetarle como á mi propia persona. He sabido con escándalo vuestras desavenencias; y mientras duren, estoy resuelto á vivir lejos de vosotros, y aun á dejaros ignorar mi paradero. (*El Conde se inmuta.*) Mas que tio he sido vuestro padre. (*El Conde con emocion, interrumpiendo la lectura.*) ¡Ah! si, es verdad!

DON JACINTO.

Veo que las lágrimas os reducen á la imposibilidad de continuar..... Permitidme que yo lo haga..... (*Dále la carta.*) Mas que tio he sido vuestro padre. Me proponia pasar los pocos dias que me restan en las dulzuras de la paz doméstica, en el seno de una familia, que he idólatrado siempre; mas yo no puedo reconocer por mia la que está despedazada por la discordia, y me guardaré de confiar la tranquilidad de mis últimos momentos á gentes que, sofocando los sentimientos de la naturaleza, hollando sacrílegamente los derechos de la sangre, han abierto su corazon á todas las pasiones ponzoñosas, y convertido el cariño en ódio, la fraternidad en rencor, la casa paterna en un campo de batalla. No pudiendo consentir tampoco en que mis riquezas sirvan de instrumento á la venganza y al crímen, os declaro que jamás serán el patrimonio de tres hermanos desnaturalizados, de tres enemigos. Teneis en vuestra mano el hacer que mi voluntad no sea irrevocable. Reconciliáos, y parezco en medio de vosotros; y os restituyo mi ternura, y todos los bienes con que pródigamente me ha favorecido la fortuna.— Vuestro tio Jacinto.

EL CONDE

(*Como desconcertado, y lleno de sentimiento.*) ¡Caballero! El

desagradable contenido de esta carta no puede ni entibiar mi cariño, ni disminuir mi respeto al tio, ni alterar en lo mas mínimo mis obligaciones con cuanto le pertenezca. Su intimidad os dá derecho á mirar como vuestra esta casa, y cuanto hay en ella.

DON JACINTO.

Gracias, señor Conde; y permítame vd. le diga, en uso de esa intimidad con don Jacinto, ó mas bien en ejecucion del designio que aquí me trae, que la profunda afliccion que se pinta en su semblante, la impresion producida por esta carta.....

CONDE.

(*Con viveza*) ¡Ah: señor! Un rayo despedido del cielo y caido á mis pies, no la habria producido mayor.

DON JACINTO.

No obstante, el tio está dispuesto á dividir con vds. su riqueza, si.....

CONDE.

(*Con mucha espresion.*) Por piedad, señor, no equivoqueis mis sentimientos..... No ocultaré que, en cuanto á intereses, mi situacion en la actualidad es apurada y crítica; mas todo se reduce á renunciar á ciertas ideas de fausto y de grandeza, y este triunfo no es superior á mis fuerzas..... La pérdida á mis ojos irreparable, aquella de que no podré nunca consolarme, es la de su cariño.

DON JACINTO.

(*Lleno de emocion y tomando, y apretando la mano del Conde.*) ¿Su cariño?..... ¡Ah! no puede perderle quien abriga en su corazon sentimientos tan nobles de virtud, y yo no dudo que la reconciliacion.....

CONDESA.

En cuanto á eso, caballero, permitidme que yo tome parte en una conversacion en que soy tan interesada. La reconciliacion es imposible: seria faltar á la religion y al honor.

DON JACINTO.

(*Con fuego.*) A los dos insulta quien los invoca para disfrazar su orgullo y su venganza. ¿Y en qué consiste ese honor, que la razon reprueba? ¿Cuál es esa religion enemiga de la virtud? (*Variando de tono*) Señora: vuestro sexo es el ornamento de la especie humana. La providencia, en la sabiduria de sus designios, le ha dotado de una sensibilidad esquisita, de una fisonomía dulce, de hermosura y de gracias para corregir los abusos de nuestra fuerza, dulcificar la aspereza de nuestro carácter, calmar la fogosidad de nuestras pasiones, y sembrar de flores el camino de la vida. Este es, sobre la escena del mundo, vuestro noble y envidiable papel. ¿Querríais trocarle por el de furia?

CONDESA.

(*Con encendimiento*) Señor mio. Yo no pretendo hacer el papel de furia; ni las opiniones de mi marido son obra de sujestiones mias. Afortunadamente convenimos en ideas; y cuando se trata de la religion y del rey, ni él, ni yo entendemos de parvidad de materia, ni somos de los que para todo tienen bula de composicion. Cierto es que don Fermin y don Prudencio son sus hermanos; pero cuando se trata de esto, no hay hermandad que valga, y al que sea judío, que lo quemen, dice el adagio........

DON JACINTO.

¡La máxima es filantrópica!......

CONDESA.

Si señor: ya se vé que lo es; y si á vd. no se lo parece, tanto peor para vd.: y en verdad que me alegro no poco de saber que el tio no viene. Solo por sus respetos y el empeño obstinado del Conde, he podido yo consentir en vivir con los tales hermanos bajo un techo; pero ahora mismo, y sin mas ceremonia, en dos deditos de papel, voy á intimarles la necesidad de mudar de posada. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON JACINTO. EL CONDE.

DON JACINTO.

Señor Conde ¿y qué, consentirá vd.?

CONDE.

No: no tema vd. que cometa semejante imprudencia: es un poco viva, y la irrita la contradiccion; pero en verdad, señor, que no concibo como ni vd. ni el tio pueden dejar de reprobar y detestar la conducta de mis dos hermanos. Prudencio, en 808 reconoció al intruso; fué elevado por él á una de las primeras magistraturas de esta córte, y para colmo de oprobio, se fué en pos de los ejércitos franceses. Fermin, faltando á la fidelidad que debe á su rey, ha sido uno de los sediciosos de la Isla; y á él, y otros cuantos revoltosos, debemos ese don funesto, esa Constitucion, que entroniza la licencia, que destruye las distinciones, que ataca la religion, abriendo la puerta á la libertad del pensamiento, al libertinage y la filosofia.

DON JACINTO.

Ni yo concibo como la preocupacion ejerce sobre vd. un

imperio tan tiránico. Señor Conde: conceded á mis canas el permiso de hablaros con aquella noble libertad que caracteriza al hombre honrado, y que exige vuestro interés y el de la patria ¿Quién os ha dado el derecho de censurar tan sin piedad la conducta de vuestros hermanos? ¿Dónde habeis hallado el de preferir, cuando se trata de juzgar á los hombres, una interpretacion maligna y violenta á una esplicacion natural y bien intencionada? ¿El de atribuir á criminal perversidad acciones ú opiniones que, aun suponiéndolas equivocadas ó erróneas, pueden haber tenido su orígen en un sentimiento virtuoso? ¿Son estas las reglas de la caridad cristiana? ¿Son estos los preceptos de una religion cuya divinidad se prueba por la dulzura de sus máximas? Empecemos por don Prudencio. ¿Por qué se ha de obstinar vd. en calificar de infidencia y traicion una opinion cuyos principios pueden conciliarse con la probidad y el honor? ¿Por qué quiere vd. amancillar una conducta honrada con muchas virtudes? ¿No le fué dado, y por desgracia con hartas probabilidades, pensar que la resistencia era inútil; que no quedaria de ella sino lo que tuviese de funesta; y que el camino mas corto de salvar la patria era adoptar lo que no se podia resistir? Incorruptible en sus funciones ¿no le habeis visto en su tribunal pronunciar con imparcialidad los oráculos de la impasible Témis, desconcertar la intriga del poderoso, y defender al débil con la égida de la ley? ¿No le habeis visto, repetidas veces, interpuesto entre la cólera del conquistador y la virtud desgraciada, sustrayendo al furor de una ley marcial las víctimas á millares? ¿No le habeis visto, en fin, en el destierro (merced á la injusticia de vuestras prevenciones) mendigar un pan de lágrimas, y soportar su desgracia con la serenidad de una conciencia irreprensible? ¡Y cómo acertais á conciliar tan sublimes virtudes con la venalidad y la bajeza de un traidor! Si el malvado puede gozar de la imperturbabilidad del justo ¿cuáles son los caractéres de la virtud? En cuanto á

don Fermin ¿osareis acusar de infidelidad y perfidia á aquel á quien el peligro de la patria hizo volar á los combates; á aquel que tantas veces, en el campo de batalla, selló con su sangre su acrisolado patriotismo, y cuyo cuerpo está cubierto de nobles cicatrices? Si no admite vd. sus principios ¿quién le ha dado á vd. el derecho de calumniarlos? Ni la Constitucion entroniza la licencia, ni destruye la distinciones fundadas en las virtudes cívicas: es una impostura atribuirla que ataca la religion: es un ultrage hecho á la religion misma suponerla enemiga de la luz, mal segura de si propia, contraria á la libertad del pensamiento, como sino debiese su existencia sino á la obscuridad y la opresion; y es una táctica indigna querer alucinar, tirar á confundir la filosofía con el libertinage. Si cree vd. que puede sostener sus teorías, difúndalas con aquella nobleza, aquella moderacion, que en medio del error, hace ver la sinceridad de la intencion. Como que de esta depende la moralidad de las acciones humanas, en ella pueden hallar disculpa hasta máximas absurdas, sistemas monstruosos; y permitidme que os lo diga, nadie mas interesado que vd. en proclamar este principio: solo él puede justificaros, pero para ello necesitáis respetar la reciprocidad del mismo derecho. Tres siglos hace que las opiniones de vd. triunfan sin contradiccion; tres siglos hace que una superticion verdaderamente impía, una bárbara arbitrariedad, rigen la España con un cetro de hierro: yo os convido á recorrer conmigo la historia de este periódo. ¿Qué se ha hecho de nuestras antiguas glorias? ¿Qué ha sido de nuestras luces, nuestra agricultura, nuestras artes, nuestro comercio? ¿Y pretendeis hacernos mirar como medio de salud y de prosperidad el que por una esperiencia lastimosa de tan dilatado espacio no presenta sino decadencia y miseria? Con un poco menos de ceguedad, ó un poco mas de modestia, esto solo bastaria para haceros dudar de la infalibilidad de vuestro sistema. ¿Y os atreveis á llamar revoltosos á los que, viendo trastornada

su constitucion antigua, ni aun se han permitido por espacio de tres siglos el derecho de la queja? Todo ser sensible se vuelve contra su opresor. El pajarillo tímido, la cándida paloma, hostigados, se defienden: es una ley de la naturaleza. Desengañáos, señor Conde, es ya intolerable y ridículo predicar á los hombres las delicias de la esclavitud: es el colmo del delirio, es una atrocidad parecer en medio de ellos con un hierro incandescente en la mano, convidarles á ser estigmatizados con el sello de la ignominia, y exigir que, con sumisa docilidad, con frente plácida, se presten á tan bárbara operacion.

CONDE.

Conozco, caballero, que no me es dado entrar en lid con vd. Vuestros años, la superioridad de vuestras luces, vuestra palabra animada y enérgica egercen sobre mí un imperio.......

DON JACINTO.

Que no es otro que el de la verdad y la razon. Señor Conde (*Estrechándole afectuosamente.*) ceded á los deseos bien intencionados de vuestro honrado tio: dejad de combatir los sentimientos generosos que en este mismo momento os agitan; y aprestáos á una reconciliacion de que depende vuestra felicidad, vuestro sosiego, y que yo me ofrezco á conducir sin ofender las pretensiones de vuestro amor propio. ¿Cerraríais vuestro corazon á la ternura fraternal, si vuestros hermanos os tendiesen una mano conciliadora?.......

CONDE.

(*Con grande agitacion.*) ¡Ah!......

DON JACINTO.

(*Con ternura.*) Negaríais á vuestro tio, en tal situacion, el derecho de disponer de la vuestra.....

CONDE.

(*Lleno de emocion.*) ¡Al tio!....

DON JACINTO.

(*Con el mayor entusiasmo.* ¡Ah! No..... La virtud conserva todavía su imperio..... su triunfo es seguro)...... Señor Conde: dad conocimiento de esa cartaá don Fermin y don Prudencio, y haced de modo que pueda yo hablarlos dentro de pocos momentos.

(*Don Jacinto le estrecha la mano afectuosamente, y el Conde se retira muy conmovido.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LUCIA. TARAVILLA.

(*Taravilla entrando por la puerta de enmedio.*)

LUCIA.

Gracias á Dios que has venido. Una hora hace que la señora ha preguntado por tí. En saliendo de casa eres eterno.

TARAVILLA.

Eterno, pues...... Eterno. Esta es la cancion de siempre.... Eterno...... ¡Ojalá! yo no sé que quieren estas gentes.... Pues la señora bien sabe que he ido á llevar su esquela al coronel, y desde aquí á la Fontana hay una legua.... Y luego, como habia allí tanta gente; y estaba aquello tan alborotado, primero que pude entrar...... y á la verdad, yo no tenia mucha priesa; porque como el coronel es así, y el contenido de la carta no era muy agradable, temia traer la respuesta en las costillas; así qué anduve buscando... . y por fortuna encontré á don Judas, le dije de lo que se trataba, y tuvo la bondad de encargarse de entregar la esquela........ Solo con él me he detenido un ratillo; y cierto que no me pesa, porque veo que se interesa en mis medros.....

LUCIA.

Ya, y ese ratillo quiere decir una hora. Pues la señora está muy enfadada: sabes que es como una pólvora, conque prepárate á responderla.

TARAVILLA.

Pues ya se vé que la responderé...... y con mucho aire, si es menester........ Toma ¿y por qué no? Ya se acabó el tiempo de contemplaciones; y segun están las cosas, tal puede rodar la bola que el que hoy es amo sea criado mañana; y si nos juntamos yo, y otros amigos, puede ser que les pese á mas de cuatro...... apuradamente tan buenos somos para un barrido como para un fregado..... y no falta quien nos busque, y nos aconseje..... No, pues, si se trata de tirar de la manta, no seremos nosotros los que saquemos el menor pedazo......... y aunque es cierto que de hombre á hombre no somos cosa, en el corro, tanto abulto yo como otro; y en siendo treinta contra uno......

LUCIA.

¡Calla, maldito! que no te hubiera quemado la lengua la pícara que te dió papilla..... El hablar en tí es una enfermedad; y en colgando una vez la de sin hueso, pareces la campana de un despertador........ pero ahí tienes á la señora. Entiéndete con ella. (*Vase*)

ESCENA II.

TARAVILLA. LA CONDESA.

CONDESA.

Dime, tunante ¿cómo has tardado tanto?....

TARAVILLA.

(*Con enfado.*) Ni soy tunante, ni he tardado.

CONDESA.

¿Y qué modo es ese de responder, pícaro belitre?

TARAVILLA.

(*Aparte* Si: pues ya escampa)..... ¡Picaro belitre! (*Con el mismo tono de enfado.*) Señora: este modo de responder se parece mucho á ese modo de preguntar.

CONDESA.

¡Vírgen de la soledad! ¿Qué es lo que me sucede? ¡Insolente! ¿así te atreves á perderme el respeto? Sino lo viera no lo creeria.... Vea vd.: un miserable, que ha sido siempre como una malva...... mas de cuarenta veces le he roto los platos en la cabeza, y no hacia mas que ponerse á recojer con humildad los pedazos.....

TARAVILLA.

Señora: de aquellos lodos venimos á estos polvos; y tanto vá el cántaro á la fuente que al fin se quiebra...... ¡Pues está bueno!... con qué porqué hace largo tiempo que me está V. S. maltratando á toda hora, y yo he tenido la paciencia de sufrirlo, cree V. S. que tiene derecho de maltratarme eternamente...... no, pues, yo le he oido decir muchas veces al señor cura ,que lo robado nunca se hace del ladron, y que una mala accion no dá derecho á nada.....

CONDESA.

(*Muy irritada.*) ¿Pero quién te ha enseñado á discurrir así tan de repente, desvergonzado? ¿Qué hablas tú de derechos, ni de torcidos, ruin villano? ¡malditas ideas! ¡maldita Constitucion!.......

TARAVILLA.

No: pues si la Constitucion enseña á decir vituperios, hace largo tiempo que V. S. la sabia.

CONDESA.

(*Con el mayor encendimiento.*) ¡Lucia! ¡Antonio! ¡Pepe! echadme de aquí á este malvado á palos.

TARAVILLA.

Eso de palos, poco á poco: que me paguen mi salario, y yo me mudaré corriendo....... apuradamente en otra parte me están esperando, y puede ser que.......

ESCENA III.

DON JUDAS. LA CONDESA. TARAVILLA.

CONDESA.

A la puerta.) ¡Señor don Judas! venga vd., venga vd. Ayúdeme vd. á castigar á este infame. No puede vd. figurarse las desvergüenzas que me ha dicho. Vea vd. el resultado de las ideas liberales........ ¡Bergante! no he de parar hasta que te pongan en un presidio.....

DON JUDAS.

(*Aparte á la Condesa*) Serénese vd. señora: serénese vd. ¿qué quiere vd. que haga esta canalla soez, estraviada por las perversas doctrinas que predican sus benditos cuñados? A estos no se les manda sino á palos; mas ahora son temibles....... no está muy lejos el momento de la venganza, entre tanto es menester un poco de paciencia. Permitidme que yo le despache.

CONDESA.

Como vd. quiera, con tal que yo no vuelva á verle. (*Sentándose.*)

DON JUDAS.

(*Aparte á Taravilla.*) No te dé cuidado: tu salario y tu venganza corren por mi cuenta. Ya sabes lo que te indiqué esta mañana..... véte á esperarme en casa, allí encontrarás á Terremoto con otros amigos mas: hareis lo que os diga, y despues.... ya me entiendes. (*Indica por la accion que les dará dinero.*)

ESCENA IV.

DON JUDAS. LA CONDESA.

DON JUDAS.

(*Viéndole salir, como jurándoselas, y alto para que lo oiga la Condesa.*) ¡Anda bendito de Dios!...... anda. Antes de quince dias las cosas se restablecerán sobre el pié antiguo, obtendremos una órden de recomendacion para Ceuta, y allí te enseñarán hasta que punto un villano debe anonadarse delante de su señor.

CONDESA.

¡Qué siglo! ¡qué contrastes, señor don Judas! ¿Conqué dice vd. que antes de quince dias?..... ¡Dios lo quiera!

DON JUDAS.

No lo dude vd., señora. ¿Ha leido vd. mi papeleta? (*Sentándose á su lado.*)

CONDESA.

¡Calla! pues ahora que me acuerdo ¿qué infierno de papeleta es la que vd. me ha dado? Mire vd., mire vd. (*Enseñándole una*) pues estábamos frescos, si estas noticias fuesen ciertas.

DON JUDAS.

¿Cómo?..... (*Reconociéndola: hace un gesto como de mofa, y

continua. Pues el cambio de los puñales es de lo mejor que se ha visto.) ¡Ah! si....... ya caigo: ha sido una equivocacion. Esa es una que los sediciosos hacian circular antes de ayer, y que yo copié para cierto personage. La que quise darla á vd., la verdadera, la indubitable, es esta que contiene el plan de campaña arreglado en Laybac, y el contingente con que las potencias deben contribuir para la guerra de España....... Vea vd., vea vd. (*Acercando la silla.*)

El Austria.	100,000
La Prusia.	100,000
Suecos y dinamarqueses.	80,000
La Inglaterra.	50,000
La Francia.	80,000
Y la Rusia.	200,000
Total.	610,000

Con algunos otros ausiliares, que se van agregando, se puede contar con ochocientos mil hombres. Oiga vd., oiga vd. (*Leyendo.*) «Los austriacos desembarcarán en Barcelona, y ocuparán la Cataluña, el Aragon y reino de Valencia. Los prusianos, suecos y dinamarqueses, desembarcando en el Ferrol y la Coruña, ocuparán la Galicia, las Asturias y hasta las montañas de Santander inclusive. La Inglaterra se apoderará de Portugal y la Estremadura; la Francia de las Provincias Vascongadas y la Navarra; y los rusos, que al paso por los Dardanelos se han incorporado con una flotilla del Gran Señor, desembarcarán en Cádiz, y se dirigirán á marchas forzadas sobre la capital» ¡Qué tal! ¡eh! ¿No está bien pensado? ¿por dónde se escaparán estos alborotadores? Entonces veremos á nuestros filósofos como esplican la Constitucion á los cosacos, los tártaros y los genízaros.

CONDESA.

¡Qué gusto será ver en el Prado tantas naciones diversas!... No serán hereges, por supuesto.

DON JUDAS.

Ni por pienso....... (*Con ironia y pillada.*) toda es gente escogida.

CONDESA.

Sin embargo, me parece que ha hablado vd. de tropas del Gran Señor.

DON JUDAS.

Si..... poca cosa..... como unos 20,000 hombres.

CONDESA.

Y el gran Señor ¿no es el Turco?

DON JUDAS.

Cabalito.

CONDESA.

Y los turcos ¿no son de la secta de Mahoma?

DON JUDAS.

Generalmente si..... si...... pero hay entre ellos muy buenos cristianos: el actual visir es uno de estos, muy temeroso de Dios; y como se ha penetrado de lo que interesa esta guerra á la religion, y sobre todo á la conservacion de su dignidad, ha hecho causa comun, y dicen que está que echa chispas. Ya se vé, como que en estableciéndose una Constitucion, por mala que sea, adios visires..... Pero hablando de otra cosa ¿insiste todavia el señor Conde en aguardar la llegada de don Jacinto para verificar mi enlace con la señorita?

CONDESA.

Hasta aquí esa era su idea, porque como le respeta tanto.... Ello si, le debemos muchos favores, y él ha sido el padrino de la niña; pero ahora será necesario mudar de dictámen. El tio no quiere venir sino se reconcilian los tres hermanos; y ya vé vd. que eso no puede ser...... Ahí nos ha venido con esa noticia uno que se dice amigo suyo, y cuyas opiniones no me han parecido muy católicas.

DON JUDAS.

¿Es aquel anciano de esta mañana? ¡oh! ¡oh! ¡hombre peligroso! Es menester evitarle. Yo le he tanteado; y es uno de estos que la echan de predicadores de verdades secas, y tiene una lábia, que si vd. se descuida, es capaz de pervertir al Conde, y de reconciliar á los hermanos.

CONDESA.

¡Vírgen Santísima! ¡Dios nos libre de semejante desgracia! Ya tomaré yo mis medidas para hacerle saltar como á los otros.... y en cuanto á la niña descuide vd.: tiene vd. mi palabra, y ya sabe vd. que el Conde ni aun se atreve á contradecirme.... pero no se olvide vd. de lo convenido.... á la mudanza de estas cosas....

DON JUDAS.

A la mudanza de estas cosas el señor Conde ocupará el ministerio de Estado; y su hijo recibirá de su mano la embajada con que su Escelencia guste favorecerle. (*La Condesa manifiesta la grande alegria que le causan estas espresiones, sobre todo la palabra Escelencia.*)

ESCENA V.

LUCIA. LA CONDESA. DON JUDAS.

LUCIA.

(*Entrando algo aturdida.*) Señora! señora! La ciudad debe de estar muy revuelta. Desde el mirador se oye una gritería espantosa, y se vé á las gentes cruzar y correr por las calles, como desatentadas.

CONDESA.

(*Asustada.*) ¿Pues qué novedad hay, señor don Judas?

DON JUDAS.

No tenga vd. cuidado: (*Retirándola á un lado y en secreto.*) es un sustillo que tenemos preparado á los constitucionales, y ¿quién sabe? De tal manera pudiera salir el dado, que hoy mismo diese fin esta farsa ridícula.

CONDESA.

¡Ojalá! ¿quiere vd. venir á ver desde el mirador?.... ..

DON JUDAS.

No, no: vaya vd. Yo soy, por ahora, mas necesario en otra parte; y no es cosa de faltar á los amigos en un dia tan crítico. (*Salen la Condesa y Lucia.*)

ESCENA VI.

DON JUDAS.

Ya que he podido descartarme de esta tonta, aprovechemos los momentos, y demos un poco á la reflexion. Lástima sería desgraciar una trama hasta hora tan bien urdida..... Mientras

los tres hermanos habitan bajo un techo; mientras que están todavia retenidos por un resto de amor fraternal, se ven con frecuencia, y aun se hablan algunas veces, un momento de ternura, la elocuencia sentimental de un conciliador...... el viejecito por ejemplo...... pudiera...... ¡Cáscaras!..... En este caso no solo quedaban desvanecidos mis proyectos, sino que mi situacion se hacia peligrosa y difícil, por que ni el coronel, ni el Conde sufren chanzas. En cuanto al golilla es mas temible con la pluma que á cintarazos. No hay recurso...... Preciso es dar el golpe decisivo...... acabar de desunirlos, llevar la irritacion á un punto que haga imposible la reconciliacion. La carta de la Condesa pudiera bastar; mas el Conde que hasta ahora nada sabe, y cuyo amor y respeto al tio parecen cosa de novela, no aprobará esta medida: la resistirá, entrará acaso con este mismo motivo en esplicaciones con sus hermanos, y... No, no: es necesario determinarle por motivos irresistibles.... ¿y quién sabe á que nuevas combinaciones podrán prestarse los sucesos ulteriores?........ entre tanto sirvo á quien me paga, y hago mi fortuna......... Ello es que mi plan tiene hasta ciertos ribetes de diabólico; y que el Conde pudiera ser víctima de él.... ¿y bien? mi triunfo es entonces mas seguro......... la Condesa ¿no es un autómata que yo manejo á mi antojo? ¡Viva el ingenio!.... pero ¿y el honor, señor don Judas? ¿y la conciencia? (*Con rechifla.*) ¡hola! escrupulitos ¡dejemos eso á los amantes de la fama póstuma, y á los que creen en brujas! Mas ¡calle! (*Mirando á la puerta, y viendo entrar al coronel.*) el coronel...... dos palabritas al caso, y me mudo....

ESCENA VII.

DON JUDAS. DON FERMIN.

DON JUDAS.

Pues cómo, señor don Fermin ¿vd. abandona la Fontana en situacion tan crítica?

DON FERMIN.

Ya sabe vd. que no soy hombre que me escondo el dia del peligro. La efervescencia ha calmado un poco, y me precisa á venir la necesidad de recibir la visita de un amigo del tio, y la de dar mis órdenes para mudar de alojamiento.....

DON JUDAS.

¿Pues cómo?

DON FERMIN.

Mi señora hermana, sin duda con la aprobacion de su marido, por esta cartita de dos líneas me hace saber, en términos precisos, que mi presencia es intolerable en esta casa; y que hoy mismo debo dormir en otra parte.

DON JUDAS.

Jamás creí al Conde capaz de una conducta semejante, pero no..... no es posible..... vd. le conoce..... débil, irresoluto, abandonado á sí mismo, jamás se habria atrevido.... mas ¡tate! (*dándose en la frente*) no hay duda: la idea es de don Prudencio, el Conde no ha hecho mas que consentir en ella, y el astuto golilla, para obscurecerse, ha tomado á la cuñada por instrumento.

DON FERMIN.

En verdad, señor don Judas, que cualquiera que sean los motivos en que se funde la sospecha de vd., cualquiera que sea la apariencia de su probabilidad ¡cuán doloroso no deberia serme descubrir dos hermanos criminales, donde yo me esforzaba á no ver sino á lo sumo la condescendencia de un marido débil!.

DON JUDAS.

Amigo don Fermin: me es muy sensible tener que afligir

á vd...... sabe vd. lo que estimo á toda la familia, lo mucho que he trabajado en calmar sus desavenencias; pero cuando se trata del triunfo de nuestros principios, cuando puede estar de por medio la salud de la patria, todo se sacrifica; y las almas bien nacidas no escuchan sino la voz imperiosa de la obligacion y del honor.... (*Con misterio.*) Hace ya algunos dias que observo que el Conde y don Prudencio se buscan, se entienden.......... ahora mismo acabo de sorprenderles hablando misteriosamente; y si entre los dos existe un proyecto, nada mas natural que el deseo de deshacerse de un testigo incómodo y, en cierto sentido, el mismo contra quien se dirige......

DON FERMIN.

Con efecto, vuestra sospecha es muy fundada: de todo es capaz la ceguedad fanática del uno, y la ambicion, el resentimiento del otro. ¡Ingratos!

DON JUDAS.

(*Mirando á la puerta y viendo á don Jacinto con Andrés.*) ¡Hola! el abuelito...... salto de mata..... sin embargo, en conciencia no me puedo ir sin (*con segunda intencion y como con rechifla*) saludar al grave magistrado. Lo exige la buena crianza; y ademas, cuando se trata de templar un instrumento, es necesario poner todas sus cuerdas en armonia. (*A don Fermin.*) Sino me engaño, ahí tiene vd. la visita que espera. Yo me retiro.

DON FERMIN.

Adios, señor don Judas.

ESCENA VIII.

DON FERMIN. DON JACINTO. ANDRÉS. LUCIA.

DON JACINTO.

(*Á Andrés á la puerta y á Lucia*) La agitacion crece. Mi pre-

sencia en esta casa puede ser hoy mas necesaria que nunca.... Ponte á la mira, (*A Andrés.*) y avísame de cualquiera cosa particular que ocurra....... Espia sobre todo los pasos de aquel malvado. (*Señalando á don Judas que se entra por una puerta al interior de la casa.*) y tú (*A Lucia*) avisa á don Prudencio.

ESCENA IX.

DON FERMIN. DON JACINTO.

DON JACINTO.

Buenos dias, señor coronel.

DON FERMIN.

¿Tengo el honor de hablar al amigo de mi querido tio, y al portador de su carta?

DON JACINTO.

Si señor: yo soy el portador de esa carta desagradable; pero jamás me habria encargado de serlo sino me lisongeára la esperanza de retractar las disposiciones que contiene.....

DON FERMIN.

Os entiendo caballero; y en verdad que vuestras respetables canas, vuestro aspecto magestuoso y dulce, que inspira á un tiempo el amor y el respeto, serían en toda otra ocasion un garante seguro del éxito de vuestros esfuerzos ¡Cuán sensible debe serme tener que anunciaros que lo que el tio desea es imposible! La sangre que circula por mis venas daria por verle y abrazarle, por manifestarle la gratitud debida á sus favores; pero......

DON JACINTO.

(*Cariñosamente*) ¿Y con tales sentimientos teneis por im-

posible la reconciliacion con vuestros hermanos? ¿Y por qué?

DON FERMIN.

(*Con resolucion*) Porque casi imposible la hacia ya la oposicion de nuestras ideas; y por qué circunstancias recientes han venido á hacerla al fin irrevocablemente tal.

DON JACINTO

¿Y cuáles son esas circunstancias que la dan un carácter tan odioso y funesto?

DON FERMIN.

Leed esa carta (*sigue hablando mientras don Jacinto pasa la vista por la carta, cuyo contenido se supone muy lacónico.*) Jamás han influido sobre mis opiniones miras personales; pero, en este momento, detesto por interés propio un sistema bárbaro de legislacion que atribuye á la casualidad del nacer, privilegios tan preciosos; que concede á mi hermano el derecho de lanzarme de la casa paterna, de despedazar mi sensibilidad desterrándome de lugares á que están vinculados los recuerdos mas deliciosos de la vida....... que me priva para siempre de la vista de ese retrato, memoria augusta del autor de mis dias....

DON JACINTO.

(*Conmovido, y apretándole la mano.*) Coronel; aplaudo la nobleza de vuestros sentimientos, sin aprobar acaso la exajeracion de vuestros principios..... mas ¿creeis que el Conde ha tenido parte en esa carta?

DON FERMIN.

¡Pluguiese al cielo que hubiera sido él solo!.... me quedaria el consuelo de atribuir un crímen menos á la deshonrada humanidad.... pero mis dos hermanos de acuerdo.....

DON JACINTO.

(*Tomándole la mano, é interrumpiéndole con calor y precipitacion.*) ¿Y quién es el malvado que ha derramado en vuestro corazon tanta ponzoña? ¿Quién el que os ha hecho acoger una sospecha tan indigna de vuestra generosidad?.... Ninguno de vuestros hermanos tiene parte en esa carta. Es obra de la insensatez, aun mas que de la malignidad..... Es un proyecto de la Condesa, concebido y ejecutado por ella sola: me consta. El Conde ni aun creyó posible que su muger se abandonase á tan insano furor.

DON FERMIN.

Aun cuando mis hermanos no hayan tenido parte en eso, ¿pretende vd. que me asocie á la complicidad de sus delitos, que adopte sus principios? Jamás me será dado transigir con los mios. Uno y otro se han manchado con una fea traicion. Instrumento el uno de la usurpacion, y el otro de la tiranía, puedo perdonarlos, mas nunca olvidar su crímen......

DON JACINTO.

(*Con dignidad interrumpiéndole.*) ¿Y dónde habeis hecho la adquisicion de una máxima tan notoriamente injusta, tan gratuitamente atroz y perversa? (*El coronel hace un movimiento de impaciencia y de enojo.*) Si señor: notariamente injusta y gratuitamente perversa.... Si quereis preciaros de la divisa por que os apellidais, sufrid la contradiccion: oid la voz de la verdad. El liberal que se irrita contra ella, está muy cerca de parecerse al tirano que la persigue. Esa máxima es gratuitamente atroz y perversa, pues que á nada conduce sino á proclamar la eternidad del ódio. Es notoriamente injusta, pues es claro que los motivos que obligan á perdonar, prueban aun mas la necesidad de olvidar. No es un perdon lo que termina las dis-

cordias civiles, sino una ley de olvido; y en todo caso, perdonar y olvidar deben ser sinónimos, si vuestra generosidad ha de merecer este nombre. ¿Creeis ser verdaderamente generoso, reservándoos para siempre el derecho de humillar al vencido, ó al delincuente, pues que asi lo quereis? ¿Os proponeis corregirle, deprimiéndole, insultándole? Si es indiferente á la infamia, no habeis debido perdonarle: su reversion á la virtud es imposible. Señor coronel: un hombre que, como vd., habla de principios, no se puede negar á discutir los suyos. Yo respetaria poco sus luces, si creyese que esta palabra es para vd. un ruido sin significacion conocida; haria traicion á la idea que tengo de la nobleza, de la elevacion de los sentimientos de vd., insultaria á su probidad, si fuese capaz ni aun de sospechar semejante supercheria. ¿Cuáles son los principios que han dirigido á vd., los que ha consultado para pronunciar contra sus hermanos un fallo tan severo? ¿Qué hay en la conducta de don Prudencio que merezca los odiosos nombres con que vd. la designa? ¿Dónde está la ley violada? mostradla. ¿No debió con sobrado fundamento, mirar su suerte como identificada con la del pueblo que gobernaba, y creerse obligado á dividir con él los peligros de aquella crísis violenta? El miedo llevó á muchos adonde el valor y el patriotismo habian armado á otros; y tal vez mas de un cobarde, á quien hizo huir la aproximacion del enemigo, tira hoy á hacer pasar por heroismo su indecente pavor. Si, posteriormente, las probabilidades crecientes del triunfo del conquistador, el sentimiento, la esperiencia de su propia utilidad, le hicieron á su hermano de vd. desear estender su influencia y facultades, ¿no pudo ser conducido por principios nobles y virtuosos? ¿Por qué os obstinais en juzgarle por un acto puramente mental, concebido á vuestro antojo, y os negais á la evidencia de los hechos? ¿Fué jamás sospechosa su integridad y su justicia? ¿Ignorais que, humano y generoso, arrancó al patíbulo infinidad de víctimas? ¿Fué crimi-

nal en aplicar la ley civil, y no lo fueron los que en su tribunal reclamaron su aplicacion; ó mas bien, reconoceis la indispensable precision de que cada uno hallase la justicia donde la necesitaba, y pretendeis desconocer la razon del que no hizo sino sentir aquella necesidad, y responder á ella? ¿Le culpareis por haber evitado la devastacion y el pillage, haciendo admitir al conquistador algunas ideas de órden y administracion? ¿Mirais como un crímen en Focion haber creido á Filipo irresistible? ¿Condenais el uso noble que este ilustre ateniense hizo de su influencia sobre Alejandro y Antípatro?.... Si una ciega prevencion no os hubiera hecho desconocer la historia de vuestro hermano, sabríais que muchas veces, semejante á este héroe de la antiguedad, resistiendo los magníficos presentes del conquistador, se contentó con pedir la libertad de muchos desgraciados..... Señor don Fermin: respetad los designios de una Providencia inefable, que en el órden físico hace resultar de la lucha de los principios, el equilibrio y la armonía; y mas de una vez, en el órden moral, la salud pública de la divergencia misma de las opiniones. Inspiró á vd. el noble ardor de volar al Capitolio: dió á don Prudencio la firme resignacion de esperar al conquistador en su silla curul; y menos desgraciado que aquellos célebres senadores romanos, que en la misma actitud esperaron las legiones de Breno, ha venido á suceder que su enérgica prudencia conservó lo que salvó despues el heróico denuedo de vd.; y que donde vd. vé la oposicion, no hay sino unidad de designio y coincidencia en los medios.

DON FERMIN.

(*Conmovido*) ¡qué prestigio hay en vuestras palabras! mi juicio incierto no se atreve á combatirlas; y mi alma agitada...

ESCENA X.

DON FERMIN. DON JACINTO. DON PRUDENCIO.

DON JACINTO.

Cede á la nobleza de su propia índole....... (*don Prudencio parece á la puerta con aire triste, y grave*) señor don Fermin: he allí vuestro hermano...... Ved en la pobreza de su humilde trage la ejecutoria de sus virtudes; en su melancólica fisonomía, la impresion profunda del infortunio..... ¡Cuánto no os gloriásteis en mejores dias de su acendrada probidad, de sus talentos distinguidos! Hermano de Prudencio fué para vd. un título de honor. Ved aquel pecho que adornaron un tiempo antiguas y merecidas distinciones: consultad vuestro corazon, y juzgad del efecto que debe producir sobre el suyo tan ignominioso despojo, tan deshonrosa nulidad... Coronel: abjurád para siempre un error que os hace desgraciado, y que os impide correr á los brazos de vuestro hermano.... Lo exijen vuestra felicidad, la de la patria...... (*don Jacinto le toma la mano como para acercarle*; *el coronel*, *enjugándose las lágrimas*, *retrocede un paso.*) ¿Temeis la concurrencia, ó la comparacion?..... Nada puede ser superior á vuestro heroismo. Vuestra causa es la de los Camilos y los Trasibulos, la de Washington y Franklin. ¿Temeis confesarque habeis sido injusto? A todo responde la pureza de vuestra intencion..... Hasta vuestras equivocaciones tienen un orígen noble...... la inflexibilidad de la virtud...... ¿Qué os detiene? ¿Acaso la repulsa del infortunio irritado? ¡Ah! no...... Entre el ceño de aquel semblante severo, se descubre una sensibilidad profunda, que asegura mi triunfo, y el de la razon. (*don Fermin se retira á un lado muy conmovido.*)

DON JACINTO.

(*Dirigiéndose á don Prudencio.*) Acercáos, señor don Prudencio.

DON PRUDENCIO.

Segun veo, tengo el honor de hablar..... .

DON JACINTO.

A un apreciador antiguo de vuestro mérito, á un amigo íntimo de vuestro tio......

DON PRUDENCIO.

¿Por que no decis de mi segundo padre?.... ¡Ah! si la injusticia y la calumnia no hubieran conseguido hacer dudosa mi inocencia, no tendria yo que llorar hoy la severidad de sus resoluciones!

DON JACINTO.

No podeis acusarle de severidad mientras que os deja árbitro de vuestra suerte.

DON PRUDENCIO.

Perdonadme señor: lo hace depender todo de una condicion imposible. El ódio de mis hermanos contra mí es implacable. Enemigos en todo lo demas, solo en perseguirme están de acuerdo. Tengo en la mano una prueba bien reciente de esta verdad triste......Leed esa carta. (*Don Jacinto toma la carta y pasa la vista rápidamente por ella, y vá á mostrársela al coronel.*)

DON JACINTO.

(*Al coronel*) Es otra carta de la Condesa, semejante á la de vd. ¡Y vd. le creia cómplice en tan bárbaro proyecto!

DON PRUDENCIO.

(*Como continuando.*) La fria insensibilidad de mis hermanos me ha reducido á la desnudez y al oprobio; y sin embargo, ya lo veis, ni el aspecto de mi miseria, ni ocho años de proscripcion, bastan á saciar su venganza.

DON JACINTO.

Señor don Prudencio. No atribuya vd. á sus hermanos lo que no es obra suya. La Condesa es la que, en uno de sus accesos de estupidez, ha escrito la carta que os irrita. Don Fermin ha recibido otra semejante; y el Conde no tiene ni la mas ligera parte en tan inhumana determinacion.

DON PRUDENCIO.

Aun cuando asi sea, permitidme que os diga que el estado de las cosas no puede variar entre nosotros. Por mi parte, jamás imploraré un perdon que no necesito; y contento con el testimonio de mi conciencia, teniendo la razon por mia, no cesaré de clamar contra la fuerza que me oprime, la injusticia que me persigue, el orgullo que me insulta. Mi causa, aun desgraciada en el éxito, será siempre la mejor. (*El coronel al oir esto, como saliendo del estado de conmocion en que le han dejado las reflexiones de don Jacinto, manifiesta por un movimiento de viveza la estrañeza que le causa esta espresion, y anuncia prepararse á responder. Don Jacinto que le observa, como cortándole, y tomándole la mano.*)

DON JACINTO.

(*Con ternura.*) No olvideis que está exasperado por el infortunio. (*Con dignidad*) Coronel: dejádme dueño de la discusion: para prepararme á ella, y contando con su habilidad, aun he estudiado mas sus defectos que los vuestros: no os quedará nada que desear. (*A don Prudencio*) vuestras pretensiones me parecen escesivas, y aspiráis á una superioridad......

DON PRUDENCIO.

Perdonadme, señor. Yo no aspiro á ninguna superioridad; pero no puedo renunciar á la que está en la naturaleza de las

cosas. Mi conducta irreprensible, mis opiniones políticas, consultadas con la razon y dirigidas por la prudencia, mantendrán, al través de todos los sucesos, su superioridad sobre cuantas dictó el delirio y condujo el furor. Si mi lenguage os parece duro, no olvidéis que mientras mis hermanos me imputan crímenes atroces, yo me contento con acusarles de insensatez y de imprudencia.

DON JACINTO.

No es pequeña la que se manifiesta en vuestros discursos y vuestras pretensiones; y siento en el alma veros adolecer del defecto que censurais. (*don Prudencio anuncia ofenderse por estas espresiones*) Reclamo de vd. los derechos con que me autoriza la carta de su tio, el respeto que deberíais á su persona. Nuestras opiniones son tan unas, que sin peligro de equivocarse puede vd. dar por supuesto que él mismo es el que os habla por mi boca. (*Estas espresiones parecen aterrarle*) Señor don Prudencio: ceñido á combatir las prevenciones injustas con que el estravio de las pasiones amancilló un tiempo vuestra reputacion, vuestras razones son plausibles, vuestra causa es justa, incontestable; pero desde el momento en que tratais de asignar motivos á las opiniones agenas, de hacer comparaciones, y de reclamar una preferencia de razon, de sabér ó de virtud, degenerais en agresor; empezáis á ser injusto, y á no estar de acuerdo con vuestros mismos principios. Si reprendeis en vuestros hermanos aquella interpretacion maligna, que atribuye al crímen acciones que pudieron partir, y que partieron con efecto, de un principio noble ¿por que atribuis á insensatez y delirio las que indudablemente debieron su orígen al heroismo de la virtud? Si señor: al heroismo de la virtud; y la conducta de vuestros hermanos en la crisis fatal que motiva las desavenencias, merecerá tanto mas este nombre cuanto mas feliz sea vd. en pintar la magnitud de los ries-

gos, la improbabilidad del triunfo. La virtud es ya la probidad luchando con los obstáculos, y el heroismo es, por decirlo así, la virtud imposible. ¿Os atreveriais á llamar frenético al que, no consultando su peligro, por salvar una víctima, se lanzase en medio del torrente ó de las llamas?... cuando en ellas pereciese, no podríais negar á este rasgo de heroicidad el tributo de vuestra admiracion. ¿Y cuál deberia parecer vuestra injusticia, si el éxito coronase al fin tan sublime esfuerzo? Convengo en que ya es tiempo, no solo de reconocer la sinceridad de vuestras intenciones, sino de hacer justicia plena á vuestras virtudes, á vuestro mérito. Mas, si al obtenerlo, tropezais todavia con alguna contradiccion, esa razon tan consultada en vuestras opiniones, esa prudencia compañera eterna de vuestras virtudes públicas, no os permite otra defensa que la de la paciencia, el silencio y la moderacion. Aun lo que es justo puede ser imprudente por intempestivo. En la situacion dificil en que se halla la pátria ¿qué efecto pueden producir vuestra exasperacion y vuestras disputadas preferencias? Me refiero á vuestro propio juicio. ¿Pueden producir otro que el de escitar la discordia, desacreditar la causa de la libertad, y servir á la política de los que acechan nuestros disturbios? ¡Y qué! idólatra del honor, ansioso de obtener en la historia una página gloriosa ¿querríais parecer á los ojos de la posteridad ni aun dividiendo con nadie tan ingrata responsabilidad? Señor don Prudencio: hasta el mas obstinado, no lo dudeis, acabará por haceros completa justicia; pero por lo mismo, debeis cuidar de que vuestra causa no se pierda en la naturaleza de los medios: que no se diga que pensais mas en parecer virtuoso que en serlo.

DON PRUDENCIO.

(*Con moderacion y conmovido.*) Pero señor..... La injusticia con que se me despoja hasta de la memoria de antiguas y bien merecidas distinciones, esta nulidad que se me reduce.......

DON JACINTO.

Es un nuevo sacrificio que la patria exige de vd.: sacrificio cuyas consecuencias desagradables puede eternizar el ódio, y que se terminan necesariamente el dia de la conciliacion.... (*Dirigiéndose á los dos y con mucha sensibilidad.*) Señor don Fermin, señor don Prudencio........ En nombre de una patria tanto tiempo ha trabajada por convulsiones desastrosas; en nombre de la tierna amistad con que os amásteis en los primeros años, en aquella época feliz en que reclinados sobre un mismo regazo ¡ah! ¡yo lo ví¡ enlazando los delicados pies, las inocentes manos, parecíais juraros un amor sin fin, y os prodigábais mútuamente las dulces caricias de la inocencia candorosa; en nombre de un padre cuyo vida fué para vds. una leccion constante de amor y de ternura, cuya imágen (*Señalando el retrato.*) debe recordaros las sublimes máximas de fraternidad y de concordia que tanto os recomendó muriendo; de un padre en fin que, irritado de vuestra obstinacion, desde la morada de los justos lanza en este momento sobre vds. una mirada severa.....

(*Los dos hermanos á un tiempo en la mayor agitacion volviéndose el uno al otro y como queriendo arrojarse el uno á los brazos del otro, pero como retenidos por un resto de mútua desconfianza.*)

DON FERMIN.

¡Prudencio!

DON PRUDENCIO.

¡Fermin!

DON JACINTO.

(*Situado en medio de los dos, y con el mayor calor.*) ¡Y bien!.. Ceded al fin al imperio de la razon, al grito de la sangre...... en vano pretendeis luchar con la naturaleza...... corred el uno

á los brazos del otro...... (*Los dos hermanos muy conmovidos se miran con ternura, pero no se deciden, y don Jacinto observando su indecision continua.*) ¿Qué os detiene? ¿Una ilusion de amor propio?..... ¡Hijos mios!.... Acabad de reconocerme..... Yo soy vuestro tio, vuestro segundo padre....... Volad á mis brazos.... perezca en ellos la fatal discordia con todas las ilusiones de un funesto orgullo..... El primero será el mejor, el mas sensible...

(*Precipitándose á un tiempo en sus brazos, los dos hermanos.*)

DON FERMIN.
DON PRUDENCIO. } ¡Tio!

DON PRUDENCIO.

(*Despues de un momento de enagenacion y sin deshacer el grupo*) ¡Fermin!..... Sin nuestro bienhechor, sin nuestro padre ¡á donde nos conducia el estravio de la razon!.....

DON FERMIN.

¡Prudencio!...... ¡Cuán dulce es abandonarse á los ímpetus de un sentimiento afectuoso! ¡Cuán grato lanzar para siempre del corazon el agudo remordimiento!.......

DON JACINTO.

(*Estrechándoles de nuevo.*) ¡Hijos mios! arranquemos de una vez el árbol funesto que produce tan amargos frutos..... Vuestra felicidad aun no es completa..... El Conde.....

DON FERMIN.

Mi querido tio: la coincidencia que siempre ha habido entre las opiniones de Prudencio y las mias, no dejaba entre nosotros sino la oposicion de pretensiones, y á estas, uno y otro podemos renunciar; mas el hombre de bien ni puede, ni debe transigir con sus principios......

DON JACINTO.

¿Y qué quereis decir con esa máxima que os deslumbra? ¿Qué no podeis menos de ser enemigos de quien no admita cuantas verdades os ha hecho descubrir vuestra ejercitada razon, y desconoce acaso la mayor parte de la especie humana? Si el error ha de ser un motivo de ódio y division, la tierra esta condenada á ser la mansion del crímen; y el hombre el ente mas degradado de la naturaleza. Si por principios entendeis aquellas verdades comunes á todos los siglos y á todas las naciones, basas eternas de la moral y la justicia, vuestra máxima es incontestable; mas ¿pretenderíais estender esta palabra al conjunto de ideas que forma el sistema de vuestras teorias políticas ó religiosas? Si asi es ¿sobre que materias se ejercita vuestra tolerancia? ¿Qué viene á ser esta virtud, divisa del filósofo, y mas aun del filósofo cristiano? Hijos mios: no transijais, en buen hora, con el perverso; pero ceded al débil: tal es el carácter del justo; este es uno de los esfuerzos mas sublimes de la virtud. Los errores de vuestro hermano no deben su orígen á la corrupcion del corazon: merecen mas vuestras lágrimas, que vuestro enojo: son el producto necesario de una educacion mal dirigida; y su desgracia, lejos de autorizaros á perseguirle, os impone la obligacion de contemplarle, de instruirle...... No pudiendo elevarse hasta vosotros, es preciso que descendais hasta él..... La violencia no hará sino añadir la obstinacion al error..... hacerla invencible; y en tal estado, casi os poneis en la necesidad de esterminaros mútuamente; y por no haber querido transijir con la debilidad, acabareis por el parricidio...... Considerad cuan dificil es renunciar en un dia, en una hora, á las impresiones, á los hábitos de toda la vida. Tambien vuestro hermano llama principios á sus errores....... Respetad por ahora en él cuanto no contradiga á aquellas verdades elementares de órden público, necesarias á la felicidad

de las naciones: transijir no es abandonar..... Si se tratase de restablecer el derrocado despotismo, yo seria el primero á enterrarme en las ruinas de la libertad. Aun debeis ser mas delicados con sus preocupaciones religiosas. Cuando la supersticion pierde lo que la hacia funesta, no la queda sino lo que tiene de ridícula; empieza á pertenecer á la clase de las estravagancias humanas, y no merece sino nuestra compasion....... Fermin, Prudencio. ¿Negariais á vuestro tio la dulce satisfaccion de completar vuestra felicidad y la suya......

DON PRUDENCIO.

Si al menos el Conde manifestase el deseo de la reconciliacion...... Si él diese el primer paso...... Lo contrario seria esponernos á una repulsa bochornosa..... Y siendo nuestra toda la razon........

DON JACINTO.

¿Pretendeis hacer dudosa vuestra generosidad?... No: hijos mios, á vosotros es á quien toca tenderle una mano conciliadora; vuestra superioridad misma os impone este deber. Solo la lógica viciosa del orgullo es la que no nos deja ver donde está la verdadera grandeza; ella es la que, en la superioridad de nuestros medios, no nos presenta sino derechos, cuando, por el contrario, esta superioridad no produce sino obligaciones y deberes. El fuerte no tiene sobre el débil sino la obligacion de protejerle, ni el sabio sobre el ignorante sino la de ser mas virtuoso.

DON PRUDENCIO.

¿Quién podrá resistir la fuerza de sus raciocinios?

DON FERMIN.

¿A quien no hará ceder la uncion de sus palabras?.... Mas ¿qué ruido es este tan estraordinario?

ESCENA XI.

LOS MISMOS. EL CONDE. TEÓFILO. LA CONDESA. VICTORINA.

(*El Conde y don Teófilo entran por la puerta de enmedio, envainando las espadas. La Condesa y su hija salen por una puerta del interior como despavoridas.*)

CONDESA.

¡Conde!

VICTORINA.

¡Padre!......

CONDE.

¡Condesa! ¡hija mia¡ Tranquilizáos. Aquí teneis uno de mis libertadores. ¡Cuánto te debo, Teófilo! acosado, y precisado á defenderme de una multitud desenfrenada, sin sus esfuerzos y los de un anciano, que no conozco, y que se ha perdido de vista en el bullicio, ignoro cuál habria podido ser mi suerte... Mas ¿qué miro? (*Reparando en sus hermanos.*) ¡Mónstruos! ¿Esperábais aquí el resultado de vuestras indignas tramas?.... La providencia se ha dignado, por ahora, conservar mis dias, y os condena á meditar un nuevo parricidio.......

DON FERMIN.

(*Con mucho calor.*) ¡Conde! Sin la presencia del tio (*designándole*) corre mucho peligro que olvidase en este momento los vínculos que nos unen......

EL CONDE.

¡Pues qué! ¿Señor es vd?.......

DON JACINTO.

Si Conde: yo soy....... ¿Mas qué furor insensato es el que te enagena? ¿Qué te obliga á insultar de esa manera á tus her-

manos, que en este momento se proponian volar á tus brazos? ¿Qué ha sido de las felices disposiciones en que yo te dejé?

CONDE.

Querido tio...... Leed ese anónimo, que me ha sido entregado por la mano de un desconocido, y cuya verdad ha venido á confirmar el éxito, y decidid despues entre nosotros.

DON JACINTO.

(*Leyendo.*) Señor Conde. «No perdais un momento, y retiráos á casa: vuestra vida está amenazada: varios asesinos pagados por vuestros hermanos, y entre ellos alguno de vuestros criados seducido por los mismos, aprovechándose del desórden de este dia, se preparan á ejecutar su bárbaro designio. Arrojad al momento de vuestra casa esos encarnizados enemigos, sino quereis ser víctima de su furor en una segunda tentativa. Mi seguridad exige que oculte mi nombre.»..... ¡Qué horror!

CONDE.

Juzgad de mi admiracion cuando entre los malvados que acaban de asaltarme, he reconocido al criado de mi hermano, y á uno de mis lacayos.....

DON JACINTO.

¿Y es posible, Conde, que cualquiera que sea el valor de esas apariencias, hayas podido manchar á tus hermanos con tan infames sospechas? ¿Te persuades que exigiré yo, ni se reducirán ellos á la humillacion de justificarse?.... Te engañas. Yo he leido en su corazon y no he encontrado sino virtudes, y tales, que á no ser tan grandes, me harian en este momento desesperar de su generosidad.

ESCENA XII.

LOS MISMOS. ANDRÉS. TARAVILLA.

ANDRÉS.

(*Con una pistola en la mano conduciendo por los cabezones á Taravilla que forceja por evadirse.*) Anda, ¡miserable! ó te levanto la tapa de los sesos.

CONDE.

¡Condesa! ¡Tio! He aquí el anciano, que con un valor muy superior á sus años, se puso á mi lado, y sin cuyo ausilio, (*Dirigiéndose á Teófilo.*) Teófilo, tal vez tus generosos esfuerzos no habrian servido sino para envolverte en mi desgracia.

TEÓFILO.

La fortuna no me podia presentar mejor ocasion de sacrificar mi vida.

DON JACINTO.

(*Con enternecimiento y tomándole las manos.*) Andrés..... mi buen Andrés.....

CONDE.

¿Cómo? ¿seria aquel Andrés?....

DON FERMIN.

(*A don Jacinto.*) Vuestro antiguo criado.....

DON JACINTO.

Decid el mejor de mis amigos, el compañero fiel de todos mis trabajos.

DON PRUDENCIO.

Aquel, cuyo elogio nos hizo padre tantas veces......

ANDRÉS.

(*Lleno de enternecimiento.*) Señoritos..... Yo soy..... yo soy el que, en mejores dias, tuvo el honor de llevaros en sus brazos, y de presidir los juegos de vuestra infancia..... y el que, dando mil vidas por salvar la vuestra, apenas creeria pagar la deuda de su gratitud... (*Todos los hermanos le abrazan con grande emocion, primero el Conde, y despues unidos don Fermin y don Prudencio*).

DON JACINTO.

Pero ¿qué ha sido esto, Andrés? ¿Qué quiere decir este hombre? (*Señalando á Taravilla.*)

ANDRÉS.

Señor: con arreglo á las órdenes de vd. espié todos los movimientos de la persona que vd. me designó: el sugeto entró en el cuarto del señorito don Prudencio, de donde á poco salió.

DON PRUDENCIO.

En mi cuarto no ha entrado sino don Judas á decirme que el Conde y Fermin, obrando de concierto, habian hecho escribir á la Condesa su carta echándome de casa.

ANDRÉS.

(*Continuando.*) Seguíle siempre á cierta distancia; y no lejos de aquí, se entró en un callejon sin salida, y en una casa que, segun todas las apariencias, no puede estar destinada á nada bueno. Yo me quedé en acecho á la esquina: á poco ví salir á un hombre guardando en el pecho una carta que sacaba

en la mano: era de pequeña estatura, mal encarado, con una faja encarnada, sombrero redondo, chupa corta, y un chaleco con botones de cabeza de turco.

CONDE.

Esas son puntualmente las señas del que me entregó el anónimo.

ANDRÉS.

Apesar de mi deseo de seguirle me retuvo en mi puesto la necesidad de no perder de vista al principal; cuando á poco rato veo salir de la misma casa, como una docena de pillos armados, que con descompasados gritos deshonraban lo mismo que parecian proclamar, y en cuyo rostro se pintaban el calor del vino, y su furor; y observando que este grupo se dirigia á la plazuela que está delante de la casa, creí que merecía toda mi atencion, y dejando al don Judas, me propuse seguir á estos desalmados. Juzgad cual seria mi asombro al ver que á poco, habiendo un caballero desembocado en la plazuela por una de sus calles, estos frenéticos prorumpen de nuevo en gritos espantosos: corren hácia él, y le persiguen hasta ponerle en la necesidad de defenderse........ Sus mismas voces y denuestos me hacen conocer que el acometido es el señor Conde: el cariño de mi señorito pareció aliviarme, en esta ocasion, del peso de los años: me lanzo á uno de los malvados que estaba algo separado de los otros, le desarmo, corro á favorecer al señor Conde, á cuyo lado peleaba ya como un Cid este caballerito; y como un hombre vale por muchos asesinos, entre los tres facilmente pusimos en dispersion á esta gavilla de facinerosos. Entre ellos, aunque al traves de su nuevo trage, reconocí á este menguado por el mismo que habló con nosotros esta mañana; y sintiendo lo importante que podria ser apoderarse de él para descubrir los autores de tanto crímen, me dí á perseguirle: el

pícaro se me escapaba á fuerza de pies, mas la fortuna me deparó esta pistola, que otro de sus compañeros habia sin duda dejado caer, y aunque descargada, fué tal el miedo que conseguí infundirle, que poniéndoseme de rodillas, se entregó á discrecion, y ahí le teneis.

EL CONDE.

¡Miserable! ¡Quién ha podido inducirte á cometer tan horrendo crímen!......

TARAVILLA.

(*Poniéndose de rodillas.*) Señor, ¡por amor de Dios!..... Ya sabe V. S. que yo soy un pobre demonio, sin pizca de sal en la mollera; y sin mas miga que una calabaza vacia. El picaron del señor don Judas.......

LA CONDESA.

¡Calla! ¡malvado! ¿Quién te ha aconsejado culpar al mejor de nuestros amigos?

TARAVILLA.

(*Levantándose, y tomando su tono ordinario.*)

Señora: V. S. me perdone: aquí no hay consejo que valga: entre él y Terremoto, me han metido en esta danza, que yo no queria: el señor don Judas fué el que esta mañana, cuando V. S. me echó, me dijo que le fuese á esperar á su casa; y allí á fuerza de vino, y de prometerme montes y morenas.... yo ¿Qué habia de hacer?....... Ya se vé...... á todos nos gusta tener... . Pero por lo demas..... Vale mas el miedo que yo tuve durante la refriega..... Y luego, como á cada uno nos dió tres pesetas....... Aquí las tengo todavia, y si pueden servir para daños y perjuicios... ..

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON POLICARPO.

(*Muy gozoso.*) ¡Albricias! amigo don Jacinto: ¡Albricias! señor Conde. La tranquilidad pública queda restablecida; y los infames perturbadores de nuestro sosiego, ya descubiertos, buscan su salvacion en la huida; y si se sustraen á la venganza de las leyes, tambien nos evitan un espectáculo que, ni la justicia de su aplicacion, ni la utilidad pública, pueden dejar de hacer triste y sensible. Entre ellos marcha el hombre perverso, que por tanto tiempo, señora Condesa, ha abusado de la inocente credulidad de vd...... don Judas.

CONDESA.

Señor don Policarpo: vd. es uno de los que le quieren mal, porque......

DON POLICARPO.

(*Interrumpiéndola.*) Por que es indigno de vuestra bondad, y no mas..... Encargado particularmente por S. M. de este negocio, hace dias que conocia sus manejos, y espiaba sus pasos; y habiendo ocupado en este momento todos sus papeles, puedo presentaros toda su correspondencia con los intrigantes autores de nuestros disturbios; pero mientras que el tiempo os permite satisfacer completamente la curiosidad, leed esa sola carta, en que habla de vd. y de los proyectos inícuos que formaba sobre la discordia de los tres hermanos......

(*La Condesa toma la carta, y se pone á leerla: entretanto don Jacinto dirigiéndose al Conde.*)

DON JACINTO.

¡Y bien! Conde..... Ya ves desvanecidas tus injustas sospechas......

CONDE.

(*Lleno de confusion.*) Señor: permitidme que me retire.... soy imperdonable.....

(*Don Fermin, y don Prudencio á un tiempo corriendo hácia él y abrazándole.*)

DON FERMIN. / DON PRUDENCIO. } ¡Conde!..... mi querido hermano.

CONDE.

¡Fermin!........ ¡Prudencio!......... vuestra generosidad me confunde.....

LA CONDESA.

(*Acabando de leer la carta.*) ¡Infame.....! Tomad, señor don Policarpo.... estoy convencida.... Teófilo.... hija mia..... venid á mis brazos, y ayudadme á olvidar, si es posible, mi propia vergüenza.

(*Conservándose los dos grupos formados, el uno por los tres hermanos, el otro por la Condesa, Teófilo y Victorina*; *y don Jacinto, don Policarpo y Andrés*, *asidos de la mano, se adelantan al proscenio. Taravilla, aprovechándose de este momento, en que nadie le observa, se escapa.*)

DON JACINTO.

¡Momento delicioso! amigo don Policarpo, (*Apretándole la mano.*) ¡mi querido Andrés!.... Su felicidad es obra nuestra.... Consagremos el resto de nuestros dias á invocar en su favor las bendiciones del cielo; y con la calma deliciosa de la virtud, esperémos á su lado aquel momento tan terrible para el perverso, como feliz para el justo.

FIN.

EL DOCTOR

D. SIMPLICIO DE UTRERA.

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DOCTOR UTRERA, *catedrático de leyes y entusiasta del escolasticismo, de universidades y grados, y abogado ramplon y farragista.*

DON RUPERTO DE CONTRERAS, *procurador de la audiencia, hombre maligno y grande embrollador.*

DON LEANDRO DE GUEVARA, *abogado jóven, hombre de vasta y sólida ciencia, y amante de*

ISABELITA *sobrina del Doctor Utrera y de*

DON PABLO N. *oficial de la covachuela, hombre esperimentado, de juicio recto, y protector decidido de Leandro.*

DON IGNACIO PORTOCARRERO, *jóven amable, pero tarambana y arrojado, amigo de Leandro.*

DOCTOR CONTRERAS.
DOCTOR PERALTA.
DOCTOR AGUILERA.

Son los tres opositores á la novia. Grandes pedantes, tan ridículos por su ciencia como por su figura. El primero gordo, bajo, rechoncho: un trasunto del canónigo Gil Perez. El segundo, largo, afilado y enjuto. El tercero bajo, menudillo, vivo, y gesticulador: un remedo del Dr. Cuchilla.

UN ESTUDIANTE.
EL TIO BRAULIO, *choricero.*
EL BEDEL.

El teatro representa un estudio de abogado con biblioteca: puerta en el fondo que deja ver otra pieza ó ante estudio, y otra puerta á la izquierda para las habitaciones interiores.

EL DOCTOR

DON SIMPLICIO DE UTRERA,

Ó LA NOVIA POR OPOSICION.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON SIMPLICIO. DON LEANDRO.

(Don Simplicio en bata y gorro, y en su mesa concluyendo un alegato. Don Leandro en otra leyendo en un librito pequeño, el Código francés llamado Los cinco Códigos, un tomito en 32.° bastante abultado. Sobre la mesa de don Simplicio hay muchos librotes en folio y bastantes procesos: sobre la de don Leandro algun otro proceso y varios libros en octavo.)

DON SIMPLICIO.

(Con anteojos y como concluyendo un alegato.)

«Así es justicia que pido
Con costas, juro y etcetera:
Derechos doscientos reales.
Doctor Simplicio de Utrera.»
Este ya está despachado.

(Echando polvos, y atando las piezas que componen el proceso, que se supone despachado.)

Ahora cuando quiera venga

El amigo don Ruperto,
Que es de curiales la perla;
Pero que, con sus apremios
Y sus prisas, me revienta.
En casando á Isabelita
Con el doctor que la obtenga
Por formal oposicion,
Y segun las apariencias
Será pronto, pues ya tengo
Dos para formar la terna,

(Don Leandro atento á estas palabras, hace un gesto de dolor, y como abatido vuelve á su lectura.)

Quiero dejar el bufete.
Basta para mi decencia
La cátedra de volúmen.
Los trabajos de la audiencia
Son pesados. Fué preciso
Hasta aquí vivir con ella,
Y aun degradar, si se quiere,
El honor de la muzeta.
Si nunca bajó de un duro
Diario, segun mi cuenta,
Solo el gasto de cocina;
Y á treinta cuartos no llega
Lo que vale cada dia
La cátedra de pandectas,
Que por veinte y cinco años
He regentado en la escuela......

(Levantándose.)

¡Pues la borla! ¡oh corrupcion!
¡Oh edad ignorante y ciega!
Mis propinas, en diez años,
No han llegado á cien pesetas;

Ni he cogido en chocolate,
Arriba de una tarea.
¡Tiempos felices aquellos
En que se honraba la ciencia;
En que solo de regalos
Llenó el doctor su despensa;
En que llovian los grados,
Cuyo alto honor hoy desprecian

(*Con intencion de zaherir á don Leandro.*)

Los sabios de nuevo cuño,
Los sabios á la moderna!
¿No me oye vd., don Leandro?
Pues ha dos horas y media
Que estoy hablando, y creyendo
Que vd. me escucha...... ¡Qué flema!
Estos hombres que á las aulas

(*Adelantándose al proscenio*)

La necesaria asistencia
Arrastró, por cumplimiento;
Que ni en actos, academias,
Conclusiones y gimnasios,
Oposiciones á becas,
Animó con su energía
El ergo y la controversia,
Parecen hombres de estuco.

DON LEANDRO.

(*Levantándose*)

Pues aun no soy tan de piedra
Como deseára ser;
Y mas de una vez me pesa
Que la edad haga su oficio
Y á la razon no obedezca.

DON SIMPLICIO.

¿Y qué librito era ese
Que tanto á vd. le embelesa?

DON LEANDRO.

Es un código estrangero.

DON SIMPLICIO.

Creí que era una novela.

DON LEANDRO.

No señor; y este librito
Toda una nacion gobierna
De treinta millones......

DON SIMPLICIO.

¡Oiga!
No es nada la friolera.
¿Dígame vd., don Leandro;
Usted perdió la cabeza,
O quiere con sus delirios
Apurarme la paciencia?
¿Con solo esa moṇadita
Una nacion se gobierna?
No lo creo; y si tal fuese,
Yo diria: así estará ella.

DON LEANDRO.

Sábia, rica y floreciente
En labranza, artes y letras.

DON SIMPLICIO.

Rica pase ¿pero sábia?

Eso, amiguito, á su abuela.

DON LEANDRO.

(Con ironia.)

Yo hasta aquí había creido
Que la riqueza era prueba
De la bondad de las leyes;
Y que esta era consecuencia
De las luces, del saber......

DON SIMPLICIO.

Pues se engaña, en mi conciencia.
Dígame, santo varon:
¿Qué quiere vd. que se sepa
Donde no se sabe hacer
Un código que contenga
Ni aun las leyes necesarias
Al gobierno de una aldea?
¡Mire vd.!..... Aquí ni aun cabe

(Tomando y mostrando el librito como por irrision y devolviéndosele luego.)

El cuaderno de la Mesta.
Si nosotros, que tenemos
De leyes trescientas resmas,
Aun no tenemos bastante;
Y para su inteligencia
Necesitamos autores,
Comentarios, glosa eterna;
Y aun así quedan mil dudas
¿Qué quiere vd. que suceda
Con ese libro mezquino
Código de faltriquera?
Solo para mayorazgos

Es menester dos carretas
De autores eminentísimos.

DON LEANDRO.

Pues no es aquí la materia
Que mas aumenta el volúmen.

DON SIMPLICIO.

Pues los recursos de fuerza,
Censos, foros, patronatos
Mejoras, robos, tutelas.....

ESCENA II.

LOS DICHOS Y UN ESTUDIANTE.

(Entra medio saltando.)

ESTUDIANTE.

Mi catedrático: el tio
Me envia con esta esquela.

DON SIMPLICIO.

(Tomando la esquela y sacando los anteojos.)
¿Qué? ¿ha llegado?

ESTUDIANTE.

Si señor.
En este instante se apea
De la mula.

DON SIMPLICIO.

¿Y viene bueno?

ESTUDIANTE.

Muy bueno.

DON SIMPLICIO.

¡Qué mala letra!
Mira, léemela tú.

ESTUDIANTE.

(*Leyendo.*) «Mi estimado amigo y señor doctor Utrera: Acabo de llegar de mi oposicion á la consabida doctoral, dada como siempre por empeños, al sobrino de un señoron de la córte, que ha ofrecido al dean el primer obispado que vacáre. Irritado por esta injusticia, me he resuelto á abandonar la Iglesia; y habiendo sabido que ha abierto vd. una oposicion en favor de los doctores que quieran aspirar á la mano de su sobrina, proponiéndose adjudicarla al que leyendo y arguyendo de repente obtenga mejor censura, (ocurrencia feliz y digna de su esclarecido ingenio) me presento en calidad de tal opositor; y para que la dilacion no me pare perjuicio, me apresuro á ponerlo en noticia de vd.: no haciéndolo yo en persona, porque necesito algunas horas de descanso, y aun algunas unturas, para reparar el estrago que ha hecho en mí la maldita mula, de no menos mal paso, que desgraciado aguero; pues, segun me ha dicho despues el alquilador, lleva hechas mas de doscientas oposiciones, sin haber obtenido una sola prebenda ¡que es desgracia!

S. S. S. Q. S. M. B.

El Doctor Aguilera.

DON SIMPLICIO.

(*Frotándose las manos, muy alegre.*)

Ya está la terna completa.

DON LEANDRO.

(*Aparte.*) ¡ Triste de mí!

DON SIMPLICIO.

Díle al tio
Que bien; que admitido queda.

ESTUDIANTE.

(*Marchando y volviendo despues.*)

¡Ah sí! Tambien traigo aquí
Las conclusiones impresas
Del acto que defendemos.
¿Quiere vd. que se las lea?

DON SIMPLICIO.

Solo la Dedicatoria,
Donde el ingenio campea.

ESTUDIANTE.

Dei pari, semper Virgini
Mariæ de Valvanera,
Suffragantis et sapientis
Doctoris Simplicii Utrera
Fulgentis in hoc cœnobio,
Tanquam matutina stella,
Luculento et suculento
Patrocinio et præsidentiâ,
Has dicavit conclusiones
Antonius del Aguilera,
Enucleandas mense Junii
In die primâ trigesimâ.

DON SIMPLICIO.

(*Tomando las conclusiones y lleno de entusiasmo.*)

Obra del doctor Peralta,
Se la conoce á la legua
¡Qué latinidad tan pura!
¡Es magnífica! ¡soberbia!
¡Qué estilo tan encrespado!
Ciceron no lo entendiera.

(*Leyendo, y como recreándose.*)

Luculento et suculento... .
Tanquam matutina stella......
¡A mí al lucero del alba
Compararme, es ocurrencia!

(*Con estrañeza y dudando.*)

Enucleandas mense junii
In die primâ trigesimâ.

¿El treinta y uno de junio.....?
Me parece que esta fecha.....

(*Recordando aquella copla de «30 dias trae noviembre» etc. etc.*)

Con abril, junio y septiembre.....
Junio no trae mas que treinta.

ESTUDIANTE.

¡Ay! que tambien ha caido,
Como yo, en la ratonera.

DON SIMPLICIO.

¿Qué ratonera, muchacho?

ESTUDIANTE.

No ha entendido vd. la idea.
El treinta y uno de junio......

Pues ahí está la agudeza.
¿El treinta y uno no es
El uno despues del treinta?
Sed sic est, per te, que junio
Solo treinta dias cuenta,
Ergo, es primero de julio
El uno sobre sus treinta.

DON SIMPLICIO.

(Con admiracion y entusiasmo.)
Es un argumento *ad hominem*
De los que no tienen vuelta.
El treinta y uno de junio.....
Vea vd., quien lo dijera,
Es el primero de julio.
¡Oh Peralta! ¡Oh dialéctica!

DON LEANDRO.

(*Aparte*. ¡Oh insensatez! ¡oh delirio!
Los que de doctos se precian,
¡Pobre razon! te maltratan,
Te escarnecen y te huellan
Con tal impiedad. ¡Y en esto,
En esto su tiempo emplean!....)

DON SIMPLICIO.

Vete, vete, y vuelve el mártes
A recitarme la arenga.

ESTUDIANTE.

Ya la sé perfectamente;
Y vendré cuando vd. quiera.

(Sale de la escena saltando y recitando los versos siguientes que son el principio de la arenga. Al llegar á la puerta se pega un encontron con don Ruperto que entra.)

Rector, atque cancellarius,
Comenzabo, pace vestrâ,
Sapientifssimi Doctores,
Atque vos......

ESCENA III.

DON SIMPLICIO. DON LEANDRO. DON RUPERTO.

DON RUPERTO.

¡Tente, tronera!
Malditos sean tus brincos.

DON SIMPLICIO.

¡Oh! don Ruperto, á que buena
Ocasion que llega vd.

DON RUPERTO.

La ocasion será muy buena;
Pero, señor don Simplicio,
No vengo yo para fiestas.

DON SIMPLICIO.

Si es el pleito de la viuda,
Despachado está en la mesa.

DON RUPERTO.

No es el pleito de la viuda
El que mi bilis altera

Es este vil alegato,
(*Mostrándole.*)
Escándalo de la audiencia.
¡En un pleito de diez años,
Compuesto de quince piezas,
Un escrito tan mezquino
Qué á veinte líneas no llega!
Y eso, para concluir
Que renuncia vd. la prueba,
Cuando tengo preparados
Por testigos mas de treinta
Personas de toda fé,
Qué dirán cuanto yo quiera.
¡Qué estilo! ¡qué laconismo!
Y ni una cita.... ¡y qué letra!
¿Cómo?..... ¿No se acuerda vd¡?

(*A don Simplicio que en su gesto, manifiesta no entenderle, ni acordarse de cosa á que pueda referirse lo que dice.*)

El pleito de la estanquera,
Que, por auto del juzgado,
Echando al maestro de escuela,
Se apoderó de la casa
De don Baltasar Cepeda......

DON SIMPLICIO.

¡Pecador de mí! Ya caigo.
¿Yo renunciar á la prueba?
Primero consentiría
Que me arrancasen las muelas..
Dejar á don Baltasar,
Indefenso, ¿quién tal piensa?
Don Ruperto, don Ruperto,
Amigo, vd. se chancea.

DON RUPERTO.

Pues chancero es el muchacho,
Y bien festiva la idea.
Saque vd. sus antiparras
Verá si su firma es esta.

DON LEANDRO.

No hay para qué. De ese escándalo,
De esa forense blasfemia,
Yo soy el autor, yo solo.
Puse el escrito en la mesa
(A don Simplicio.)
Para que vd. le leyese;
Vino á buscarle con priesa
Como suele don Ruperto,
Ví la firma de vd. puesta
En él, creí que aprobaba
En un todo mis ideas,
Y le entregué.....

DON SIMPLICIO.

Pues sin duda
Que debí firmarle á ciegas;
Creyendo que era otra cosa,
Por que yo ¿cómo pudiera?.....
Mas estos últimos dias
Ha sido tal la faena
De actos mayores y cláustros,
Que hube de pedir, por fuerza,
Al señor que se encargára
De algunas otras cosuelas.
Sepa vd. que es abogado

Y á mi me le recomienda
El tio de Isabelita.....
El que está en la covachuela,
Con tal interés, que dice
Que como á hijo le aprecia;
Que es mozo de gran talento,
De muchas luces y ciencia.

DON RUPERTO.

¿Quién, el señor, y renuncia
En este pleito á la prueba?

DON LEANDRO.

Donde el derecho es notorio
¿Qué necesidad hay de ella?
Un juez injusto y parcial,
Abusando de la fuerza,
Arroja á un vecino honrado
De la casa, que le arrienda
Su propietario; y la dá
A otro sin su anuencia.

DON RUPERTO.

Mas tasada por peritos
En justo valor su renta.

DON LEANDRO

El atentado es notorio,
Con tasacion ó sin ella.
¿Qué prueba ha de hacer vd?

DON RUPERTO.

¿Qué prueba? ¡Cómo! ¿qué prueba?

Yo probaré que el períto,
Con la hija de la estanquera,
Vive en amancebamiento;
Que fué judía su abuela;
Que mi parte es sangre limpia,
Y de casa solariega;
Y si la parte contraria,
Como puede ser, lo niega,
Tenemos nuevo incidente,
Nueva cuestion, otra pieza,
En que el árbol genealógico
Presento de los Cepedas;
Y en que se vé que fué noble
Toda su ilustre ascendencia,
Hasta Caín inclusive.
Despues compulso las pruebas
Que para ponerse un hábito
Don Ignacio de Cepeda,
Tio de mi parte, hizo
En el año de setenta;
Y..........

DON LEANDRO.

¡Y tan sin leyes vivimos
Que se admitirán á prueba
Semejantes despropósitos!

DON RUPERTO.

¡Qué difamacion¡ ¡Qué afrenta¡
¡Despropósito probar
Que son nobles los Cepedas!

DON SIMPLICIO.

¡Vivir sin leyes nosotros,

Que tenemos, por mi cuenta,
Muy cerca de cien in folios
Gordos como las Pandectas!

DON LEANDRO.

No fueran las leyes tantas
Si fuesen como debieran.

DON RUPERTO.

¿Y cómo han de ser las leyes
Para que á su gusto sean?

DON LEANDRO.

La respuesta no es difícil:
Muy claras, pocas, y buenas.

DON RUPERTO.

Buena doctrina; y entonces
Todo zascandil supiera,
Tan bien como los curiales,
Las leyes que le gobiernan.

DON LEANDRO.

El inconveniente es grave;
Mejor es que no las sepan.

DON SIMPLICIO.

¿No vé vd. que, siendo pocas,
El juicio arbitrario fuera?

DON LEANDRO.

Aun mejor entre las muchas
La arbitrariedad se alberga.

DON RUPERTO.

¿Qué será la abogacia
Con leyes claras y buenas?

DON LEANDRO.

(Con mucho fuego.)
Defensa de la razon,
Escudo de la inocencia:
No un arte de fullería,
(Fijando la vista en don Ruperto.)
De que el hombre honrado tiembla.

DON RUPERTO.

¿Qué es eso de fullería,
Don abogado sentencias?
¿Sabe vd. que se las há
Con Ruperto de Contreras,
Que tanto como la suya
Sabe las vidas agenas;
Y si, por sentencias vá,
Le citará una docena
Contra aquellos que seducen
En secreto las doncellas?
(Con mucha intencion y malignidad.)

DON LEANDRO.

(Muy desconcertado.)
¿Qué dice vd?

DON RUPERTO.

Solo digo,
Que aquel que de vidrio tenga

Su tejado, al del vecino
Hace mal en tirar piedras.

DON SIMPLICIO.

Basta, don Ruperto, basta.
No haya mas en la materia.
Y vd., señor don Leandro,
No espere que yo consienta
Que se insulte á mis amigos,
Ni á la facultad se ofenda.

DON LEANDRO.

Nadie como yo, señor,
Nadie, tanto la respeta;
Y sentiría haber dicho
Cosa que á vd. le pudiera
Causar el menor disgusto;
Y aun, para evitar que vuelva
A encenderse la cuestion,
De retirarme licencia
Pido; y, si vd lo permite,
Iré por la carretera
De Madrid, dando un paseo,
Por ver si don Pablo llega.

DON SIMPLICIO.

Si, señor: y me parece
Que es muy justa esa impaciencia.
Le quiere á vd. como á un hijo.

DON LEANDRO.

(*Con ternura.*)
Mi cariño le respeta
Como á bienhechor y padre.

DON SIMPLICIO.

Es justa correspondencia.
Con permiso, don Ruperto.
Retirando á don Leandro á un lado para hablarle en secreto.)

DON RUPERTO.

(Con mal humor y grosería.)
Dígale vd. lo que quiera.

DON SIMPLICIO.

(Bajo.) Como que sale de vd,
Indague si de la audiencia
Los honores me ha obtenido.
Me ofreció, en la primavera,
La gracia; y como ya estamos
A fin de curso, y no llega.....
Y para saberlo pronto
Sin preguntar, bueno fuera
Qué, al entrar, me hiciera vd.
Con disimulo una seña.

DON LEANDRO.

(Con indulgente complacencia.)
Bien está. ¿Y qué seña haré?

DON SIMPLICIO.

Menea vd. así la cabeza.
(Como quien dice que sí.)
Dígale vd. que hoy me ocupan
(En alta voz.)
Mil cosas de consecuencia;
Y que no puedo.......

DON LEANDRO.

¿Qué importa?
Ya sabe vd. su llaneza.

DON SIMPLICIO.

(*A don Leandro cuando se vá.*)
Ah! y diga vd. á Isabel
Qué, á eso de las ocho y media,
Venga á ponerme el chorizo;
Que tengo que irá la audiencia

ESCENA IV.

DON SIMPLICIO. DON RUPERTO.

DON RUPERTO.

(*Con malignidad.*)
Eso con gusto lo hará
El letrado á la moderna.

DON SIMPLICIO.

Aunque de malos estudios,
Es mozo de buenas prendas.

DON RUPERTO.

(*Con ironía muy amarga.*)
Escelente, sí señor:
Del que en su casa le hospeda
Se rie con sus amigos:
Dice de él dos mil lindezas;
Y entre tanto, el picaron,
A la sobrina requiebra.

DON SIMPLICIO.

¿Qué dice vd, don Ruperto?
Eso es que el doctor Contreras,
Su sobrino, está celoso:
Ha concebido sospechas;
Y le ha inducido en error.

DON RUPERTO.

¿Qué error ni qué berengena?
Aquí tengo el documento
Original, que releva
De la probanza.......

DON SIMPLICIO.

¿Y qué es ello?

DON RUPERTO.

Nada: una gran friolera.
Una carta, que le escribe
Uno de los calaveras,
Con quien tiene el seor letrado
Amistad fina y estrecha.

DON SIMPLICIO.

Bien ¿pero y su contenido?

DON RUPERTO.

Diviértase vd. en leerla.

DON SIMPLICIO.

(Leyendo con mucha torpeza.)

Mi que-rido Le-an-dro. He le-ido tu úl-ti-ma ad-Corin-tios, que vie-ne á ser u-na e-le-gia en pro-sa, en-que, con

gra-ves y sen-tidas ra-zo-nes, pin-tas la me-lan-colia en que te se-pul-ta tu-ro-ma-nescapa- sion á la Isabe-li-ta.

DON RUPERTO.

¡Qué despacio lee vd!

DON SIMPLICIO.

Si es tan menuda la letra,
Y están turbios los anteojos.
(*Volviendo á leer.*)
Se-pul-ta tu ro-manes-ca
Pasion á la Isa-be-lita».
Hasta aquí no se vé que ella
Corresponda á su pasion.

DON RUPERTO.

Deme vd., que yo la lea:
Verá vd. si corresponde
La niña sensible y tierna.

(*Leyendo.*) Y con todas tus luces ¿qué seria de tí, pobre diablo, si no tuvieras un amigo intrépido que no consentirá que seas víctima de las estravagancias del doctor Simplicio de Utrera que, por la cuenta, no quiere dejar de ser ni Simplicio ni doctor? Pues pensar en que tú aspires á la borla, y te presentes al concurso que podia ser un medio de capitulacion, es hablar de un imposible. ¿Cómo has de parecer en este género de palestra? tú, que por lo mismo que la conoces, tienes tanto respeto á la hermosa lengua de Ciceron y de Virgilio que por miedo á un solecismo no hablarás latin aunque en ello te vaya tu fortuna? Y bien, en tal situacion, ¿Qué importa que la *niña te quiera* y que tú seas tan superior (y el elogio no debe envanecerte), á tus rivales pedantones y ridículos, y á cualquiera otro que se presente á tan risible prueba, que por fuerza ha de ser de la

misma estofa? En fin, déjame á mí. No quiero revelarte mi secreto, porque era el modo seguro de echarlo á perder; y si puedo contribuir á tu felicidad, poco me importará que me llames despues aturdido y calavera.

Tu I.

DON SIMPLICIO.

(*Muy irritado. Durante la lectura de la carta, ha mostrado mas ó menos irritacion á medida que las espresiones hieren mas ó menos su manía.*)

¿Y quien será el insolente
Que así ultraja la muzeta;
Que así á los doctores trata?
Si en un grado le cogiera.....
¿Y porqué mi pensamiento
De estravagante motejan?
(Porqué no es él el primero
Que me ha dicho á mi esa fresca.)
Mirar como estravagante
El que á mi sobrina quiera
Casar con hombre instruido,
No pueden. Pues si esta idea
De suyo es tan racional
¿Qué es lo que les choca en ella?
¿El medio? ¿Pues no es el mismo
Con que el estado, y la Iglesia
Eligen sus empleados
Para todas las carreras?
El *ergo*; el *ergo* es el solo
Termómetro de las letras.
Sobre la vida del hombre
¿Quiéres potestad entera,
Facultad de componer

Su pulmon ó traquiarteria;
Y para esto de sajarle,
Cortarle brazos y piernas,
O de hacerle echar los hígados,
Impune y franca licencia?
Pues prueba con silogismos
Convincentes, en la escuela,
Que la ponzoña es triaca,
Dispuesta por tus recetas;
Y que sangrar no es pegar
Puñaladas en las venas.
¿Serás bueno para párroco?
Al *ergo* qne lo resuelva.
¿Quiéres de una catedral
Obtener pingüe prebenda?
Pues esplícame con *ergos*
Lo que es *la divina esencia*.
¿Vas para juez ó abogado,
U otros cargos de mas cuenta?
Pues preséntame los *ergos*
Que prueban tu suficiencia.
¿No es el *ergo* quien elige
Los maestros en las ciencias?
¿Y por qué este medio mismo,
Aplicado á otra materia,
No ha de producir su efecto?

DON RUPERTO.

Es clara la consecuencia.

DON SIMPLICIO.

Tan clara que, si me apuran,
(Con fuego.)
Saco á oposicion mi herencia.

DON RUPERTO.

Ya..... pero al abogadito,
Al mozo de buenas prendas,
Deje vd. que el hospedaja
Le pagué en buena moneda;
Y con el doblo tal vez.

DON SIMPLICIO.

¿Qué es el doblo? Así que vuelva,
De patitas en la calle
Le planto.......

DON RUPERTO.

Justa sentencia.

DON SIMPLICIO.

Y á tal Isabelita,
A su criminal correa,
O la zampo en un convento,
O la cierro en la bodega;
Mientras se arregla su boda
Con el que mas la merezca
Entre los coopositores.

DON RUPERTO.

Ni convento, ni bodega
Alcanzan, dándoles tiempo:
Guárdese vd. de las tretas
Del perillan de la carta:
Ved cuan seguro se muestra
De burlar el gran proyecto.
Filósofo á la moderna,

Un rapto será para él
Un chiste, una friolera;
Y mientras vd. se está
Dando gritos en la audiencia,
Llave de oro abre el encierro:
La trasplantan á Ginebra;
Allí boniticamente,
De su religion reniegan;
Y los casa un herejote
A estilo de aquella tierra.

DON SIMPLICIO.

¿Y crée vd. que Isabel
En tal exceso consienta?

DON RUPERTO.

Señor mio, á una muchacha,
Por mucho juicio que tenga,
Uno de estos barbilucios
La trastorna la cabeza;
Dá el primer paso, y despues
El diablo que la detenga.

DON SIMPLICIO.

¿Y qué me aconseja vd?

DON RUPERTO.

¿Sino me engaño, no llega
Hoy mismo el señor don Pablo,
Tio por línea materna
De la engañada Isabel,
Y el único á quien se espera?

¿No están aquí los doctores,
Que aspiran á la prebenda?

DON SIMPLICIO.

Sí: los tres.

DON RUPERTO,

¿Cómo los tres?

DON SIMPLICIO.

Tambien se opone Aguilera.

DON RUPERTO.

Pues citarlos para hoy mismo;
(Con cierto enfado.)
Ya que quiere vd. que sea
Por oposicion la boda;
Y no consiente, sin ella,
Preferir á mi sobrino.

DON SIMPLICIO.

Amigo: justicia seca.
En esto de los concursos,
No admito parva materia:
Casará con Isabel
Quien mejor arguya y lea.

DON RUPERTO.

Yo no sé como leerán
Los otros; pero Contreras,
A los diez y seis, leia
Ya de corrido en la escuela.

DON SIMPLICIO.

Sí..... sí.... ¡talento precoz!
Dice vd. bien..... buena idea!....
Esta noche el ejercicio:
Elijo al que me parezca;
Y mañana tempranito
Doy con los dos en la iglesia.
Bien pensado, don Ruperto,
Y de cuanta gracia quepa,
Puede vd. estar seguro.
¿Mas como del calavera
Pudo vd. pillar la carta?

DON RUPERTO.

Prométame vd. reserva:
El gobierno anda buscando
Un reo de consecuencia,
Que ha escrito un papel infame
Contra el sistema de rentas,
Contra alcabalas, millones,
El escusado y las tercias;
Y no pudiendo saber
Donde el picaron se alberga,
Ha bajado órden de abrir
Toda la correspondencia,
Estrangera é interior.

DON SIMPLICIO.

Es durillo; pero ahí entra
Aquello del *salus populi*,
Del estado ley suprema.

DON RUPERTO.

Si señor: el salus populi,
El escusado y las tercias;
Ademas, que así se sabe
Cómo cada uno piensa.
Hay sobre esto otra ventaja
Tal vez de mas consecuencia;
Que dicen que, en tales dias,
Es la oficina una escuela
De virtud, donde se aprende
A detestar la perversa
Condicion de los mortales,
Viendo allí tanta miseria;
Y aun hay doctores que opinan,
Que establecerse debiera
Una cátedra agregada
De correos á la renta;
Y una vez al mes, lo menos,
Abrir la correspondencia,
Para dar á los alumnos
(Con la debida reserva)
De moral lecciones prácticas
Sobre los vicios que reinan;
Y enseñarles á apreciar
El recato, la modestia,
La buena fé, sobre todo......
Pues, como digo, vino órden
De abrir la correspondencia,
Sabe vd. que está empleado
De correos en la renta
El hermano del doctor.....
Mi sobrinillo..... Contreras......

Cúpole en suerte esta carta,
¡Juicios de la Providencia!
El muchacho, que no es lerdo,
Viendo el sobrescrito de ella,
Como ya del señorito
Habia ciertas sospechas,
La agarró, con disimulo;
Y la echó en la faltriquera.

DON SIMPLICIO.

¿Con qué no la ha recibido
Don Leandro?

DON RUPERTO.

Buena es esa:
La recibirá á su tiempo,
Porque el porte no se pierda.
Desde antes de ayer la tengo;
Y para que vd. la viera,
Le rogaba ayer pasase
Á casa, con toda urgencia.
Porque la maldita gota
Se me puso en esta pierna.....

DON SIMPLICIO.

Pues yo, la verdad, creí,
Que era para darme priesa
Por el pleito de la viuda......

DON RUPERTO.

Ah! sí: que es de consecuencia
No se me vaya á olvidar.

DON SIMPLICIO.

Ahí está sobre la mesa.

DON RUPERTO.

(*Examinando su bulto.*)

¡Este sí que es alegato!
Cinco.... diez fojas y media.

(*Contándolas.*)

¿Y sobre qué? Sobre nada:
Sobre una gran bagatela.
Sobre si debe cerrar
La pobre viuda su tienda;
Cual quiere el gremio de sastres,
Que dice que la condena
La ordenanza á morir de hambre.
¡Qué erudicion tan selecta!

(*Recorriendo sus citas.*)

Un concilio toledano,
Graciano, las Decretales,
El Código, las Pandectas,
El maestro de las sentencias,
Bártulo, Baldo, Acevedo,
Antonio Gomez, Olea,
Farinacio, Bobadilla,
Barbosa, Escobar, Larrea.
Y tambien el *Flos Sanctorum*

(*Con socarroneria y malignidad.*)

Del padre Rivadeneira!......
Pues, señor, ¿cómo es posible
Que este negocio se pierda,
Teniendo la pobre viuda
Tantos que así la defiendan?......

DON SIMPLICIO.

¡Y qué hombres, don Ruperto!
Compare vd. la caterva
De escritorcillos, que opone
La abogacía moderna.
Filangieri, Montesquieu,
Watel, Becaria, Bentham,
Y otros, que nunca he leido
Temiendo que me perviertan.
¡Mire vd. que hombres tan grandes!.....
A cinco tomos no llega
El que mas..... de estos tomitos
De monada y faltriquera;
Para los otros, que daban
Un tomo in folio á la prensa
Por semana.......

DON RUPERTO.

Y todos, todos
Tamaños como una almena.
Dejémoslo, don Simplicio,
Que la bilis se me altera.
¿Con que quedamos?.....

DON SIMPLICIO.

Ah! sí:
Hágame vd. la fineza
De avisar á los doctores.
Dígales vd. que vengan
Antes de comer. Yo dejo,
Por hoy, gimnasio, academia;
Y vuelvo así que concluya,
En estrados, mi defensa.

DON RUPERTO.

Yo me encargo del aviso:
Déjelo vd. por mi cuenta.
Quedamos en que al sobrino.......

DON SIMPLICIO.

Toda la gracia que quepa;
Y no dudo......

DON RUPERTO.

Yo tampoco.
A mas ver, doctor Utrera.

DON SIMPLICIO

Hasta luego, don Ruperto.
Isabel, Isabel, Tecla.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO. ISABEL. TECLA

TECLA.

(Saliendo. Con descaro.)

Allá vamos. ¿A qué viene
Tanto ruido, y tanta priesa?

DON SIMPLICIO.

Viene á que me dá la gana,
Si vd. á mal no lo lleva.

ISABEL.

Tio ¿ha dormido vd. bien?

DON SIMPLICIO.

A ti nada te interesa.

ISABEL.

¿Pues de cuando acá, señor,
Duda vd. de mi terneza?

DON SIMPLICIO.

Desde que tengo motivos,
Hipócrita, zalamera.
¿Piensas que no lo sé todo?
Si vd. al tio quisiera,
Como he creído hasta ahora,
Sentimientos no le diera;
Ni andaria en amoríos
Secretos.

ISABEL.

(*Sobresaltada, y aparte á Tecla.*)
¿Qué es esto, Tecla?

TECLA.

(*Aparte, á Isabel.*)
Aquí hay chisme: descubramos
El campo. ¿Qué mala lengua
Le ha venido á vd. con cuentos?

DON SIMPLICIO.

¿Y á tí quien te ha dado vela
Para este entierro, hija mia?

TECLA.

(*Poniéndose de asas, y con descaro.*)
Yo no necesito de ella;

Por que voy de dolorida
Atrás con la parentela:
Que es primo mio el difunto,
Y hasta dejarle en la iglesia,
No pienso desampararle.

DON SIMPLICIO.

(*Imitando su tono.*)

Sea vd. prima ó tercera,
El muerto, que vd. acompaña,
No se enterrará en la iglesia
De donde yo soy el cura.

TECLA.

Lo siento, pues será fuerza
Acudir al provisor.

DON SIMPLICIO.

(*Sobresaltado.*)

Al provisor..... ¡Qué insolencia!

(*A Isabel.*)

Y qué, ¿tú te atreverias?.....

ISABEL.

¿A qué atreverme pudiera,
Si no sé de qué habla vd.?

DON SIMPLICIO.

La inocente, la cordera.
No sabe de lo que hablamos.
¿No sabes que te requibra
Don Leandro, y que le pagas
Con dulce correspondencia?

Pues yo lo sé, señorita,
Veamos si vd. lo niega.

ISABEL.

No señor: hace ya tiempo,
Que mi corazon desea
Contarle á vd. el secreto.......

DON SIMPLICIO.

¿Y tienes la desverguenza
De decírmelo en mis barbas?

ISABEL.

¿Quiere vd. que lo desmienta,
Y le engañe? No, señor:
Prefiero pecar de ingénua
A merecer los dictados
De hipócrita, zalamera,
Con que vd. me ha motejado.

DON SIMPLICIO.

Pues juro por los Utreras,
Doctores de padre á hijo,
Que quiérasle, ó no le quieras,
No te casarás con él:
Que serás la recompensa
Del doctor mas eminente
Que en el concurso parezca;
Y que hoy mismo terminada
Quedará esta diligencia.
¿Casarte tú con un hombre,
Que diez veces se perdiera
Para bachiller leyendo;

Y que en sus grados no tenga
El *némine discrepante*?
¿Con quién la borla desprecia?
Yo, que despues de la toga,
Nada respeto en la tierra
Tanto como el doctorado
¿En casarte consintiera
Con quién trata á los doctores
Peor que á las verduleras?
¿Con un simple abogaduelo,
Y abogado á la moderna;
Que reduce á diez renglones
Un pleito de veinte piezas,
Y encerrar quiere en un puño
Toda la jurisprudencia?
Soy bueno como el buen pan;
Pero en tocando esta tecla.....

ISABEL

¡Señor, no es vd. el mismo!

TECLA.

Déjele vd., si chochea.

DON SIMPLICIO.

¿Cómo chochear? ¡insolente!

TECLA.

Pues digo bien: hay paciencia
Para oir tantos dislates
Como vd, señor, enebra.
¿No es preciso haber perdido
Totalmente la chabeta,

Para hacer del matrimonio
Una cátedra, ó prebenda,
Que se adjudica, en concurso,
Al que mejor *ergotea?*
¿Es acaso el mas amable,
El mas sabióndo en la escuela,
Ni el mejor para marido,
El que mas grita y patea?
Ese *ergoteo*, esa rábia,
Que toda la sangre altera,
Hace á los hombres coléricos,
Altercadores, perreras;
Cosa que, en el matrimonio,
Es de grave consecuencia;
Y la casa es un infierno:
En continua pelotera
El doctor con la doctora,
Por qué, á fuerza de contiendas,
Y de argumentar, acaban
Tambien por doctoras ellas.
¿Tan lejos está el ejemplo?
Pues si vd. doctor no fuera
¿No seria el mas amable
Hombre de cuantos Ballecas
Pordujo en cuarenta siglos?
Solo cuando doctorea
Es vd. estravagante;
Y la maldita muzeta,
Los actos, y los gimnasios,
Los cláustros, las academias
Haciéndole un cascarabias
A solteron le condenan,
Con grave daño del sexo;

Pues, sin que lisonja sea,
(*Con agudeza y mucha malignidad.*)
Pasta mejor de marido,
Para muger que supiera
Ser un tantico mañosa,
No se halla sobre la tierra.
Yo con vd. me casára,
Apesar de sus sesenta,
De su fístula, su gota.......

DON SIMPLICIO.

(*Colérico.*)
Quítate de mi presencia.
Vete luego de mi casa.

ISABEL.

¿Has perdido el juicio, Tecla?

TECLA.

Esta es de nuestros requiebros
(*Con bufonada y malicia.*)
La acostumbrada manera.
Tengo yo mas confianza
Con él, de la que vd. piensa.
No tema vd. que me pegue.
¡Pobre de él, sino tuviera
Tecla entrañas compasivas!
Quién le........

DON SIMPLICIO.

¡Calla mala lengua!
Vete á hacerme el chocolate.

TECLA.

(*Con rechifla.*)

Y ajústeme vd. la cuenta
Entretanto, pues que he de irme.

DON SIMPLICIO.

No me apures la paciencia,
Porque podrá sucederte;
Sobre todo si blasfemas
Contra el honor doctoral,
Aunque el vecindario sepa,
Por echarte, una por una,
De mi cuerpo las miserias.

(*Dicho esto don Simplicio se dirige á su bufete; donde, puestos los anteojos, busca un apunte entre la multitud de papeles.*)

TECLA.

Está bien: quedo enterada.

ISABEL.

(*Aparte.*) Despáchate, por Dios, Tecla,
Para que se vaya antes
Que el tio don Pablo venga:
Que quiero yo prevenirle......

TECLA.

Déjelo vd. por mi cuenta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO. ISABEL.

DON SIMPLICIO.

Pues, señor, si yo le he puesto
Aquí, encima de la mesa.......

ISABEL.

¿Qué?

DON SIMPLICIO.

El memorial ajustado
De un pleito, que hoy en la audiencia
Señalado está; y leerle
Quisiera mientras me peinas,
Para llevar meditado
El órden de la defensa.
Este creo que es: veamos.
«Sobre si el dicho albacéa

(Se sienta: Isabel empieza á ponerle el peinador, le deshace la coleta, y se prepara á peinarle, cuando entra el tio Braulio.)

Deberá á los herederos
Entregar ó no la herencia;
O guardarla, por que dice
Que alcanza al difunto en cuentas.»
Este es. Vamos, señorita,
A peinarme; y no se crea
Que me hará mudar de juicio
Ni de aquella la insolencia,
Ni de vd. la compostura.

ESCENA VII.

DON SIMPLICIO. ISABEL. EL TIO BRAULIO.

TIO BRAULIO.

(*Entrando muy presuroso.*)

Pronto, pronto, que le esperan
A vd., señor don Simplicio,
Los señores de primera;
Y mi abogado contrario
Acaba ya su defensa.
Es un mozuelo maldito,
Que, con los químicos prueba,
Que hay en mis chorizos carne
De sapos y de culebras;
Y si vd. no vá, me envian
Por diez años á galeras.

DON SIMPLICIO.

Mi sombrero, mi golilla:

(*Despojándose á toda priesa de la bata, y poniéndose la golilla y la capa, durante los versos siguientes. Vase Isabel luego que le ha ayudado á vestirse.*)

Deja suelta la melena:
Vamos, corriendo, la capa.
Y vd., tio Braulio, no tema;
Que los químicos no son
Perítos en la materia.
Gana de meterse en todo
Tiene esta chusma moderna:
Que me enseñen una ley
Que á su juicio se refiera
Ni en Código, ni en Digesto.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y EL BEDEL DE LA UNIVERSIDAD.

(*Entra el Bedel á tiempo que, dichos los últimos versos, van á salir don Simplicio ya vestido, y el tio Braulio.*)

BEDEL.

¡Alto ahí! doctor Utrera.
A cláustro, á cláustro al instante;
Que es de precisa asistencia.

DON SIMPLICIO.

No me es posible, Bedel,
Que me esperan en la audiencia,

BEDEL.

Que se trata de un negocio
De grande interes y urgencia.

TIO BRAULIO.

¿Y el que á presidio me envien
Cree vd. que es friolera?

BEDEL.

A mí no me importa un bledo;
Y al contrario, me interesa
Mucho que el método antiguo
Se conserve en las escuelas.

DON SIMPLICIO.

¿Pues que novedad?......

BEDEL.

No es nada:
El ministerio proyecta

Dar un nuevo plan de estudios,
Y hoy el cláustro se congrega
Para tratar este punto.

DON SIMPLICIO.

Nuevo plan..... ¿Hay desverguenza?....
Tio Braulio..... amigo, no puedo
Asistir á la defensa.
En revista enmendaremos
El error de la sentencia.
Novedad en los estudios.....
¡Qué atrocidad! ¡Qué insolencia!

TIO BRAULIO.

¿Y se enmendará en revista
Lo que hoy me den con la penca?

BEDEL.

Buen ánimo: hacer costilla,
Mientras pasa la tormenta.

TIO PRAULIO.

(Colérico.) Pues conmigo ha de venir,
O el demonio se le lleva.....

BEDEL.

No irá tal; que sabré yo
Oponerme á la violencia.

TIO BRAULIO.

¡Por Dios! señor don Simplicio,
(Poniéndose de rodillas y agarrándole de la capa.)
Que mi ruina es casi cierta;

Que está el señor presidente
Conmigo echando centellas;
Porque compró, yo no sé,
Si tres ó cuatro docenas
Todas de...... de.....

DON SIMPLICIO.

Ya lo entiendo.

TIO BRAULIO.

Es que le dió......

DON SIMPLICIO.

Friolera.

TIO BRAULIO.

Señor: por Dios....

DON SIMPLICIO.

Nada escucho;
Que mi alegato se lea,
Donde pruebo que el borrico,
A escepcion de las orejas,
Es de fácil digestion.
Suélteme vd: ¡hay tal tema!

TIO BRAULIO.

¿Yo soltarle? No señor:
Pronto conmigo á la audiencia.

DON SIMPLICIO.

Bedel, defended el fuero
Que yo protesto la fuerza.

BEDEL.

(El Bedel agarra de la anguarina y tira del tio Braulio, que á su vez tira de don Simplicio.)

¡Suelta! maldito estremeño.

TIO BRAULIO.

Aunque pedazos me hicieran.

DON SIMPLICIO.

(Despues de haber bregado un poco.)

Pues que no hay otro recurso,
Y este demonio no suelta,
A grave mal, gran remedio.
El á la capa hace presa;
Suéltola, y digan los siglos,
Si la historia el caso cuenta,
Que supe salvar mi honor,
Nuevo José de la escuela.

(Suelta la capa y echa á andar en chupa, de golilla, sombrero redondo, y pelo suelto. El tio Braulio quiere seguirle; pero el Bedel, que no le ha soltado de la anguarina, no se lo permite. Bregan entre sí, el tio Braulio y el Bedel, el uno por desasirse y el otro por detenerle, y así se entran.)

ACTO SEGUNDO.

Salon interior con puerta en el foro, otra á la derecha para las habitaciones interiores, y otra á la izquierda que se supone ser de un gabinete.

ESCENA I.

DON PABLO. ISABEL. DON LEANDRO. TECLA.

DON PABLO.

(En trage de camino, y trayendo de la mano á Isabel.

Isabel, Leandro, hijos,
Volvedme á abrazar de nuevo.
El corazon de alegria
Quiere salirse del pecho.
A medida que la edad
(Mirando á Isabel con ternura.)
Se vá en tí desenvolviendo,
Te haces, Isabel querida,
El retrato mas completo
De tu virtuosa madre;
Y me recuerdas los tiempos
En que...... mas tristes memorias!

ISABEL.

¡Ah, señor! pluguiese al cielo
Que en virtud me pareciese
A original tan perfecto;
Mas privada, en tierna edad.
(*Muy conmovida.*)
De su amor, de sus ejemplos,
Su apoyo.......

DON PABLO.

(*Cortándola; y tomándola la mano afectuosamente.*)
Basta, hija mia.
Quien siente con tal estremo
Como hija, anuncia ser
De esposa y madres modelo.
¿Y tú, Leandro, qué dices?

DON LEANDRO.

Señor: éche vd. el sello
A su favor. Yo bien sé,
Bien sé que no la merezco;
Y en la bondad de vd. fio
Mas que en mis merecimientos.
El doctor sigue obstinado
En su estraño pensamiento:
No deje vd. que otro sea
De tanto tesoro dueño.

DON PABLO.

Hijos, haceros felices
Es todo lo qne yo anhelo.
Pasar quiero á vuestro lado
De vida el último tercio;

Gozar de vuestro cariño,
De vuestro filial efecto;
Estrechar entre mis brazos
De vuestra union los renuevos,
Y para esto he renunciado
Córte, influencia, y empleo.
¿Y creeis á don Simplicio
Tan cruel que, resistiendo,
Quiera destruir la dicha
De tantos á un mismo tiempo?
Es algo raro, no hay duda;
Pero su fondo es muy bueno.
Renunciará á su manía
Doctoral: así lo espero.

ISABEL.

Pues yo, señor, mucho dudo
Que desista del proyecto.

TECLA.

Yo tambien creo lo mismo.
Hoy, sobre todo, le veo
Mas obstinado que nunca.
No sé como ha descubierto
Que los dos se aman; y está
Hecho un diablo del infierno
Contra vd.

DON LEANDRO.

Perdido soy;
Porque dirá que, encubierto
Con el velo de amistad,
He seducido en secreto
El corazon de Isabel.

DON PABLO.

Pues fué mio el pensamiento
De introducirte en su casa
Sin declararle mi intento,
A mí responder me toca.

TECLA.

¿Para qué? si él no dice eso.
Él la toma por su estilo.

DON LEANDRO.

¿Pues qué dice? Dilo presto

TECLA.

Que nunca la casará
Con un simple abogaduelo;
Con quien se perdió diez veces
Para bachiller leyendo:
Con quién no tiene en su grado.....
¡Válgame Dios.!.. no me acuerdo.....
El *nemine sacripante.*
Que, segun lo que yo infiero,
Por la práctica que ya
En estas materias tengo,
Quiere decir que el señor
No quedó con lucimiento.

DON LEANDRO.

¡Quién le habrá dicho mi afrenta!

DON PABLO.

Leandro ¿y tú dices eso?
Afrenta llamas lo que

Miran con alto desprecio
Los sensatos. ¿Quién ignora
Que ese ridículo esfuerzo
De puntos de veinte y cuatro,
De lecciones y argumentos,
Prueba, cuando mas, memoria,
No luces y entendimiento.
Que ese gritar furibundo,
Ese atronante *ergoteo*
Conque la verdad se ahuyenta,
Al sabio, siempre modesto,
Desconcierta y aturulla;
Mientras que, impávido el necio,
Que de sí mismo no duda,
De orgullo y descoco lleno,
Sin entenderse á sí propio,
Desatina sin concierto:
Charla, disputa, y decide
Con tono de magisterio;
Y queda de su ignorancia
Muy ufano y satisfecho?
Todo el mundo sabe ya
Que ese tono pedantesco,
Que resiste por instinto
El verdadero talento,
Con facilidad le adoptan
Aquellos en quien naciendo
Puso la naturaleza
De la estupidez el sello.
¿Y tú afrentado te crées?
Ríndele gracias al cielo
Que quiso, á fuerza de dones,
De juicio sólido y recto,

Conservarte inaccesible
Al contagio del ejemplo;
Y por su misericordia
Te ha preservado del riesgo
De acabar por ser pedante:
Es decir, dos veces necio.

TECLA.

Pues, señor, eso será
Todo muy santo y muy bueno;
Pero no se casará
Con la niña por no serlo;
A menos que discurramos
Alguna traza, algun medio
De curar de su manía
Al doctor. Está el buen viejo
Tan pagado de su borla
Que jura por el Cerbero,
Y el alma de los Utreras,
(Que, segun él dice, fueron
Doctores de macho en macho
Por línea recta *ab æterno*)
Que ha de dar á luz la niña
Doctorcitos en derecho.

DON PABLO.

Pues no creo que resista
A mis razones y ruegos.
Siempre me ha estimado mucho.

TECLA.

Y aun mira á vd. con respeto;
Pero es como don Quijote,

(A escepcion de lo discreto)
Bondadoso, comedido,
Muy atento caballero,
Pero ¡ay del que al doctorado
Tacarle quiera en un pelo!

DON LEANDRO.

Una esperanza me resta,
¿Obtúvo vd. el decreto
Del honor, que tanto ansía,
De la toga?

DON PABLO.

No por cierto.
Es decir, que la real órden,
O título, no le tengo;
Mas le doy por conseguido,
Y ya con la gracia cuento.
El ministro que, cual sabes,
Ha hecho de mí tanto aprecio,
Al dar cuenta en el despacho
De que renuncio á mi empleo,
Ha hablado á su magestad
Con tal encarecimiento
De mis servicios, que el rey
De recompensar mi celo
Se mostró muy deseoso.
Yo, que no aspiro á otro premio
Que á gozar en el retiro
De inalterable sosiego,
Nada pido para mí;
Mas aprovecho el momento
De obtener para el doctor

La jubilacion con sueldo,
Y los honores de oidor,
Y otra gracia que reservo
Para mejor ocasion.
Tal vez al primer correo
Recibiré los despachos;
Mas como en el ministerio
El negocio que mas urge
Posterga al que está primero,
Puede muy bien retrasarse
Acaso por algun tiempo.

TECLA.

Pues con esperanzas largas
El mal no remediaremos.
Esta noche debe darse
La batalla de los *ergos*;
Y mañana el vencedor
Toma la plaza, y laus deo.

DON LEANDRO

¿Cómo mañana?

TECLA.

Mañana:
Así el viejo lo ha resuelto.
Si citados están ya
Los doctores.... .

DON LEANDRO

¿Pues qué haremos?

TECLA.

O darle con el vicario,
Que es el camino derecho;
O es menester acudir,
Para salir del aprieto,
A un ardid, ó estratagema,
Que nos dé tiempo á lo menos.
Un criado enredador
Seria de mas provecho,
En el estado presente,
Que de sábios un consejo.
Mas cátale aquí de vuelta.

(*Mirando á la puerta.*)

ESCENA II.

LOS DICHOS Y DON SIMPLICIO.

DON SIMPLICIO.

Don Pablo... . cuanto me alegro
(*Dirigiéndose á él y abrazándole.*)
De ver á vd. tan bizarro.

DON PABLO.

Y yo en hallar á vd. bueno
Tengo, amigo, el mayor gusto.

DON SIMPLICIO.

Porqué se habrá ido tan lejos.

(*Poniéndose los anteojos y mirando á don Leandro.*)

DON PABLO.

De darle á vd. un abrazo
Tenia vivos deseos.
Si no me engaño hace ya
Nueve años que no nos vemos.....
Nueve años..... y algunos meses.....

(*Durante estos versos don Simplicio tiene los ojos fijos en don Leandro.*)

DON SIMPLICIO.

Con efecto..... con efecto....

(*Como distraido.*)

DON PABLO.

A la muerte de mi hermana
Solo diez años y medio
Tenia Isabel......

DON SIMPLICIO.

No hay duda.....
Eso mismo..... Bien me acuerdo.

DON LEANDRO.

¡Cómo me mira el doctor¡

(*Aparte y desde un estremo del teatro á donde se retira desde que vé entrar al doctor.*)

Mas yo engañarle no puedo.

DON SIMPLICIO.

Todo se lo perdonára

(*Quitándose las antiparras con enfado.*)

Si hiciera aquel movimiento;
Mas parece le han clavado

En los hombros el pescuezo:
Quiere decir que no hay toga.

DON PABLO.

¿Qué es eso? Está vd. inquieto.

DON SIMPLICIO.

Si, señor; lo estoy no poco
Con un cierto caballero,
Que es mas feliz en amores
Que en lecciones ni argumentos.

DON PABLO.

No gana poco en el cambio.

DON SIMPLICIO.

Pues por hoy el tal sugeto
No ganará: y malogrados
Verá por mí sus intentos;
Que no doy yo mi sobrina
Al que no tenga talento.

DON PABLO.

Si es un tonto presumido,
Vuestro dictámen apruebo;
Que no puede ser feliz
La que casa con un necio.
Usted el saber vincula
En los grados y en los ergos;
Y en esto no convenimos.
En el caso, por ejemplo,
El jóven que vd. desprecia
Tiene muchísimo mérito;

Y anduvo, en su único grado,
Muy cerca de salir réprobo.

DON SIMPLICIO.

¿Pués sabe vd. de quien hablo?

DON PABLO.

Si, señor ¿No he de saberlo?
De Leandro ¿no es verdad?
Por unos cuantos momentos
Permita vd. me retire.
De la silla el movimiento
Me ha quebrantado. Despues,
Despues hablaremos de eso.
Lo sé todo.....

DON SIMPLICIO.

¿Usted consiente?

DON PABLO.

No solamente consiento;
Yo soy aquí el mas culpable,
Pues su inclinacion protejo.
Permita vd. me acompañen:
(*Señalando á Isabel y á Don Leandro.*)
Doctor Utrera, hasta luego. (*Salen.*)

ESCENA III.

DON SIMPLICIO SOLO.

Yo soy aquí el mas culpable
(*Con tono ponderativo.*)
Pues su inclinacion protejo.

Cortesano..... Cortesano.....
Mucho aire de valimiento
Y despues, Dios guarde á vd.
Los años qne yo deseo.
No insistirá..... por su honor,
Y si insiste, reñiremos;
Y yo le haré conocer
Que nadie me gana á terco.
Mas parece que alguien viene.

ESCENA IV.

DON SIMPLICIO. DON RUPERTO.

DON SIMPLICIO.

Don Ruperto, don Ruperto,
Amigo ¿No sabe vd.
La novedad que tenemos?

DON RUPERTO.

La llegada de don Pablo:
¿Quién la ignora ya en el pueblo?

DON SIMPLICIO.

No es eso precisamente,
Sino que está en el secreto
Del amor de Isabelita
Con el tal abogaduelo;
Y que su pasion protege
Me ha dicho, sin mas rodeos.

DON RUPERTO.

Buen remedio. ¿No es vd.

Tutor y tio paterno
De la niña?......

DON SIMPLICIO.

Soy tutor
Por la ley y el testamento
De mi hermano.

DON RUPERTO.

Pues entonces
Diga vd. al covachuelo
Que no le está bien andar
Haciendo el casamentero:
Que vd. tiene en el asunto
Sobre ella pleno derecho,
Jurisdiccion absoluta,
Con el mero y misto imperio;
Y que la ley no conoce
Los tutores cirineos.

DON SIMPLICIO.

Yo espero que cederá
De su estravagante empeño;
Pero tampoco quisiera
Que se fuese descontento,
Que es hombre, que allá en la córte;
Tiene mucho valimiento.....

DON RUPERTO.

En vez de presente, ponga
Usted el verbo en pretérito.

DON SIMPLICIO.

¿Cómo?

DON RUPERTO.

Diga vd. que *tuvo*:
No que *tiene* valimiento.
Pues ¿no sabe vd. que viene
Echado del ministerio?
Ya en la ciudad se decia
Desde el anterior correo;
Y añaden que está nombrado
Su sucesor.....

DON SIMPLICIO.

No hay remedio,

(Muy enfadado, y empieza á pasear por el teatro siguiéndole detrás don Ruperto, al principio con mas lentitud, y acelerando cada vez el paso á medida que aumenta su delirio, hasta el punto que indica la escena misma.)

Moriré sin la golilla:
Subióse mi toga al cielo,
¡Y en qué ocasion; cuando el sastre
La estaba ya concluyendo!
¡Por vida de!......

DON RUPERTO.

¡Don Simplicio!

DON SIMPLICIO.

Quien fia en ofrecimientos
De cortesanos.......

DON RUPERTO.

¡Doctor!.....

DON SIMPLICIO.

Cuando me habia propuesto
Hoy mismo.......

DON RUPERTO.

¡Doctor Utrera!....

DON SIMPLICIO.

«Yo su inclinacion protejo»
(*Repitiendo con ponderacion las palabras de don Pablo.*)
Que la proteja, en buen hora;
A mí no me importa un bledo:
Ni consentiré que nadie
Venga á usurpar mis derechos.

DON RUPERTO.

¡Doctor Simplicio de Utrera!....

DON SIMPLICIO.

Inútiles clamoreos:
Su proteccion vale aquí
Tanto como en el gobierno.

DON RUPERTO.

¡Pero, hombre! escúcheme vd.

DON SIMPLICIO.

Nada que escucharle tengo:
Esta noche el ejercicio,
Y mañana el casamiento.

DON RUPERTO.

¡Hombre,! que no soy don Pablo:
Distinga vd. de sugetos.

DON SIMPLICIO.

¡Cómo! ¡distingo dijiste!

(*Muy enfurecido y terciando el manteo. Los actores harán el juego que indica la escena.*)

Pues *contra, sic argumentor.*

DON RUPERTO.

Este hombre ha perdido el juicio.

DON SIMPLICIO.

Ley espresa del Digesto:
Tutor est veluti pater;
Sed sine patris consensu
Filia nubere non potest,
Ergo......

DON RUPERTO.

Pero oiga vd!

(*Poniéndose delante de él y agarrándole.*)

DON SIMPLICIO.

Ergo....

DON RUPERTO.

Oigame vd., por san Judas;
Porque ya me desvanezco.

DON SIMPLICIO.

Hombre, si creí que estaba
Con el don Pablo arguyendo.
Cuando á arrebatarme llega

El calor del argumento,
No soy dueño de mí mismo,
Y apenas los bultos veo;
Pues, digo, si me distinguen.....
Con qué fuerza, con qué nervio
Saco la menor subsunta.
Allí es verme ¡Santos cielos!
De la patada que doy
Se estremece el firmamento:
Así es que, como vd. sabe,
Nadie resiste á mis ergos.

DON RUPERTO.

Y cómo han de resistirlos,
Si empiezan por no entenderlos.

DON SIMPLICIO.

No lo estrañe vd. amigo....
(*Tomándole de la mano.*)
Seamos justos, don Ruperto:
De puro sutil yo mismo
Las mas veces no me entiendo.

DON RUPERTO.

Ya, pues entonces..... mas vamos
A lo que decirle quiero.
Están los opositores
Avisados y dispuestos:
Van á venir al instante
Para ponerse de acuerdo
Con vd. sobre la hora;
Y presentar sus obsequios,

Y hacer su declaracion,
A la que ha de ser el premio
Del que triunfe en la palestra,
Que, ó mucho chasco me llevo,
O será el doctor Contreras.

DON SIMPLICIO.

Yo, amigo, tambien lo espero:
Contreras es muy profundo,
Un regnícola completo;
Mas los otros, por su estilo,
Son mozos de lucimiento.

DON RUPERTO.

La dote, si no me engaño.....

DON SIMPLICIO.

La dote toda en dinero:
Veinte y cinco mil ducados
Impuestos sobre los Gremios,
Segun mi difunto hermano
Previno en su testamento.

DON RUPERTO.

Esos fondos en mis manos
Producirán mayor rédito.
(*Aparte.* La caida de don Pablo
Ha venido muy á tiempo;
Que á trueque de una golilla
La diera el hombre á un trapero.)

DON SIMPLICIO.

Voy á prevenir mi gente,
Y á intimarles mis decretos.

Y despues voy á buscar
Al señor ex-covachuelo.

DON RUPERTO.

Vaya, pues yo me retiro.
(Váse don Ruperto.)

DON SIMPLICIO.

Hasta luego, don Ruperto.
Aunque hasta las tres no coma
Todo ha de quedar dispuesto.
Isabel, Isabel, Tecla....

ESCENA V.

DON SIMPLICIO. ISABEL. TECLA.

ISABEL.

Señor.....

TECLA.

Veamos ¿qué es ello?

DON SIMPLICIO.

(A Isabel.)
Van á venir tus futuros.

TECLA.

Pues qué ¿se casa con ciento?

DON SIMPLICIO.

Cállese vd., bachillera;
Y, por Dios, que no empecemos.
Vete á arreglar el estudio
Y ponme una silla en medio;

Con bufete y campanilla;
Y que venga el carpintero,
Y levante un tabladillo
Como á una vara del suelo,
Con barandilla; y sobre él
Un banco de dos asientos,
Y al frente pondrán mi cátedra
Que van á traerla luego.

TECLA.

Ya lo voy haciendo yo.

DON SIMPLICIO.

¿Por qué no?

TECLA.

Porque no quiero.

(Los primeros versos con mucho descoco.)

Ya sabe vuesa merced
Cómo en la materia pienso;
Y en puntos tan delicados
La conciencia es lo primero.
Si fuera para servir,
En sus amores secretos,
A un querido de la niña,
A un amante, caballero,
Jovencito, enamorado,
Generoso y bien dispuesto,
Estaba muy en el órden:
Era justo, ya lo entiendo;
Pero servir al tutor......
Tan escandaloso y nuevo

Seria entre las doncellas,
Que no hay en la historia egemplo;
Y por mí no han de perder
Los usos doncellerescos.
Yo soy enemiga nata
De tutores y de viejos.

DON SIMPLICIO.

Tú eres insolente nata.
No importa.... Yo sabré hacerlo.

(*A Isabel.*)

Ya sabes, Isabelita,
Lo mucho que yo te quiero.
Yo sé lo que te conviene:
Ademas, que sigo en esto
La voluntad de tu padre,
Que, en sus últimos momentos,
Me encargó que te casára
Con un hombre de talento.
Yo por eso te he sacado
A oposicion, como el medio
Para elegir lo mejor
Sin arriesgar el acierto,
Del doctorado ademas
La calidad exigiendo;
Porque, quien dice doctor,
Dice hombre de talento.

TECLA.

Pues si yo decir pudiera
Lo que me ocurre en el cuento;
Pero mejor es dejarlo.....

DON SIMPLICIO.

¿Qué dirías? pico fresco.

TECLA.

Que aquel que dice doctor
Las mas veces dice necio.

DON SIMPLICIO.

Tecla.... por última vez....
Cuanto quieras te consiento,
Escepto que la muzeta
Trates con poco respeto.

(*A Isabel.*)

Van á venir los contrincas,
Muéstrate afable con ellos,
Que vienen á tributarte
Sus humildes rendimientos.
Verás, verás qué discursos
Para espresar sus afectos.....
Pero, levanta esos ojos,
Toma un semblante risueño;
Que aun mucho mas que de boda,
Parece que estás de duelo.

ISABEL.

Trataré, señor, de hacer
Sobre mí misma un esfuerzo:
Ya sabe vd. que no miro
Como virtud en mi sexo,
Ni una esquivez estudiada,
Ni modales desatentos.

DON SIMPLICIO.

Pues hasta luego, Isabel.

TECLA.

Señor doctor, hasta luego.
(Con rechifla.)
¿Usted mismo vá en persona
A buscar al carpintero?

DON SIMPLICIO.

Insolente, desollada,
Yo no sé por qué no te echo.

TECLA.

Yo sí; mas no tema vd.
Revele á nadie el secreto.

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL, TECLA.

TECLA.

La del humo, y nunca vuelvas,
(Cuando don Simplicio se vá.)
Doctor injerto en camueso.
¡Y bién! ¿en nada se piensa
Para salir del aprieto?

ISABEL.

¿En que quieres tú que piense?
Yo mi confianza tengo
Puesta en mi tio don Pablo.

TECLA.

No hay don Pablo, ni don Pedro.
Es menester acudir
A un artificio, á un enredo,
Porque yo conozco al hombre:
Es dócil, amable, y bueno,
Pero en llegando á hacer punta,
Es testarudo en estremo;
Y vd. es, por su desgracia,
De tan dulce y blando genio,
Que se dejará llevar
Al altar como un cordero.

ISABEL.

Pues jamás un sí perjuro
Pronunciaré: no hayas miedo.

ESCENA VII.

LAS DICHAS Y DON IGNACIO PORTOCARRERO.

PORTOCARRERO.

(Entrando con precipitacion.)

Perdone vd., señorita,
Si así de rondon me meto;
Porque el asunto es urgente,
Y ha mucho tiempo que acecho.
Ví salir á don Simplicio.....

ISABEL.

¿Quién es vd., caballero?

PORTOCARRERO.

La pregunta es peliaguda;
Porque, si he de ser ingénuo,
Hay en mi definicion,
Mas de malo que de bueno.
Señorita, yo me llamo
Ignacio Portocarrero,
Hombre franco, buen amigo,
Honrado, leal, sincero.
Aquí se acabó el elogio:
Ahora empiezan mis defectos.
Soy holgazan sin segundo,
Algo burlon y travieso,
Aturdido, botarate,
Y gastador en estremo.
Me gustan mas las cuarenta
Que no los Grocios ni Heinecios
Y ya estuviera por puertas
Sin un amigo qne tengo,
Que, á título de que sabe
Lo mucho que yo le quiero,
Ha tomado sobre sí
El estravagante empeño
De no dejarme arruinar,
Y me guarda mi dinero.
Soy cual nadie enamorado;
Pero nada por lo serio.
Solo el género festivo,
Antesala y fregadero.
En fin, señorita, soy
Un calavera deshecho.

TECLA.

Bendito sea tu pico:
(*Aparte y con mucha viveza.*)
Ya me muero por tus huesos.

PORTOCARRERO.

No obstante, soy abogado
Por la gracia del Consejo:
No por la gracia de Dios,
Que no me hizo para ello;
Y, sin ser docto en ninguno,
Doctor en ambos derechos.
Tengo, pues, los requisitos
Que exige este casamiento.

TECLA.

¿Usted aspira á su mano?

PORTOCARRERO.

No aspiro sino á su aprecio.
(*Con malicia.*)
Tecla mia, no te asustes
Porque yo no me desmiento.

TECLA.

(*Aparte.* El pícaro ha conocido
Lo que me bulle en el pecho.)
¿Quién le ha dicho á vd. mi nombre?

PORTOCARRERO.

Este dedito pequeño;
(*Mostrándole.*)

Mas es preciso decir
Pronto, pronto, á lo que vengo;
Porque, si alguno nos pilla,
Llevóse el diablo el enredo.
El amigo de quien hablo,
El que, como á hermano quiero,
Es Leandro. Me escribió
De don Simplicio el empeño;
Y en su última me decia
Que estaba el doctor resuelto
A celebrar este mes
Con esta boda su entierro;
Que don Pablo, en quien tenia
Su esperanza y su consuelo,
En términos se esplicaba
De hacer creer que, tan presto,
No podia abandonar
La mesa del ministerio:
De suerte que no veia
Ni el arbitrio mas pequeño,
Ya que no para impedirlo,
Para diferirlo al menos.....
Al momento se me ocurre
Un soberbio pensamiento,
Infalible....

TECLA.

Señorita,
Ensanche vd. ese pecho:
El cielo está por nosotros,
Pues que nos envia el cuervo.
¿Y cuál es (si á vd. le place
Revelarle) su secreto?

PORTOCARRERO.

No hay que decirle á Leandro....
En sus principios severo,
Se obstina en que todo ha de ir
Por el camino derecho.
De tí sola necesito:

(A Tecla.)

Solo á tí á buscarte vengo.
Me darás de don Simplicio
Algunos manteos viejos,
Un bonete, una muzeta.....

TECLA.

De un doctor el aparejo
¿No es verdad?

PORTOCARRERO.

Pues, cabalito.
Me disfrazaré con ellos
De modo que.....

TECLA.

Siento ruido:

(Mirando á la puerta.)

Pronto, pronto que es el viejo:
Venga vd. y entre los dos
Allá el plan concertaremos.

(Vánse Tecla y Portocarrero.)

ESCENA VIII.

DON SIMPLICIO. ISABEL.

DON SIMPLICIO.

Dentro de una hora, á lo mas,
(*Como distraido, y hablando consigo mismo.*)
Estará todo dispuesto.
¡Qué rato voy á tener!
Me divertiré en estremo.
Son tres: pues son tres lecciones,
Y con sus seis argumentos:
Todos ellos hombres grandes,
Y, vaya, echarán el resto.
A las cuatro empezará,
Y á las ocho acabaremos.
Solo falta terminar
Con el señor covachuelo.
Y bien ¿qué te ha dicho el tio?
(*A Isabel.*)

ISABEL.

Mil ternezas, mil afectos.

DON SIMPLICIO.

¿Y vuelve pronto á Madrid?

ISABEL.

Si ha renunciado el empleo.

DON SIMPLICIO.

(*Aparte.* No hay que dudar: hombre al agua.

Basta ya de miramientos.)
(*Alto.*) ¿Há salido?

ISABEL.

No señor.

DON SIMPLICIO.

Buena ocasion.....
(*Se entra en el cuarto que se supone ser de don Pablo.*)

ESCENA IX.

ISABEL.

¡Santos cielos!
¡Cuál mi corazon palpita!
No sin causa, pues es cierto
Que de mi dicha ó desgracia
Este es el fatal momento.
Si logrará reducirle......
Como una azogada tiemblo.
Leandro..... tu rostro anuncia.. ..
(*Viéndole salir del cuarto de don Pablo.*)

ESCENA X.

ISABEL. DON LEANDRO.

DON LEANDRO.

Isabel, mucho recelo
Que toda nuestra esperanza
Se desvanezca en el viento.
Salgo del cuarto: á los dos

En conferencia los dejo;
Mas de don Simplicio el tono
Desabrido, y aun grosero,
Que no es en él natural,
No me anuncia nada bueno.
¡Isabel! ¡Cuál es mi suerte,
Si en otros brazos te veo!

ISABEL.

Leandro, no me verás.
Eso no: yo te lo ofrezco.
Debo al tio don Simplicio
Consideracion, respeto.
Me ha querido, me ha tratado
Cual padre amoroso y tierno;
Y hasta sus estravagancias
Provienen del mismo estremo
Que por mí tiene, y que anda,
Por nuestra desgracia, envuelto
Con sus antiguos errores
De hábito y entendimiento.
De no ser feliz contigo
Si al sacrificio consiento,
Sobradamente le pago
Lo que, cual padre, le debo;
Mas nunca obtendrá de mí
Que pase por el tormento
De dar mi mano á otro alguno:
De hacerte infeliz y serlo.

DON LEANDRO.

Pues yo, Isabel adorada,
Igualmente te prometo

Que otra inclinacion jamás
Tendrá cabida en mi pecho;
Pero entretanto ¡ay de mí!
Lejos de tí, sin consuelo,
Mi vida será un tegido
De penas, de llanto y tédio.

ESCENA XI.

(*Los dichos*, Tecla, *y detras á cierta distancia, en fila y con marcha grave, los doctores* Contreras, Peralta *y* Aguilera.

TECLA.

Los tres amantes laureados.
Así me ha dicho uno de ellos
(*A Isabel y á don Leandro.*)
Que los anuncie. Parecen
Tres valientes estafermos.

ISABEL.

(*A Tecla aparte.*)
¿Y don Ignacio?

TECLA.

Se fué,
Recogidos los trebejos.
Anímese vd., no tema:
Ya estamos los dos de acuerdo
En lo que hay que hacer.

ISABEL.

Señores,
Tomen vds. asiento.

(A los doctores: Tecla pone sillas á todos: los doctores se sientan á la derecha por el órden de su antiguedad: Isabel ocupa el centro, don Leandro se sienta á la izquierda y á su lado Tecla. Antes de tomar asiento los doctores, con muzeta y bonete, y seguidos de tres sopistas que llevan el presente de cada uno, dan por el teatro un paseo como de procesion, y al pasar por delante de Isabel van haciendo una profunda reverencia.)

DON LEANDRO.

Dámelos á conocer.

(A Tecla.)

TECLA.

Contreras es el primero,
Peralta el que vá despues,
Y Aguilera es el tercero.

DOCTOR CONTRERAS.

(Levantándose y hechas varias cortesias, y con tono muy campanudo y pedantesco.)

Como que soy el decano,
Me atañe á mí por derecho,
Señorita, presentaros
Mis concólegas dilectos.
Los dos son el non plus ultra
De doctores y maestros.
En cuanto á mí, yo no soy
Mas que vuestro humilde siervo:
Manumitidme, señora,
Y seré vuestro liberto;
O ya bien vuestro aforrado,
Segun la espresion del fuero.
Cá siendo para las nupcias

Fecho el tal aforramiento,
Aun en fraude de acreedores

(*Señalando á sus compañeros y apoyando con afectacion en estas palabras como que en ellas está la agudeza del pensamiento.*)

Por la ley podeis hacerlo.

DOCTOR PERALTA.

(*Con viveza y entusiasmo.*)

Y es la ley Elia Sencia.
¡Agudísimo concepto!......
¡*O ter quaterque beate*,
Ingens ingenii Sarpedon!

TECLA.

Y que querrá que le aforren
El demonio del mastuerzo.
Habrá insolente; y el otro
Que alaba su mucho ingenio......

DOCTOR PERALTA.

(*Levantándose.*)

Mas si bien, cual debo, aplaudo
La argucia del pensamiento,
En oposicion diré,
La misma tésis siguiendo,
Que aunque, sin serlo al concurso,
Como acreedor me presento,
La manumision impugno
Y su nulidad sostengo;
Que el texto habla solamente
De la ancila, y no del siervo:
Son palabras terminantes,
Y de ellas, con Cayo infiero,

Que no há lugar á la ley
Que cita mi compañero.
Dixi, pulcherrima domina,
Benigné respondeas, quæso.
(*Hecha una profunda cortesia se sienta.*)

DOCTOR AGUILERA.

(*Levantándose.*)
Pues yo, lejos de impugnarla,
En la demanda convengo;
Por que sigo en la materia
Menos errado concepto:
Que el que es esclavo de amor,
Es tan feliz en sus hierros,
Que su desgracia mayor
Seria dejar de serlo.
No anda, pues, muy ingenioso
Quien pretende ser liberto:
No seré yo aquel que diga,
Para parecer discreto,
«Manumitidme, señora»
¡Nunca tal permita el cielo!
Antes bien, *manutomadme*,
Que vá mi fortuna en ello.
Aforrad á los demas,
Y sea yo vuestro siervo.

TECLA.

(*Aparte.* O yo no sé castellano,
O estos grandes majaderos
Dicen dos mil necedades
Creyendo que son requiebros
(*A don Leandro.*)

Dígame vd., don Leandro,
Por su vida se lo ruego,
Aforrar no es echar forro
A una cosa..... por egemplo......

DON LEANDRO.

Si, pero, en lenguaje antiguo,
Es dar libertad al siervo;
Y estos pedantes ridículos,
Siempre á caza de conceptos,
Hacen de los dos sentidos
Ese miserable juego,
Que no baja, á buen librar,
De un retruécano muy necio.

ISABEL.

Señores: cuanto aquí vds.
Dicen, será muy discreto;
Mas yo de aquestos discursos
Ni media palabra entiendo.
Quizá vds. se proponen
Manifestarme su afecto:
Basta para darles gracias,
Mas son perdidos conceptos;
Que á tales sublimidades
No alcanza mi entendimiento.

DOCTOR CONTRERAS.

Muy bien parece en las damas
La mesura, y el modesto
Fablar; mas catad, señora,
Que nosotros bien sabemos
Que, magüer vuestra homildad,

Asaz grande es vuestro ingenio.

ISABEL.

No hay modestia aquí que valga;
Ni porque yo he de entenderlos,
Si vds. me hablan latin,
Y de leyes y de fueros.

DOCTOR PERALTA.

Tractant fabrilia fabri,
O como dice Propercio
Navita de ventis: de tauris narrat arator:
Enumerat miles vulnera: pastor oves.

DOCTOR CONTRERAS.

(Levantándose.)
Dado, pues, que no gustais
De escaramuzas de ingenio,
Terminemos la visita
A vuestros pies ofreciendo,
Por arras, ó como mas
Haya lugar en derecho,
Varios científicos dones
En prueba de nuestro afecto.
Yo, por mi parte, rendido
Este librito os presento
(Toma de uno de los sopistas un librote descomunal que este traia).
De varias curiosas tésis
Y alegatos en derecho.
¡Ojala! que su lectura
Meta un buen por qué de afectos
En vos, si admite alegatos
El amor de vuestro sexo.

DOCTOR AGUILERA.

Tambien, señora, otro libro......

DOCTOR PERALTA.

Esperad: yo soy primero
Que soy mas antiguo.....

DOCTOR AGUILERA.

En lengua

DOCTOR PERALTA.

En grado.

DOCTOR AGUILERA.

¿Qué importa eso?
La antiguedad se limita
Al órden de los asientos.
Decia, pues, que otro libro.....

DOCTOR PERALTA.

Señor decano, protesto;
Y déseme testimonio
Para usar de mi derecho.

DOCTOR CONTRERAS.

Como lo pide.

DOCTOR AGUILERA.

Está bien.

DOCTOR PERALTA.

En el cláustro nos veremos.

DOCTOR AGUILERA.

Decia, en fin, que otro libro
Sumiso ofrece mi afecto.
No un libérculo, cual llama
Al suyo mi compañero,
Pues es magno en la sustancia,
Aunque en volúmen pequeño.
Es un *Enquiridion Juris*,
Un manual, *O vade mecum*,
Que con notas eruditas
Publico ahora de nuevo,
Asombro de concision,
Quinta esencia del derecho.
Sírvame para fundar
El que á vuestro amor pretendo.

DOCTOR PERALTA.

Pues yo, que cual todos saben,
Cultivo con grande esmero
El género lapidario,
Un epitafio he compuesto

(El sopista le alarga un cartelon con letras muy gruesas.)

Que á las futuras edades
Hará vuestro nombre eterno;
Y podrá seros muy útil
El dia de vuestro entierro.

(Leyéndolo.)

Hic jacet Elisabet, magnum in femina nomen.
Anglica præfuit angliæ: præfuit hispanica órbi.
Hæc autem quam cernis dictam cognomine Utreram
Omnibus prætantior præfuit in cælo et in terra.

DOCTOR AGUILERA.

Añadid el *pax hominibus*,
Y el *Gloria in excelsis Deo.*
¡Un epitáfio á una novia!.....

DOCTOR PERALTA.

Si señor: ¿y qué tenemos?
Pues qué ¿no se ha de morir?
¿No será un cuidado menos?
Ademas que, en poesia,
Cada uno tiene su génio,
Como dice Ciceron:
Me delectant.....

DOCTOR CONTRERAS

Guapo testo.

DOCTOR AGUILERA.

Sin duda está bien traido,
Pues lo está por los cabellos.

ISABEL.

Esos dones son, señores,
Dignos de vuestro talento;
Mas yo no puedo aceptarlos
Mientras no es sabido y cierto,
Quien está, entre los presentes,
Destinado á ser mi dueño:
Que no hay pensar que yo admita
Nada de quien no ha de serlo.
Permitid que me retire.

LOS TRES DOCTORES.

Señora guárdeos el cielo.
(*Váse Isabel.*)

ESCENA XII.

DON SIMPLICIO Y LOS DICHOS MENOS ISABEL.

DON SIMPLICIO.

Es negocio concluido.
¡Qué obstinado está y que terco!
Pero no: no le valdrá.
A la órden, caballeros.

DOCTOR CONTRERAS.

Las de vd. solo esperamos
Para darlas cumplimiento.

DON SIMPLICIO.

Pues qué ¿es cosa de marcharse?

DOCTOR CONTRERAS.

El cumplido ya está hecho:
No resta mas que saber
La hora á que empezaremos.

DON SIMPLICIO.

A las cuatro, si os parece.

DON LEANDRO.

Cierta es mi desdicha ¡cielos! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LOS DICHOS MENOS DON LEANDRO.

DON SIMPLICIO.

(*Sacá el relój.*)

No es todavia la una:
Quiere decir que aun tendremos
Horita y media de siesta.

DOCTOR PERALTA.

Yo por mí nunca la duermo,
Por conformarme de Plauto
Al saludable consejo:
«*Non est hominibus dormire*
Post prandium bonus.»—Y es cierto!

DOCTOR AGUILERA.

Lo contrario dice Hipócrates.

DOCTOR PERALTA.

Sigan su opinion los griegos.

DOCTOR CONTRERAS.

Hasta luego, don Simplicio.

DON SIMPLICIO.

Señores: vaya, hasta luego.

TECLA.

Dígame, señor decano,

(*Saliéndole al encuentro cuando los doctores se retiran.*)

¿No hay para mí un regalejo?

DOCTOR CONTRERAS.

Pues, en verdad, que no habia
Parado mientes en ello;
Mas casualmente me han dado,
En este papel envuelto,
Cosa que podrá servirte
De un lindísimo pañuelo.

ESCENA XIV.

DON SIMPLICIO. TECLA.

DON SIMPLICIO.

Para agarrar un regalo
Tambien un doctor es bueno.

TECLA.

Yo lo hice por chancearme,
Y pedia uno de aquellos
Que han hecho á la señorita:
Libros, versos, ó conceptos
Para reirme á su costa,
Segura de no entenderlos;
Que tengo yo quien me dé
Por docenas los pañuelos.

DON SIMPLICIO.

Reirte...... ¡Qué necedad!
¡Reirte de sus conceptos!

TECLA.

Con toditita mi alma,
Y toditito mi cuerpo.

DON SIMPLICIO.

¿Cómo, si no los entiendes,
Podrás tú reirte de ellos?

TECLA.

¿No es á mí á quien se dirigen,
O bien á otra de mi sexo,
En la materia que todas
Igualmente conocemos?
Pues digo que sus autores
Son fátuos y majaderos;
Y sus conceptos serán
Por necesidad muy necios.
Y la razon es bien clara:
Porque yo no los entiendo.
Mas veamos del doctor
El lindísimo pañuelo.
Si son unas conclusiones......
(Desenvolviendo unas conclusiones de seda.)
El grandísimo camueso.....

DON SIMPLICIO.

Vaya, que no es mal regalo:
No hay que hacer tanto desprecio.

TECLA.

¡Hola! con que este pingajo
(Tomándole por una punta y con mucho desgarro.)

Es alhaja de provecho?
Pues limpiese vd. con él
(Le tira á la cara las conclusiones.)
Lo que tuviere mas puerco,
Que bien tiene en que escojer.

DON SIMPLICIO.

Se dará mayor desuello.
¡Cuánto me cuesta ocultar
Las miserias que padezco!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON PABLO SOLO.

Veamos si podré estar
Con sosiego en esta sala.
Con efecto, es lo mas lejos
(Como escuchando.)
Y apenas el ruido alcanza.
¡Qué vocear! ¡Qué enfurecerse!
(Adelantándose hácia el proscenio.)
Parece que hunden la casa.
Tienen el pulmon de acero:
Si fuera de carne humana
A tal gritar, sin remedio,
Por la boca le arrojáran.
Creen estas buenas gentes
Qué así la verdad se halla;
Que, cuál sombra del Averno,
Es menester evocarla
A fuerza de convulsiones,
De conjuros y de mágia.
¿Y cómo es que su esperiencia

Propia no les desengaña?
¿Pues no ven que la verdad,
Enemiga declarada
Del ruido y de las pasiones,
Generalmente en la calma
De un espíritu tranquilo
Se aparece; y bien hallada
Con el silencio se muestra
A aquel que medita y calla?
Si la discusion la anima.
La disputa la acobarda;
Que donde el furor se enciende
Allí le razon se apaga:
Pero Isabel.....

ESCENA II.

DON PABLO. ISABEL.

DON PABLO.

¿Y qué tienes,
Que vienes tan azorada?

ISABEL.

Tecla ha venido á decirme
Que, dentro de poco, acaba
Esa horrenda algarabía
De gritos y de patadas;
Y aunque ella confia mucho
En cierto enredo que fragua,
Verá vd. que al vencedor
El tio Utrera proclama,
Y llegó el fatal instante......

DON PABLO.

Isabel, no temas nada.
Desde este momento mismo
De mi lado no te apartas.
¿Crées que consienta yo
En verte sacrificada,
Y por siempre, á los caprichos
De una necia estravagancia?
En cualquiera otra materia
La voluntad respetára
De tu tio y tu tutor;
Pero en esta, en que se trata
Nada menos que de hacerte
O feliz ó desgraciada,
Debilidad sin escusa
Sería en mi respetarla.
Leandro será tu esposo,
Pues que tú á Leandro amas;
Y lejos de arrepentirme
De haber sido yo la causa
De la pasion que os teneis,
Y la resistencia que halla
El doctor á sus deseos,
Sus Contreras y Peraltas,
Me doy mil enhorabuenas
De ver así realizadas
Las miras que me propuse
Introduciendo en su casa
A mi querido Leandro,
Con completa confianza;
Por serme tan conocida
Su probidad acendrada.

Tu eleccion, Isabelita,
Es tan juiciosa y sin tacha,
Que es menester de un maniaco
Las prevenciones estrañas
Para oponerse. Leandro
Fué el amigo de tu infancia
Cuando, en vida de tu madre,
Os criábais en la Alcarria.
Pobre en el dia su padre,
De tu abuelo en la desgracia
Fué el protector, y el amparo;
Y esta deuda tan sagrada,
Que aun está en pie, y de que vino
La fortuna á nuestra casa,
De justicia está pidiendo
Por recompensa tus gracias.
Y es aun sin esto Leandro
De prendas tan elevadas,
Que la que su amor merezca
Con razon afortunada
Puede llamarse. Lo menos
Es ser de noble prosapia.
Su erudicion y su ciencia,
Tan profundas como vastas,
Anuncian en él un hombre
De aquellos de que harto avara
Se muestra naturaleza
Con la pobre especie humana;
De los pocos que destina
A honrar su siglo y su patria.
¿Y su moral? ¿Sus costumbres?
Tan puras como su alma.
No exageraré diciendo

Que con ser su ciencia tanta,
Al lado de sus virtudes
Todo su saber es nada.

ISABEL.

¡Qué elogio tan lisonjero
Para quien tierna le ama!
Mas él viene ¡y qué abatido!

ESCENA III.

LOS DICHOS Y DON LEANDRO.

DON LEANDRO.

Ya se terminó la farsa
De la tal oposicion;
Y aquí dió fin mi esperanza.

DON PABLO.

¡Cómo! Leandro ¿en qué piensas?
¿Tan poca es la confianza
Que yo te inspiro?

DON LEANDRO.

¡Ah! señor:
Esa bondad estremada
Será el único consuelo
Que me quede en la desgracia;
Ya que á vd. no le es posible,
Por mas que quiere, evitarla.

DON PABLO.

Mucho te engañas en eso;
Y cierto no es ignorancia
De los medios de vencer
La resistencia obstinada
De un disenso irracional.
Si la persuacion no alcanza,
Hallaremos en las leyes
La proteccion necesaria.

DON LEANDRO.

Esa en el caso es inútil,
Si otro remedio no se halla;
Porque nunca espondré yo
A la que conmigo casa
A pasar por la censura
O de liviana ó de ingrata.

DON PABLO.

Tu delicadeza apruebo;
Mas no pierdas la esperanza.

DON LEANDRO.

¿Y qué quiere vd. que espere?
Don Simplicio sin tardanza
Vá á elegir; y el hombre entonces,
Empeñada su palabra,
Se creerá comprometido......

DON PABLO.

Aunque un poco acalorada
Nuestra conferencia fué,

Me prometió esta mañana
No publicar su eleccion
Sin primero consultarla
Con Isabel, á quien deja
El derecho de hacer gracia,
Entre dos, á aquel por quien
Tenga menos repugnancia.
Aquí le espero; y resuelvo,
Cuando venga á consultarla,
Suplicarle que reuna
A todos en esta sala;
Y prevenir su eleccion,
Declarándoles que te ama
Isabel, y que ha dispuesto
De su mano y de su alma:
Cosa que no hace dos veces
La que se precia de honrada;
Que cuando una señorita
Una confesion tan franca
Ha llegado á hacer, no insisten
Las personas delicadas;
Que yo estoy muy decidido,
Y la he dado mi palabra
De no permitir que sea
En su eleccion violentada,
Siendo como es tan juiciosa
Que es dificil mejorarla;
Que yo tambien soy su tio,
Y si la ley no me grava
Con ninguna obligacion,
Naturaleza, que iguala
Entre los dos los derechos,
A su defensa me llama;

Y no la abandonaré
Hasta dejarla casada,
Y á su gusto. Vete, pues,
Y en mi cariño descansa.

DON LEANDRO.

(Con enternecimiento.)

¿Y cómo podremos nunca
Pagar á vd. deuda tanta?

DON PABLO.

Llegad los dos á mis brazos.....
Hijos, ved aquí la paga.

ESCENA IV.

LOS DICHOS MENOS DON LEANDRO.

DON PABLO.

¿Mas cómo el doctor no viene?
¿En qué consiste que tarda?
Parece se oye un murmullo......
(Como escuchando.)
Si volverán á la carga......

ISABEL.

Tecla viene y nos dirá
(Mirando hácia adentro.)
Lo que por adentro pasa.

ESCENA V.

LOS DICHOS Y TECLA.

TECLA.

¡Albricias! mi señorita,
Que ha entrado ya en la estacada
Nuestro fuèrte paladin,
Y donde pone la planta
Todo á su valor se rinde

DON PABLO.

¿Qué es lo que dices, muchacha?

TECLA.

Es un cuarto opositor,
Que ha salido á la demanda;
Con quien tenemos acá
Urdida una cierta trama
Para escluir á los otros.
¿Qué, no le ha dicho vd. nada?

ISABEL.

No, Tecla: nada le he dicho.

DON PABLO.

Mas ¿quién es? ¿Cómo se llama?

TECLA.

Es un tal Portocarrero:
Un amable tarambana......

DON PABLO.

¡Cómo!.... ¡Ignacio!.....

TECLA.

Si señor

DON PABLO.

Pues si estaba en la montaña,
Y no ha mucho me escribió.

TECLA.

Pues bajó de la montaña,
Y, para servir á vd.,
En el estudio se halla,
Aturdiendo con su ciencia
Los Contreras y Peraltas.
Mas antes de que el principio
Relate de sus hazañas,
Permítaseme contar
La ergotizante batalla.

DON PABLO.

Refiérela; que tendré
Mucho gusto en escucharla.

TECLA.

Muy poco antes de las cuatro
La científica comparsa
Partió de aquí: Don Simplicio
Cerrando detrás la marcha.
En fila, y tomando polvos
Con gravedad afectada,

Entraron en el estudio
Los cuatro amantes de Lara.
Dieron lo que llaman *piques*
En un librote de pasta
Roido de los ratones,
Ahumado y lleno de grasa,
Con la mitad de sus hojas
De orin de gato pintadas.
El gran Peralta, en seguida,
Al púlpito se encarama.
Habló media hora en latin
Con voz hueca y reposada.
Entre tanto, Don Simplicio
Casi sin cesar miraba
Un relojillo de arena
Que sobre la mesa estaba.
Al fin dá un campanillazo:
El doctor Peralta calla,
Saca la caja y se sienta.
Aguilera se levanta,
Hace varias cortesias.
Tose y limpia su garganta,
Saca el pañuelo y se suena,
Y con voz muy remilgada
Al gran Peralta en latin
Le dirige la palabra.
Yo no sé qué respondió;
Debió de ser cosa mala
Por que, Aguilera, furioso,
Terciando sus hopalandas,
Dió sobre la barandilla
La mas horrible palmada
Que oí en toda mi vida.

La perra que estaba echada,
Como siempre en el estudio,
Despierta toda asustada:
A refunfuñar empieza,
Y como el ruido aumentaba,
Furiosa como una sierpe
Al pobre doctor se lanza,
Y le arranca un buen pedazo
De su raida sotana.
Acudo yo á su socorro.
Sultana.... chucha.....sultana.....
El animal, como vió
Qua iba en aumento la zambra,
Y que ya los dos doctores
Como dos perros ahullaban,
Rompe en horrendos ladridos:
La persigo...... se me escapa
Por entre sillas y estantes.
Armóse allí tal jarana
De ladridos, y de ahullidos,
De gritos y de patadas,
Que al cabo no se sabia,
Entre confusiones tantas,
Si es la perra la que arguye,
Los doctores los que ladran.

DON PABLO.

Ja! ja! ja! ja! Cuánto siento
No haberme hallado en la zambra.
Y bien ¡despues!

TECLA.

Repitieron
Dos veces la misma farsa;

Mas sin estos incidentes,
Que, despejada la plaza,
No quedaron ya mas brutos
Que los que entre sí lidiaban.
Cuando, todo terminado,
Ví que á salir se preparan,
Entro y doy á don Simplicio
Del nuevo doctor la carta;
Diciéndole que está allí.
Lee, le eleva, le encanta
El estilo, segun dijo;
Despues la vista repasa
Por la relacion de méritos,
Y se estasía y se pasma.
Me dice que le haga entrar;
Voy por él á la antesala.....

(A Isabel.)

Ya ha visto vd. que es buen mozo.....
Pues la figura mas rara
Se ha puesto con el disfraz
De bigotes y de barbas.
Se ha acomodado un postizo,
Se ha embadurnado la cara.....
Mas cata aquí á don Simplicio.

ESCENA VI.

DICHOS Y DON SIMPLICIO.

DON SIMPLICIO.

(Leyendo la relacion de méritos del nuevo doctor.)

¡Jesus! ¡Jesus! Es la octava
Maravilla este doctor;

Ya se vé, pues si le llaman
A boca llena en Europa
El invencible..... Mas calla.....
(*Como reparando en la relacion de méritos.*)
Doctor en Ornitológia,
En Estática y Dinámica,
Historia y Cronologia,
En Conquilójia é Hidráulica,
Tambien en Ideologia...
Estas son ciencias estrañas:
Cosas de los estrangeros,
Bambolla y poca sustancia:
Ciencias que no las conocen
Alcalá ni Salamanca.....
Habrá tomado estos grados
Por conformarse á la usanza.
(*Reparando en ellos.*)
Mas don Pablo..... Isabelita.....
Gran novedad..... cosa rara:
Un doctor que el invencible
Llaman en Francia é Italia,
Y viene á oponerse á tí.....

ISABEL.

A mí, señor ¿por qué causa?

DON SIMPLICIO.

Ha defendido mil actos
Solamente en Alemania.
Allí es ver hablar latin.....
¿Y la lengua castellana?
Es un hombre prodigioso.
Quiere ponerse á tus plantas

Antes de entrar en la lid;
Y te ruega que las barbas
Le perdones; que ha tres meses
Que de noche y dia viaja
Para llegar, y por eso
Ni se afeita ni se lava.

ISABEL.

Venga muy enhorabuena.

TECLA.

O con barbas ó sin barbas
Usted debe recibirle
Como merece su fama.
Señorita..... este es un sabio:
Lo demas es patarata,

DON SIMPLICIO.

¿No es verdad, Tecla? ¡Qué hombre!

TECLA.

Si aquello es todo sustancia:
Dígamelo vd. á mí.

DON SIMPLICIO.

Cuánto, Isabel, me alegrára
Si acertase á complacerte:
Porque, á la verdad, es gaita
Que se lleve el estrangero
Esta hermosísima alhaja.
El ejercicio es preciso,
Por ser la forma ordinaria;
Pero yo ya le he juzgado.

Les puede dar quince y falta
A los otros reunidos.

ISABEL.

Tráigale vd. á la sala.....
Le veré y tal vez..... ¿quién sabe?

DON SIMPLICIO.

Isabel: su ciencia es tanta
Que loco me volveria
Si tú con él te casáras.

TECLA.

(Aparte.) Loco no será posible,
Y tonto es cosa muy rancia.

DON SIMPLICIO.

Voy á buscarle, hija mia. (*Váse.*)

ESCENA VII.

LOS DICHOS MENOS DON SIMPLICIO.

TECLA.

¿Qué tal? ¿No es buena la traza?

DON PABLO.

Ruegos, lágrimas, razones
Ni le convencen, ni ablandan.....
Dándole por su mania
Como á un niño se le engaña;
Y como bolas de trucos

Los disparates se traga.
Tal es el hombre. Mas, Tecla,
Quédate aquí con tu ama.
Yo me retiro á ese cuarto:
Desde él veré lo que pasa;
Que soy tentado á la risa.
Ignacio es un tarambana,
Y pudiera mi presencia
Descomponer una trama
Que, visto su buen efecto,
No es posible reprobarla.

ESCENA VIII.

ISABEL. TECLA. DON SIMPLICIO. PORTOCARRERO.

PORTOCARRERO.

Ridículamente disfrazado, como arriba se ha dicho, y con continente grave y doctoral.)

Señorita, á vuestros pies
Yace postrada mi alma
De la herida que ha causado
Vuestra primera mirada.
Coup d' œil, en lengua francesa;
Uno sguardo, en la italiana;
Glance of the eye, en lengua inglesa;
Augenmass, en la alemana;
Intuitus, en latin;
Y en tártaro........

ISABEL.

Basta, basta:
Que yo, para agradeceros

Fineza tan estremada,
Tenia muy suficiente
Con la lengua castellana.

PORTOCARRERO.

Video quod habet ingenium;
Que esto es lo que á mí me encanta,
Que por él, segun Ovidio,
La inmortalidad se alcanza.
Nihil non mortale tenemus
Pectoris exceptis, ingeniique bonis.

DON SIMPLICIO.

Este hombre es un parladorio...
¡Qué afluencia de palabras!

ISABEL.

¿Donde oyó vd. la noticia
A que debo dicha tanta?

DON SIMPLICIO.

(*Muy alegre y frotándose las manos.*)
Parece que simpatizan.

PORTOCARRERO.

Estaba en Monomotapa,
Donde de derecho público
La cátedra regentaba,
Cuando un cafre me entregó
De cierto amigo una carta
En que me hacia un bosquejo
De vuestro talento y gracias.

Tomo la posta..... en dos meses
Atravieso toda el Africa;
Y sin detenerme á ver
Gétulos ni Garamantas
(Y eso que un acto mayor
Defendian en Garama
El dia que yo pasé)
Corro á entrar en Mauritania.
Llego al *Frétum Gaditanum,*
Le atravieso en una barca
Cual César el Helesponto
Cuando con Casio se halla;
Y sin detenerme en Híspalis,
Vengo dó el amor me llama,

(*Mirando á Tecla.*)

Y dó traidor me asesina
Con las flechas que dispara;
Mas si el daño que hace hoy
No le remedia mañana,
Pido contra él la pena
De aquel que *occidendi causâ*,
(Ley Cornelia de *secariis*)
Armatus cum telo ambulat.
Bien que por *telum* se entienda,
Con Cayo y las Doce tablas,
Cuanto de un arco tendido
Arroje una mano airada;
Bien, como quiere la glosa
Anónima y no Acursiana,
Venga de *Tolon ó Tolothen*
Que, en la lengua vascongada
De donde lo tomó el griego,

Cosa de á larga distancia
Quiere decir, ó de lejos.

DON SIMPLICIO.

Con toda la glosa magna
Se sabe este hombre los códigos.
Las flechas son sus miradas.....
(*Como reflexionando y admirando la sublimidad del concepto.*)
Sus dos ojos son los arcos,
Y así de léjos le mata:
Ley Cornelia de *sicariis*
Cum telo occidendi causâ.
Si dirian que la ley
Para el caso está cortada.
¿Qué te parece? Isabel.

ISABEL.

Este es el que mas me agrada.

DON SIMPLICIO.

(*Con demostraciones de júbilo.*)
Pues cuéntale ya por tuyo;
Y en rapándose las barbas.....

PORTOCARRERO.

(*Como inspirado.*)
Conducidme á la palestra,
Que ya siento que me inflama
El silogístico númen;
Y leeré hasta mañana,
Defendiendo conclusiones
Por una, dos, tres semanas
Contra omnes, de omni scibili.

DON SIMPLICIO.

No señor: basta, que haga
Usted lo que los demas.

PORTOCARRERO.

Si se mide por la paga,
Una oposicion perpétua
A merecerla no alcanza.

TECLA.

Buen modo de merecer.

DON SIMPLICIO.

Nueva agudeza: otra gracia.
Ven tú tambien, Isabel;
En un rincon colocada
Del ante estudio estarás.

TECLA.

Vamos á ver la batalla.

PORTOCARRERO.

Vamos, y repita el eco
¡A ellos! y cierra España.
(*Terciándose las hopalandas y como en guisa de ir á una batalla.*)

ESCENA IX.

DON PABLO.

(*Saliendo del gabinete.*)
A penas puede creerse
Una ceguedad tan rara:
Leandro, el sabio Leandro,

Por un ignorante pasa.
Cuando Ignacio desatina
El buen Utrera se pasma.
Mas Leandro no es doctor;
No arguye como en las aulas;
No habla jamás en latin;
No ostenta una ciencia vana,
Ni tiene de los pedantes
El descaro y petulancia;
Ni cita leyes, ni autores,
Ni raciocina á patadas.
Y tal es generalmente,
Tal es la flaqueza humana:
El hombre grande es aquel
Que conmigo disparata.

ESCENA X.

DON PABLO. DON LEANDRO.

DON PABLO.

¿Leandro, ya estas de vuelta?
Anima tus esperanzas.

DON LEANDRO.

¡Ah! señor. ¡Cómo es posible
Mientras no está asegurada
Mi dicha con Isabel!
Mas vd. de lo que pasa
Nada me dice. ¿Ha elegido
Esposo á la desgraciada
Don Simplicio? ¿Ha dicho vd.
Lo que decir proyectaba?

DON PABLO.

No, por que han sobrevenido
Cosas muy estraordinarias.....
Escucha. ¿No oyes el ruido?
(Llevándole á la puerta interior del foro.)

DON LEANDRO.

¿Qué es esta nueva algazára?

DON PABLO.

Es un cuarto opositor,
Doctor en Monomotapa,
Donde de derecho público
La cátedra regentaba.

DON LEANDRO.

Señor, de lo que vd. dice
No entiendo ni una palabra.

DON PABLO.

Para venir, en dos meses
(Con ironía.)
Atravesó toda el Africa.

DON LEANDRO.

Si no es posible, á no ser
Con el compás por el mapa

DON PABLO.

Ya, pero no se detuvo
En el desierto de Záhara
A ver sus grandes ciudades,

Su agricultura, sus fábricas,
Sus teatros, bibliotecas,
Sus pinturas, sus estátuas.....

DON LEANDRO.

¿Pero el señor don Simplicio
Tales disparates traga?

DON PABLO.

¿Y qué sabe don Simplicio
Donde está Monomotapa,
Ni si es nacion, ó ciudad,
Un rio, ó una montaña?
Anda la geografia
Entre doctores muy rara:
Ciencia en que no se disputa
Es ciencia de morondanga.
Vaya vd. á sostener
Que Berlin está en la Italia,
Petersburgo en la Turquía,
O Lóndres en Dinamarca.
Ademas ¿qué nos importa
Que la India esté en el Asia,
Con tal que estemos seguros
Que Madrid está en España?

DON LEANDRO.

Mas, señor, á don Simplicio
Ese tunante le engaña;
Y es menester.....

DON PABLO.

No harás tal,
Que el sabio Monomotapa

Es mi doctor favorito,
Y á Isabelita le agrada.....

DON LEANDRO.

¿Cómo? señor. No comprendo....

DON PABLO.

No te inquietes: ten cachaza.
Este escluirá á los otros,
Y te cederá la plaza.

ESCENA XI.

DICHOS Y TECLA.

TECLA.

Señor, señor. Un correo
Estraordinario una carta
Trae para vd. del ministro;
Y dice que ha de entregarla
En propia mano. Pensé
Que vd. en su cuarto estaba,
Y allí le he dicho que espere.

DON PABLO.

Pues que venga aquí, á la sala.
Mas no...... pudiera ser cosa.....
Mejor será que yo vaya. (*Sale*)

ESCENA XII.

TECLA. DON LEANDRO.

DON LEANDRO.

Tecla, por Dios, que me espliques,
Qué barahunda es la que anda;
¿Qué doctor el que ha venido?

TECLA.

Esa es historia muy larga.
Lo que yo le diré á vd.
Es, que ha empezado la zambra
De los argumentos ya;
Que don Simplicio brincaba
En su silla de contento,
Oyendo al Monomotapa
Mientras duró la leccion;
Que él es quien lleva la gala;
Y que los otros mostrencos
Saldrán por la puerta falsa;
Que yo, que soy de doctores
Enemiga declarada,
Tengo por este maldito
Medio podrida mi alma;
Que Isabelita me espera,
Y que me voy á buscarla.

ESCENA XIII

DON LEANDRO SOLO.

¿Qué enigma es este, señor?
Sin duda que alguna trama.....

¿Mas contra mí?...... A ver si puedo
Por mí mismo averiguarla.

ESCENA XIV.

DON LEANDRO. DON PABLO.

DON PABLO.

¡Felices, felices nuevas!
Miro como terminadas
Todas tus incertidumbres.
Leandro, lee esta carta.

DON LEANDRO.

(*Leyendo.*)

Mi apreciable amigo y compañero. Su excelencia acaba de llegar de palacio; y me encarga aproveche la ocasion de este estraordinario, que va corriendo pliegos importantes, para decir á vd. en su nombre, que S. M. ha firmado esta mañana las dos gracias que vd. le habia pedido; y que por el correo ordinario se comunicarán las órdenes. A Dios amigo mio, etc.

DON LEANDRO.

¿Es decir que don Simplicio
Ha obtenido ya la gracia
De la suspirada toga?

DON PABLO.

Hay mas: pero eso bastára,
Sino me engaño, á vencerle;
Que yo observé esta mañana
Que su irritacion nacía
De mirar como frustrada

Su pretension. Mas no quise
Alimentar su esperanza;
Porque sé lo que son córtes,
Por una esperiencia larga;
Cuan de repente en palacio
Una intriguilla se frágua,
Y lo que lleva consigo
De un ministro la mudanza.
Y sé que aquel que de nuevo
Goza el favor del monarca,
Casi juramento hace
De insultar en su desgracia
Al caido. Mas ¿qué estruendo....
(*Oyese un gran ruido y un golpe.*)

DON LEANDRO.

(*Mirando adentro.*)
Tecla viene ¡y qué azorada!

ESCENA XV.

LOS DICHOS Y TECLA.

TECLA.

Deme vd. de tafetan
Inglés una media vara,
Para aforrar las narices
Gigantescas de Peralta;
Que de un porrazo terrible
Medio se ha roto la facha.

DON PABLO.

En mi botiquin verás

Un gran bote de hojalata:
Tráele, que allí le ha de haber.
(*Váse Tecla.*)
Mas aquí al pobre le sacan.

ESCENA XVI.

DON PABLO. DON LEANDRO. ISABEL. DOCTOR PERALTA.

(*Peralta con las narices desolladas, sostenido por un criado estudiante.*)

DON PABLO.

¿Qué es eso? señor doctor.
Siento mucho su desgracia.

DOCTOR PERALTA.

Omnia sunt hominum tenui
Pendentia filo.—En sustancia,
Esto es lo que me ha pasado.
¡Oh fortuna! ¡Oh suerte aciaga!
Florecieron mis narices
Otro tiempo muy lozanas:
Rompiose la barandilla
Y contra el suelo se aplastan.
Et subito casu, quæ valuere, ruunt.

ESCENA XVII.

DICHOS Y TECLA.

TECLA.

Aquí está ya el tafetan.
(*Le arregla, y se le pone durante el diálogo.*)

ISABEL.

Yo, desde el principio, estaba
Temiendo lo sucedido.

TECLA.

Si aquello es todo obra falsa,
Hecha en menos de una hora.
Estaba tan zamarreada
Ya la pobre barandilla;
Y despues vd. se lanza.....

DOCTOR PERALTA.

Como exigia en el caso
De la especie la importancia;
Mas lo peor es que á mí
Arguir no me tocaba....
Como vino ese doctor
La oposicion acabada,
Para ver quien le arguia
Dos á dos echamos pajas.
Yo la eché con Aguilera:
Tiró, y sacó la mas larga;
Pero al primer silogismo
(Cosa frecuente en las aulas)
Fué á dar un grito, y no pudo:
Perdió enteramente el habla,
Se le cerró la epiglotis,
O como el vulgo la llama,
La campanilla; y preciso
Fué que yo le reemplazára.

ISABEL.

¿No se siente vd. mejor?

DOCTOR PERALTA.

Poco á poco el dolor pasa.

ISABEL.

¿Quiére vd. alguna cosa?

DOCTOR PERALTA.

Señorita, muchas gracias.
Lo que yo quiero es volver
A donde el honor me llama.
(Hace una cortesia y se vá.)

ESCENA XVIII.

LOS DICHOS MENOS PERALTA.

(Así que sale Peralta Tecla se echa á reir á carcajada, y dice los versos siguientes.)

TECLA.

Vaya que el estudio está
Hecho un campo de batalla.....
A uno le muerde la perra,
El otro ha perdido el habla,
Y este perdió las narices.....

ISABEL.

¿Y de eso con tanta gana
Te ries, Tecla?

TECLA.

¿Y qué importa?
Con tal que al Monomotapa
Conserve Dios; de los otros

No se me dá ni una blanca.
Si yo pudiera, en un dia
Autillo de la sotana
Hacía; y á estos borricos
Les dejaria sin habla.

DON PABLO.

(*A Isabel que muestra desaprobar las chanzas de Tecla.*)

Como el mal, Isabelita,
De esto solo no pasára,
Tal vez no perdiera mucho
En ello la especie humana.
Acaso estos pobres hombres,
En vez de charlar, pensáran.

TECLA.

¡Qué! no señor..... si ya de estos
No se puede sacar raja.
Yo los comparo á un papel
Escrito por las dos caras;
Y escribir sobre lo escrito
Es perder tiempo y palabras.

DON PABLO.

La comparacion no es tuya;
Mas por desgracia es exacta.

TECLA.

¿No lo ha de ser.....

DON PABLO.

Calla, loca;
Que aquí viene la comparsa

De doctores. De ese cuarto
Podemos ver lo que pasa. (*Vánse*).

ESCENA XIX.

DON SIMPLICIO. PORTOCARRERO. CONTRERAS. AGUILERA. PERALTA.

(*Peralta con un gran desgarron en la sotana y Aguilera manifestando por gestos que no puede hablar. Vienen de dos en dos, y don Simplicio detras presidiendo. Varios estudiantes criados-sopistas les ponen sillas, y toman asiento, todo con mucha gravedad y ceremonia.*)

DON SIMPLICIO.

Señores: me es doloroso,
En tan graves circunstancias,
No tener cuatro sobrinas
Para premiar vuestra sabia
Erudicion; mas no hay
Sino una sola, y casarla
Con todos no puede ser;
Que aun mas que la poligamia
Es á la naturaleza
La poliviria contraria.
Siendo, pues, por otra parte
La materia delicada,
Y de rigor de justicia,
Mi conciencia consultada,
Elijo para Isabel
Al doctor Monomotapa.

(*Se levantan todos.*)

DOCTOR CONTRERAS.

¡A nosotros tal afrenta!

DOCTOR PERALTA.

¡De nuestro cláustro se agravia
Así la opinion!

DON SIMPLICIO.

Señores:
A mí me pesa en el alma......

DOCTOR CONTRERAS.

(Encarándose con don Simplicio, y acercándose á él.)
Usted es un mentecato,
Un bucéfalo, un panarra.
(Dicho esto empieza á marchar con gravedad.)

PORTOCARRERO.

(A don Simplicio.)
Déjeme vd. responder
Pues le ofenden por mi causa.
(A Contreras.)
Y vd. un saco de inépcias,
Prototipo de ignorancia.

DOCTOR PERALTA.

(A don Simplicio con desprecio.)
Aquila non capit muscas.

PORTOCARRERO.

(A Peralta)
Et nec muscæ capiunt aquilas.
De este la respuesta es fácil.

(Dirigiéndose á Aguilera que ha hecho ademan de querer hablar, y viendo que no puede, le amenaza con un gesto. Portocarrero le responde con otro dándole á entender que desprecia sus amenazas.)

DOCTOR CONTRERAS.

Nos veremos en las aulas.

PORTOCARRERO.

En las aulas, en gimnasios,
En tierra, aire, fuego y agua
Sabrá el señor don Simplicio
Enviarles noramala.

DOCTOR CONTRERAS.

(*A Portocarrero.*)

¡Badulaque!

DOCTOR PERALTA.

¡Charlatan!

PORTOCARRERO.

(*A los doctores cuando se marchan.*)

¡Vaya fuera la canalla
Insipiente y pedantesca!
Y, si se cree agraviada,
A públicas conclusiones
Les reto y cito en la plaza,
Arguyendo y respondiendo
A cuanta cuestion me hagan
En todas, todas las ciencias,
Esceptuando las exactas,
Las morales y las físicas.

ESCENA XX.

DON SIMPLICIO. PORTOCARRERO.

DON SIMPLICIO.

No me importan sus bravatas,
Y al primer acto veremos.
¿Pero vd, tambien se marcha?

PORTOCARRERO.

Pues que soy el elegido
Voy á raparme las barbas;
Y entretanto lea vd.
Con atencion esta carta.
(*Dále una carta.*)

DON SIMPLICIO.

(*Leyendo.*)

Muy señor mio: seguro de mi triunfo, preparé esta anticipadamente para decir á vd. que yo soy un doctor aventurero y andante; que voy por ese mundo buscando escolásticas aventuras, y ganando fama y nombradia en todas las justas y torneos científicos. Sabido el proyecto de vd., no estaba en mi mano dejar de parecer en la palestra; pues mi profesion y mi honor me obligan á mostrarme y triunfar en todo certámen ó camorra literaria. Mas yo no puedo, por desgracia mia, aspirar al prometido premio. Estoy ordenado *in sacris*; y al menos, mientras que en este punto no se altere la disciplina establecida, no puedo casarme. Si vd. gusta esperar, por mi parte estoy pronto; mas si le pareciere á vd. que esto va largo, puede desde ahora, y sin que yo haga la menor oposicion, disponer como guste de la mano de su sobrina.

El Doctor invencible.

DON SIMPLICIO.

Pues señor, dígole á vd.
(Con mucha irritacion.)
Que es buena la pampringada
Con que sale este demonio.
¿Se dará mayor infamia?
El caso es que voy á ser
De todo el lugar la fábula.
¡Por vida de!.....

ESCENA XXII.

DON SIMPLICIO. DON PABLO. ISABEL. TECLA.

DON PABLO.

Don Simplicio
¿Pues qué es lo que á vd. le enfada
En dia de enhorabuena?

DON SIMPLICIO.

En dia de enhoramala.....

DON PABLO.

Pero ¿qué es ello? veamos.

DON SIMPLICIO.

Que el doctor Monomotapa,
El hombre mas eminente
Que han producido las aulas
En diez siglos, y aun el único
Que á Isabelita gustaba;
Despues que por vencedor

Mi justicia le proclama;
Que despido á los demás;
Que me insultan y maltratan,
Sale el condenado ahora
Con que es persona sagrada

DON PABLO.

No se apure vd. por eso:
Repararemos su falta.
Reciba vd., entretanto,
De personas que le aman
Mil sínceros parabienes.

DON SIMPLICIO.

¡Parabienes! ¿Porqué causa?

DON PABLO.

Su magestad ha firmado,
Cual yo le pedí, la gracia
De aquella jubilacion,
Con el sueldo de la cátedra,
Y honores y antiguedad
De esta Audiencia.

DON SIMPLICIO.

(*Como alelado.*)
¡Usted me engaña!

DON PABLO.

¿Pues me cree vd. capaz
De una chanza tan pesada?

DON SIMPLICIO.

¿Con qué es cierto? ¡Isabelita!
(*Lleno de júbilo y como fuera de sí.*)
Yo no sé lo que me pasa.....
¡Tecla! vé á casa del sastre:
Dí que al instante la traiga.

TECLA.

¿Y qué ha de traer?

DON SIMPLICIO

La toga.

TECLA.

¿Qué toga?

DON SIMPLICIO.

(*La pregunta de Tecla le hace volver en sí, y responde como desconcertado, y con la turbacion del que busca una disculpa.*)

La que encargada
Tenia..... para un amigo,
Así de mi propia talla.
No sé como agradecer,
don Pablo, fineza tanta.
Amigo, perdone vd......
Yo creo que esta mañana.....

DON PABLO.

No hablemos de lo pasado:
Ya no me acuerdo de nada.
En cuanto á Isabel, se ofrece

Un partido que aventaja
A todos esos doctores.....

DON SIMPLICIO.

¿Es doctor por Salamanca?

DON PABLO.

Dale con el doctorado.
No es doctor; pero es garnacha.
Es un compañero vuestro,

(Mirando á Leandro.)

Un Alcalde de esta sala.

DON SIMPLICIO.

Si no hay ninguno soltero.

DON PABLO.

Pero hay vacante una plaza,
Que el rey se ha servido dar
A don Leandro de Cárdenas.

(Don Leandro toma la mano de don Pablo, la besa, y este le estrecha entre sus brazos: todo con viveza y en términos que don Simplicio no tenga que esperar.)

DON SIMPLICIO.

(Tomando la mano de Leandro, enlazándola con la de Isabel y abrazándole despues.)

A un togado, una princesa
No podria yo negarla.

DON LEANDRO.

¡Isabel!.....

ISABEL.

¡Leandro!

DON LEANDRO.

¡El Cielo
Coronó mis esperanzas!

TECLA.

Ya sabe vd., señorita,
Si mi corazon la ama.
Voy á traer al sugeto
Que fué á raparse las barbas.

ESCENA XXIII.

DON SIMPLICIO. DON PABLO. ISABEL. DON RUPERTO. DON LEANDRO.

DON RUPERTO.

(*Muy enfadado.*)

¿Con que vd., señor Utrera,
Á mi sobrino desaira?
Pues hágame la merced
De darme todas las causas,
Procesos, autos, consultas
Que por mi oficio despacha.

DON SIMPLICIO.

(*Con gravedad.*)

Se le dará lo que pide;
Pero mire como habla
A los ministros del rey.

DON RUPERTO

¡Cómo!.....

DON SIMPLICIO.

El rey la gracia
Me ha hecho de los honores
Y á mi sobrino la vara
(Señalando á don Leandro.)
Le ha conferido de Alcalde.

DON RUPERTO.

(Don Ruperto muestra gran sorpresa, y toma un tono humilde y respetuoso.)

Señores: yo lo ignoraba.
Perdónenme useñorias,
Que Contreras nunca falta
A los respetos que debe.
Un curial.....

DON SIMPLICIO.

(Con gravedad.)

Bien: basta, basta.
Venga mañana, que es tarde
Y nos vamos á la cama.

(Don Ruperto se va haciendo cortesias muy profundas y respetuosas. Al tiempo de salir y hacer la última, medio le tira en el suelo de un encontron Portocarrero, que entra corriendo.)

ESCENA XXIV.

PORTOCARRERO Y DICHOS MENOS DON RUPERTO.

PORTOCARRERO.

¡Leandro!
(Corriendo á abrazarle.)

DON LEANDRO.

Ignacio ¡Ah! tronera!

PORTOCARRERO.

Señor don Pablo de mi alma.....
(Abrazando á don Pablo.)
Perdone, vd. señorita,
Si la amistad me arrebata.....

DON PABLO.

¿No sabes las novedades?

PORTOCARRERO.

Si señor: sé cuanto pasa;
Así que entré me informó
De todo, esta buena alhaja.
(Señalando á Tecla.)

DON SIMPLICIO.

¿Quién es este caballero?
(Sorprendido, y como si quisiera reconocerle.)

DON PABLO.

De Leandro y de mi casa
Un amigo....

PORTOCARRERO.

Amigo en toda
La fuerza de la palabra.
¿No es verdad, Leandro? Cierto
Que la cosa es bien estraña,
Una amistad tan estrecha
Con calidades contrarias.
Tú eres grave, reposado,
Yo aturdido y tarambana.
Tus costumbres ejemplares;
Las mias no son tan santas.
Tú siempre dado al estudio,

Yo siempre dado á la holganza.
Allá metido en tu cuarto
Lees, meditas y callas;
Yo charlo sin meditar,
Y la lectura me enfada.
A tí te sobra modestia,
Y solo los que te tratan
Mucho conocen tu mérito.
Yo, á fuerza de petulancia,
Cuando quiero, entre los tontos,
Logro de sabio la fama.
Tú eres un pozo de ciencia,
Y yo, en plata, no sé nada.

DON SIMPLICIO.

(*A don Pablo.*)
Tiene un cierto no sé qué
Del doctor Monomotapa.....

DON PABLO.

(*Tomándole por la mano y adelantándose con él al proscenio, como para no ser oidos de los demas.*)
¿Y si fuera él en persona?
(*Don Simplicio se muestra algo desconcertado y confuso.*)

DON SIMPLICIO.

(*Con enfado.*)
La burla era muy pesada.....

DON PABLO.

Dice vd. bien, don Simplicio;
Pero este ejemplo mostraba
Que ese gritar furibundo,
En la lengua semibárbara
Que vds. llaman latin,

Yo no sé por qué, en las aulas;
Esas lecciones y puntos
Con que se obtienen sus cátedras,
Ni prueban sólida ciencia,
Ni aptitud á la enseñanza.
Y amigo, si esto es así,
La consecuencia es bien clara.

DON SIMPLICIO.

¿Y cuál?

DON PABLO.

Que en nuestros estudios
La reforma es necesaria.

DON SIMPLICIO.

Pues niego la consecuencia.
usted es el que se engaña;
Que si se pierden los ergos
¡A Dios ciencias en España!

FIN.

La viveza y animacion del diálogo, en general, y la claridad en la espresion de los conceptos, permitian haber suprimido gran número de *acotaciones* que, como siempre sucede, detienen en la lectura y destruyen la ilusion. He preferido, no obstante, conservarlas todas, y tales cuales las indicó el autor en el egemplar que sirvió para la primera representacion, con el fin de que puedan aprovecharse de ellas los actores, conocer mas y mas por este medio la intencion del autor, y espresarla mejor, si algun dia llega á representarse esta comedia en los teatros públicos.

POESIAS VARIAS.

LIRICO-MORAL.

MI CUMPLEAÑOS DE 1829.

A mis Jóvenes.

Deus boni causa est, non mali.
PLAT. DE REP.

Discípulos amados, caros hijos,
(Que á mi ternura permitido sea
Con este solo nombre apellidaros)
Grato recibo la espresion sincera
Del cariño filial con que afectuosos
Solemnizais el dia de mi fiesta
Con júbilo y placer; y pues que tierno
Hoy como nunca vuestro amor se esmera,
Hoy como nunca el mio corresponde,
Y os dá en útil leccion la recompensa.

¡Dios de bondad! deciende al labio mio,
Y huye profano Apolo del poeta;
Que un padre que á sus hijos se dirige
No mendiga de tí tus influencias.

¡Hijos! Oid que la verdad me inspira:
VENTURA SIN VIRTUD NO HAY EN LA TIERRA.
En vano un mundo corrompido y frívolo
Sus ilusiones engañoso emplea
Para estraviar el corazon humano.

Veis aquel grande, que orgulloso ostenta
La plebe despreciar; veis aquel rico
Que, nadando en su mísera opulencia,
Feliz se dice, mientras gana y guarda;
Á parecer lo que no son se esfuerzan:
Codicia y ambicion roen su alma,
Y asi de entrambos la virtud se venga.

¿Pero qué es la virtud si la define
El engañado ateo, el que profesa
El dogma insano, la fatal doctrina
Que de un Supremo Ser la verdad niega,
Que publican los astros y el insecto?
¡Oh delirio! ¡oh baldon de la edad nuestra!
¡Filósofos se llaman los que abusan
Asi de la razon! ¿Dáda les fuera
Si su divino Autor, desconocido,
Como á los otros seres de la tierra,
A sus ojos estar querido hubiese?
¿No es ella misma irresistible prueba
De la verdad que á combatir se atreve,
Tanto mas fuerte cuanto mas parezca
En su engaño ingeniosa? ¿Se concibe
Ella á sí propia el dia que tal niega?
De cuanto vasto encierra el Occéano,
De cuando vario forma este planeta
Que habita el hombre, y á su alcance pone

Fecunda en su primor naturaleza,
De cuanto pueda analizar su estudio,
Todo le es inferior. Su inteligencia
Es de cuanto conoce y examina,
Sin disputa, la obra mas perfecta;
Y ni es ella la autora de sí misma,
Ni un grano solo de menuda arena
Crear la es dado. ¿A quién, pues, atribuye
Su noble orígen, tan sublime idea?
¿Quién es de tanta perfeccion el tipo?
¿A dónde, ilusos, el error os lleva?
¿Acaso los fenómenos del órden
Físico, por que todo se gobierna,
Os fuerzan á negarle inconciliables
Con su accion creadora, ó su existencia;
O bien, con vuestras nuevas teorías,
Queda mas claro lo que oscuro era,
Y es mas dificil concebir eterno
Un solo Dios, que una materia eterna?
Esos globos que corren el espacio,
Esos astros brillantes, esa esfera
Que en el vacio suspendió su brazo,
Ese sol que á sus leyes se sujeta,
Que inmóvil á su voz, desde su asiento,
Cuenta los siglos que en voluble rueda
En la nada sepulta raudo el tiempo,
¿No prueban de su autor la omnipotencia?
¿No están diciendo «Criaturas somos,
Nuestra accion limitada nada crea;
Girar en nuestras órbitas nos mandan,
Más no podemos: nuestra ley es esta.»
¿O es el órden moral quien os obliga,
Cual perniciosa á desechar la idea,

Y levantais de la justicia el trono
Sobre base mas sólida y perfecta,
Y á los hombres haceis así mejores?
No hay moral, no hay virtud sin providencia,
Que un Dios indiferente á mis acciones
Las hace todas malas, todas buenas.
Ese principio equívoco y oscuro,
Esa ley de interes y conveniencia
Que imaginásteis ¿reemplazar podria
La de un Dios justo, que incesante vela,
Y que presente á todo, inevitable,
Lee en mi corazon y le penetra?
Este me fuerza á ser honrado y justo:
Basta á vuestra moral que lo parezca,
Y espone mi virtud el que me dice;
«Te basta de virtuoso la apariencia.»
Quien la moral al álgebra reduce
Y hace de la virtud dificil ciencia,
¿No exime del deber de ser virtuosos
Cuántos la suerte en la ignorancia deja?
Si ese mismo interes mal entendido,
Contrarestado por la augusta idea
De un Dios omnipotente y justiciero,
Ha cubierto de crímenes la tierra,
¿Qué sería si, libre de este freno,
Insolente el malvado se dijera:
«*Mi interes, mi interes por mí explicado*
De todas mis acciones es la regla?»
¿Y qué interes? ¿El de vivir tan solo;
El de gozar en la fugaz carrera
De nuestra vida los placeres todos,
De que capaces los sentidos sean?
¿Solo el de conservarnos, evitando,

Cuanto pueda acortarla ú ofenderla?
Luego de la virtud el heroismo
No es sino un rasgo de feroz demencia.
Si todo á conservarse se reduce;
Si esta es de la moral la única regla,
De la verdad ó la justicia el mártir,
El que su vida por su patria arriesga,
Mas que insentatos son: son delincuentes.
¡Tanto el error á los mortales ciega!
¡Los Sócrates, los Decios son malvados,
Neron virtuoso, y criminal fué Séneca!
Neron virtuoso, si; si á conservarle
Convenientes sus crímenes se prueban;
Y no es dificil, no: que es del perverso
Dogal el justo, acusacion perpétua,
Y sin pensarlo contra aquel conspira.

Hijos, huid doctrina tan funesta,
Que concibió el delirio en sus furores,
Y de que son amargas consecuencias
De nuestro siglo bárbaras costumbres:
El vil Suicidio, la feroz demencia,
Que hoy apellida rasgo de heroismo
Ese falso saber de la edad nuestra;
Que inconsiguiente en conservarse funda
Su moral, y despues árbitrio deja
De conservarse ó destruirse al hombre:
El Duelo, que la estúpida rudeza
De los siglos de hierro retratára,
Y que la ilustracion hoy nos presenta
Como un medio ingenioso con que suple
La opinion de la ley la insuficiencia.
Y nada os digo de los torpes vicios

Que en todos tiempos de la historia afean
El triste cuadro; temo que al pintarlos
Fuera mi pluma débil ó indiscreta.
Mas notad que un carácter los distingue,
Que los hace hoy peores que antes eran.
Reducido á científicos principios,
Osado, el velo del pudor desprecia
El vicio; y levantando erguido el cuello
No se recata: impávido se muestra.
Rie burlon del frágil que se oculta:
Llama debilidad á la vergüenza,
De la virtud que huye último asilo,
De las costumbres última barrera;
Y lleno de la ciencia que le engrie,
Cátedras pide: cátedras y escuelas.

Evitad, hijos, el error insano,
Fuente de tanto mal. Seguid la senda
Por donde nunca la virtud se pierde,
Que un padre tierno por segura os muestra.
Mis máximas grabad en vuestra mente:
NO HAY MORAL, NO HAY VIRTUD SIN PROVIDENCIA
QUE DEL MALO CASTIGUE LOS DELITOS
Y DÉ A LOS BUENOS PREMIO Y RECOMPENSA.
Y ríase en buen hora tanto sábio,
Que mi doctrina por vulgar condena.
Por no vulgar condeno yo la suya,
Que quiero que vulgar la virtud sea.
Dejad que lance el epigrama agudo:
La mofa y el escarnio no son pruebas.
Dejad que ostente su saber profundo;
Que en su dificil cálculo se pierda;
Que limite á esta vida su esperanza,

Y que encuentre razones de perderla;
Que en su conservacion la moral funde,
Y sintiendo despues la insuficiencia
De su principio, al pundonor apele
Cuando por vicio ó por virtud la arriesga,
Creyéndose feliz si muere honrado,
Mas allá del sepulcro una quimera
Buscando ansioso, y sin pensar pagando
Este tributo á la verdad que niega;
Que ingenioso en el vicio, que protege,
Pues le proclama impune su sistema,
Halle argumentos que infeliz le hagan;
Que de Dios contradigan la existencia;
Que en un cuadro de horror acumulando
Cuanto fecunda en crímenes la tierra
Produjo, como en triunfo le presente,
Y satirice audaz la Providencia,
Sin observar, que al impugnar iluso
De un Dios benigno la sublime idea,
Si á otra vida no admite á los mortales,
Un demonio feroz su ingenio crea.

Mientras el necio orgullo de los sabios
Con Dios disputa, le provoca y reta,
Prosternaos vosotros, hijos mios:
Adorad su inefable Providencia,
Y practicad humildes las virtudes
Que son gratas á Dios, y Dios las premia.
Si consultais en todo este principio
¡Cuán fácil es de la virtud la senda!
¡Cuán sólida la base en que descansa!
¡De las acciones qué infalible regla!
No depende de cálculos entonces:

Que la accion sea pública ó secreta,
PRESENTE DIOS ESTÁ: LA VÉ, LA JUZGA.
Triunfante el crímen se desvela, y tiembla
Seguro, en el silencio de la noche:
Mientras que rie la virtud serena,
Cercada de verdugos y puñales;
Canta entre los tormentos y cadenas,
Y desprecia el furor de los tiranos.
Si de Dios esperais la recompensa,
¿Qué os importa el ingrato? No por eso
Del bueno la virtud se desalienta.
NI PLACER NI INTERÉS EN SER BENÉFICO
PUEDE TENER EL QUE DE DIOS NO ESPERA.
Si de los malos ponzoñosa envidia,
Haciendo al justo encarnizada guerra,
La virtud en delito convirtiendo
Dolosa desfigura, é interpreta
Vuestras acciones, y el maligno vulgo
Acoge ansioso cuanto aquella inventa,
Volved á Dios los ojos: presentadle
De una alma pura la agradable ofrenda;
Que así de la justicia de los hombres
La virtud ultrajada se consuela:
Deja á Dios el cuidado de premiarla.
La dulce mansedumbre, la paciencia
Sus armas son, y cuando menos hace,
Generosa perdona: no se venga.
Esto es virtud, ateos engañados.
No os es dado, en verdad, desconocerla;
Mas ni á fundarla, ni á admitirla alcanza
En su torpe moral vuestro sistema,
Y libres de aquel freno los malvados
«Es un imbécil el que no se venga,

Si puede impune» gritan, y alevosa
En sus secretos triunfos se recrea
La venganza implacable, y de delitos
Gime oprimida la anchurosa tierra.
¿Mas qué razon indujo á los humanos
Tan en su daño la sublime idea
De un Dios á desechar? Naturalmente
Ella á todos los hombres se presenta.
¡Siglos, generaciones ya pasadas,
Cuya opinion la historia nos conserva,
Pueblos, naciones, incontables tribus
En leyes y costumbres tan diversas,
Compareced! ¿No habeis reconocido
Todas de un Ser Supremo la existencia?
Del lapon aterido al africano,
Del indio dulce al belicoso belga,
La culta Roma, el bárbaro germano,
El rudo trace, la ilustrada Grecia,
El espartano rígido en costumbres,
El voluptuoso afeminado persa,
En lo demas discordes ¿dejan duda
De que es al hombre natural la idea
De un Dios? Y esta verdad privilegiada,
Y cual ninguna de disputa esenta,
De tiempo y latitud independiente,
Antigua como el mundo, ¿no nos prueba
Que ella es un dogma, y aun el solo dogma
Que á todos reveló naturaleza?
Ni se diga que pudo trasmitirle
De unos en otros tradicion incierta.
El del Perú y de Méjico apartados
Mientras Colon intrépido no diera
Otro mundo al mortal para ilustrarle;

Acata un Dios y humilde se prosterna.

¿Quién crear pudo esta opinion impía?
¿Qué mónstruo la lanzó sobre la tierra?
El mismo que afligió la especie humana
En siglos de ignorancia y de tinieblas.
El mismo que cercado de verdugos,
Suplicios levantó y encendió hogueras;
Y el que, corriendo con falcado carro,
Regó con sangre en su veloz carrera
Del Artico al Antártico, queriendo
Que el justo por su Dios reconociera
Ídolos espantosos, que forjáran
La vil codicia y la ambicion mas ciega.

Del Fanatismo la Impiedad es hija.
Jamás el hombre imaginado hubiera
Negar esta verdad consoladora,
Si atroz supersticion no convirtiera
En tortura el consuelo; y si impostores,
Consultando de su alma la bajeza,
Divinizando sus pasiones mismas,
Y engañando la crédula inocencia,
No hubiesen hecho, hipócritas y falsos,
De un Dios bueno y de paz, un Dios de guerra,
Vengativo, cruel, intolerante,
Que con sangre en sus aras se recrea;
Que interesado y sórdido sus gracias
Vende, y al rico de su ley dispensa,
Con solo el pobre inexorable y duro.
¿Quién en vestiglo tal reconociera
De un Dios la augusta imágen? Si ¡malvados!
La impiedad, la impiedad es obra vuestra;
Y como vemos irritado al hombre

De vil esclavitud á la licencia
Anárquica pasar, del Fanatismo,
Siguiendo en todo una opinion estrema,
A la Impiedad se fué, «No hay Dios» gritando.

Aquel que vuestro padre, hijos, venera
Es un padre tambien, y no un tirano.
Un Dios de amor que la virtud consuela:
Severo juez en castigar el crímen;
Padre amoroso en perdonar flaquezas:
Que inescrutable en sus designios quiso
Que en esta vida la virtud padezca,
Triunfe el malo, y al justo así le dijo:
En otra busca premio y recompensa.

«¡Dios de bondad! ¡Dios justo! ¡Dios bendito!
Cuyos arcanos mi razon respeta,
¡Oid de un padre los fervientes votos!
Que de mis hijos acatada sea
Vuestra alta magestad. Que vuestro nombre
Santo y divino, en larga descendencia
Por ellos trasmitido, humilde adore
Posteridad virtuosa! No riquezas
Les prodigueis, ni títulos, ni honores.
Haced que ricos en virtudes sean,
Humanos, tolerantes, compasivos.
Preservadlos, Señor, de la soberbia,
Ciencia que os desconoce, y que os acusa
¡Amparadlos, mi Dios, en la carrera
Difícil de la vida! Protegedlos;
Y con mi bendicion dadles la vuestra.

MI CUMPLEAÑOS DE 1830.

Si ráudo el tiempo en su veloz carrera
Los dias y las horas arrastrando,
Nuevas arrugas añadió á mi frente,
Y nuevo peso á mis cansados años;
De sus rigores mi cariño exento,
Inmortal como el alma en que se abriga,
Inestinguible como el fuego sacro
Que fué su orígen, caros hijos mios,
Arde cual siempre en el amante pecho
De vuestro tierno padre y del amigo:
Que la edad no consume ni envejece
Amor que el cielo y la virtud aprueban.

Uno y otro me inspiran: escuchadme.
Y que un santo fervor en vuestra mente
Eterno grabe la enseñanza docta,
Que entrambos por mis labios os transmiten.

Fulgente Febo en frio Capricornio
Del mismo punto iluminando el orbe
Me viera un dia, en santo ministerio,
Sobre la sacra trípode sentado,
Con fatídico acento, el anatema
De un Dios justo lanzar contra el perverso,
Esta verdad terrible proclamando:
Ventura sin virtud no hay en la tierra.

«¿Mas quién de la virtud el escabroso
Sendero seguirá?» débil repuso

El que del vicio saboreó el veneno.
«¿No hay ser feliz si el áspero cilicio,
El macilento ayuno no atormentan
Las blandas carnes; ó al placer negados
En contínua tortura no vivimos?
¿Y pasarémos nuestra edad florida
De natura las leyes violentando,
Y cual Tántalos míseros ardiendo
En sed rabiosa, á los hendidos labios,
Las secas fáuces, la abrasada entraña
El licor delicioso negaremos,
Mientras ella, con plácida sonrisa,
Del deleite la copa nos ofrece?
¿Cómo será feliz el que luchando
Con sus pasiones todas, de sí mismo
Injusto juez, verdugo inexorable,
A privacion eterna se condena,
Y amarga vida en sacrificios pasa?
Es la virtud del corazon tortura,
Y Dios injusto, si del hombre exije
Lo que sus fuerzas á obtener no alcanzan.»
¡Atomo miserable, que en el polvo
Yacieras olvidado, si á la vista
Omnipresente de tu autor supremo
Un átomo pudiera sustraerse!
Del cieno hediondo de asquerosos vicios
Do se revuelca tu razon ¿te atreves,
Mortal audaz, tu acusadora lengua
Á mover contra aquel, que de su asiento
Sábio gobierna, y en su mano tiene
Mil millones de esferas y de globos,
Que en menudos fragmentos deshiciera
Entre sus dedos la impresion mas débil?

Cierra el impío làbio; y pues que tienes
De su bondad inumerables pruebas,
Implora su perdon: lustra tu mente,
Huyendo el vicio que te ofusca y ciega;
Que si, cuando le ofendes, te desprecia
Como à un gusano vil, cuando le adoras
Y humilde y reverente te prosternas
Y su favor invocas, generoso
De su sabiduría el don te infunde,
A su poder te asocia y á su gloria,
Y hace del hombre un Dios sobre la tierra.
Consulta tu razon ¡mortal iluso!
Y, en la calma feliz de las pasiones,
Verás que el prisma de los vicios solo
Como difícil la moral presenta;
Que no es esta cruel ni estravagante;
Que duro aprendizage pide el crímen,
Y fácil es de la virtud la senda.

Cierto es que la virtud, en su heroismo,
Tal vez exije sacrificios grandes,
Que el hombre afeminado y corrompido
Por imposibles tiene: semejante
Al que, en el circo nunca ejercitando
Su fuerza muscular, débil sucumbe
Al duro choque de esforzado atleta.
Mas fuera de esto, del esposo, el padre,
Del hijo, del amigo, el ciudadano,
Los deberes comunes de la vida
Gratos son, no difíciles ni austeros.
De una sola virtud nacen las otras:
Un solo vicio todos los engendra.
De la virtud ó el crímen en los hombres

Dos palabras resuelven el problema.
Y este el enigma es que á los mortales
Propone el vicio en los primeros años.
¡Ay mísero de aquel que no adivina,
Y por falsos alhagos seducido,
Ocio responde á la dolosa esfinge!
Muda de forma: el femenil encanto
Depone, de que usó para atraerle;
Y el mónstruo entre sus garras le devora
¡Feliz aquel que, amante del trabajo,
Por él decide la cuestion propuesta!
La hija de Tifon, raza execrable
Del que audaz á los dioses se atreviera,
Desesperada su cabeza rompe
Contra una roca; y desde entonces libre
Sigue el viagero la segura senda.
Hidra de la moral, el ócio torpe
Tantas cabezas cuenta como vicios:
Al alma roban la energía santa
Que al trabajo la llama y solicita.
El lujo corruptor, la intemperancia;
Esas orgias suntuosas en que apura
El ingenio sus artes homicidas,
Y en que ruinosa vanidad consume
En minutos tesoros que amasára
En muchos años afanosa industria;
El latrocinio infame, escandaloso,
Que con nombre de juego y pasatiempo
Viles tahures cohonestar pretenden,
De la taberna fétida al palacio,
Donde habitan ilustres gariteros,
A quien sirve una sota de trabuco;
Frutos del ócio son: amargos frutos.....

Y no son solos..... Por desgracia existen
Otros tambien..... ¿Mas como descubrirlos?
Las leyes del pudor sellan mi labio.

¡Venerables autores de mis dias!
¡Y tú, digno varon, tio querido,
Que fuiste en mi horfandad segundo padre,
Recibid de mis ojos el tributo
Que agradecido el corazon os paga!
A vuestro santo ejemplo, á las lecciones
Que el amor del trabajo me inspiraron,
Si mi vida no ofrece, cual la vuestra,
De virtudes sublimes un dechado,
Les debo aquellas con que honré otro tiempo
De austera Temis sacerdocio augusto;
Las que, en los dias de áspera fortuna,
En regiones estrañas desterrado,
Entre el horror de la indigencia dieron
Consuelo al corazon, brio á las manos.
¡Gratas tareas! ¡Vida laboriosa!
¿Qué vale lo penoso del esfuerzo
Al lado del placer, de los encantos
De que rodeais mi plácida existencia?
A vosotras os debo que aun bendiga
Mis cándidos cabellos madre anciana.....
La dulce compañera de mi vida,
De nuestro amor los frutos conservados
En los dias de llanto y amargura,
De su virtuosa union tiernos renuevos,
Que en torno mio mis delicias hacen;
Los hijos que me diera la enseñanza,
Honor, estimacion, buenos amigos;
No de fortuna caprichoso antojo,

Intriga vil, ó adulacion infame,
Funesto don que la conciencia inquieten......
De mi trabajo son la recompensa:
Premio feliz que con la paz del alma
Todos los goces de la vida encierra.

De las máximas santas que os inspiro,
Hijos, yo tengo irrefragables pruebas.
No proclamo una vana teoria,
Que en doctas academias aprendiese:
Fruto de mi esperiencia es el consejo.
Amor le dicta, y el amor de un padre
Que en vuestra dicha tanto se interesa.
«El crímen es del corazon tormento:
Solo es feliz quien la virtud respeta:
El amor del trabajo á ella conduce:
Vivir es hacer bien: el ócio es muerte.»
Grabad, pues, en el alma esta doctrina.
Que de mi natalicio la memoria,
Que alegres celebrais en este dia,
Lejos de mí, y en los futuros años,
Un freno al débil contra el vicio sea:
Mi nombre, á la virtud dulce recuerdo.

MI CUMPLEAÑOS DE 1831.

Por la eterna region, serena y pura
Corre la noche en estrellado cielo,
Y su carro argentado
A la morada oscura

Del caos ignorado
Fulgentes astros con luciente vuelo
Conducen presurosos. Ya destella
Al horizonte cándido lucero,
Que la encendida aurora
Anuncia, y en pos de ella
La venida feliz del almo dia.
Aun Silvio en el otero,
Donde tranquilo mora,
En dulce paz, contento y alegria
Con sus ganados, hijos y zagales,
Yace en profundo sueño sumergido,
Exento de los males,
Del tumulto y ruido
Que en las córtes agita á los mortales.

Silvino el diligente,
Hijo de Silvio y mayoral del hato,
Deja el mullido lecho;
Y al ver que refulgente
Colorea la cima del repecho
Fúlgido Febo, tañe su silbato.
Cual vara misteriosa
Que por mágico encanto á su mandato
Génios y amores obedientes tiene,
Así súbitamente al silbo viene
El niño tierno asido de la esposa,
El que con paso incierto en la pradera
Retoza con los mansos corderillos;
El zagal que el ganado á la ribera
Lleva, ó el que maneja el corvo arado
O bien sujeta indómitos novillos.
Del soto y del vallado

Madres queridas, hijos, nietecillos,
Dichosa prole del feliz anciano,
Zagales y pastores,
Que el docto afan condujo á su majada
De emisferio lejano,
Con flautas y tambores
Preparan la alborada:
Desierta yace toda la campaña.

Hierve la gente en torno á la cabaña.
A una señal por todos concertada
El aire hienden con alegre estruendo
La sonaja, el albogue, el caramillo
Y la zampoña, del cordero amada.
Bala la oveja, bala el cabritillo,
Y responde mugiendo
El tardo buey. Festiva disonancia
De la choza, el establo y el aprisco
Repite el eco sobre el alto risco.
Los vivas de la infancia,
Y de lozana juventud ardiente
Retumban del Ocaso hasta el Oriente.

Despierta Silvio al ruido, y placentero
Entre blanda sonrisa y dulce llanto,
Recuerda que este dia
De su undécimo lustro es el primero;
Y al ver afecto tanto
En júbilo rebosa y alegria.
¿Viste en la alma ciudad, dó fué el romano,
Al Pontífice Santo
Cuando al orbe cristiano
A bendecir se apresta, y que aparece
En la antigua basílica encumbrado,

Y al verle el pueblo en magestad cercado
Le acata y se prosterna, y enmudece?

De esta suerte al anciano
Filial respeto acoge. Silenciosa
Se inclina la majada
Al notar que su mano,
Vuelta la palma, al cielo levantada,
En actitud piadosa,
Con faz serena, extática y divina,
La santa inspiracion de Dios implora:
Que su frente ilumina,
Y que en sus lábios mora
Un rayo de verdad que se desprende
Del trono del Altísimo y le enciende:
Que de Dios el espíritu le inflama,
Y que en tono profético así esclama.

«¡Paraninfos! ¡Espíritus celestes,
Que, en inefable gloria,
En millones de huestes
Del Supremo hacedor cercais el trono!
¡Justos, que en esta vida transitoria
Objeto de la envidia y del encono,
Os labrais la corona
Con que en Sion triunfante
Ornará vuestra frente la victoria,
Que la virtud humilde galardona!
Con la sagrada cítara sonante,
Uníos á mi voz. Himnos cantemos,
Y á la faz de ese sol que rutilante
Al horizonte vemos
Resplandecer benigno, el coro hagamos,
Y al Dios de las alturas bendigamos.

¡Fuente de viva luz que el orbe alumbra
Con un destello solo,
Y que el astro del dia
En muerta trasparencia nos envia
Del uno al otro polo!
¡Dios santo! ¡Dios inmenso! ¡Dios bendito!
¡Que con culto del alma en simple rito,
De dó el Atlas se encumbra
Al valle mas profundo,
Desde el humilde asiento al alto sólio,
De la choza al soberbio Capitolio,
Tú nombre ensalze y reverencie el mundo!
Si á tu soplo el impío
Como la arista vana desparece;
Si á tu justicia airada
El firmamento cruje y se estremece;
Aun mas tu poderío
En tu bondad se muestra. Tu morada,
Tú mas dulce manida
Es el alma del justo, que te adora.....
Tu su rocío y vida;
Y si espada traidora
De iniquidad le hiere ,
Vuela á tu seno, pero nunca muere.

Esta bondad, Señor, esta clemencia,
En favor de la tribu numerosa
Que á mis luces fiastes y á mi egemplo,
Que yace aquí postrada en tu presencia
Y en tu santo temor vive y reposa,
Ante el ara brillante de este templo
Que fabricó tu mano,
Esa bondad, esa clemencia imploro!

¡Ámese el uno al otro como hermano!......
¡Sed vos, mi Dios, su gloria y su tesoro!
Huyan de la ambicion y la codicia
Que á la virtud sobre la tierra hostiga;
Y porque nunca salgan de la senda
Que prescribió á los hombres tu justicia,
Y que tu santa ley nos recomienda,
Dadme que en vuestro nombre los bendiga.»

Dijo, y la diestra alzada,
La siniestra en su pecho descansando,
Lagrimas de ternura derramando,
Junta bendice toda la majada.

MI CUMPLEAÑOS. (*)

¡Papita amado!
¡Dulce mamita!
De vuestros hijos,
En este dia,
Recibid gratos
Tiernas caricias.
Mal por palabra
Frias se esplica

(*) Los dias de nuestro amado padre fueron, hasta el último año de su vida, ocasion de una reunion privada, enteramente de familia; y allí su alma generosa se mostraba tan ardiente en su cariño, como elevada su razon en sus consejos. Entrábamos por la mañana en su habitacion, con nuestra querida madre, y juntos permanecíamos largo tiempo. No le ofrecíamos ramilletes, ni le recitábamos estudiadas arengas: los abrazos y las lágrimas de ternura eran mas elocuentes. Un dia, no obstante, mi hermano mayor quiso hablar en su nombre y en el nuestro: tenia entonces diez años, yo siete y mi hermanita seis. Mi padre espresó nuestros sentimientos de amor en estos términos.

Cuanto os amamos.
Ved la alegria
Que en el semblante
Tierna se pinta.
Ved en el alma,
Que amor agita......
Besos y abrazos
Mejor lo digan.
Oid benignos
La oracion pia
Que vuestros hijos
Al cielo envian.
¡Oh Providencia
Santa y Divina!
A nuestros padres
Dad larga vida;
Y pues sus niños
Son sus delicias,
Dadnos virtudes
Que hagan su dicha.
Que muchos años
Unidos vivan;
Y en todos ellos,
En tales dias,
Llenos de gozo
Tiernos repitan:
«¡Hijos queridos
Dios os bendiga!»

A doña María Cristina de Borbon, reina de España, desde París en 1830.

A vos, señora la reina,
Que al séptimo don Fernando
Por fortuna de Castilla
Teneis por vuestro velado,
Endereza sus saludes
No el peor de sus vasallos,
En rudo metro, cual puede,
Quien no alcanzó á Garcilaso,
Ni sabe quien es Apolo
Donde está el Pindo ni el Tauro,
Ni versado es en leyendas,
Ni se crió para sabio.
Dicen que fincais en cinta
Y el sesto mes es entrado:
Vaya que á nueso buen rey
Hasta el alma enguillotrado
Le teneis; y que no son
Perdidos los sus falagos,
Y que vos de sus amores
Dais, señora, buen recaudo.
¡El cielo bendiga el fruto
Precioso de vueso tálamo!
Y pues en flor vos le fia,
De so el brial maduradlo.
Y catad que vuestro fijo
Viene ya un trono ocupando:
Y de él depende la dicha
De pecheros y fidalgos,
Que tiempos crudos, revueltos,

Y la discordia acuitaron.
Iris de paz Dios le envia
A disipar los nublados
De pasiones que enrizára
La ambicion de los estraños.
Cuidáos mucho, señora,
Por Dios, mi reina, cuidáos
Que llevais en vuestro seno
De dos mundos el amparo.
Por nada vos acuitedes,
Por nada tomeis enfado;
Que los niños desde el seno,
En mansedumbre guardados,
Crecen mucho mas aina
Y se crian muy mas sanos,
Sueltos y de buen perjeño,
Y de condicion muy blandos;
Y non es el ser sañudos
A los reyes bien contado:
Ca siendo de Dios imágen
Y padres de sus vasallos,
De virtudes generosas
Han de mostrarse dechado.
Oid cantares é sones
De estrumentos acordados:
Redrad de vos los disgustos;
Folgad, señora, folgáos,
Que si la madre está alegre,
No estará triste el preñado.
Nunca con el rey fabledes
De materias del despacho;
Que son asuntos muy graves,
Fechos todos muy granados,

Que os embargarán el seso,
Y turbarán el descanso.
Ni os empezca que en leyes
Diga don Alonso el Sábio
Que sois del rey la aparcera
En pesares y cuidados.
Sedlo solo en los sabores
Hasta que salgais del parto.
Catad que los movimientos
Sean todos mesurados.
Al erguiros non pareis
En fiesto nin acorbado,
Ni yagais mucho en el lecho,
Ni esteis en pie largo rato,
Ni andeis nunca muy aprisa:
Sea el vagar por los llanos.
El egercicio os conviene,
Empero bien moderado.
No ayuneis, por Dios, señora,
Que yo sé de un cirujano
Manchego, que en estos fechos
Era práctico avisado,
Que las señoras que ayunan
Alumbran los fijos fátuos: (*)
Cosa que empeze muy mucho
Al rey, si de sus vasallos
Ha de juzgar los derechos
Y tener su reino en salvo;
Ca si no es, en los saberes,

(*) Juan Alonso de los Ruices de Fontecha, natural de Daimiel. Asi lo dice terminantemente en un libro disparatado y graciosísimo por esta razon, cuyo título es: *Diez privilegios de preñadas*, y añade «que hay esperiencias de historias auténticas y vistas por los ojos.»

Acucioso y bien famado,
Engañarle han mil vegadas
Malsines y cortesanos;
Cuando entendiere en lo suyo,
O, en su silla de respaldo,
Resciba los mandaderos
De los paises estraños.
Y fuego grecisco en ellos,
Que en su pro y en nuestro daño,
Vienen siempre falagueros
De artimañas pertrechados.

Pluguiérame no dejárais
El fértil y umbroso Tajo,
Que solar caliente y húmedo,
Segun griegos y romanos, (*)
Es á los alumbramientos
Favorable é bien guisado.
Mas si tornais á la córte,
Los físicos consultados,
Parad mientes en los vientos
De los montes Carpentanos,
Que llegan á Mayorito
Sotíles é resfriados;
É non son á pró las toses
Durante los embarazos.
Faced, mi reina y señora,
Lo que vos dejo apuntado;
Y con esto non curedes
De traer puesto en el brazo
Nen piedras finas del Agila (**)

(*) El autor citado dice que, con efecto, es opinion de griegos y romanos.
(**) El mismo pone este y los que siguen, y otra retahila mayor de despropósitos como medio de facilitar los partos.

Uña de oso, ni Astragalo,
Nin consulteis horoscopos
De astrólogos ni de magos;
Que vuestro infante será
Un niño fermoso y sano,
Doncel apuesto y brioso,
Y mas tarde, el tiempo andando,
Rey prudende y derechero,
En lides afortunado,
Terror de sus enemigos
Y padre de sus vasallos.
É non pongais duda en ello;
É si la poneis, membráos
Que á ruego de muchos buenos,
Y á ser de tristes amparo
El cielo por don le envia:
Cual suyo será regalo.

Aquí la peñola mia
A sus mal trazados rasgos
Dá fin, y el perdon vos pide,
Se non consiguió agradaros.
La intencion yo vos la fio,
Que lo al no es en mi mano.
Y con esto quedo al cielo
Por vuestra salud rogando,
Y á la vírgen que os asista
En los momentos del parto;
Y cual debo, á vuestros pies
Rendido y afinojado,
En vuestro chapin, señora,
Imprimo el humilde labio.

A la muerte del célebre poeta cómico don Leandro Fernandez de Moratin.

> Comœdia luget, scœna est deserta,
> Deinde risus, ludus jocusque et numeri.
> Innumeri simul omnes collacrîmarunt.
> VARRON, *á la muerte de Plauto.*

Al ronco son de su funesta trompa
De la rica Lutecia en los confines
Su vuelo remontando, «*murió Inarco,*»
Grita la Fama, y Eco lastimera
De valle en valle triste resonando,
«*Murió*» repite. De Yalemo el canto,
De la elevada cima del Pirene
A las columnas de Hércules famoso
Con dolorido acento entona el íbero,
Y uniéndose á su voz, fúnebre coro
Forman con él el lusitano, el galo,
Los de Albion, los del Danubio y Tiber.....
Crece el clamor..... á Oriente se difunde,
Ni esento queda de Coricia el antro.....
En su sagrado cóncavo retumba
El general lamento. Presurosa
Huye Talía la festiva danza,
Y en luto su alegría convirtiendo,
Desceñido el talar, suelto el cabello,
Desde la cumbre del Parnaso al Sena
Desciende en raudo vuelo, y sollozando,
Entre la tumba de Moliere é Inarco,

Que inefable destino juntar quiso, (*)
Pone llorosa su ligera planta.
Allí desnuda sus divinas sienes
De la corona que su frente ornára....
En menudos fragmentos la deshoja
Girando en torno del recinto santo....
«¡Mortales! si acatais el númen mio
Aquí el ara erigid, mi templo sea.»
Dijo, y con paso trémulo se acerca,
Y de la yerta mano de su Inarco
Lanzando un ay! su máscara recoge,
Que allá del Manzanares en la orilla,
Dulce imprimiendo su ósculo divino,
Risueña le entregó, solo á Menandro,
A Terencio, á Moliere antes cedida,
Y en enlutado carro desparece.

(*) El sepulcro de Moratin está á muy pocos pasos del de Moliere. Sin nota de exageracion nos será permitido decir lo que, con harta menos razon, dijo de Sanázaro, comparándole con Virgilio, el cardenal Bembo:

Musa próximus ut tumulo.

EN ALABANZA DE VARIOS INGENIOS SOBRESALIENTES QUE, EN LA POESIA Y LA MÚSICA, HA PRODUCIDO NUESTRA EDAD; Y QUE POR LAS CALAMIDADES DE LOS TIEMPOS, HAN MUERTO Ó VIVIDO EN PAISES ESTRANGEROS OLVIDADOS DE SU PATRIA (*).

Lamentos del Manzanares.

Hórrida tempestad oculta el dia.....
De la etérea region rayos vibrantes
El aire inflaman sobre la alta cumbre,
Donde un tiempo solia
Sus aguas blandamente resonantes
Derramar con benigna mansedumbre
El Padre Manzanares
Del Carpentano monte descendiendo.
Cruge su cima, y en fragoso estruendo
Todo anuncia que el Númen ofendido
A funestas venganzas se prepara.
Alza la diestra, y contra sus altares
Rompe la urna, y derribando el ara,
En sus rápidas olas sumergido
Parte y arrastra, en cólera deshecho,
Cuanto se opone á su mortal despecho.
No ya cual otro tiempo respetuoso
Al avistar los muros celebrados
De esa Mántua, señora de dos mundos,
Y el alcázar suntuoso
Que en sus lucientes ondas se retrata,
Alza su frente y plácido la acata.
Con ojos iracundos,

(*) Dió ocasion á esta composicion lo siguiente. Mis discípulos iban á representar el Doctor Utrera. Súpolo la Malibran; manifestó deseos de venir á verla; y aquellos me rogaron hiciese una composicion en elógio suyo, que pudiese, como en recompensa, determinarla á cantar.

Con torva faz la mira, y de sus hados
Tristes la acusa, y con enfado santo
Así se queja en dolorido canto.

¡Mántua feliz, cuando feliz concordia
En dulce paz unió tus ciudadanos!
¡Que fué de tu esplendor y tu riqueza!
Lanzó el Averno la fatal Discordia,
Y bárbara crueza
Convirtió en enemigos los hermanos.
Dispersos ¡ay! por la anchurosa tierra
Apolo llora sus perdidos hijos.....
Los cisnes, que en mis aguas se bañáran,
Y que alegres cantáran
Tus glorias, tu saber, tus regocijos,
La rencorosa guerra
Feroz á ignotos climas los destierra.

Y yo envidiado del Garona y Sena
Y el Támesis undoso,
Contento con mis aguas cristalinas,
Mientras diste á mis plácidas orillas
Tanto ingenio famoso,
Los Lopes, los Ercillas,
Lloro en acerba pena
La soledad ingrata
A que un rigor injusto me condena.
Entretanto que en tierras peregrinas,
En tu mengua y desdoro,
Pierdes los que con himnos de alegria
Saltar hicieran mis arenas de oro.

Las musas placenteras
Dejaron mis riberas.....

Del otro lado del feliz Pirene,
Arrasados en lágrimas sus ojos,
La risueña Talia,
Sobre la urna sacra que contiene
De su querido Inarco los despojos
Solloza y gime, y por su tumba fria
Se olvida de Castalia y de Hipocréne.
Siguió Erato festiva á su Batilo. (*)
Aquel, á quien tan solo fuera dado
Del Teyo y del Tebano
La lira manejar, tierra de asilo
Cubre, entre los estraños olvidado....!
El que con diestra mano (**)
De Febo pulsa cítara sonante,
De nacion en nacion vagára errante....
Y el Anfion hispano (***)
En los dos emisferios celebrado
Por sin par en el canto, aquel Garcino
De tu seno arrojado,
El que aclamó Lutecia por divino,
De sus doctas lecciones la dió el fruto;
Y agradeciendo su favor al Sena
Un tesoro le cede por tributo:
¡Celeste Malibran! ¡dulce Sirena!
¡Nunca en mi oido sonará tu acento,
Ni en mi onda cristalina
Retratado veré tu rostro hermoso....!
¡Nunca tu voz suave y peregrina
De la paterna lengua el noble aliento
Animará con estro melodioso....!
¡Mántua! ¡Mántua! Esa Circe encantadora

(*) Melendez. (**) Sor. (***) Garcia.

Con sus hechizos consumó tu ruina.
De las almas señora
Rindióla Apolo mismo su albedrío,
Y á par de sí retiene
A Euterpe con Polimnia y Melpomene.

Solo te queda la impasible Clio
En tu Parnaso ¡oh Mántua! ¡Quiera el cielo,
Que te prepare para mi consuelo,
Al escribir tu historia,
En útiles lecciones nueva gloria!

Dijo, y del hondo pecho suspirando,
Puesto fin al lamento,
Se sepulta de nuevo en su elemento,
Y parte con sus Náyades llorando.

Al Inventor de la Imprenta.

(Fragmento.)

Alza Jove su diestra prepotente
Del justo condolido:
De opresores la raza envilecida,
Que gozaba insolente
De un triunfo envejecido,
Huye despavorida
Del nuevo rayo que lanzó á la tierra.
Del hondo valle á la elevada sierra
El eco repetia
«Que del saber el Hércules venia.»

El orbe ensangrentado
Con el crímen horrendo
De tanto mónstruo que abortó el abismo,
Escucha alborozado
Tan agradable estruendo.
El feroz fanatismo,
Que ávido la ancha fáuce descogia,
Cierra asustado su garganta impía
Insaciable y funesta
A devorar mil víctimas dispuesta.

El déspota altanero,
Que de su trono de ébano blandia
La segur acerada;
Y que, cual nunca fiero,
De horrible tiranía
La tierra subyugada,
Amenazaba con estrago y muerte,
Tiembla ya por su suerte;
Y vil como tirano
Trémula esconde la asesina mano.

¡Déspotas sanguinarios! ¡Impostores!
¡Raza de maldicion, que tantos siglos
Con un furor insano
Esterminio y horrores
Por do quier derramais! ¡fieros vestiglos
Que del género humano
Habeis sido el espanto!
¡Funestas causas de su eterno llanto!
Huid, huid, con paso apresurado,
Que el brazo del filósofo está armado.

——

En el destierro en 1818.

¡Hado fatal, que de la dicha mia
Enemigo cruel te has declarado!
¿Será tal vez, que inexorable y fiero,
A eterno padecer con furia insana
Mi triste corazon has condenado?
¿Será que nunca de la dulce patria
Al seno vuelva, y los placeres goce?
¡Injustamente amancillado el nombre....
Pobre por mi virtud, y desterrado;
Estrangero á los pueblos, donde habite
En espantosa soledad sumido...!
¿Que es de mí? ¿Que es de mí? ¡Suerte inhumana!
¡Ciega Deidad, que los destinos reglas!
Si así del bueno la justicia oprimes
¿Qué es la virtud entre los hombres? Nada.

ÉGLOGA.

POETA, SILVIO, SORIANO Y DALMIRO.

POETA.

En fresca noche del ardiente estío
Iluminando el astro de Diana,
Del Sena undoso la feliz ribera
Y su argentado rio
Y la gente Secuana,
El viejo Silvio, que en su choza espera
A Soriano y Dalmiro celebrados
En el laud sonoro,
Llegar les ve cantando en dulce coro.

SILVIO.

Salud, pastores, ay! que injustos hados
El patrio suelo á abandonar obligan.
Ya que por mi ventura
A estos lejanos y estrangeros prados
Tragísteis los rebaños,
Dó los mios se abrigan,
Y en mis cansados años
Alivio quereis dar á mi tristura,

Que cada uno su laud templado
Haga, alternando en dulce movimiento,
Con aires patrios resonar el viento.

DALMIRO.

El cabrito pintado
Que precio en mas que mi rebaño entero
Por ser don de Amarilis, mi pastora,
No te fuera por mí, Silvio, negado;
Que á darte gusto aspiro,
Y te amo y te venero
Al par de aquella á quien el alma adora.
Mas al talento humilde de Dalmiro
Alternar no le es dado con Soriano.
¿Quién á mi amigo competirle puede,
Si Apolo mismo su laud le cede?

SORIANO.

Aun mas que á mis ovejas en verano
De arroyo cristalino
El agua pura y fresca es deliciosa,
Gratos me son, Dalmiro, tus loores
Mas ¿quién de tu talento peregrino
No admiró la destreza portentosa?
Manzanares ufano,
Al oir tus primores,
Te proclamó el primero justamente.
Al par de tí ninguno sobresale:
Y por feliz se cuente el que te iguale.

DALMIRO.

De nacion en nacion, de gente en gente
La fama que mi nombre desconoce,

El tuyo difundió, caro Soriano;
Y el mundo te proclama y reconoce
Como el asombro de la edad presente.
El laud en la mano
Del Newa y Volga frio
Al Támesis adusto y nebuloso,
Del Rin al Bétis, resonante Clío
Sin par te nombre, mientras yo gozoso
En tierno lazo de amistad unido,
Tus sienes coronar veo en Lutecia,
Que por su Orfeo te aclamára Grecia.

SILVIO.

Pastores del Otero y del Egido
Aprestad tres coronas al momento:
Una de mirto y otra de laureles,
Y con jazmin flexible entretegido
De azucenas y rosas la tercera.
Preparad asimismo los rabeles;
Y aunque en rústico acento,
De Dalmiro y Soriano
La amistad verdadera,
La virtud de tan pocos igualada
Alegre cante toda la majada.
¡Oh quién me diera del sin par Mantuano
La flauta pastoril! No la contienda (*)
De Menalca y Dametas celebrára,
Dó no aparece sino orgullo insano.
Mas pues tanto mi númen no alcanzára
Del favor de los dioses, otra ofrenda
Recibid ¡oh pastores! de mi mano:
De Dalmiro el modesto, aunque eminente,

(*) Virgilio. Egloga 3.ª

El mirto ciña pudorosa frente.
Del ingenio recibe la corona
Tú Soriano divino
A Tersícore grato, (*)
Tú que al nacer bañado en la Helicona
Fuiste por mano de la sacra Erato.
El viejo Silvio gracias al destino
Le dá de sus desdenes
Por gozar esta noche venturosa:
Que pocas veces amistad dichosa
De dos rivales coronó las sienes.

POETA.

Dijo el anciano, y coronando en uno
Con la tercer corona á los pastores,
A la comun envidia superiores
Tañeron sus laudes de consuno. (**)

(*) Alude al baile de *Cendrillon* y otros, cuya música es de Sor.

(**) Dió motivo á esta composicion el deseo de celebrar la estrecha amistad que unia á dos de nuestros célebres guitarristas, don Fernando Sor y don Dionisio Aguado, que á la sazon se hallaban en París y tocaron juntos en varios conciertos y en casa del autor.

EPIGRAMAS.

A Geroncio.

¿Conque haces versos latinos,
Y en griego estás traduciendo
El Bernardo de Balbuena,
Y tu traduccion es buena
Y tus versos son divinos?
Sigue, Geroncio, escribiendo;
Embarra papel y tinta;
Pon el Quijote en caldeo;
Vierte al siriaco la Aminta.....
Con griego, latin y hebreo
Y erudicion tan distinta
¡Cuán feliz, Geroncio, fueras,
Cuán feliz, sino tuvieras
De tonto mas que la pinta!

Las ganancias de un literato.

AUTOR. IMPRESOR. LIBRERO.

AUTOR. ¿Vendióse toda? LIBRERO. Como pan bendito.
A duro el egemplar, hacen mil duros.
AUTOR. ¡Loado sea el Señor! Salí de apuros.
LIBRERO. Ved aquí de la cuenta un estadito.

IMPRESOR. Es un libro profundo y erudito.
Vuela su fama por los dos coluros.
AUTOR. ¿Con cuántos reales contaré seguros?
LIBRERO. Alcanzamos á vd. en un piquito.

Al necio orgullo de algunos magnates.

Vivio Rufo se creia
Un César, un Ciceron
Porque casó con Terencia,
Y no sé como adquirió
La curul en que el senado
Presidia el Dictador.
Cuantos Rufos hoy nos dicen
Muy llenos de presuncion:
«Yo soy un Nuño Rasura,
Yo soy el Cid Campeador»
¿Y por qué? Porqué el tal fátuo
Vino á ser el poseédor
De la lanza, ó de la espada
Con que otro moros mató;
Del sillon en que su abuelo
Justo y sábio se mostró.

Sobre el mismo asunto.

¿Quién es aquel hombronazo
Con trage de calesero,
Que fuma como un lacayo
Y habla tanto, y es tan necio?
Ese es un grande de España.

Es el duque de Ziruelos.....
¿Con que es de excelsa familia?
Ahí es nada. El rey don Pedro.....
No: me engaño..... fué mucho antes...
Yo creo que el rey Asuero....
Ello su grandeza viene.....
Ya estoy.... del primer Ziruelo.

A un escritor desventurado.

¿Con que ha vendido su casa
Don Simplicio el escritor
Para costear de sus obras
Malhadadas la impresion?
¡Cuántas gracias deben darle
Especiero é impresor!

Al falso saber de la edad nuestra.

El duelo que en nuestros padres
Era estúpida rudeza,
En nosotros es de luces,
De grandes luces la prueba.
La ignorancia.... Si.... no hay duda
Fué el mal de la edad pretérita....
¿Qué va que el de la presente
Es la demasiada ciencia?

———

A un criticon ignorante y presumido

Cuerpo arqueado, lente en mano
Y aire de conocedor
Aquel abatíllo enano,
Irresistible hablador,
Que la echa de literato
Y cita á Homero y Platon,
De un estúpido el retrato
Miraba con atencion.
«Copia, copia y archicopia»
Con gesto despreciador,
Dijo, «y el pintor se apropia....»
«Alto ahí» respondió el pintor,
Con frente un tanto ceñuda,
Con voz hueca y sepulcral;
«Que es copia no tiene duda:
Vos sois el original.»

A la falsa amistad.

Honra Basilio á cuanto necio infame
Se prosterna á tus pies. Prodiga el oro
Al que con mengua suya, en tu desdoro,
El precio vil de adulacion reclame.
Que injusto ó bueno el mundo te proclame
¿Qué le dá? Sin virtud y sin decoro
Medrar quiere. Su Dios es su tesoro,
Y mientras tú le des, cierto es que te ame
A mí que no te adulo y soy sincero
Mándame ahorcar, pues la verdad te digo.

Mas si un dia en desgracia te encontráres
Y te abandona tanto lisongero,
No te quejes, Basilio, sino halláres
Entre tantos esclavos un amigo.

Al que tenga de vidrio su tejado.

Por quince dias que debe
De cuarto, servicio y cama,
A un poeta, en su boardilla,
Un escriba inventariaba
De su tísica maleta
Los trapos que le quedaban.
Él entretanto en cortarse
Las uñas el tiempo pasa.
Tris...... y una de los pulgares
Del dedo á los autos salta.
Item, dice el alguacil,
Un peine grande de asta.
¡Hola! señor don corchete,
¿Le gustan los epigrámas?
Pues aprovéchese de este
Que el poeta le regala.
Mis uñas crecen ociosas
Mientras yo compongo octavas
¡Cuántos hay que no las tienen
A fuerza de egercitarlas!

A D. N...

Pedancio ¡Qué! ¿ser poeta
Quieres en latin y en griego?
Déjalo ¡maldito! estudia
La prosa de tus abuelos.

A M de F.

Versos compone Fonteyo
En diez lenguas estrangeras:
Como no escriba en la suya,
Démonos la enhorabuena.

A Aulicovilio.

Sufrió de la fortuna los vaibenes
Cervantes pobre, y se murió de hambriento.
¡Feliz, Aulicovilio, tú que tienes
Puesto en la rabadilla tu talento.

A Nísida, modista.

Venus te dió su hermosura,
Diana dulce modestia,
Flora los finos matices
De la rosa y la azuzena;
Y el jugueton Cefirillo
Travesura y ligereza.
Cuando al tocador asistes
De cortesanas bellezas,
No eres tú tan generosa:
Tú no las dás, que las prestas;
Por eso de ellas á tí
Vá siempre la diferencia
De lo vivo á lo pintado,
Del arte á naturaleza.

APOLOGOS Y CUENTOS.

Don Pedancio y don Severo.

DON PEDANCIO. ¿Es posible que vd. tenga,
Pasando por erudito,
De una edicion tan comun
A Horacio? Mucho me admiro.
Sabe vd. que hay ciento y veinte
De un mérito distinguido:
Las de Antonio de Zaroto,
Aldo Manucio, Lambino,
Escrevelio, Ascensio Badio,
Las tres de los Elzevirios,
Desprez *ad úsum Delphini,*
La de Bentleyo y el Grifo,
Barbú, Didot y Bodoni,
Gesnero, y Zeunio, Orbelino.....
DON SEVERO. Basta, basta don Pedancio.
Ninguna de ellas he visto.
Por esa mala edicion
A Horacio estudio y medito;
Y vd., que tantas me cita,
Por ninguna le ha leido.

DON PEDANCIO. ¿Y en qué lo conoce vd?
DON SEVERO. Lo conozco en sus escritos.
Es saber pueril y vano,
Es necio charlatanismo
La ciencia de las portadas
Sin la ciencia de los libros.

El Prior y el Despensero.

DESPENSERO. Padre nuestro.... Yo quisiera....
PRIOR. ¿Qué quiere Fr. Pantaleon?
DESPENSERO. Sabe vuestra reverencia
Con cuanto afan y fervor
De despensero he servido
A la santa religion.
PRIOR. Vaya que no le ha ido mal....
No se queje, Padre.... No.
DESPENSERO. Sí, pero ya de los fieles
La caridad se enfrió;
Y el oficio..... En fin, yo quiero
Ser predicador mayor.
PRIOR. ¿Está dado á los demonios,
Miserable pecador?
Si ni aun el Lárraga sabe;
Si nada, nada estudió;
Y en visitar las hermanas
Todo su tiempo perdió;
Si es tartamudo ¡maldito!
¿Cómo ha de ser orador?
Siga, fraile, administrando

El vino, aceite y carbon;
Que algo se chupa, y no tenga
Al púlpito pretension.
Pues de injusticia se queja
El padre Fr. Pantaleon,
Y dice que entre los legos,
Pasa por un Salomon.

Las dos Ranas.

¡Pobres de nosotras
Decía una rana,
Mirando de lejos
Dos grandes toradas
Que, muy furibundas
Y á cierta distancia,
Disputando el mando
De la selva estaban;
Y en duros encuentros
Se dán de las astas.
¿Por qué te lamentas?
¿Porqué angustia tanta?
Otra compañera
La dice. ¡Insensata!
Si están á dos leguas......
No hay que temer nada
Ni vá con nosotras
Su fiera demanda.
¿Cómo no? replica
La prudente rana.
¡Qué poco prevés!

¡Qué necia que andas!
¿No vés que el vencido
Vendrá á nuestra estancia
A buscar asilo,
Y con sus patazas
Por medias docenas
Nos hará una plasta?
De los ambiciosos
Las crudas batallas
Del pobre inocente
La vida amenazan.
¡Pacíficos pueblos
De la triste España!
No sé si en vosotros
Esopo pensaba;
Mas su fabulilla
Con vosotros habla:
Que vuestro peligro
Al vivo retrata.

La Vieja y la Niña.

Cuenta el viejo Esopo
Que, en no sé que villa
(Nunca él dice donde......)
Seria en la Frigia,
Habia un hidalgo
De cuarenta arriba,
Muy dado á mugeres
Pues que dos tenia.
Eran sus cabellos,

Cual la edad pedia,
No negros del todo,
Que de todo habia.
De sus dos mugeres
La una era niña,
No poco imprudente
A fuer de tan viva:
La otra ya vieja,
Taimada y ladina;
Y á su edad entrambas
Traerle querian.
Para conseguirlo,
Con moda distinta,
Diéronse á peinarle
Las señoras mias.
Sus canas con gracia
Le quita la niña:
Sus negros cabellos
La vieja maldita
Le arranca; y el pobre,
Que en las dos confia,
Y no sospechaba
Tal bellaqueria,
Vióse de repente
Calvo en cuatro dias

¡Cuánto me riyéra
Con la fabulilla
Sino viera en ella
De la patria mia
Al vivo pintada
La infausta desdicha!
Necios é imprudentes

Hoy la sacrifican,
Sus blancos y negros
Cabellos la quitan......
¿La veremos calva?
¡Dios no lo permita!

El cuento verdad.

En el año veinte y dos,
Dos antes del veinte y cuatro,
En la córte de Madrid
Sucedió un caso muy raro.
Al salir de la Fontana
Un orador afamado,
Que acababa de probar,
En un discurso muy sábio,
Con árabes y caldeos,
Con griegos y con romanos,
Que todos somos iguales
Desde el mas alto al mas bajo;
En sus glorias embebido,
Gozoso con los aplausos,
No vió una récua de burros
Que huyendo los latigazos
Con que el yesero venia
Sus lomos espolvoreando,
Cual demonios al conjuro
Iban echando venablos.
De hoz y de coz en el medio
Metióse él sin repararlo;
Y salió ni mas ni menos

Que cómico enharinado
Vestido ya para hacer
El papel del Convidado.
Tal fué su cólera al verse
Tan sucio y tan mal parado
Que, enarbolado el baston,
Sin mas retórico ornato,
Sobre el último borrico,
Dó vá el yesero á caballo,
Una tempestad furiosa
Descarga de garrotazos.
En tierra salta el ginete
Diciéndole amohinado:
«Poco á poco con mis burros;
Que pasó el tiempo dantaño,
Y todos semos iguales,
Y yo soy un ciudadano»
«¿Tú igual conmigo, belitre...?
Tu eres igual á tus asnos.»
Le respondió don Liberio
Transformado en don Servanio.

No dijo bien: no por cierto,
Que es mucho apretar la mano.
¡Mas cuál de estos disparates
Es mayor, bien reparado,
El que le dijo al yesero,
O el que probó predicando?

Habria dado en el hito,
Los estremos evitando,
Si en la calle y la tribuna,
A los negros y á los blancos

Les hubiera repetido
Sin retórico aparato:
«Iguales ó desiguales
Pobres, ricos, tontos, sabios,
Oradores y yeseros,
Pastores y soberanos,
Todos somos, todos somos
En Cristo ó en Dios hermanos.»

Juan Rana y su asno.

JUAN RANA. ¿Por qué prefieres esa albarda vieja?
ASNO. Yo tengo mis razones de querella.
JUAN RANA. Pues ¡Maldito de Dios! ¿no te desuella
¿No te desgarra desde rabo á oreja?
ASNO. Aunque abrumado, llego hasta el molino;
No al galope, ni al trote ciertamente,
Mas ni mi edad ni mi salud consiente
Que piense en los respingos de pollino.
JUAN RANA. Repara en esta que ponerte quiero:
Mírala que cortita y que ligera.....
Hízola en Cádiz para tí Aguilera,
Que en Paris aprendió á guarnicionero.
ASNO Si mi suerte, señor, os interesa;
Si quereis que termine mi carrera
Cual Asno honrado, y que tranquilo muera,
Renunciad, por Jesus, á tal empresa.
Que me aflojen la cincha un tanto cuanto
Para que pueda andar mas desahogado;
Que me arreglen el fuste de este lado;
Que alcen un poco de la albarda el canto,

Que me mata en la cruz. ¡Del tiempo aguarda
Que mi mal cure y mude de pellejo.
Ponme entonces del galo el aparejo,
Ó echame al prado entonces sin albarda.

Dicen que Rana es hombre de talento.
Yo digo que no es Rana su jumento.

La Abeja y la Mariposa.

En un jardin florido
Con dengues y monadas
Brillante mariposa
Entró cierta mañana.
De flor en flor volando,
Ciega y desatentada,
De una en otra saltando
En ninguna se para;
Ya baja á la violeta,
Ya al lirio se encarama.
¡Oh! qué hermoso jacinto!
¡Oh! qué olorosa albahaca!
Claveles, tulipanes,
Todo, todo la encanta.
¡Pero ay que rosa! ¡cielos!
Y vá á posar sus alas.......
Mas halla que en su cáliz
Una abejita estaba.
Con mil variados giros,
Ligera como el aura,
Recorre del recinto

Las flores y las plantas.
Una, dos, cuatro veces
Vá, viene, vuelve, y pasa.....
¿Y la abeja? La abeja.....
¡Qué cólera! ¡Qué rabia!
Siempre en el mismo punto
Inmóvil dormitaba.
¿Qué haces? al fin la dice,
¡Qué flema! ¡Qué cachaza!
Diez veces, por lo menos,
Mientras tú no haces nada,
De todas estas flores
La variedad pintada
He visto, y de su aroma
Olido la fragancia.

La abeja, que de jugos
Estaba ya bien harta,
Vuelve su cabecita,
Y con mucha chuscada
La dice «¿Y de cuál de ellas
Chupaste la sustancia?»

Cuando yo veo un niño
Muy vivo, que en el aula
Ya coge este cuaderno,
Ya comienza una plana,
Toma un libro y le deja,
Y en seguida otro saca;
Al momento me acuerdo
De esta pícara fábula,
Y decirle quisiera
Cual la abeja taimada.

«Mariposita mia,
Que tantos libros pasas
¿De cuál de ellos, hijito,
Chupaste la sustancia?»

El Asno y el Caballo.

En campo estéril
Un burro atado
Flaco y hambriento,
Viendo un caballo
Lúcio y redondo,
Fértiles prados
Correr alegre
Harto de pastos,
«¡Hombres injustos!
Grita irritado.
Yo que de hambre
Muero rabiando
Á dura estaca
Asido me hallo;
Y en torno mio
Solo hay guijarros.
Él, vigoroso,
Gordo y lozano,
Deja de sobra
Yerbas y grano.
Yo, pobrecito,
¡Ay me cuitado!
De sobra solo

Dejo los palos.
Fuerte herradura
Cubre su casco:
Yo por las breñas
Trepo descalzo.
Fuste ligero,
Petral dorado,
Fina gualdrapa
Con mil recamos
Ornan su lomo.
Yo ¡desdichado!
Nunca de rotas
Albardas salgo.
Hombres injustos!
¿Quéos hizo el asno?»
Dicen que á tiempo
Llegó el caballo
De oir las quejas
De aquel picaño;
Y esta respuesta
Le dió de paso.
«Dócil al freno,
Pronto al trabajo
Consigo hacerme
A todos grato.
Tú, perezoso,
Terco y porfiado,
Solo te mueves
A garrotazos.
Si quieres galas,
Respingo y pastos,
Fuera pereza
Y haz otro tanto.»

Hijitos mios,
Ojo al caballo;
Y el que quisiere
Seguir al asno,
Que no se queje
De albarda y palos.

El Gato y la Cabra. (*)

Vivian comensales,
En una misma casa,
Un gato muy travieso
Y una cabrilla mansa.
«¡Cobarde! ¿Y tú consientes
Verte así sujetada,
Asida de una cuerda,
Metida en una jáula?»
Mirricifuz decia
A la paciente cabra,

(*) Esta fábula, en la ocasion en que se leyó, tenia para el auditorio á quien se dirigia un mérito de oportunidad y de verdad en su fondo que no es posible conservarla; y como tal vez no tiene otro, es muy de sospechar que no tenga ninguno. En el año de 1830 (como que no hay para los niños ejemplo perdido) las *jornadas famosas de 27, 28 y 29 de Julio*, escitaron en las cabezas de los muchachos un fermento de libertad, como la entienden generalmente cuantos la buscan en las sediciones; y no hubo colegio en Paris que no quisiese tentar la gloria de una revolucion. Ni aun el mio pudo sustraerse á esta epidemia de imitacion. Dos aturdidos, que mi cariño no permite nombrar por no hacerles ni aun este daño, arrastraron á cuatro ó cinco niños de mas tierna edad; y, tan sin motivo como sin objeto, rompieron á palos todos los vidrios del Estudio general. Eché á los dos cabezas de motin: castigué á los incautos con algunos dias de privacion de las horas de recreo; y el órden quedó restablecido. Este suceso me sugirió la idea de la fabulilla; y los personages se me presentaron naturalmente. Para que se divirtiese

«Antes que resignarme
Con semejante infamia
Rompiéra yo las puertas,
Los vidrios, las ventanas;
Y al que atarme quisiere
Los ojos le sacára.»
«Amigo» le responde
Con gran juicio la cabra.
«Si seducirme intentas,
Tu diligencia es vana.
Ya he probado de todo;
Ya sé lo que se alcanza
Con ser un furibundo
Que á coces y puñadas
Responde á quien le enseña,
Recibe áquien le halaga.
Ya sé lo que es ser libre,
Y no respetar nada;
Que aun no se me ha olvidado
Cuando toda la casa
Juntos los dos corrimos;
La cocina y la sala,

mis nietecillos habia yo comprado una cabrita que, en un principio, dejamos vagar por todas partes. El animalito abusó de esta licencia: entraba en todos los cuartos, saltaba por todos los muebles, rompia algunas vasijas de la cocina; y cuando la cocinera, ó su ayudanta, enarbolaban la terrible escoba, en compañía del gato (á quien siempre sobresalta su mala conciencia) escapaba al jardin, donde tal vez les esperaba la *turba multa* de colegiales, que les perseguian. El gato trepaba por las tapias, con acompañamiento de guijarros; y la pobre cabra, despues de muchas carreras, desatentada y ostigada por los muchachos, se metia en una casilla que habia en el jardin destinada á la habitacion del jardinero; y de donde solia salir tirándose por la ventana. Para remediar estos desórdenes, hice encerrar la cabra: se la sacaba al jardin mientras los niños estaban en el estudio, siempre retenida por una cuerda: pastaba, se recreaba, y volvia á su establo. Por este medio se domesticó. He aquí los antecedentes y la circunstancias que daban interés y verdad á la fábula. Los sirvientes eran, con efecto, un tal Juan, y un holandés chiquirrituelo y ridículo personage.

a huerta y los jardines:
Y mil calaveradas
Hice por tus consejos.
Renuncio á tales mañas;
Que no todo fué gloria.
Tal vez entre la zarzas,
Mis cuernos enredados,
Llovian las patadas
De aquellos señoritos
Que nos daban la caza;
Y tal vez, entre puertas,
Cogida y acosada,
A riesgo de matarme
Salté por la ventana.
¡Y aquellas peladillas
Que á tu oreja zumbaban,
Mientras, para escaparte,
Trepabas por la tapia!
Mira tú, por indómito,
Como la vida pasas,
Y dime, en tu conciencia,
Si es vida sosegada.
Siempre lleno de miedo,
Siempre sobre las ascuas
Mirando á todos lados,
Temiendo á cuantos pasan.
Solo de tiempo en tiempo,
Pillas una tajada.....,.
Pero ¿Qué te sucede?
Todos tras tí se lanzan:
Juan la escoba te tíra,
El holandés la pala,
Y la del fregadero

Te escalda con el agua.
Yo estoy como una reina,
Y no me falta nada:
El amo me acaricia,
Me cuidan las criadas:
La cuerda me retiene,
No me oprime y maltrata.
Yo doy mis paseitos,
Cuando está la manada
De chiquillos traviesos
Estudiando en el aula:
Proteccion es, defensa,
Lo que tú llamas jaula.
¿Y quiéres que yo deje
Vida tan regalada;
Y que vaya contigo
A correr la campaña
Como dos foragidos
Sin ley, sin Dios, sin alma?
Sigue tu mal instinto;
Para tí, noramala,
Que yo de mi dulzura
Me encuentro bien premiada.»
El amo, que allí cerca
El coloquio escuchaba,
La besa, la acaricia,
Y luego la desata.
Diciéndole «cabrita,
Quien con prudencia tanta
Discurre, no merece
Estar mas tiempo atada,
La suelta; mas le sigue
Y de él no se separa;

Que aquel que de los buenos
Probó una vez la calma,
Aprecia, en lo que vale,
Una conciencia sana.

La Isla dichosa.

Pues que en mis dias,
Hijos queridos,
Me habeis mostrado
Tanto cariño;
En recompensa,
Por divertiros,
Quiero contaros
Un cuentecito.

En Pecatópolis,
Un pueblo antiguo
De los geógrafos
Muy conocido,
De quien la historia
Cuenta prodigios,
En todo opuestos
Hubo dos niños.
Era el primero
Dulce y sumiso,
Muy laborioso,
Muy compasivo;
Mientras que el otro
A fuer de altiv

Era intratable,
Cruel, maligno.
Los dos crecieron
Segun su signo:
Uno en virtudes
El otro en vicios.

Por mas desgracia
Eran vecinos....
La humilde choza
Del pobre Silvio
Junto al palacio
Del bello Amfriso
Era una mancha,
Borron indigno
De su grandeza.
Pasóle aviso
Que se mudase.
Respondió Silvio
Que él no dejaba
El dulce asilo
Do sus mayores
Habian sido;
Que á mas, un mago
Habia dicho
Que á su chocita
Faustos destinos
Vincula el hado,
Grato y propicio.
Nunca él dijera
Tal vaticinio.
Fué esta respuesta
Doble incentivo.

Lleno de rabia
El vil Amfriso
De mil maneras
Tira á aburrirlo.
Vé que no basta,
Busca testigos
Que le calumnien;
Y obtiene un juicio
Que de su patria
Destierra á Silvio.

¡Cuán pesaroso,
Cuan aflijido
Deja la choza
Donde ha nacido!
Mas, resignado
Vá su camino,
Tamaña injuria
Dando al olvido.
A pocos pasos
Un peregrino
Con quien se encuentra
Le dice: «Silvio,
No te detengas.
El vil Amfriso
De fuertes armas
Apercibido
Sale á matarte:
Huye el peligro.
Ves á lo lejos
Aquel pradito
Donde hay caballos...
Monta en el pio:

Corre hasta que halles
Un ancho rio....
En su corriente
Tira este anillo,
Y de sus ondas
De cristal vivo
Verás que surje
Puente magnífico.
Pasa, no temas;
Que aunque es de vidrio
Por él el justo
Corre tranquilo.

Sin detenerse,
Prudente Silvio
Sigue el consejo
Del peregrino:
Todo sucede
Como él predijo.

Pasado el puente,
Entre dos riscos
Vé que descuella
¡Raro edificio!
Un gran palacio
De oro muy fino.
Sube un repecho,
Llega al altillo:
Nuevos asombros,
Nuevos prodigios.
Ciudad de plata
De los dos riscos
La falda ocupa

De leche un rio
Ancho circunda
Todo el recinto.
Bogan sus ondas
Muchos navíos
De évano el casco,
De nacar nítido
La proa y mástiles.
Dorados hilos
Forman su jarcia,
Y con no visto
Primor, sus velas
Ricos tegidos,
Que jugueteando
Con varios giros,
Hincha y ondea
El Cefirillo.
Grandes mazetas
De coral fino
Islas parecen
Dentro del rio;
Y á su onda nivea
Purpúreo viso
Dan reflejando.
Rosas y lirios
Bordan su márgen.
Mil pajarillos
Pueblan el aire
Con dulces trinos.
Manchadas aves
En blando nido
Cubren las copas
De altos alisos.

Pintan el bajo
Campos floridos
Preciosa alfombra,
Que el tapiz lidio
Nunca igualára,
Ni los tegidos
De la opulenta
Fastuosa Tiro.
De espigas de oro
Poblados trigos
Cubren el llano.
En los cerritos
Que se levantan,
No áridos pinos,
Punzantes zarzas
Ni triste encino,
Bosques presentan
Negros, sombríos;
La noble palma
Del dátil rico,
Verdes granados,
Duraznos, priscos,
Grandes naranjos,
Limones, guindos,
Su flor ostentan;
Y á un tiempo mismo
Los pingües frutos
Do sucarinos
Jugos destilan,
Dulce rocío
Que cristaliza
Sol matutino;
Mientras en lo alto

Con sus racimos,
Vides enormes
Doran los riscos.
Con tanto asombro
Absorto Silvio,
No ha reparado
Que el peregrino
Sale á su encuentro
Con un lucido
Tropel de gente;
Que alegres himnos
Viene cantando
Con regocijo.
«No temas nada,
Querido mio,
Goza, le dice,
Goza tranquilo
De la morada
Que un Dios benigno
Depara al justo,
Que ha merecido
Por sus virtudes
Tal beneficio.
Ya de la muerte
Pasaste el rio.
¡Tránsito alegre!
¡Feliz destino!
Isla dichosa
Habitas, Silvio.
Vuelve los ojos,
Mira, hijo mio,
El fin aciago
De tu enemigo.»

Mira en efecto,
Y vé que Amfriso,
Siempre obstinado
En perseguirlo,
Húndese el puente,
Cáe en el rio,
Y halla en sus aguas
Hórrido abismo.

Si en la Isla dichosa
Quereis, hijos mios,
Habitar un dia,
No imiteis á Amfriso.
Huid desde ahora
Los funestos vicios.
La vida es un puente
De mágico hechizo:
La virtud ligera
Pasa sin peligro.
La culpa es pesada,
¡Y el puente es de vidrio....
El malo lo rompe
Y se hunde en el rio.

HIMNOS.

A la virtud y las ciencias.

¡Virtud sublime,
Hija del cielo,
Que eres del justo
Dulce consuelo!
¡Verdad augusta,
Deidad del sabio,
Descended juntas,
Ungid mi labio!
Himnos dictadme
En loor vuestro,
No de Mavorte
Triunfos funestos.
Que la victoria
Ciña las sienes
Del asesino
De Calistenes.
Si rudos siglos
Divinizaron
De lid sangrienta
Furor insano,

La edad que trajo
El desengaño
CORONA AL JUSTO,
CELEBRA AL SABIO.

Cedan las armas:
Viva la toga:
Marte es esclavo:
Témis señora.

Al que invencible
Cantó Tesalia*,
No le aprovechan
Estigias aguas.

Flecha de Apolo
Le dió la muerte.
Contra el ingenio
¿Qué vale el fuerte?

Solo la ciencia
Invulnerables
Hace los hombres,
Los pueblos hace.

Pues que ellas solas
Inmortalizan,
Alzando el trono
De la justicia;

¡Hijos queridos!
Con dulce lira
Cantad su triunfo:
«LAS CIENCIAS VIVAN.»

(1) Aquiles.

A las Musas.

De las celestes
Emnemosinas
El triunfo canta
Dulce armonía.
Como á sus hijos
Divino Apolo
Les dá que pulsen
Su lira de oro.
Como á los suyos
Docta Minerva
Guia al Santuario
De nobles ciencias.
Cual uno y otro
Ciñen sus sienes
Con siemprevivas,
Mirto y laureles.
Ved las coronas
Ornar su frente.....
De santa envidia
El pecho aliente;
Y al que no inflame
Tan digno ejemplo,
Deje á Minerva
Huya su templo.

A la Aplicacion. (*)

Arda en el pecho
Llama de honor,
Decid que viva
La aplicacion

Quien de los circos
El polvo huyó,
Jamás, en lides,
Se coronó.

Arda en el pecho &c.

El ócio inerte,
Feo baldon,
Es el verdugo
De la opinion.

Arda en el pecho &c.

Orna las sienes
Del que sudó
Noble corona
De vencedor.

Arda en el pecho &c.

(*) Letra para un himno que compuso, en 1828 don Fernando Sor, y que dedicó á su amigo don Manuel Silvela.

A INARCO.

Déjate, Inarco, (1) de escribir dislates:
No me vuelvas á hablar de Garcilaso
De Lope, de Rioja ni de Herrera.
No me majes el alma con tu Taso, (2)
Ni me cites jamás los disparates
Del que escribió la carta á los Pisones.
La razon, los preceptos vayan fuera.....
Vete á un zarzal á predicar sermones
Claridad, claridad, gritas furioso:
Estudio de la lengua y sus modelos;
Y, como el otro de pedestre musa, (3)
Exijes que me entienda Cienpozuelos.
No señor: el estilo estrepitoso,
La idea oscura: su espresion confusa;
Y en cuanto á lengua, estudia tú la mia,
Si quieres comprender mi algarabía.
De los antiguos la trillada senda
Olvida, Inarco, si pulsar la lira
Con gracia quieres del moderno Orfeo,
Que nuestra edad sin entender admira;

Y como ejemplos pide el que se enmienda,
Ese te envio que dictó Himenéo.
Léele y dime, si el que así enloquece,
Una jaula perpétua no merece.

«Antes de lo que fué, y es en la nada (4)
Eras, Elisa, entre las nadas bella.
Allí noticias de tus gracias tuve;
Y te busqué, y te hallé, y te amé en la nada.
¿No te acuerdas, Elisa, de los tiempos
Que allá en nublosa oscuridad perdidos, (5)
Desterrados los dos en lo futuro, (6)
La soledad innatural hinchendo, (7)
Del oscuro no ser (8) una alma sola
Entre los dos erró? (9) ¡Oh cuán tranquilos
La silenciosa paz de las tinieblas
Moramos ¡ay! do su cruel veneno
No soplan las maldades prosperadas; (10)
Y echadas las pasiones, y borrado
El vaho del vivir, el hombre es nada! (11)
¡Cuán contento olvidaba yo á tu lado
Que hubiese otro vivir para el humano!
Obstinóse mi padre, y fué preciso
Ceder al fin al paternal mandato;
Y del no ser al fresco remusguillo (12)
Sucedió del vivir calor estivo:
Y, en medio de dos lágrimas, lanzando (13)
Un ¡ay! de amor, partí para la vida.
Hollando lutos (14) me pasé los años
Mientras duró tan malhadada ausencia.....
Lamento sin cesar; y el labio envia
El ¡ay! de la amistad desesperada (15)

Naciste al fin, creciste y hermoseaste; (16)
Y veinte años despues volví á mirarte.

¡Oh sol radiante, en tus fulgores bello!
Cuando enterraba con honor tu ocaso (17)
Del verde otoño el postrimer suspiro,
Y cuando á su morir las ojas mústias
Del árbol paternal se despidieron, (18)
Ya en flaqueza humanal vide á mi Elisa.
Me reconoce; y mis tendidas palmas
Acoje afable entre las blandas suyas.
Himenéo lo vió, y ráudo acorre. (19)
¡Ay! ¡Ay! Qué el númen marital se acerca
En refulgente hondi-tronante carro!
¡Ay! que se acerca; y cia, y del azote
Dá á sus caballos, que el correr espuma! (20)
¡Ay! que empuñando la sagrada antorcha,
La agita en torno, y la sacude ardiente;
Y abre las puertas del nacer sombrio,
Y engranando mi ser con el de Elisa,
Otro ser de los dos nace engranado
Al futuro vivir! y nueve meses
Llora encubierto en nebuloso velo
En el rotundo seno de mi Elisa,
Que terso un dia conoció Himenéo;
Y levantado, en onda deleznable, (21)
Tamborilante (22) y temulento ahora,
Amenaza caer; mientras yo gimo
Al verle ¡Ay me! cuitado
De nueva muerte y padecer preñado. (23)
Heme aqui que soy padre. (24) Pasa en lloro
El fruto lagrimoso de Himenéo (25)
Mientras la luna, en la callada noche,
Empalidece el horizonte umbrátil.
Mi Elisa, al pié de la undulante cuna,
Me mira y yo la miro, y nos miramos:

Contempla y yo contemplo, y contemplamos;
Y mece, y mezco, y del mecer cansados,
Tal vez nos rinde plácido Morfeo.
Llora el infante, y por su madre clama.....
Clama, y vuelve á clamar.... (26) ¡Mamá! repite.....
Dijo y obró..... (27) y en remudar los paños,
Al rosear la aurora nos sorprende. (28)
Del sustento el afan empieza en ella;
O en rural menester rustiquecido, (29)
Plantando acaso la frugal lechuga, (30)
O en divino taller formon tranquilo,
O bienhechora gubia (31) manejando;
O ya bien empuñando (32) escoplo amigo, (33)
Con que el sudor y lágrimas se limpia
Mi tierna esposa. (34) ¡Ay! ¡Ay! El que Himenéo
A su carro ayugó, pasa los años
¡Poder de Dios! (35) à su dolor atados,
Y en zozobras el vulgo de sus dias, (36)
Hinchendo el aire en ladrador acento; (37)
Hasta que, al fin, lo porvenir cortando, (38)
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa, (39)
El largo á *Dios final* triste pronuncia..... (40)
Cáe en la tumba, y en la tumba yace....
¡Oh tumba, tumba descortés é insana!
¡Que no dices «aquí» cuando te llamo;
Ni corres presurosa, cual debieras,
A encontrar á mañana cuando llega!
¡Y tú, fruto de amor! cuando doliente,
Siembre horfandad la soledad y el lloro,
En tristes dias vivirá tormentos
Tu juvenil infancia, atormentada.
¿Mas qué importan del mundo los reveses?
¿Qué los momentos en dolor pasados?

El amor, lo que pierde desquitando,
Llena de lo que fué con lo presente.
Contento ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! con mi querida,
En su querer me saludé felice:
Ni juego este hoy por un mañana incierto,
Ni un mas allá me roe las entrañas,
Ni en nada precio el sepulcral vacio;
Que quien amando vive, nunca muere,
Y amo en la tumba, y en la tumba vivo,
Y en tertulia final mi tiempo paso;
Viendo como, en sus muros solitarios,
Cien bocas abre la insaciable muerte
Por donde traga sin cesar la vida.»
  Este es, Inarco, el resublime acento
De las nuevas Caliope y Erato;
Esta la gerigonza que te escito
A imitar, si poeta y literato
Te ha de aclamar el crítico erudito,
Que es hoy de nuestra edad raro portento.
Si te obstinas en ser claro y sesudo,
Pasarás, cual Homero, por menudo:
Ni serás nunca substancial poeta,
Si del todo no pierdes la chaveta.

NOTAS DE LA COMPOSICION ANTERIOR.

(1) En el año de 821 ó 22, entre otros libros, recibí de Madrid la segunda edicion de las Poesias de Cienfuegos. Moratin y yo leíamos juntos las nuevamente publicadas en ella, lamentándonos del estrago que habia producido en nuestro siglo este Gongorismo de nuevo cuño que, no embargante sus ínfulas de sublimidad filosófica, no era menos risible que el del autor de las *Soledades* y el *Polifemo*. Le escité, pues que se multiplicaban los egemplos, á repetir las lecciones; haciendo uso de los nuevos materiales que ofrecian las inéditas ó póstumas de este poeta, estimable cuantas veces no le arrastraba á sus encumbramientos la manía de parecer original, grandilocuente y sublime. Resistióse Moratin, que ya nada queria hacer; y yo, como por via de pasatiempo entre nosotros, le dirigí la presente composicion.

(2) Moratin tenia en alta estimacion á este poeta; y sabia de memoria su Jerusalen, que se complacia en citar con frecuencia.

(3) Sátira de Jorge Pitillas:

«Habla como han hablado tus abuelos
Sin hacer profesion de boquilobo
Y en tono que te entienda Cienpozuelos.»

(4) En este lugar, como en todos los demas, cito los pasages por la edicion de 1816, que es la que tengo. En la pág. 150 se dice:

«Tambien Lorenza amaneció: Lorenza
Antes de lo que fué y es en la nada.

En ella busca á su querido objeto
Y le halla, y le ama, y desde allí volando
Corta lo porvenir y entra en la tumba;
Y ama en la tumba, y en la tumba vive.»

Y pues que Lorenza, en la nada, busca, y halla, y ama, y vuela, y corta, y entra y sale, no hay inconveniente en que Elisa, cuando habitaba los mismos paises, pasáse por muy bien parecida; y que su amante recibiese cartas de sus amigos, ó leyese los papeles públicos, y la buscase y la amase, y recordase despues con placer las delicias de semejante situacion, y con dolor los tormentos de la separacion. Consta que los que pasan de este mundo al otro, al atravesar el Leteo, pierden la memoria de lo pasado: mas no consta que al venir del otro á este suceda lo mismo. A la Habana se vá por el golfo de las Damas, y se vuelve por el de las Yeguas. No hay, pues, que estrañar que el amante anónimo de esta composicion diga todo lo que dice, y eche de menos su antigua morada.

(5) Pág. 154.

«O allá, en nublosa oscuridad perdido.»

(6) Pág. 183.

«Desterrado por siempre en lo futuro.»

Mal país, y aciago descubrimiento; porque los hombres, dados á proscripciones y patíbulos, se aprovecharán de la especie; y tal vez pretenderán que entre confinar á un ciudadano dentro de un distrito, imponerle la pena de estrañamiento, ó ahorcarle, que es un modo de *desterrarle á lo futuro,* no hay mas diferencia que la de las localidades.

(7) Pág. 162.

«De un ser que innatural huella inferiores.»

A mí me parece que *innatural* no puede ser como el equivalente de altivo, soberbio, ó inhumano y cruel, sino lo contrario de natural; y como natural, naturaleza, es todo lo que es algo, innatural deberá ser todo lo que es nada; y me ha parecido adjetivar convenientemente la *soledad del no ser* con este calificativo, que no dudo merecerá la aprobacion de los lógicos y etimologistas; sobre todo, si consideran lo poco que hay en que escojer. En cuanto al henchir la soledad, nadie puede llevar á

mal que yo la haya *henchido* de esta manera, considerándola como una vegiga y por imitacion de:

«Al cargoso velar de pena henchido»

«Henchir la soledad de los sepulcros.»

«Su ya débil prision hinche de vida»

y otras henchiduras, ó hinchazones del mismo género.

(8) Pág. 178.,........« A la morada solitaria»
«Del oscuro no ser........»

Que el no ser sea oscuro, no lo dudo, porque no hay allí ni sol, ni luna, ni gas que le alumbren; pero la morada no puede ser solitaria. Segun la cosmogónia del autor, debe estar poblado con todos los que no han venido, y con todos los que se van. Con solo estos, cuya estadística no es fácil hacer; y aunque no demos mas antigüedad al mundo que la que quiere Cornelio A Lápide, que es de todos los cronologistas el que le supone mas jóven, son muchos, muchos los que están por allá..... solo de una especie de achaque, se calculan 33.195,290..... ¿y los que han enviado las pulmonías, los tabardillos, las guerras, la peste...... ¿Y los médicos?...... Vaya que el poeta está muy mal informado. Deben estar como sardinas en banasta.

(9) Pág. 136. «..........y mis lábios

En los suyos pegué: y una alma sola
Entre los dos erró...........»

Esto de errar es tan fácil y resbaladizo que no hay alma humana á quien no le pueda suceder; sobre todo si se dá *á pegar lábios*. Mas no todos los errores son igualmente disculpables. Por egemplo, el hacer de la lengua y de la razon un abuso tan monstruoso no puede tener perdon de Dios.

(10) Pág. 167. «...........su cruel veneno
No soplen las maldades prosperadas»

Vaya que las tales *maldades prosperadas* son canalla. Cuando menos se piensa, le soplan á uno *un veneno* sin saber como ni por donde. Por eso sin duda es tan temible la prosperidad de los malos. Ya se vé, ellos y ellas todos irán á una, como lobos de una camada. ¿Y quienes serán estas maldades *prosperadas*?

¿Serán las maldades *coronadas*, *purpuradas*, *laureadas*?.... No obstante, no hay que fiarse de las otras; que yo para mí tengo que las de guiñapo y puñal no son gran cosa.

(11) Pág. 185. «.............Aquí los vientos
De las pasiones se echan, y se borra
El vaho del vivir, y el hombre es nada.»

Buena tierra: no hay que temer ventiscas ni tempestades. Sin embargo, aquello de que *se borre* en ella el *vaho del vivir*, y que el hombre se reduzca á nada, no me gusta; porque al fin es lo menos que uno puede ser. Si se conociese un viento que borrára el *vaho de escribir*, yo le habria aconsejado al autor que encerrase herméticamente las cuatro quintas partes de sus composiciones, y que las restantes las hubiera puesto al aire.

(12) Con muchas citas de este poeta se puede probar

«El frio del no ser»

Y como me parece el mas instruido de todos así en la geografia, como en la meteorológia de aquellas regiones, fundado en su autoridad, he supuesto yo que debe reinar en ellas, con bastante constancia, aquel *aura nimisfrígida* que llamamos *remusguillo*; y por la regla de los contrarios, he creido que la temperatura del vivir debe ser un calor de los demonios, ó sea un *calor estivo*. No he dicho *estival* porque el verso no lo permitia; mas si á alguno le pareciese mejor, podrá corregirle del modo siguiente:

«Estival del vivir calor sucede»

y cierto que esta transposicion, este giro de frase, no será ni mas violento, ni mas disparatado que otros que tienen en su favor autoridades muy recomendables.

(13) Pág. 152 «En medio de dos lágrimas lanzaste
un ¡ay! de amor........»

La cosa se concibe perfectamente bien. Como que el ¡ay! sale por la boca, y las lágrimas, por la fuerza de gravedad, descienden por las megillas, sucederá muchas veces al que llora que al lanzar un ¡ay! se hallen dos lagrimitas en las dos estremidades laterales de los labios, y el ¡ay! en medio. ¡Qué

cosa mas natural!....... yo no sé, no obstante, si cierto crítico que yo conozco nos censurará de *poetas de menudos*.

(14) Pág. 176 «........... hollando lutos
«Negros...........»

Yo he omitido el *negros*; porque por acá es cosa sabida: todos son así; pero sin que se me oculte que, por si acaso esta composicion cayese en manos del Emperador de la China, ó alguno de sus mandarines, el *negros* no hubiese estado demas, que en aquel pais los lutos son blancos.

No faltará acaso crítico avinagrado que frunza el gesto con lo de hollar lutos; mas no tiene razon. *Arrastrar lutos*, *arrastrar bayetas* está muy recibido; y hollarlas es casi una consecuencia necesaria de arrastrarlas; y de esta necesidad, por ninguno hasta ahora disputada, traen su orígen los Caudatarios; y como no á todos es dado tenerlos por ser gente gurrumina y concienzuda, muy diestro ha de ser en manejar la cola el que no la arrastre y no la huelle; bien entendido que, segun el diccionario de la Academia, autoridad irrecusable, hollar no es mas que *pisar, comprimir una cosa poniendo sobre ella los pies*, sin que sea del caso que la pisen por casualidad ó inadvertencia, ó por desprecio, con profanacion, ó por enfado. Así que, sigamos *hollando lutos,* ya que la Academia no se opone á ello, ni lo prohiben las pragmáticas de Felipe II y Felipe V., que hablan de la materia.

(15) No todos los *ayes* son de la misma alcurnia. Hay ayes de amor, ayes de amistad, con esperanzas ó desesperada, ayes de dolor, ayes de placer, etc. etc. etc. y cada uno toma por apellido el nombre de la causa que le produce; que es como si dijéramos del padre que le engendró: por manera que si el ¡*ay*! debe su orígen á una herida de puñalejo, pudiéramos decir con mucha gracia y propiedad, por egemplo:

Y cuando le hubo atravesado el bazo
Lanzó el pobrete un ¡ay de rejonazo!

(16) Quiere decir que se hizo una sobervia moza. Yo ya sé que el verbo hermosear fué, en otros tiempos, verbo activo, que como todos los de su especie, pedia un complemento. Hermosear un jardin, hermosear una ciudad etc. etc. *pero ya lo hemos arreglado de otra manera, como dice el Médico á palos;* y ahora los verbos son mas dulces y flexibles por un resultado

necesario de la civilizacion, y se hace de ellos lo que se quiere y no se quejan. Se han convencido de que, verbo por verbo, tan bueno es uno como otro; que hijos todos del eterno verbo, no hay porque disputar sobre privilegios odiosos de familia; y que ninguno de ellos pierde nada por prestarse a todos los menesteres. Antes al contrario, por ejemplo (entre otros muchos que pudiera citar) el verbo reir, á título de sus privilegios de neutro, no habia demonios que le hiciesen reir á nadie, ni al mas pintado. Aferrado en que era un derecho de familia, él se lo habia de reir solo. Mas las luces del siglo han acabado con estas odiosas disparidades; y el verbo reir, rie á Cloe, á Lorenza, á todos los que se le manda, y aun á las muertes, que es buen reir:

Pág. 115. «.........ni la perfidia
«Riendo muertes, enseñó á su rostro
A negar la maldad, que dentro hierve.»

Por una consecuencia necesaria de esta feliz revolucion, los verbos activos, que es como si dijéramos el vulgo de los verbos, la plebe, pueden hacerse neutros, y ocupar asi los primeros destinos. A esta dignidad he elevado yo el verbo *hermosear,* que me ha parecido acreedor á ello por tan lindo y tan bonito como el que mas; y sin acepcion de verbos, continuaré haciendo lo mismo con cuantos crea que lo merecen. Uno de ellos, que tengo *in pectore*, es el verbo *hinchar*; y la primera vez que se me ocurra en un Arte Poética fijar las leyes del gusto y de la verdadera diccion poética, despues de probar que estas y mayores libertades, aunque desconocidas de los antiguos, son novedades plausibles; para alentar á la juventud, acostumbrarla á despreciar la crítica de severos Aristarcos, y presentar el egemplo unido con el precepto, les he de exhortar á menudearlas y estenderlas del modo siguiente:

«Hijo del nuevo Apolo hondi-sonante
Que así su lira pulsas resonante,
Al contar en vivir por tus amores (pág. 86.)
Hinche el aire de acentos ladradores; (pág. 92.)
Y cual jaco fogoso que relincha,
Sigue tus inchazones: hincha, hincha.

Lo cual no quiere decir hincha los carrillos ó una vegiga, sino ponte hinchado por tu propia virtud, y sin que nadie te hinche.

(17) Pág. 154. «Ni cuando entierra con honor tu ocaso
Del verde otoño el postrimer suspiro»

¡Pobre Ocaso, reducido á la suerte de un sepulturero! ¡Quién le diría á él que habia de venir á parar en esto, segun los pañales en que nació! De todos modos, se conoce la nobleza de su orígen; porque ejerce su ministerio con *honor* y decoro. Al fin, como sus quehaceres no pasen de enterrar los suspiros de otoño, es oficio descansado; por que se reduce, á todo tirar, á tres meses de trabajo. Si le hubiera tocado la desgracia de enterrar disparates en prosa y verso, ya le sudaria el hopo.

(18) Pág. 176.

«Las mústias hojas, que al morir otoño
Del árbol paternal ya se despiden»

Pues la despedida debe ser tierna.... ¿Y que han de hacer sino ponerse mústias al acercarse el momento de tan cruel separacion? Debo advertir, para evitar toda equivocacion, que aqui *paternal* no quiere decir lo que es propio del padre, sino el padre mismo; por que no hay duda que el arbol es el padre de las hojas. Es pues como si dijera el *Padre paternal*; lo cual, aunque parece un disparate, no lo es, sino que por el contrario es un concepto muy ingenioso.... *Padre paternal*..... es decir un padre muy padre de sus hijos, muy tierno y cariñoso. No obstante, yo no sé si, por no dar en que pensar, seria mejor corregir la copia y el original diciendo, por egemplo:

Y cuando á su morir las hojas mústias
Del alcornoque padre se despiden.

El lector puede elegir lo que le parezca, seguro de que todo es peor.

(19) Pág. 113 y 114.
El verbo ver, despues de tantos años de trabajos, vá perdiendo la vista; y no se tardará en jubilarle con todo su sueldo, que es lo que importa. Su sucesor es el verbo *mirar*. «*Mírense las poesias de nuestro autor*» y se *mirará* que esta novedad está ya anunciada, y se hace cada dia mas necesaria. Yo no sé si, fiel á esta doctrina sobre el ver y mirar, hubiera debido decir:

Himenéo mirólo, y raudo acorre.

No obstante este *mirólo*...... aun si hubiera sido un plural

habria podido citar el «mirólos Tormes» es decir «aquellos dias amables, como nube flotante que, en tarde de abril rociando vá» y que «corrian fugaces en pos de las ondas» sin embargo de que «iban cargados con la florida juventud del poeta» y todo esto ¿para qué? «para sembrar, en la tenaz memoria, larga cosecha de recuerdos tristes, y echarse despues á volar.» ¿Y qué sucede? que apenas se habian levantado dos pies del suelo cuando cata aquí que se caen muertos,

«De lo pasado en el sepulcro inmenso.»

Vaya que los tales dias amables eran unos locos de atar, y merecieron lo que les sucedió. Buen escarmiento para mozalvetes atolondrados, que así pierden la cabeza.

(20) Los menos ejercitados en las lindezas y primores de la nueva solfa, sino entienden lo que he dicho, menos entenderán lo que he querido decir con aquello de «el correr espuma» Entiéndase, pues, que como el verbo espumar es ambidestro, activo y neutro, asi significa quitar la espuma, como hacerla, producirla. Y siendo el correr en este caso, la causa del espumar, bien se podrá decir que el correr espuma; y esta ha sido mi intencion.

(21) Pág. 119. «..........Por siempre inmóvil
«Entre sus ondas deleznables yace
«Mi adolescencia..........»

Aquella convexidad que presenta una señora embarazada puede sin violencia compararse por catacresis, ú otra figura cualquiera, á una onda con *ó*. La onda es deleznable; y pues que una adolescencia, por siempre inmóvil, puede yacer entre las ondas deleznables del Tormes ¿porqué una preñez no podrá tambien albergarse en el seno de una señora embarazada, levantado en onda deleznable? tanto mas que el feto no es como la adolescencia del otro, siempre inmóvil, sino que acaba por *deleznarse*; y lo anuncia ya por el movimiento de undulacion tan felizmente espresado en el verso siguiente, de que vamos á hablar en nota separada.

(22) Nadie ha usado hasta ahora (al menos que yo sepa) de este adjetivo verbal; y creerán mis lectores que yo lo hago asi, á humo de paja. Pues se equivocan; que hay en ello segunda intencion y mucha trastienda. Por de contado, aunque no se hiciese para mí aquello de:

«. ....¿quid autem
Cæcilio Plantoque dabit romanus ademptum
Virgilio varioque?»

siempre será cierto qne todo pobrete es dueño de la pluma con que escribe; y que á costa de su pellejo, cualquiera puede matar al obispo; y sin ser yo ni Vario ni Virgilio, tomándolo sobre mi conciencia, puedo inventar ó introducir voces nuevas, con tal que use de esta licencia *pudenter*, y que *græco fonte cadant parcè detorta*; *y mi tamboritante* satisface á todas estas condiciones. Por de contado, acaba en *ante*, como tonante, pujante etc. Es armonioso y campanudo; y cuando una señora está embarazada, sobre todo en los últimos meses, se dice que está hecha un tambor, que es lo que basta para justificar la aplicacion. No faltará sin embargo, algun crítico de la secta de los Adustos (entre paréntesis, asi deberiamos llamarlos, y nosotros de la escuela de los Férvidos. La denominacion de secta les designa ya como heresiarcas poéticos, y los pone entre las garras de la inquisicion de Apolo. Por otra parte, esto de dar nombres y divisas á las facciones, es el arma mas poderosa del proselitismo. Empieza el *Ego sum Pauli, Ego vero Cephæ*, se calientan los cascos, se encienden las pasiones y se despedazan los hombres que es un gusto..... Pero ¿adónde diablos me ha llevado mi paréntesis? ciérrole) y repito que no faltará alguno de la secta de los Adustos que diga que el tamborilante es de musa pedestre, baja y tabernaria. A esto queria yo que viniésemos á parar, señor crítico, para desarrollar, destender, desenvolver ó desovillar cierta teoría filosófica, desconocida de vd. y de sus secuaces, aristócratas y predicadores de la tiranía feudal. Declarar por bajo al tamborilante, es lo mismo que declarar por bajos á los tamborileros. Pedestres lo son, no tiene duda: tabernarios tambien; porque en general son bastante aficionados á la taberna; mas todo esto no es sino multiplicar los insultos ¿quién le autoriza á vd. á tener por bajos á todos los que por no tener coche nos andamos á pié? ¿Quién le ha dicho á vd. que son bajos ni los taberneros ni los que frecuentan los tabernáculos? vd. será uno de aquellos «*Nobles magnátes que la humana esencia osan despreciar por un dorado yugo servil.*» Uno de aquellos á quienes viene de molde lo que sobre este punto dice el maestro en una de sus celebérrimas composiciones.

«......... ¿qué lengua osada
Se mueve contra mí porque apadrino

A la miseria do virtud se esconde;
Mi Apolo condenando
Innoble y bajo al menestral llamando?»

Yo por mi parte no diré que *apadrino á la miseria*: la compadezco y la socorro, y me dejo de hacerla versos; y aun lejos de apadrinarla, si veo que en ella *la virtud se esconde*, hago lo que puedo porque la miseria se vaya noramala, y deje de atormentar á la virtud. Mas, pues, el maestro la apadrina, sus razones tendrá para ello, y allá se las haya con su conciencia, que esto no es del caso; pero en todo lo demas tiene muchísima razon, y sepa vd. que un menestral recto (del torcido no digo nada), en su divino taller, un tamborilero, un cortante y un pocero son tan bnenos y tan altos como el mas pintado; y que por consecuencia, el escoplo, la gubia, el formon, la lesna, el tirapié, los carneros descuartizados, y los carros de Sabatini, son asuntos tan dignos de la lira y de la trompa épica, y aun mas si vd. me apura, que el colérico y sanguinario Aquiles, que despues de haber despanzurrado al pobre Hector, le arrastró con inaudita ferocidad

«en torno de los muros de Troya»

y á las barbas del venerable Priamo; y no digo nada de Andrómaca, porque donde hay barbas callen faldas. Esta doctrina, señor mio, es harto mas filosófica, filantrópica, filológica, filomática y edematosa que la de vd. Y no me venga ni con el *Res gestæ*, ni con el

«*Musa dedit fidibus divos, puerosque Deorum*»

Porque este testo es contra producentem. ¿No somos todos hijos de Dios y por consecuencia *puerosque Deorum*?

«Todos estamos enlazados en hermanal cadena.» (Pág. 114.)

Ademas el tal poeta Venusino, vil adulador de Augusto, era un majadero que ignoraba «que el sempiterno es padre universal:» un picaron, sin entrañas, ni humanidad ¿Con qué un caballo, un animal cuadrúpedo, *Equum certamine primum*, puede ser asunto digno de un rasgo pindárico, y no lo será un pobre padre de familias con seis criaturas, con una muger jorobada y tullida, y tal vez una cuñada tuerta y sarnosa por añadidura? Esta doctrina es una blasfemia innatural; y tenga usted entendido que la tiña, las herpes, las excrecencias lupiológicas, los lobanillos y las potras son otras tantas miserias

de la humanidad, que nuestro maestro apadrina; y que, consideradas filosóficamente, son asuntos muy capaces de honrar el apolíneo canto. Y no hay que hacer ascos; que tal vez cuando menos lo piense, le podrá á vd. sobrevenir un tumor, una infartacion glandular, y formársele una úlcera; y no le pesará á vd. que haya entre nosotros alguno que se la cante y se *la apadrine*. La primera vez que yo tenga un rato desocupado, he de componer un poema épico en honor de un botero, muy hombre de bien, que vive frente de mi casa; y he de empezar de esta manera para que rabien todos los adustos y todos los aristócratas.

Canto al botero insigne que, soplando
Con oreante soplo sus pellejos,
Un soplo de virtud les introduce.
Y en su zaquizamí con sus trebejos
Desde que Febo fulminante luce
Sopla que sopla, y siempre trabajando,
«Sacrificado á la inmortal fatiga» (Pág. 169)
Hinche afanoso la colambre amiga.

¡Dolorido varon! ni un solo dia
Alegre te miró. (Pág. 173) Hado inclemente
Innatural persigue su inocencia.
Ayugado á su candida Lucía
Mira en torno de sí, y es indigencia
Cuanto miró; y al contemplar doliente
Su familia infelice
Un pellejo tomó, y así le dice:
¡Objeto de mi amor! ¡ay! solo es dado
Del sustento el afan &c. &c. y basta por via de muestra, que si dejo correr la pluma, entre lo propio y lo ageno, escribiria el poema sin levantarme de la silla.

(23) Pág. 70.

«El carro horrible do el cañon sentado
Vá de viudez y de horfandad preñado.»

Un cañon preñado de viudas y huerfanos.....¡ qué imágen tan sublime! Confieso que la imitacion, aunque conceptuosa tambien y filosófica, está muy distante del original.

(24) Heme aquí que soy padre.

¡Con cuánta razon han admirado ciertos filósofos el juego

mecánico de nuestros órganos en esta prodigiosa facultad que llamamos memoria! ¡Qué enlaces tan estravagantes se establecen entre nuestras ideas! Las mas distantes, las mas opuestas, se asocian y se pegan en términos que no hay demonios que las separen despues. Jamás oigo yo hablar de *copulativas* sin acordarme del infeliz don Diego Hurtado de Mendoza, que segun refiere un crítico muy celebrado (tomo 3.º, pág. 262, línea 17 ed. de Madrid de 1800) tuvo la desgracia de dejar caer las suyas sin que se sepa cómo ni donde; si bien para mí tengo que aun las conservaba en Trento, y que su inconcebible y original descuido debió ser posterior á esta época. Otro tanto me sucede á mí con el *Heme aqui*. No puedo oirle sin acordarme al instante del *Ecce Homo*, y del balcon de Pilatos, y de toda la muerte y pasion de N. S. Jesucristo.

(25) «Que sin cesar mi vista lagrimosa
Te buscará &c. &c.»

«Yo lo juré: mi incorruptible acento
Vengará la virtud que lagrimosa
En infame baldon yace indigente»

Puesto que la virtud puede, sin perder nada de su hermosura, ser lagrimosa, no hay que creér, porque en este pasage se diga el fruto *lagrimoso de himenéo*, que el chiquillo era feo, pitañoso, legañoso, asqueroso. No señor: era lagrimoso, y no mas.

(26) Estas repeticiones favoritas del maestro, aunque á primera vista parezcan poca cosa, y aun algo menos, no se sabe la gracia que dan al estilo, y lo mucho que prueban en favor del poeta. Por de contado hacen ver que el autor es muy capaz de conjugar, por irregular que sea, un verbo cualquiera por todos sus modos, tiempos, números y personas. Prueban ademas el partido que puede sacar de todos ellos el que tan diestramente sabe manejarlos, con grande ahorro de ingenio y de tiempo, pues mientras dura la letania de uno de ellos no hay que usar de los otros. Ultimamente este género de frase es grave, sentencioso y *hondamente* filosófico. Asi aparece en los siguientes ejemplos:

«Los rápidos caballos van corriendo
Y corren y corren, y de mí la alejan.
La alejan mas y mas............»

«¿Y corréis y correis? Dejadme al menos
Que otra vez vuestros ojos se despidan»

«Asoma, Laura, que tu vista amante
Caiga otra vez sobre mis tristes ojos....
..............,........Asoma, asoma
Que se acaba el mirar........»

«Mi pecho enamorado te ama,
Te ama, te ama sin fin»

«Y los deseos para siempre yacen
Yacen, sí, yacen: el dolor empero......»

«Pasan las bellas..................»
Pasan y pasan, y la noche viene
Pero mi amante no ¿Qué es esto Cloé?
Cloé ¿Qué es esto?»

«Del tiempo fugitivo imágen triste
El corre y correrá, y en su carrera
Te buscará mañana con la Aurora
Y no te encontrará..........»

«Empieza, empieza: favorable el cielo
Bendiga tu empezar.»

«Y cesa, y vuelve á resonar, y para,
Y resuena otra vez. Llora, si, llora»

«Ven, por última vez, ven, ven conmigo
Y á tu amiga verás: verás al menos
El cuerpo que animó: verás reliquias
De una nada que fué.»

El que con tales egemplos no crea que queda justificada la imitacion, no entiende de la misa la media.

(27) Los lectores de narices delicadas no gustarán acaso de esta imágen. Mal que les pese, no por eso dejará de ser viva y feliz. Sin embargo, en obsequio de la verdad, debo confesar que no es mia. Hablando el maestro del *recto menestral* dice así:

«Dijo y obró: y al verle, estremecido
El infierno tembló, y el vicio adusto
Miró caer su cetro fulminante.»

La detonacion debió ser espantosa. El imitador no habria podido, sin nota de exageracion, atribuir tan terribles efectos á un infante de pocos meses, por aquello de *Parvum parva decent.* Asi es que, dejándose de amplificaciones que el caso no permitia, se contentó con referir el lance como pasó, y es tan natural.

(28) *Magister dixit:*

«Ni el grato rosear de la mañana.»

(29) No importa que el *rustiquecido* no se halle en el diccionario de la lengua. Como de esas cosas no se hallan en él, que deberian estar. Le conviene el *parcè detorta*; y esto basta, y tiene en su favor la autoridad del maestro:

«.......rustiquecido
Con mano indiestra, de robustas ramas
Una humilde cabaña entretegiera»

(30) Que la lechuga es frugal no podrá dudarlo sino quien por falta de un Calepino ignore que frugal viene de *flux frugis*, que significa todo género de frutos; pero especialmente las legumbres. *Sed sic est* que la lechuga es una legumbre, *ergo* es frugal. La consecuencia es irresistible; y en todo caso, nadie dirá de este verso lo que tal vez dirán, con el satírico Venusino, los críticos avinagrados de los que le preceden y le siguen. *Expertia frugis.*

(31) De los sentimientos pacíficos, de la tranquilidad y pachorra del formon nadie ha dudado, como ni de la humanidad y buenas entrañas de la gubia; y para no convenir en ello seria menester ser un madero. Pero el maestro dice mas; porque sabe mas, y vé las cosas como nadie.

«¿Y de virtud el distintivo santo,
El tranquilo formon, la bienhechora
Gubia, su infame deshonor seria?

Los que han pintado á la virtud inerme, como se la pintaba á Fusco el que nunca supo decir despropósitos, debieron armarla con un formon en una mano y una gubia en la otra; que estos son sus distintivos santos, y decir como Fr. Antolin.

«No es mala la prevencion
Por si me embiste de recio.»

(32) «........Escoplo amigo
Ya te puedo quitar.»

Para que la imitacion fuese mas perfecta habria debido decirse en la copia:

«O ya tal vez quitando escoplo amigo.»

Mas yo creo que entonces hubiera sido necesario observar al lector que el verbo *quitar* está empleado en su nueva acepcion de *tomar*; y que en castellano lo mismo significa ya *tomar un polvo*, que *quitar el polvo*. Sin embargo, el imitador no se resolvió á hacer uso de esta plausible novedad, por miedo de que unos no le entendiesen, y de que otros dijeran que es el uso mas monstruoso y disparatado que se puede hacer de la lengua.

(33) La amistad con un escoplo solo podrá chocar á los que, en esto de amistad, no reconocen sino la que puede existir entre dos personas, fundada en la conveniencia de inclinaciones, en la frecuencia del trato, y que tiene un fin honesto. Mas así el imitador como el comentador, creen con el maestro que la amistad, retórica y poéticamente hablando, puede existir ó por lo menos concebirse entre las cosas inanimadas. Y digo existir, porque ¿quién sabe sino es un afecto, un cariño tierno, una amistad en fin, lo que hace que el iman atraiga el hierro? Lo cierto es que este, apenas le columbra, se arroja en sus brazos, como pudieran hacer los mas íntimos amigos; y esto basta para que por catacresis, prosopopeia, ó cualquiera otra figura de las que forman la batería retórico-poética, se pueda con mucha gracia y propiedad atribuir al escoplo el sentimiento de la amistad y de la amistad fina é íntima, y tal que poéticamente hablando, y estendiendo la idea á todo lo posible, autorizaria á cualquiera á nombrarle por su albacea ó heredero. Ademas la palabra amigo puede en todos estos egemplos mirarse como un adjetivo que significa amigable, amistoso; y en este sentido podemos adjetivar con él á cuanto nos dé la gana, si es cosa que nos hace buenos servicios, que es en lo que se conocen los amigos. Asi es que: un zapatero podrá decir la lesna amiga, y un fabricante de Albacete el amigo puñal. No estaria mal en una tragedia, si el héroe de ella, aburrido de vivir, enarbolando el puñal y mirándole con ojos de tierna amistad, terminase la catástrofe por estos dos versos:

De tu afecto en señal, puñal amigo,
Termina mi dolor: entra en mi ombligo.

Decir esto, pegarse la mojada y dar la costalada de costumbre, todo debe de ser uno. Sabiéndolo esforzar el actor, se vendria abajo el teatro, por lo fuerte del lance, por la originalidad del pensamiento y aun por la armonía de los versos, porque aquel *ñal ñal* produce muy buen efecto. Los literatos no podrian menos de acordarse del

Dulces exuvia, dum fata Deusque sinebant
Accipite hanc animam, meque his exolvite curis.

(34) A primera vista parece que un escoplo, mas que para paño de lágrimas podria servir para sacarse un ojo; mas pudiendo servir para limpiar el sudor de un padre, ¿por qué no ha de servir tambien para limpiar el sudor y las lágrimas de una esposa tierna?.... y de lo primero no es dado dudar, porque el maestro dice:

«Escoplo amigo.........
Puedas ¡ay! de mi padre los sudores
Para siempre limpiar; y en compañía
De su divina esposa
Cerrar los ojos en quietud dichosa.»

Verdad es que en estos últimos versos no se sabe á punto fijo si es el escoplo el que ha de cerrar sus ojos, ó si él es el que ha de cerrar los de la divina esposa, ó los del padre, en compañía de la señora y los señoritos: mas esto no importa, porque de cualquiera modo que se entienda, siempre será bueno y bien dicho.

(35) Imitacion de él......

«Entrar furioso me verás. Partamos.
La diré..... la diré..... ¡Poder del cielo!

Un ¡voto–va Dios! mas poético y hermoso no le ha imaginado nadie. Se vé que el hombre estaba fuera de sí, y que le echó redondo.

(36) «¡Oh cuántas veces te alumbró este dia
Igual á los demas, y confundido
Entre el vulgo de dias le olvidaste!»

(37) «Ois, ois que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladradores,
Y de agudos relinchos?»

Cierto es que el maestro llamó acentos ladradores al ladrido de los perros en la caza, y que el imitador hace ladrar á un hombre honrado. Mas léanse con cuidado los versos precedentes, y se verá que el protagonista anda muy apurado de recursos, y que el hambre es quien le arranca los *acentos ladradores*. ¿Y no se dice en buen castellano «ladrar de hambre?» ¿No es esta una metáfora usual y corriente? No hay, pues, entre los dos casos mas diferencia que la de haber usado igualmente bien del ladrido; el uno en sentido propio, y el otro en sentido metafórico, en lo cual hay acaso mas primor poético; tanto mas que, dicho sea con respeto del maestro, si lo de ladrar conviene mejor á perros, lo de los *acentos* les conviene mejor á los hombres, y váyase lo uno por lo otro. En cuanto á lo de *henchir el aire de acentos* etc. etc. no hay diferencia alguna entre el pasage del maestro y el del imitador; y á no ser que se queje de usurpacion el aire, que es el que hasta ahora ha estado siempre en posesion de henchir, y que en su vida se habia visto henchido, ni de acentos ladradores, ni de acentos rebuznadores, nadie tiene nada que decir.

(38) «.......y desde alli volando
Corta lo porvenir, entra en la tumba
Y ama en la tumba y en la tumba vive.»

Cortar lo porvenir, filosóficamente hablando, seria un disparate, por qué es un imposible; mas una buena tijera poética corta lo que la dá la gana: presente, pretérito y futuro. Cortar el hilo de la vida, lo han dicho muchos de nuestros buenos poetas, y aun mas todavia los predicadores en los púlpitos; pero *cortar lo porvenir* no lo habia imaginado nadie hasta el maestro; y la imágen es tan viva, y tan fácil de comprender, que si el comentarista la esplica no es por que lo necesite, sino por relamerla y rechupetearse con ella, por tan linda y acaramelada. ¿A quién que se le alcance algo de achaque de mitología no se le vendrán al instante á las mientes las Parcas? A mí, por lo menos, se me figura que estoy viendo sobre todo á aquella inexorable Atropos, alta, seca, pálida, cejijunta; y que ojo á la tela, cuando menos se piensa, pega el terrible tijeretazo, corta la trama de Lachesis, y pues que la corta dejando intacto todo lo

tegido que es lo venido, claro es que corta lo por teger, que es lo porvenir.

«El porvenir cortando........

¡Qué idea tan sublime y tan ingeniosa!

(39) ....«En tanto impía
Vuela la muerte al trono de Himenéo
Huella al amor, y un bárbaro trofeo
Allí levanta, á la afligida esposa
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa.»

Casi nos pesa no haber copiado toda la estrofa, que empieza así:

«El gozo es llanto.......»

(40) Como que no todo ha de ser copiar servilmente, siguen aquí varios versos de pura imitacion, que no por eso concuerdan menos con sus originales, ó modelos, á que me remito, y en donde mas largamente se contiene. Mas como yo soy de mio un poco porro, pero bonachon y franco, confesaré que todo mi mérito no pasa de haber zurcido pensamientos agenos, y que, en sustancia, no vengo á ser sino un pobre plagiario. A todos estos versos les estaría bien un largo comento; pero algo se ha de dejar á la *perspicante penetracion* de los lectores; y basta, y sobra ya de delirar.

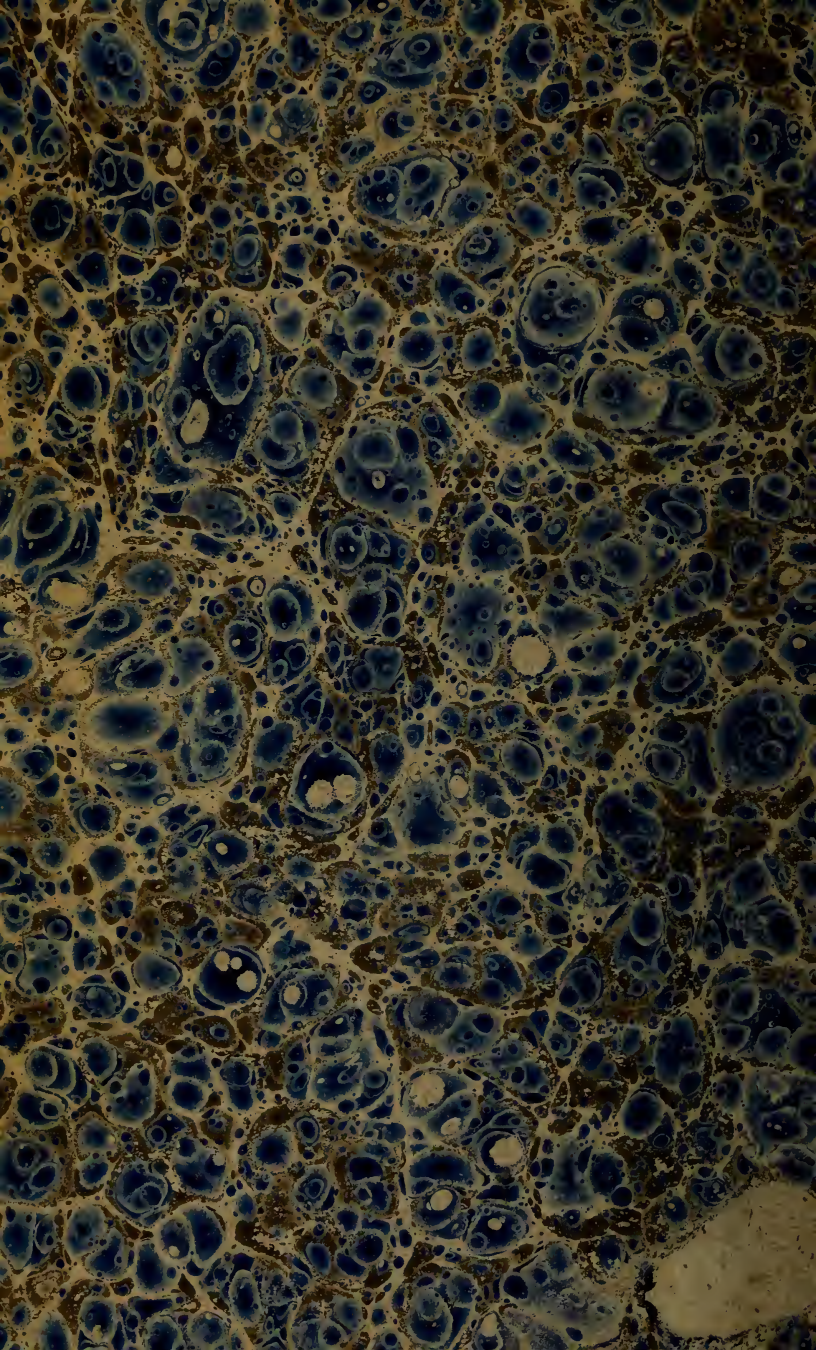
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

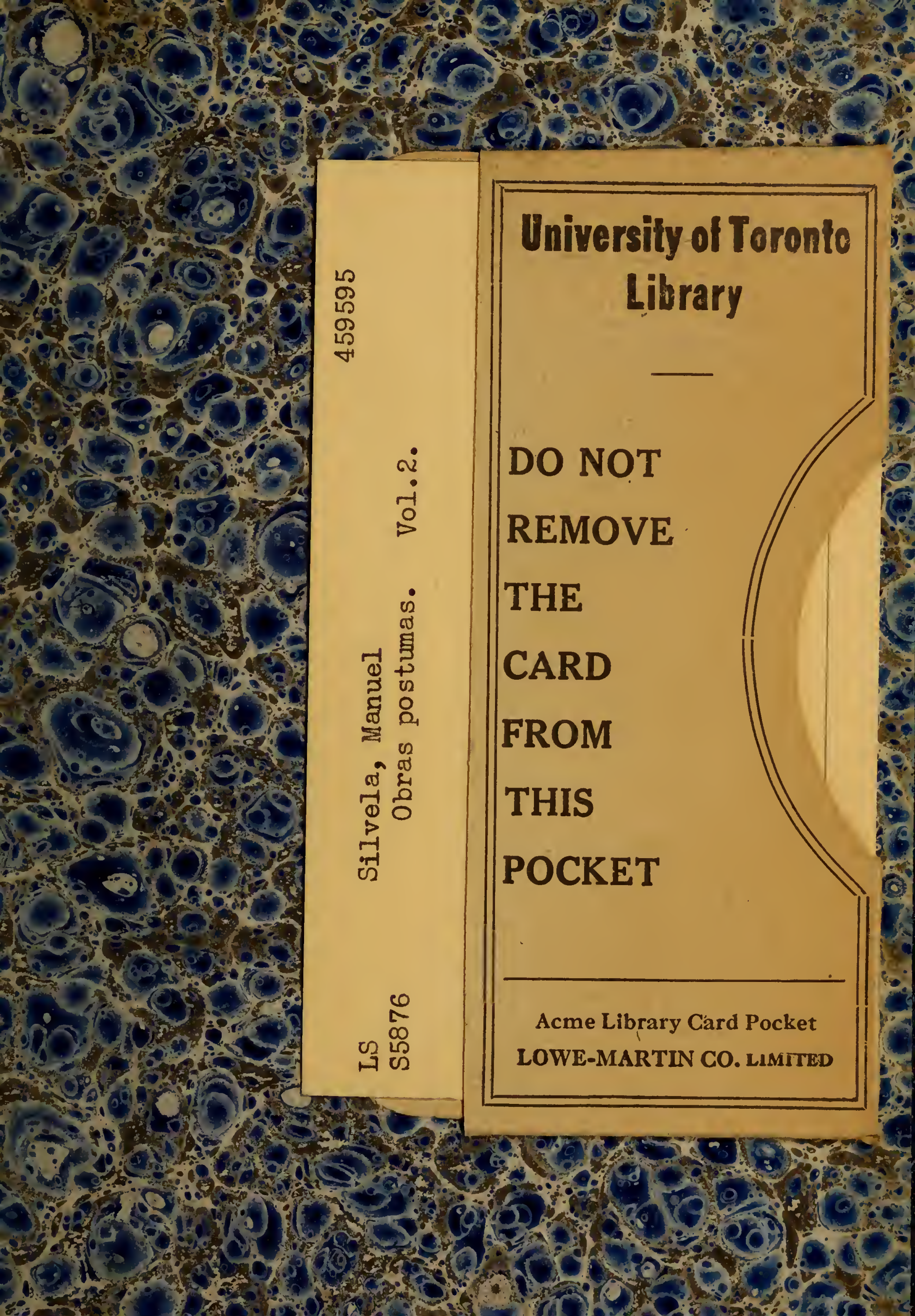
ÍNDICE.

PÁGINAS.

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
6	13	comparocen	comparecen
20	24	talentos dignosde	talentos digno de
21	13	dado pues	Dado pues
23	2	un siglo de confesion.	un sigilo de confesion
31	6 y 7	arrivo	arribo
45	33	y sua	suya
65		Despues de *El Reconciliador*, se omitió Comedia.	
99	23	tan liberal, en	tan liberal en
131	32	esta nulidad que se me reduce.	esta nulidad á que se me reduce
137	5	sapientifssimi	sapientissimi.
175	26	Debe estar de esta manera: vá hablando don Ruperto. La buena fé sobre todo..... DON SIMPLICIO. Hombre, soberbia ocurrencia... DON RUPERTO. Pues, como digo, vino órden De &c. &c.	
181	26	requibra	requiebra
184	25	pordujo	produjo
195	2	efecto	afecto.
199	5	tacarle	tocarle
240	10	si la discusion la anima.	Si la discusion la anima,
287	16	deciende	desciende
290	33	evitando, cuanto	evitando cuanto
301	32	Mi nombre, á la	Mi nombre á la
308	20	mal por palabra	mal por palabras
330	20	te ame	te ame.
347	1	a huerta	la huerta
449	27	A fuer de altiv.	A fuer de altivo
364	3	de Garcilaso	de Garcilaso,




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
459595
Silvela, Manuel
Obras postumas. Vol.2.
LS
S5876

